







# LA MARAVILLA.

Gran sociedad editorial.

Publica las mas grandes obras del saber Humano en tomos de 350 á 450 páginas en 4.º, con primorosas laminas y ricamente encuadernados con mosaicos de oro y brillantes colores.

bajo la direccion

**DE D. MIGUEL DE RIALP.**

## OBRAS PUBLICADAS.

### Seccion Instructiva.

	Tomos
<i>Historia de España</i> , por Maltebrun y otros. . . . .	2
<i>Atlas Universal</i> , compuesto de 43 magníficos mapas iluminados. . . . .	1
<i>Historia de Inglaterra, Escocia é Irlanda</i> , por J. A. Fleury. . . . .	3
<i>Historia de Italia</i> , por Julio Zeller. . . . .	2
<i>Moral Social</i> , por Adolfo Garnier. . . . .	1
<i>Compendio de los libros históricos de la Santa Biblia</i> , por el P. Fernando Scio de San Antonio. . . . .	1
<i>Historia Antigua</i> , por Mr. Duruy. . . . .	2

### Seccion Recreativa.

	Tomos
<i>Historia de Gil Blas de Santillana</i> , por Mr. Le Sage. . . . .	2
<i>El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha</i> , por Miguel de Cervantes Saavedra. . . . .	2
<i>Ivanhoe</i> , por Sir Walter Scott. . . . .	1
<i>Quintin Durward</i> , por Sir Walter Scott. . . . .	1
<i>Los Tres Mosqueteros</i> , por Alejandro Dumas. . . . .	2
<i>Rob Roy</i> , por Sir Walter Scott. . . . .	1
<i>Guy Mannering y el Oficial Aventurero</i> , por Sir Walter Scott. . . . .	2
<i>Obras selectas, criticas satíricas y jocosas</i> , de D. Francisco de Quevedo y Villegas. . . . .	1

## EN PRENSA

### Fuera de Seccion.

<i>La Sagrada Biblia</i> , en latin y castellano, anotada por Scio de San Miguel. . . . .	40 tomos.
<i>Historia de los Sumos Pontífices</i> , por Artaud de Montor. . . . .	12 á 14 tomos

La sociedad cuenta con un gran número de producciones nuevamente traducidas prontas para ser censuradas.



**Á BORDO Y EN TIERRA.**



A BORDO Y EN TIERRA



À BORDO Y EN TIERRA.



# Á BORDO Y EN TIERRA,

NOVELA MARÍTIMA

**POR FENIMORE COOPER,**

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

—•••—

PRIMERA PARTE.

AVENTURAS DEL CAPITAN MILES WALLINGFORD.

~~~~~

**MADRID**

**LIBRERÍA ESPAÑOLA**

calle Relatores, 14.

**BARCELONA**

**EN EL PLUS ULTRA**

Rambla Centro, 15.

1858.



LIBRERIA Y M...  
A BORDO Y M...  
POR FENIMORE COOPER.

Imprenta de **LUIS TABSO**, en Barcelona.  
calle Guardia, 15.

BARCELONA  
EN EL N.º DE LA  
Rafael Lario Perez

MADRID  
LIBRERIA ESPAÑOLA  
Calle de...

---

## PRÓLOGO.

El autor ha publicado tantas narraciones verídicas que han sido consideradas como fábulas, y tantas de estas que han pasado por verdades, que en la ocasión presente ha resuelto guardar el mas profundo silencio. Así pues, cada lector tiene derecho para creer ó desechar los pormenores de esta novela, segun sus propias ideas, sus preocupaciones y su conocimiento ó ignorancia del mundo. Lícito le es á cualquiera afirmar que sabe donde está situado Clawbonny, que conoce al venerable M. Hardinge, y hasta que ha asistido á sus sermones. Si su aserto se aparta de la verdad, no será el primero que haya incurrido en error.

Es muy posible que algunas personas de difícil contentar se hallen dispuestas á negar la utilidad de esta obra; pero nuestra respuesta está ya formulada. Nunca es inoportuno transmitir á la inteligencia humana nociones claras y exactas sobre acontecimientos de la vida social, particularidades relativas á una profesion ó á la historia del pasado, sea cual fuere, por lo demás, la condicion de los personajes. Solo es preciso que los cuadros sean trazados con exactitud y naturalidad, cuando no estén copiados de modelos vivos. Las lec-

turas frívolas nos hacen reportar algunas veces ciertas ventajas cuya existencia no sospechábamos en el momento de emprenderlas.

La mayor parte de nuestras opiniones particulares están fundadas, acaso, en preocupaciones nacidas de la incapacidad que tiene el hombre para verlo y apreciarlo todo. El mortal adornado de las mejores dotes acepta por el dicho de otros mas de la mitad de lo que llega á su noticia; y los que nunca se hallarian en ocasion de discernir por sí mismos ciertas fases de la vida humana, pueden sacar partido de cuadros propios para suministrarles ideas que no habrian tenido ocasion de adquirir por cualquier otro conducto. La ventaja primordial de la literatura frívola, es hacer que á las veces sea mas útil la pura ficcion que la verdad estricta, cuando se evita la exageracion, cuando se describe con exactitud, y como hubiera podido decir nuestro amigo Marbre, cuando se *generaliza* con discernimiento.

Desde el principio del siglo XIX han experimentado los Estados-Unidos variaciones importantes y numerosas; algunas de ellas han sido progresivas, otras incontestablemente retrógradas. A la generacion naciente debe ponérsela en estado de comparar el presente con el pasado, y estas páginas contribuirán á ello demostrando las cosas tal cual existian. La poblacion de la República aseiene probablemente en la actualidad á mas de diez y ocho millones y medio; en el año de gracia de 1800, solo contaba cinco millones. El Estado de Nueva-York no contaba á la sazón mas que seiscientas mil almas; en el día no tiene menos de dos millones setecientas mil. En 1800, la ciudad de Nueva-York tenia sesenta mil habitantes, mientras que hoy, contando á Brooklyn y á Williameburg, que no existian al principio del siglo actual, debe tener una poblacion de cuatrocientos mil hombres. Hé aquí cambios numéricos prodigiosos que han producido transformaciones de todas clases; y aunque el desarrollo material no implique, precisamente, el de la civilizacion, puede deducirse con bastante vislumbre de razon que hasta cierto punto se

haya generalizado el bienestar en el país. Esto es precisamente lo que ha ocurrido, y la diferencia del pasado al presente será palpable para aquellos de nuestros lectores que han observado con gusto el estado actual de la sociedad.

Las modificaciones morales que se han verificado en América están lejos, todavía, de corresponder á los progresos puramente físicos; sin embargo, se han realizado algunas esenciales. El Estado de Nueva-York, despues de haber sido arrebatado á los holandeses, se ha puesto en relacion mas directa con la organizacion social de la madre patria, que las demás posesiones inglesas del Continente americano. Aun en tiempo de los holandeses tenia una fisonomía característica, debida principalmente á sus *patronos*, los señores del Nuevo-Mundo. A decir verdad, ciertas colonias del Sur tenian caciques y otros nobles semi-feudales y semi-salvajes; pero hallábase limitado su poderío, y el rasgo distintivo de aquella parte del país era la existencia de la esclavitud en grande escala.

En cuanto á la colonia de Nueva-York, fué conquistada por la metrópoli, cuyas instituciones se grabaron en ella mas profundamente que en los establecimientos principados por concesionarios; hasta la época de la independendia, fué una colonia real en toda la estension de la palabra. Hicieronse sentir en las costumbres las consecuencias sociales de este estado, hasta que el flujo siempre creciente de la emigracion hubo llevado allí hombres opuestos al gobierno, cuando no sus antagonistas declarados. La influencia de dos causas diferentes, la conquista y la emigracion, se vé predominar todavía en las ideas políticas, de origen puritano y neo-inglés las unas, las otras conformes con las ideas recibidas en los Estados del centro.

Tienen por objeto estas esplicaciones prevenir las críticas á que pudieran hallarse espuestos los colores de nuestra narracion. En lo concerniente á los detalles marítimos, hemos procurado ser exactos, consagrándonos mas bien á ponernos al alcance del lector que ha describir minuciosamente.

La lealtad nos impone el deber de advertir al lector que esta obra forma solo una primera parte, y que el pobre capitán Wallingford dará en lo sucesivo otra série de sus aventuras.

No acepta el autor la responsabilidad de toda las ideas emitidas por el héroe de este relato: un hombre nacido en le revolucion debe, por razon natural, juzgar mil cosas de distintos modo que nosotros, y precisamente sobre esta disidencia de opinion están basadas las lecciones contenidas en la presente obra.

FENIMORE COOPER.



# A BORDO Y EN TIERRA.

---

## AVENTURAS

DEL CAPITAN MILES WALLINGFORD.

---

### CAPITULO PRIMERO.

---

Nací en un valle situado cerca del mar. Mi padre habia sido marino en su juventud; algunos de mis primeros recuerdos están ligados con la historia de sus aventuras y las conversaciones de que eran ameno asunto. Niño todavía durante la guerra de la revolucion, sirvió desde aquella época, y entre otras escenas de que fué testigo, gustaba de referir los pormenores del combate naval mas reñido de aquella guerra, el del *Trumbull* con el *Watt*. Habia sido herido á bordo del *Trumbull*, y le quedó una cicatriz que le desfiguraba levemente; á no ser por ella hubiera tenido su rostro una perfeccion admirable. Despues que murió mi pobre padre, citaba mi madre aquella cicatriz como un distintivo de belleza; ateniéndome á mis recuerdos, opino que el cumplimiento era inmerecido, pues la cicatriz en cuestion comunicaba á uno de los lados de la cara un aspecto singular y feroz, especialmente cuando mi padre estaba de mal humor.

Murió mi padre en la alquería donde yo nací; habíala heredado de su tatarabuelo, emigrado inglés que la compró al colono holandés, cuyos primeros trabajos sirvieron para el desmonte del terreno que ocupaba el bosque. Denominábase nuestra posesion Clawbonny, nombre holandés segun la opinion de unos, indio, segun la de otros. En toda la superficie de los Estados-Unidos no se conocia residencia mas agradable, y, lo que rara vez sucede en este mundo de miserias y aflicciones, era tan buena como bonita. Tenia unos setenta y dos acres de escelentes tierras de pan llevar y prados, y mas de cien acres de colinas pedregosas en que habia bosques regularmente poblados. El primero de nuestra familia que poseyó la alquería, edificó una casa de piedra, sólida y de un solo piso, que en una de sus cornisas tenia la fecha de 1707; cada uno de sus sucesores añadió algunas construcciones, y el conjunto concluyó por presentar el aspecto de una reunion informe de casas, pegadas unas á otras sin órden ni simetría.

Veíanse allí, empero, un pórtico, una puerta grande, y una alfombra de césped, que consistia en una media docena de acres de un terreno negruzco en que habia esparcidos unos cuantos olmos á cierta distancia unos de otros y en corto número.

El exterior de Clawbonny anunciaba ser la residencia de un agricultor bien acomodado, sin que tuviera las pretensiones de una habitacion de las del dia; el interior justificaba plenamente las conjeturas que desde fuera pudieran formarse. A la verdad, los techos eran bajos, y las habitaciones no tenian una amplitud desmesurada: pero eran calientes en invierno, frescas en verano, limpias y cómodas en todo tiempo. Los salones tenian alfombras, así como los pasillos y las alcobas principales; la sillería de la sala de recibo estaba forrada de tela de Persia y era muy blanda.

Teníamos en derredor nuestro huertos llenos de árboles frutales, praderas y tierras labradas: las granjas, los graneros, las cuadras y demás dependencias de la alquería, eran

de piedra sillar, como el edificio principal, y se hallaban en un estado de perfecta conservacion. Mi padre habia encontrado la posesion exenta de toda carga y provista de todos los instrumentos agrícolas que podian necesitarse. Poseía, además, catorce ó quince mil pesos fuertes que habia cuidado de imponer en hipotecas; mi madre le habia llevado dos mil setecientas libras en dote; y despues de tres ó cuatro propietarios fuertes, y otros tantos comerciantes de Nueva-York, mirábase al capitán Wallingford como el hombre mas rico del condado de Ulster. Por mi parte, ignoro hasta qué punto pudiera considerarse fundada esta opinion. Sin embargo, siempre ví que reinaba el bienestar bajo el techo paternal, y sé que nunca se alejaban de allí los pobres con las manos vacías. Verdad es que no teníamos mas que un vino de grossella, pero era esquisito y guardábamos siempre una provision suficiente para poderle beber de tres ó cuatro años de antigüedad. Mi padre habia apartado algunas botellas que guardaba para las ocasiones solemnes, y recuerdo haber oido decir al gobernador Jorge Clinton, que se detenia algunas veces al pasar por Clawbonny, que nuestro vino de Grossella era el *Madera* de las indias occidentales. En cuanto al Burdeos, el Borgoña y el Champagne, eran vinos desconocidos entonces en América, escepto en las mesas de los comerciantes mas ricos y de los propietarios acaudalados que habian viajado.

Cuando digo que el gobernador Jorge Clinton, que fué mas tarde vice-presidente, venia á probar el vino de mi padre, no pretendo en manera alguna alabarme de pertenecer á la nobleza del condado de Ulster. Las propiedades de mi familia nos proporcionaban una consideracion local, que nos colocaba en una posicion superior á la de los terratenientes comunes; y si hubiéramos vivido en una ciudad, habríamos frecuentado, sin duda alguna, la clase intermedia que se halla inmediatamente despues de la alta aristocracia. Estas consideraciones estaban mucho mas marcadas despues de la guerra de la revolucion que en nuestra época;

lo están aun hoy mucho mas de lo que se hallan dispuestos á creerlo todos aquellos que no deben una posicion elevada á su mérito ó á sucesos favorables.

Los autores de mis dias se conocieron mientras estaba mi padre en tierra curándose las heridas que recibiera en el combate del *Trumbull* con el *Watt*: siempre he supuesto fuera este el motivo de hallar mi madre tanta gracia en la cicatriz que adornaba el lado izquierdo del rostro de mi padre. El combate tuvo lugar en el mes de junio de 1780, y mis padres se casaron en el otoño del mismo año. Mi padre no volvió á embarcarse hasta despues de mi venida al mundo, que tuvo lugar el propio dia en que Cornwallis capitulaba en Yorktown. Estos acontecimientos combinados despertaron de nuevo el poco adormecido ardor del jóven marino, y aunque conoció que ya tenia una familia por quien mirar, experimentó el deseo de devolver al enemigo la moneda de la cicatriz de que tanto se gloriaba su esposa. Obtuvo una patente á bordo de un corsario, verificó algunos cruceros con buen éxito, y al estipularse la paz, pudo comprar un bergantin apresado á cuyo bordo navegó hasta el año de 1790. En aquella época, el capitan (que así denominaban generalmente á mi padre), tuvo que volver á América á consecuencia de la muerte de mi abuelo; y como era hijo único, heredó la posesion, segun dije anteriormente, y seis mil libras en metálico que quedaron de la herencia, sirvieron para casar á mis dos tias con hombres de su clase.

Mi padre no volvió á embarcarse y pasó el resto de sus dias en su posesion, escepto un invierno que fué á Albany en clase de representante del condado. Teníase entonces á grande honor representar un condado; pero el abuso del principio electoral ha producido despues modificaciones importantes. En aquella época, un miembro del congreso era un personaje; hoy, no es mas que un miembro del congreso.

Mi padre solo dejó dos hijos: mi hermana Engracia y yo. El suceso terrible que redujo á mi madre á la mas triste de las

condiciones para una mujer que ha vivido feliz con su esposo, aconteció en el año 1794. Tenia yo á la sazón trece años, y Engracia entraba en el undécimo.

El riachuelo que atraviesa nuestro valle, se precipita en un rio pequeño afluente del Hudson (1). En el sitio en que el terreno forma un declive mas bajo que el nivel de la alquería, poseíamos un molino que nos era de suma utilidad y nos daba algunos productos, pues servia para moler todo el grano que consumíamos, y los desperdicios constituian una parte muy esencial del alimento de los cerdos y bueyes. El molino era el punto en que se concentraban todos los productos de la alquería, y habia un embarcadero en la orilla de una ensenada inmediata al Hudson, de la cual salia un *sloop* (2) todas las semanas para la ciudad. Mi padre pasaba la mitad del tiempo en el molino ó en el desembarcadero, vigilando á los trabajadores, dando órdenes para la estiba del *sloop*, é inspeccionando la marcha del molino. Tenia algunos conocimientos de mecánica, y habia sugerido buenas ideas al constructor que iba de tiempo en tiempo á hacer composturas; pero se exageraba su propio mérito. Era inventor de un nuevo procedimiento para acelerar ó suspender el movimiento de la máquina, método que ignoro en qué consistia, porque no se volvió á tratar de él en Clawbonny despues del acontecimiento fatal.

Cierto dia, queriendo mi padre convencer al constructor de la superioridad de su sistema, hizo parar la máquina y se colocó encima de la rueda grande para demostrar que tenia plena confianza en su invento: el maquinista movió la cabeza con un gesto de incredulidad, que provocó por parte de mi padre estrepitosa risa; pero de pronto perdió su dominio la fuerza de represion, el agua se precipitó en los cubillos de las haceñas, y giró la rueda arrastrando consigo á mi infortunado padre. Fui testigo de aquel espectáculo desastroso;

(1) Rio caudaloso del Estado de Nueva York que desemboca en el Atlántico. (N. del T.)

(2) Balandra hermudeña.

la fisonomía de mi padre estaba risueña todavía en el instante en que el movimiento de rotacion le sustrajo de mi vista. El maquinista consiguió detener inmediatamente la rueda, que despues de haber dado una sola vuelta, se halló de nuevo en su primera posicion. Lancé un grito de alegría al ver á mi padre en el mismo sitio y en mi concepto sano y salvo. Con efecto, hubiérase librado de aquel peligro á no ser por un accidente fatal; se habia agarrado á la rueda con toda la tenacidad de un marino, y pasado por debajo de ella sin sufrir lesion alguna, pero al volver á subir se habia herido en una sien al cruzar por entre uno de los cubillos, y una viga saliente. Todo esto aconteció con tal rapidez, que su cuerpo inanimado se hallaba de pié todavía encima de la rueda, sostenido por un clavo en que estaba enganchada su ropa.

Este fué el primer pesar profundo que tuve en mi vida. Siempre habia considerado á mi padre como una parte integral de la creacion, y apenas creia en la posibilidad de su muerte; durante muchos años despues no cesaba de soñar con aquel espectáculo espantoso. A la edad que yo tenia á la sazón, revístense todas las sensaciones de una forma plástica que sirve para perpetuar su duracion, y el dolor se apoderó despóticamente de mi alma. Mucho tiempo despues del acontecimiento nos mirábamos con frecuencia Engracia y yo, sin pronunciar una palabra, y corria abundoso llanto por nuestras mejillas. Solo nos comunicábamos por medio de nuestra mútua emocion, pero ninguna palabra habria sido tan enérgicamente espresiva. Todavía en la actualidad recuerdo temblando la angustia de mi pobre madre. El molinero la habia mandado llamar, y cuando llegó ignoraba aun toda la estension de su infortunio. Nunca olvidaré el excesivo dolor que produjo en ella la terrible verdad que llegó á presenciarse; permaneció sin conocimiento durante algunas horas, volviendo en sí para desmayarse de nuevo, y cuando recobró el uso de la palabra, prodigó al cadáver las espresiones que la dictaban su ternura y vivo cariño: hubo

un instante en que pareció querer despertar al que se había dormido para siempre, diciéndole con voz solemne: «¡Padre mio, querido padre! abrid los ojos y mirad á vuestros hijos; no los abandoneis!»

Así empleaba para el padre de sus hijos los términos mas tiernos y esplicitos de que puede hacer uso una mujer; pero todo fué en vano. El cadáver estaba tan insensible cual si nunca el espíritu divino hubiera morado en él. En la misma tarde fué llevado á la casa, y tres dias despues descansaba, á la distancia de una milla de Clawbonny, en el cementerio al lado de sus generaciones de abuelos. El servicio fúnebre produjo tambien honda impresion en mi ánimo. Teníamos en el valle algunos miembros de la Iglesia de Inglaterra, y la intermediacion de un templo anglicano habia influido mucho para el establecimiento del anciano Miles Wallingford, el primero de su nombre. En aquella iglesia pequeña, reducido edificio de piedra con un techo elevado y puntiagudo, sin campanario ni sacristia, era donde todas las personas de mi familia habian sido bautizadas y depositadas para su entierramiento. El escelente Mr. Hardinge, eclesiástico de buen corazon y carácter bondadoso, leyó el oficio de difuntos para el hombre á quien su padre administrara el baustismo en el propio recinto.

El tiempo habia producido variaciones entre nuestros vecinos, pero la mayor parte de ellos tenian una especie de derecho hereditario á la estimacion pública; á este número pertenecia nuestro sacerdote, que habia casado á mis padres. Resonaron nuestros sollozos en la iglesia, y mi pobre hermanita lanzó un grito desgarrador al oir caer sobre el ataud la primera paletada de tierra. Evitaron que presenciase mi madre aquella escena lúgubre, que no habia podido soportar, y permaneció arrodillada en casa durante la mayor parte del dia de la inhumacion.

El tiempo atenuó nuestros pesares, pero mi madre, mujer de exquisita sensibilidad, nunca se repuso de los efectos que produjera en ella su irreparable pérdida. Habia consagrado

harto completamente su afecto á Miles Wallingford para que pensara en contraer segundas nupcias, y creo que nos amó menos aun como á hijos, que como á representantes del difunto. Su salud se fué debilitando gradualmente, y tres años despues, Mr. Hardinge la depositaba al lado de su esposo. Engracia y yo estábamos advertidos con un mes de anticipacion de la proximidad del momento fatal, y habíamos procurado prepararnos todo lo posible. Mr. Hardinge nos condujo á la cabecera de la moribunda.

—Habeis bautizado á mis dos hijos queridos, le dijo con voz alterada, los habeis señalado con el signo de la cruz en conmemoracion de Jesucristo que murió por redimirnos: ahora voy á hacer un llamamiento á vuestra amistad y á vuestra evangélica solicitud. Vigiladlos en esa edad crítica en que son mas profundas y mas fáciles de recibir las impresiones. Dios premiará las bondades que tengais con los huérfanos de vuestros amigos!

El escelente sacerdote, que vivia menos para sí que para los demás, prometió cuanto le pedian, y el alma de mi madre se desprendió de la materia! La muerte de mi madre nos causó, empero, menos sentimiento que la de mi padre, no porque la quisiéramos menos, sino porque habíamos visto bastantes ejemplos de su abnegacion para estar convencidos de que su fallecimiento solo era un tránsito á mejor vida. Habria sido puro egoismo sentir su muerte, y nuestra afliccion se hallaba mezclada con una especie de alegría: nuestra madre se veia libre ya de un sufrimiento cruel, y cuando contemplé por vez postrera su rostro amado, pensé con dulce alegría que ya no ejercian dominio alguno sobre ella los pesares, y que moraba su alma entre los bienaventurados.

Poco tiempo despues tuve una conversacion con Mr. Hardinge, que me enteró por primera vez de las disposiciones testamentarias de mi padre. Me legaba la alquería, el molino y los instrumentos agrícolas en propiedad absoluta, reservando el usufruto á mi madre hasta la época de mi mayor edad; llegada esta, debia yo ponerla en posesion de una parte de

la casa y pagarle una renta anual de trescientas libras. Engracia tenia cuatro mil libras en dinero contante, y el testamento me aseguraba la posesion de los demás bienes inmuebles, cuyo producto ascendia á quinientos pesos anuales. Como las tierras daban una renta de mas de mil pesos, independientemente de nuestro consumo, me hallaba con los recursos suficientes para un hombre acostumbrado á una vida regular y sencilla.

Mr. Hardinge, ejecutor testamentario, fué nuestro tutor, lo cual nos era tanto mas grato, quanto que profesábamos sumo afecto á sus dos hijos, cuya edad era proporcionada á la nuestra. Ruperto Hardinge tenia un año menos que yo, y su hermana Lucía era seis meses mas joven que Engracia.

Ruberto Hardinge no era muchacho capaz de inspirar satisfaccion á su padre por su aplicacion y conducta. Yo era mejor estudiante que él, y Mr. Hardinge, un mes antes del fallecimiento de mi madre, habria juzgado que me hallaba ya en estado de entrar en el colegio: pero aquella no quiso enviarme á él antes de que mi condiscípulo estuviera pronto á seguirme, y este retraso modificó singularmente mi carrera.

Mi padre me destinaba á la toga, pero yo tenia antipatia á todo trabajo profundo de inteligencia, y si me gustaba la lectura, era mas bien para divertirme que para instruirme. Ruperto aborrecia aun mas que yo el estudio y la sujecion: su padre tenia una piedad sincera y rogaba con fervor al cielo para que su hijo llegara á hacerse digno de ejercer el santo ministerio. Lucía se regocijaba con la idea de ver á su hermano celebrar los officios divinos en el mismo sitio en que su padre y su abuelo adoraron á Dios; en lo cual demostraba tener menos en cuenta el bienestar temporal de Ruperto, que sus intereses espirituales, porque el beneficio solo estaba dotado con ciento cincuenta libras, á las que estaban anejos la casa y veinte y cinco acres de tierra. El sacerdote los cultivaba sin remordimiento alguno, con el auxilio de dos esclavos varones que le legara su madre.

Tambien tenia yo una docena de esclavos negros que se habian propagado despues de la adquisicion de Clawbonny: de este número, tres hombres y cuatro mujeres eran útiles por su asiduidad al trabajo, pero los demás gustaban del *frío niente*, y se aprovechaban del privilegio que tenian de disfrutar casa, alimentos y ropa, hecha abstraccion del mérito de su trabajo. Tambien habia en nuestra cocina unos cuantos chicuelos negros que se revolcaban por el césped en el verano, y se acurrucaban tan cerca del fuego en el invierno que se les hubiera podido creer incombustibles. Todos aquellos negros llevaban el nombre patronímico de Clawbonny: habia Hector Clawbonny, Venus Clawbonny, César Clawbonny, Rosa Clawbonny, que era negra como un cuervo, Romeo y Julieta Clawbonny, Faraon, Putifar, Sanson y Nabucodonosor Clawbonny. Este último, al que por abreviatura llamaban Nab, tenia próximamente mi edad, y habia compartido los juegos de mi infancia. Cuando empezó á ser útil, le hacia dejar con frecuencia su trabajo para navegar con él sobre el Hudson en un bote que dirigia por mi mano. El trato franco y amistoso que yo le prodigaba le habia hecho ser para mí un compañero fiel. Gustábale la vida errante, y aumentaba la predisposicion que teníamos Ruperto y yo á la pereza. La primera vez que hice novillos en la escuela fué por culpa de Nabucodonosor, quien sostuvo con imperturbable aplomo que las castañas de la montaña eran mejores que todos los libros clásicos.

He olvidado decir que la muerte de mi madre habia producido un cambio inmediato en el interior de nuestra casa: Mr. Hardinge, conformándose con las instrucciones que recibiera de ella, se estableció en Clawbonny con sus hijos, y desde entouces no hubo en toda la América una reunion de cuatro jóvenes mas feliz que la nuestra. Anteriormente solo podíamos vernos una vez por dia; desde aquella época nos vimos á todas horas. Nos apresurábamos á levantarnos por la mañana para proseguir los juegos interrumpidos la noche anterior. Estábamos á la sazón en otoño, época de va-

caciones, y durante dos meses no hicimos mas que correr por el campo, coger fruta, presenciar la recolección de la cosecha, y hacer al aire libre un ejercicio no menos favorable para nuestras fuerzas físicas, que para la conservación de nuestro buen humor.

Puedo asegurar con jactancia que á fines del año de 1797 habria sido difícil hallar cuatro jóvenes mas dignos de llamar la atención que nosotros. Ruperto Hardinge tenia gracioso porte, mucha regularidad de facciones, modales muy distinguidos, una facilidad de elocución y una viveza de imaginación que le constituian en un compañero muy agradable. Tampoco tenia yo mala fisonomía, aunque me hallaba muy lejos de poseer las facciones notables de mi amigo. Le escedia en fuerza y actividad, mis cabellos eran de un color castaño muy oscuro, y me caian en rizos abundantes hasta los hombros. Nunca han llegado á perder completamente su belleza, y aun en la actualidad, que están blancos como la nieve, los admiran.

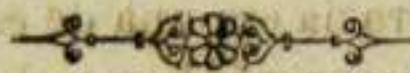
La fisonomía de Engracia era una de esas en que la naturaleza se complace en imprimir la mezcla de dulzura, franqueza y sensibilidad que los hombres atribuyen á los ángeles. Sus ojos tenían un color azul celeste, y bastaba su tierna sonrisa para desarmar mi cólera en los mayores arrebatos. Era delgada y débil, pero las formas perfectas de su cuerpo habrian podido servir de modelo á un escultor.

En cuanto á Lucía, no se hubiera hecho notar en medio de una asamblea numerosa de jóvenes americanas, en razón á que la hermosura parece ser especialmente el patrimonio de aquel país. Sin embargo, su fisonomía era agradable, y sus cabellos de ébano, sus ojos azules y la brillante blancura de su tez formaban un contraste picante.

Tenia un color levemente sonrosado, que aumentaba ó disminuía fácilmente á merced de las impresiones que recibia. Sus dientes eran magníficos, y aunque parecia ignorarlo, tenia una manera particular de mostrarlos que hubiera dado mil encantos á una fisonomía de menos atractivos

aun que la suya. Cuando estaba exenta de disgustos, su voz y su sonrisa inspiraban alegría.

Nunca me preocupó la belleza de Lucía; figurábame, sí, que era mas linda para mí que para cualquier otro, pero solo contemplaba su rostro gracioso y amable con un sentimiento de ventura y tranquilidad. Nuestras miradas, al encontrarse, no espresaban sentimiento alguno que debiera ocultarse.



---

---

## CAPITULO II.

M. Hardinge dirigió mi educación del modo mas prudente, pues en vez de poner en mis manos los libros que estaba destinado á estudiar en el colegio de Yale, lo cual habria podido servir de excusa á mi futura pereza, me dió obras elementales. Aprendí de memoria dos gramáticas, cuyos párrafos me analizó sucesivamente; me enseñó tambien el arte de medir los versos, y este talento bastaba entonces en América para formar una reputacion de hombre instruido. En seguida fijamos nuestra atencion en las matemáticas, y despues de haber profundizado la aritmética, pasé á la trigonometría y á los problemas mas esenciales de la geometría.

Confieso que profesaba insuperable aversion al estudio; en vida de mi madre, y por mera deferencia hácia ella, habríame podido decidir á estudiar leyes: pero á la sazón que ya no existia, anhelaba saber si habia espresado algun deseo relativo á este asunto. Hablé de ello á Ruperto, y me chocó la ligereza de sus respuestas.

— ¡Qué les importa á nuestros padres, me dijo, que seais

abogado, mercader, doctor ó agricultor, como vuestro padre!

—Mi padre fué marino, repliqué vivamente.

—Es cierto; la marina es una profesion honrosa y noble: nunca veo á un marino sin envidiarle. Aun no hemos estado en la ciudad, y nuestros bateleros van á ella con toda regularidad una vez por semana. Daria todo lo del mundo por ser marinero.

—¡Vos, Ruperto! pues ya sabeis que vuestro padre piensa convertiros en un buen eclesiástico.

—¡Bonita figura tendria yo en el púlpito, adornado con una sobrepelliz! Bastantes Hardinges ha habido ya en la Iglesia, y por mi parte tengo intencion de embarcarme. Ya sabreis que mi abuelo fué capitan de marina, y que hizo ordenar á su hijo; hoy debe haber un cambio, y le toca al sacerdote poner á su hijo en un buque de guerra. He leído las biografías de los marinos célebres, y no podeis imaginaros cuantos hijos de cura han entrado en la marina, y cuantos hijos de marino se han hecho eclesiásticos.

—Pero si no hay marinos en América, repuse; los Estados- Unidos ni un solo buque de guerra poseen.

—¡Tanto peor para ellos! El Congreso mandó, hace tres años, que se construyeran fragatas, pero nunca han llegado á botarse al agua. Ahora que Washington ha presentado su dimision, supongo que nada bueno se hará ya en este pais.

Como todo americano, profesaba yo profundo respeto al nombre de Washington; pero no admití las indicaciones de Ruperto, que tenia la costumbre de afirmar las cosas que deseaba, y de desear las que afirmaba. Despues de un momento de silencio continuó la conversacion.

—Sois dueño de vuestras acciones, dijo, y podeis obrar segun se os antoje. Embarcaos, y si no os conviene la profesion, no tendreis mas que volveros aquí; sereis tan dueño de todo esto cual si hubierais empleado todo el tiempo de vuestra escursion en criar ganados y segar heno.

—Olvidais, Ruperto, que soy pupilo de vuestro padre por cinco años todavía, y que tan sometido me hallo á su autoridad como vos mismo.

Ruperto se burló de mí; procuró convencerme de que en el caso de que yo tuviera aversion á la jurisprudencia, importaba sobremanera librar de toda responsabilidad á su padre, escapándome clandestinamente para embarcarme. Si pensaba dedicarme á la marina, no habia que perder tiempo, pues todos me habian asegurado que la educacion de un marino se hacia entre los diez y seis y veinte años. Por fin me separé de mi amigo con la promesa de volver á tratar muy pronto del mismo asunto.

Conocí, á pesar mio, que los artificiosos sofismas de Ruperto trastornaban las nociones que yo tenia sobre el bien y el mal, y resolví tener una esplicacion franca con M. Hardinge, revelándole mis inclinaciones, pero sin darle á conocer que podria prescindir de su aprobacion.

Pronto se presentó una ocasion oportuna, y pregunté á M. Hardinge si habia ordenado mi padre en su testamento que me enviaran al colegio de Yale á estudiar leyes. El capitán Wallingford no habia manifestado sus intenciones; pero mi madre espresó el deseo de verme licenciado en leyes, aun cuando no ejerciera la profesion de abogado. M. Hardinge, despues de haberme dado estos pormenores, se detuvo para ver la impresion que producía en mi ánimo, y viendo pintado el disgusto en mi rostro, se apresuró á añadir:

—Por lo demás, Miles, vuestra madre no os ha impuesto ley alguna; ha querido dejaros libre para escoger una carrera, lo mismo que para elegir una mujer. «Son dos casos muy importantes, dijo, que solo él debe decidir; nuestra tarea única consiste en guiarle con nuestros consejos.»

Declaré entonces á M. Hardinge el deseo que tenia de ver mundo y ser marino, lo cual le dejó estupefacto y le afligió visiblemente. Me exhortó enérgicamente á que renunciara á mis proyectos, y no sacrificara una posicion estable á los azares de una carrera arriesgada. Referí esta entrevista á

Ruperto, participándole las objeciones de su padre, algunas de las cuales tenían un carácter religioso. El jóven decidió que podia muy bien obtenerse la salvacion lo mismo en el mar que en tierra, y que observada rigurosamente la proporcion, habia mas hombres de bien en la marina que en cualquiera otra profesion.

—Ved los abogados, añadió, ¿es acaso la religion la que les dirige? Alquilan su conciencia por un tanto diario, y defienden con igual vehemencia las causas malas y las buenas.

Despues de un exámen mas ámplio de la cuestion, Ruperto, con gran sorpresa mia, me propuso escaparnos, dirigirnos á Nueva-York, y embarcarnos allí en algun buque de la compañía de las Indias. Agradóme el proyecto en lo que me concernia personalmente; pero me aterró la idea de tener por compañero á Ruperto. Me hallaba bastante seguro del porvenir para poder intentar una empresa aventurada; mas no le acontecia esto á Ruperto, pues un paso imprudente podia comprometer toda su carrera. Esta idea hubiera echado por tierra todos mis proyectos, á no haberseme ocurrido que siempre me hallaria en posicion de acudir al auxilio de mi amigo; le dije algunas palabras relativas á mi pensamiento, y respondió con tacto y discrecion. Me probó que en la época de nuestra mayor edad, él se hallaria en estado de mandar un buque, y yo experimentaria naturalmente el deseo de colocar mis ahorros en el cargamento. Las rentas de mi posesion, acumuladas durante cinco años, me suministrarían la cantidad necesaria para nuestra especulacion, y pronto se nos ofrecería un manantial inagotable de prosperidad.

—Es muy bueno, sin duda alguna, continuó, tener una bonita posesion y un molino; pero mas de un buque gana en un solo viaje el dinero suficiente para comprar una posesion como la nuestra. Dícese que los que empiezan la carrera sin recurso alguno son los que están en mejor camino para hacer fortuna, y si nos marchamos solamente con

nuestro equipaje, es evidente que empezamos sin nada. ¡Tenemos nuestra suerte asegurada!

Hallábame muy predispuesto á aprobar esta doctrina, bastante difundida á la sazón en América; pero en vano buscaba entre las personas á quienes conocia, alguna que hubiera abandonado su capital para luchar con ventaja contra concurrentes menos opulentos. Sin embargo, halagaba mi mente la idea de fabricarme mi fortuna por mí mismo. Contábanse en aquella época en las márgenes del Hudson muy pocas habitaciones que mereciesen la calificación de palacio, y me complacia en pensar que podría edificar uno en mi tierra de Clawbonny, y adquirir por mí solo los medios para hacerlo. Hallábame ya poseedor de una casa: mi ambición era tener un palacio.

Al cabo de un mes de discusiones, nos decidimos Ruperto y yo á consultar á las dos jóvenes, obligándolas á que nos prometieran guardar el mas absoluto secreto, y como pasábamos horas enteras juntos, no nos faltaban ocasiones para hacer nuestra confidencia. Mi compañero se opuso al punto á este proyecto; pero tenia yo demasiado afecto á Engracia y harta confianza en el recto juicio de Lucía para no enterarlas de nuestro intento. Hace en la actualidad cuarenta años que se verificó aquella entrevista decisiva, y aun están presentes en mi imaginación los menores detalles de ella. Estábamos sentados los cuatro en un banco rústico que mi madre habia hecho colocar al pié de una encina enorme; era el sitio mas pintoresco de la alquería, y la vista se estendia por una de las partes mas hermosas del Hudson. El agua estaba tersa como un cristal, las velas de todas las embarcaciones que se hallaban á la vista caian blandamente á lo largo de los mástiles, como para anunciar el reposo momentáneo de la actividad comercial.

Engracia experimentaba vivas sensaciones al contemplar la belleza de los paisajes, y las expresaba con una elocuencia que no era comun entre las jóvenes de su edad. Atrajo nuestra atención por medio de palabras entusiastas, á las que

contestó Lucía con una sencillez cándida, probando que participaba de los sentimientos de su compañera sin estar tan fuertemente impresionada. Aproveché aquel momento para explicarme.

—Puesto que tanto os gusta ver embarcaciones, dije á Engracia, sabreis con gusto que pienso ser marino.

Hubo un silencio de algunos instantes durante el cual fingí mirar los sloops que estaban en lontananza, pero dirigí una mirada furtiva á mis compañeras. Los dulces ojos de Engracia se fijaban con inquietud en mi rostro, y al evitarlos, no sin experimentar cierto embarazo, encontré los de Lucía que me contemplaban con igual atencion, y cual si no diera crédito á lo que escucharan sus oídos.

—¡Marino, Miles! repitió lentamente mi hermana; creí que era cosa convenida dedicaros á las leyes.

—Nada de eso. Tengo intencion de correr mundo Ruperto...

—¿Y bien? Ruperto va á ordenarse para suceder á su padre, aunque espero que esto último sea lo mas tarde posible.

Ruperto afectaba la mayor sangre fria, y silbaba entre dientes; pero la sorpresa y el tono solemne de mi hermana producian en nosotros una impresion involuntaria.

—Vamos, amigas mias, dije al fin, ya es inútil el disimulo; pero acordaos bien de que lo que voy á deciros: es un secreto inviolable para todos.

—Escepto para M. Hardinge, respondió Engracia; si teneis intencion de ser marino, debe saberlo.

—Eso es considerar superficialmente nuestros deberes, repliqué, empleando una frase habitual de mi amigo; es no distinguir convenientemente sus nombres de sus sustancias.

—No os comprendo, hermano mio; M. Hardinge debe saber de todos modos la profesion que os propongais adoptar. Acordaos de que ocupa el lugar de un padre para con vos.

—Supongo que admitireis que es aun mas padre para Ruperto que para mí.

—¡Ruperto otra vez! ¿qué tiene que ver él con vuestros deseos de embarcaros?

—Todo lo sabreis, pero dadme vuestra palabra de guardar-nos el secreto.

—Prometedlo, Engracia, dijo Lucía con voz temblorosa y débil; es el único medio de saberlo todo, y quizás nuestros consejos puedan influir algo en el ánimo de estos dos tercios.

—¡Estos, dos tercios! repitió Engracia. ¿Creéis, Lucía, que quiera renunciar Ruperto al sacerdocio y embarcarse con mi hermano?

—Los jóvenes son capaces de todo, querida mia; hagámosles la promesa que exigen, y sabremos en seguida á qué atenernos.

—¡Os prometo guardar el secreto! dijo mi hermana con una solemnidad que me aterró.

—Y yo tambien, añadió Lucía, pero con voz tan baja que tuve que inclinarme para oirlo.

—Eso está muy bien: me encanta veros tan razonables... Ruperto y yo estamos determinados á embarcarnos.

Las dos jóvenes nos contestaron con exclamaciones que fueron seguidas de un silencio prolongado.

—En cuanto á las leyes, ¡váyanse al diablo! añadí resuelto á mostrarme todo un hombre. Nunca hubo un Wallingford abogado.

—Pero ha habido Hardinges eclesiásticos, dijo Engracia, y se esforzó por sonreirse; sin embargo estaba su fisonomía tan triste, que aun hoy, al recordar su espresion, me conmuevo.

—Tambien hemos tenido parientes en la marina, interrumpió Ruperto con mas energía de la que yo esperaba hallar en él. El abuelo de mi padre era oficial á bordo de un navío del Estado.

—Y mi padre era el capitan Wallingford.

—Pero los Estados-Unidos no tienen marina, dijo Lucía con tono suplicante.

—¡Qué importa! no faltan buques; el mundo es tan gran

de, el Océano tan estenso cual si tuviéramos una marina para cubrirle por entero. Esa objecion flaquea por su base, ¿verdad, Ruperto?

—Seguramente.

—Lo mismo puede uno embarcarse en un buque de la compañía de las Indias que en un navío de línea, continué irguiéndome con aire de importancia. Subiré muy gustoso á bordo de una de esas embarcaciones que van á Calcuta y doblan el Cabo de Buena Esperanza, siguiendo las huellas de Vasco de Gama. Presumo que valgan tanto y mas que nuestros sloops de Albany.

—¿Qué es eso de Vasco de Gama? Preguntó Lucía.

—Era un noble portugués que descubrió el Cabo de Buena Esperanza, le dobló antes que nadie, y desembarcó en las Indias. Ya veis, amigas queridas, que hasta nobles hay en la marina; ¿por qué no hemos de formar parte de ella Ruperto, y yo?

—Sin duda, Miles, respondió mi hermana, toda profesion es conveniente cuando es honrada. ¿Habeis hablado á Mr. Hardinge de vuestros proyectos?

—Hablarle precisamente de ellos, no: solo hemos hecho algunas vagas alusiones, aunque quizás de un modo que no fueran comprendidas.

—¡Nunca dará su consentimiento! exclamó mi hermana con acento de triunfo.

—Por eso intentamos pasarnos sin él; cuento marchar la semana próxima con Ruperto, sin avisar á Mr. Hardinge.

Reinó de nuevo un silencio prolongado y elocuente, durante el cual Lucía se tapó la cara entre sus manos; mi hermana no procuró ocultar su llanto.

—Seria una barbárie dejarnos de ese modo, dijo por fin Engracia.

Toqué á Ruperto con el codo, para pedirle auxilio, pero se contentó con responder del mismo modo y segun mis interpretaciones, aquella señal equivalia á decir:—Habeis entablado el asunto, encargaos de terminarle. Renunciando, pues, á su apoyo, proseguí en estos términos:

—Hemos reflexionado maduramente nuestro plan de conducta.

—Si se supiera la verdad, replicó Engracia, veríase que en este momento mismo os está dirigiendo reconvenciones vuestra conciencia.

—¿Reconvenciones? exclamé. En vuestra vida habeis incurrido en mayor error, puesto que ambos estamos muy satisfechos de nuestra conducta. No hay en todo el estado de Nueva Yorck dos jóvenes mas contentos de sí mismos que Ruperto y yo.

En aquel momento, Lucia, cuyos ojos estaban preñados de lágrimas, levantó la cabeza y prorrumpió en una carcajada estrepitosa.

—Creedlos, querida Engracia, dijo. Son dos atolondrados, extraviados por su excesivo amor propio, pero mi padre sabrá ponerlos en razón.

—Vuestro padre, señorita, solo despues de nuestra partida y por vos misma llegará á tener noticia de nuestra resolución, pues queremos librarle de toda responsabilidad.

—Hé ahí espresiones de Ruperto, exclamó Lucia. Dejemos estos jóvenes á mi padre, Engracia: él tomará sobre sí la responsabilidad de poner término á sus desvarios.

La hilaridad nerviosa de Lucia, estuvo á punto de provocar mi cólera y tenia deseos ya de mandarla á paseo; pero me contuve por consideracion á Engracia en cuyo rostro leía tanto amor fraternal.

—Ya lo veis, continué, pretenden que Mr. Hardinge nos detendrá si llega á saber nuestros proyectos. Dirán: es un eclesiástico; ¿no ha de tener autoridad suficiente para mantener en el cumplimiento de sus deberes á dos chicos de diez y seis y diez y siete años? Queremos evitarle la censura del público, ocultándole nuestra partida, y esto es lo que yo llamo descargarle de toda responsabilidad. Contamos con marchar la semana próxima, en cuanto nos concluyan la ropa que hemos mandado hacer pretestando que queríamos tener trajes de bateleros. Bajaremos el rio en el barco de ve-

la y nos acompañará Nabucodonosor para traérsele. Ahora que lo sabeis ya todo, es inútil dejar una carta para Mr. Hardinge, porque tres horas despues de nuestra partida, sereis libres para decírselo. Estaremos ausentes durante un año, al cabo del cual regresaremos para veros y nos reuniremos de nuevo con sumo gusto, pues ya no seremos niños, sino jóvenes.

Este último cuadro, ligeramente bosquejado, consoló á entrambas jóvenes. Ruperto, que hasta entonces se mantuviera constantemente en segundo término, acudió entonces á apoyarme, y con sus palabras sùtiles y melosas, consiguió dar la apariéncia del bien al mal. Si no engañó á su hermana, parecióme, al menos, que lo conseguia con la mia; Lucía, á pesar de su sensibilidad, tenia muy sano juicio y nunca dejaba de descubrir los sofismas de su hermano.

En los dias que siguieron á esta conferencia, esforzaronse todo lo posible las dos jóvenes para escitarme á que pidiera la debida autorizacion á Mr. Hardinge: pero todo fué en vano; contábamos con la seguridad de su palabra y permanecimos firmes en nuestro propósito.

En cuanto á Nabucodonosor, recibió la órden de preparar el barco para el martes siguiente; queríamos dar á la vela un dia despues de la salida semanal del *Wallingford de Claw-bonny* (este era el nombre del sloop); habia yo calculado la marea y sabia que el *Wallingford* saldria al mar á las nueve de la mañana.

El martes fué un dia muy triste para todos, escepto para M. Hardinge, que no habia concebido la menor sospecha. Ruperto tenia remordimientos, y á cada instante se llenaban de lágrimas los ojos de ambas jóvenes. Engracia era la que estaba mas tranquila de los cuatro; y he sospechado despues que habia tenido alguna conferencia con mi ingenioso camarada, que poseia el don de la persuacion en un grado verdaderamente extraordinario. Lucía me pareció que habia llorado durante todo el dia.

A las nueve de la noche se separaba la familia, despues de

haber recitado las oraciones; nos acostamos inmediatamente, y M. Hardinge velaba por lo general hasta las doce. Esta costumbre suya, de la que estábamos bien enterados, nos obligaba á tener mucha prudencia. Nos habíamos despedido precipitadamente de las dos jóvenes, fingiendo que nos retirábamos á nuestras habitaciones: en el momento en que el reloj de la torre daba las once, pudimos escaparnos de la casa. Teníamos el corazón oprimido; pocas personas dejan el techo paterno sin pensar en los lazos que van á romper y en los azares á que van á esponerse. Andábamos de prisa con el mayor silencio, y en menos de media hora llegamos al muelle.

Ya iba yo á hablar á Nabucodonosor que nos aguardaba en el barco, cuando ví con sorpresa á Engracia y á Lucía. Venían á despedirnos, y me causó estremada angustia hallar á aquellas dos jóvenes delicadas tan lejos de su casa, en una hora tan avanzada de la noche. Procuré convencerlas para que se retiraran inmediatamente, mas no quisieron escuchar observacion alguna sobre el particular.

Ignoro cómo aconteció que, en el momento de separarnos, cada uno de nosotros, en vez de dirigirse á su propia hermana, se dirigió á la del otro. Por muy extraño que pueda parecer este hecho, no es menos positivo, y aunque no teníamos pensamiento alguno de amor, obedecíamos á un impulso instintivo. La buena Lucía me obligó á aceptar seis monedas de oro; se las habia dado su madre, y la oí decir con frecuencia que solo en el último extremo queria gastarlas. Sabia que yo no poseia á la sazón mas que cinco pesos, y uno Ruperto; la dije quediera á este su oro.

—No, contestó; hareis de él un empleo mas prudente, mas razonable y mas ventajoso para vuestros mútuos intereses. Además, sois rico y podreis devolvérmele; es un préstamo que os hago, al paso que á Ruperto seria una dádiva.

Me fué imposible rehusar aquel dinero, y le tomé con el firme propósito de restituirle algun dia con usura. Despues estreché á Lucía entre mis brazos, y la besé seis ó siete ve-

ees con ardor, lo cual no habia hecho desde dos años antes. Ignoro si Ruperto besó á Engracia, porque durante esta entrevista estuvimos constantemente á veinte pasos el uno del otro.

—;Escribid, Miles! ;escribid Ruperto! gritaron ambas jóvenes á un tiempo mientras desatracábamos de la orilla.

—Durante algunos minutos pudimos seguir con la vista á nuestras amadas compañeras; pero una sinuosidad del terreno puso entre ellas y nosotros una oscura masa de tierra.

De este modo salí de Clawbonny en el mes de setiembre de 1797. Tenia á la sazón diez y siete años menos algunos dias; Ruperto contaba seis meses mas, y Nabucodonosor le llevaba un año. Todo lo que poseíamos estaba en la embarcacion, menos nuestros corazones: el mio se habia quedado en la orilla con las dos criaturas amadas á quienes acabábamos de dejar; el de Ruperto estaba suspenso, pues imagino que nunca se desprendia completamente del lugar que le asignara la naturaleza.



## CAPÍTULO III.

Habíamos elegido perfectamente la hora de la salida, pues principiaba el reflujo, y la embarcacion bajó rápidamente; de otro modo, aunque hubiera habido brisa en el rio, la altura de las orillas habria impedido que la sintiera nuestro barco. Era este bastante grande, con aparejo de balandra y con solo medio puente, pero los vigorosos brazos de Nabucodonosor le imprimieron una marcha rápida. Trabajaba con todo el ardor de un verdadero negro cimarron; yo tambien era un remero hábil; mi padre me habia dado algunas lecciones, y durante siete meses del año me ocupaba casi diariamente en este ejercicio. No tardé en ayudar á Nab: excitábame lo novelesco de nuestra posicion y el temor de que nos descubrieran, temor que en concepto mio debe acompañar á todas las empresas clandestinas. Tomé uno de los remos, y en menos de veinte minutos nuestra embarcacion, á la que habíamos bautizado con el nombre de la *Engracia y Lucia*, salió de entre las escarpadas orillas del Hudson y se aproximó á la embocadura.

Nabucodonosor lanzó un grito de alegría salvaje cuando,

al cesar de hallarnos á cubierto, sentimos el agradable soplo de la brisa. Al cabo de tres minutos habíamos izado la vela mayor y el foque, aflojado la escota y puesto la caña del timon del lado del viento, y bajamos por la corriente andando á razon de cinco millas por hora. Me puse al timon, porque Ruperto era harto indolente para trabajar sin necesidad, y Nabucodonosor demasiado humilde para aspirar á tan honrosas funciones cuando estaba dispuesto su amo á desempeñarlas. En aquella época, los patrones de los barcos que navegaban sobre el Hudson tenian tan arraigado el hábito de gobernarlos por sí mismos, que la mayor parte de los ribeños estaban persuadidos de que lord John Jeruis, lord Auson y otros almirantes ilustres de Inglaterra se entretenian en manejar la caña del timon en medio del Océano. Me acuerdo todavía de las alegres carcajadas que lanzó un dia mi desgraciado padre cuando le preguntó M. Hardinge cómo tenia tiempo de dormir, viéndose precisado á estar noche y dia al lado del timon. Éramos muy novicios en Clawbonny en la mayor parte de las cosas de la vida.

La hora que siguió á nuestra salida del rio, fué una de las mas penosas que he pasado en mi vida. Me acordé de mi padre, de su franqueza, de su generosidad para conmigo, y de los consejos que me dió, y de que á la sazón prescudia yo abiertamente. Luego se me representó la imágen de mi madre con su ternura, sus sufrimientos, sus oraciones y sus exhortaciones afectuosas y graves á la par. Me pareció que mis padres me contemplaban con dolor, pero sin dirigirme reconvenciones, ó que me aconsejaban retrocediera, demostrándome las consecuencias del paso que daba. Me representaba mi imaginacion á Engracia y Lucía, su llanto, sus amonestaciones, sus esfuerzos para hacerme renunciar á mi proyecto, sus ruegos para que las escribiera y no estuviera ausente mucho tiempo, y su despedida tierna y cariñosa. Tampoco olvidaba á M. Hardinge, y la desesperacion que le causaria verse privado, no solo de su pupilo, sino tambien de su hijo. Luego, el mismo Clawbonny, la casa, el huerto,

el jardín, las praderas, el molino, todas las dependencias, en fin, de la alquería adquirirían doble valor á mis ojos. Parecían otros tantos lazos que ligaban mi corazón, y como ha dicho un poeta: «Intérnase el aventurero en un nuevo mundo, y á cada instante se prolonga la cadena que arrastra.»

Hallábame maravillado con la tranquilidad de Ruperto; aun no había estudiado profundamente su carácter, pero sabía que llevaba siempre consigo mismo al objeto principal de sus afecciones. En cuanto á Nabucodonosor, ya fuera por instinto ó tradición, afectó no volver ni un solo instante la cabeza hácia el sitio que acabábamos de dejar; no creo, sin embargo, que tuviera la menor idea de estar realizando una fuga: sus dos amos estaban presentes, sabía que me pertenecía en toda propiedad, y sin duda estaba en la persuasión de que al seguirme no faltaba á sus deberes. Además, tenía yo intención de mandarle regresar á Clawbonny con el barco.

Ruperto no se cuidaba de hablar, había cenado abundantemente, y tenía sueño; yo estaba harto absorto en mis reflexiones para entablar la conversacion. Esperimenté una especie de placer triste en hacer el cuarto durante la noche; esta ocupacion reanimó mi ardor hácia la carrera marítima. Así pues, al llegar la media noche me encargué del primer cuarto, diciendo á mis compañeros que se echaran á dormir debajo del puente. Colocáronse sin hablar una palabra: Ruperto se acostó á fondo de cala, y Nabucodonosor dejó sus piernas espuestas á la intemperie.

Refrescó la brisa, y durante algun tiempo creí que sería preciso coger rizos; sin embargo, conseguí manejar solo las cuerdas, y corrimos con viento en popa. Cuando desperté á Ruperto á las cuatro de la mañana, navegábamos entre montañas elevadas; por la forma del terreno y el aspecto de las casas que se distinguían confusamente á la derecha, conocí la bahía de Newburry, límite que nunca habíamos traspuesto; solo una vez estuvimos en Fishkill-Landing, paraje situado en frente de la aldea que dá su nombre á aquella parte del río.

Ruperto se puso al timon, y Nabucodonosor no me despertó hasta las diez. Despues supe que Ruperto habia gobernado el buque solo una hora, y que calculando que habian de transcurrir cuatro horas desde las cinco hasta las nueve, juzgó oportuno compartir con el negro la gloria de aquella escursion nocturna. Cuando abrí los ojos, Ruperto dormia profundamente á mi lado.

El dia estaba hermoso, y mientras almorzábamos admiramos parajes enteramente nuevos para nosotros; hácia el medio dia sopló el viento del sur y el flujo nos obligó á echar el ancla. Estaba próximo á ponerse el sol cuando divisamos á Nueva-York. Lo primero que observamos fué la cárcel del Estado, que acababa de ser construida; Nabucodonosor la consideró con aire grave y opinó que tenia mal aspecto: por mi parte la miré con cierto terror.

En 1797, la ciudad de Nueva-York principiaba á corta distancia de la calle de la Aduana; entre la pequeña aldea de Freenwich, que rodeaba la cárcel, y la ciudad propiamente dicha, se estendia un espacio sembrado de casas de campo. La iglesia de San Juan no existia, y en el sitio que hoy ocupa y sus inmediaciones habia algunos pantanos. Al costear los muelles vi por primera vez lo que era un mercado, porque en las aldeas del interior no los habia; llamábanle entonces el mercado del Oso, en razon á ser la carne de este animal lo primero que allí se vendió; pero los progresos modernos han sustituido aquella denominacion con el nombre glorioso de Washington.

En la dársena de Albany conocimos el tope de mastelero del sloop el *Wallingford*; se le indiqué á Nabucodonosor para que llevara despues nuestra embarcacion á su costado y desembarcamos en White-Hall, que tan célebre ha sido despues por la habilidad de sus remeros. En seguida conduje á Ruperto á una posada de marinería cuyas señas me habian dado, y cuyo camino nos enseñó un niño mientras se preparaba el negro para llevar el barco al sloop.

Al amanecer estaba ya Nabucodonosor á mi cabecera,

anunciándome que la *Engracia y Lucia*, se hallaba en completa seguridad al costado del *Wallingford*, y espresó con vehemencia el deseo de acompañarme hasta el momento de mi embarque; le permití que me siguiera á cierta distancia únicamente, porque la presencia de un criado negro habria podido impedirme que hallara un sitio en el castillo de proa.

Éra tal mi presuroso anhelo por hallar un buque, que no me detuve á recorrer la ciudad, y aunque Ruperto queria ver sus curiosidades mas notables, hice oídos de mercader y conseguí que me acompañara. Al vernos pasar, cualquiera nos hubiera tomado por dos grumetes jóvenes y robustos que, á la vuelta de un viaje lucrativo, vestidos con limpieza y lujo, recorrian los muelles para admirarlos.

El comercio de América tenia una actividad sorprendente en 1797, á pesar de la guerra que reinaba entre la Francia y la Inglaterra, y en cada marea entraban ó salian varios buques. Nos dirigimos hácia Fly-Markes (el mercado de la mosca), en cuyas inmediaciones nos habian dicho que hallaríamos buques de la compañía de las Indias. Antes que atravesar simplemente el Oceano Atlántico, preferíamos hacer un viaje en uno de dichos buques, tanto por la superioridad de la construccion de estos, como por ser mas larga la navegacion.

Miraba yo el espectáculo que tenia ante mí vista con los ojos desmesuradamente abiertos; contemplaba por primera vez buques de tres palos, y nunca el aficionado á las artes mas entusiasta se ha estasiado á la vista de un cuadro ó de una estatua con mas admiración que la que yo experimenté al ver el aspecto imponente de los navíos. Tenia en Claw-bonny un modelo pequeño que habia estudiado bajo la direccion de mi padre con la perfeccion suficiente para conocer los nombres de todas las jarcias y tener una idea de su uso, cuyas nociones elementales me eran entonces de suma utilidad; pero tenia mucha dificultad para distinguir en grande escala los aparejos que habia observado en proporciones muy

reducidas. En medio del intrincado laberinto que subía hacia el cielo, conocí los obenques, los estais y las vergas, pero me fué imposible definir el resto de las jarcias.

Eran las doce del día cuando nos acercamos á un lindo buque pequeño de cuatrocientas toneladas, llamado el *John*; y le califico de pequeño, aunque en aquella época se le consideraba como de un porte notable. El *Manhattan*, que escedía en mucho á los demás que se hallaban surtos en el puerto, solo tenía unas setecientas toneladas, y pocos buques de la compañía de las Indias median mas de quinientas. Aun me parece que tengo ante la vista el *John* despues de un intervalo de cerca de cincuenta años.

Era una embarcacion angosta, cuyos mástiles y vergas estaban pintadas de blanco. Al subir á bordo hallamos á los oficiales ocupados en vigilar á los estivadores; el primer contra-maestre, que se llamaba M. Marbre, guiñó un ojo al capitan en cuanto nos vió.

—Entrad, señores, entrad, dijo con acento benévolo. ¿Hace mucho tiempo que habeis salido de la aldea?

Esta pregunta produjo una risa general; entonces ví que era preciso tener resolucion, y contesté:

—Dejamos nuestra casa ayer noche, con la esperanza de hallar ajuste en uno de los buques que salen en esta semana.

—En esta semana, no, hijo mio, dijo M. Marbre con tono alegre: contamos de domingo á domingo, y no saldremos hasta la semana próxima. ¿Cómo habeis dejado á vuestros padres?

—No los tengo, repliqué; he perdido á mi madre hace pocos meses, y mi padre, el capitan Wallingford, murió años atrás.

El capitan del *John* era un hombre de unos cincuenta años, de color subido, con el rostro señalado por las viruelas; tenía un aspecto de dureza que denotaba carencia absoluta de sensibilidad; sin embargo, manifestó tener alguna al oírme pronunciar el nombre de mi padre. Dejó sus ocupaciones, se acercó á mí, y mirándome bondadosamente me preguntó en voz baja:

—¿Sois hijo del capitán Miles Wallingford, que vivía en la parte de arriba del Hudson?

—Sí señor; solo ha dejado un hijo y una hija, y aun que cuento con recursos muy suficientes para vivir, deseo seguir las huellas de mi padre, como buen marino y hombre honrado.

Pronuncié estas palabras con un ardor y un acento varonil, que sin duda debieron producir buen efecto; porque el capitán, después de haberme sacudido cordialmente la mano, me invitó á que entrara en la cámara, donde estaba servida la comida, y juzgo inútil decir que Ruperto participó de todos estos favores. En seguida tuvieron lugar las esplicaciones. M. Robbins, capitán del *John*, había hecho su aprendizaje con mi padre, al que tributaba todavía profundo respeto, después había seguido en el mismo buque, y parecía deberle grandes favores. Hízome sufrir un interrogatorio riguroso, y halló muy natural que el hijo único de Miles Wallingford quisiera ser marino.

Durante la comida se convino en que Ruperto y yo formaríamos parte de la tripulación en clase de grumetes, y se firmó el contrato en cuánto saltamos en tierra. Tuve la satisfacción de inscribir á Miles Wallingford en el rol del equipaje, á razon de diez y ocho pesos mensuales; el de los marineros era entonces de treinta á treinta y cinco pesos al mes.

Tambien se enganchó Ruperto; pero el capitán Robbins redujo su paga á trece pesos.

—Es imposible, dijo chanceándose, que el hijo de un eclesiástico valga tanto como el de uno de nuestros mejores capitanes.

Volvimos á la posada á acostarnos y nos despedimos de Nabucodonosor, que debía marcharse con el *sloop* y dar noticias nuestras á la familia. Al día siguiente se trasportaron nuestros equipajes á bordo del *John*, y el capitán nos pagó tres meses adelantados y nos hizo vestir el traje de nuestra nueva profesion. Ruperto fué á pasearse sobre cubierta y fumar un

cigarro mientras exploraba yo el buque; el capitán y el teniente se sonreían al ver mis movimientos y oí á M. Robbins que decía al primer contramaestre:

—Me parece estar viendo al viejo Miles Wallingford en persona.

Habia ya dicho á los contramaestres que conocía los nombres y usos de los principales aparejos; y me llené de noble orgullo al comprender á M. Marbre cuando exclamó con voz retumbante:

—Vamos, Miles, subid al palo, aflojad las drizas del juanete pequeño y echadnos un cabo de ellas para que se pueda izar de nuevo ese aparejo.

Me abalancé con la cabeza trastornada por aquella órden tan complicada, aunque tenia una idea de lo que habia de hacer. Aflojé las drizas sin dificultad alguna y con el auxilio del primer contramaestre ejecuté con buen éxito la nueva maniobra. Fué el primer servicio que verifiqué á bordo, y me envanecí mas con él que con todos los que me fueron confiados posteriormente. Mientras yo trabajaba, Ruperto, apoyado en el pié del estay del palo mayor, fumaba su cigarro con toda la gravedad de un burgomaestre. En seguida le llegó su turno; el capitán le mandó buscar y le encargó que copiara algunas cartas. Ruperto tenia buena letra y escribia muy de prisa; por la noche el primer contramaestre dijo al segundo:

—El hijo del cura va á ser escribiente del capitán. El viejo tiene la costumbre de escribir sobre una misma página en tantas direcciones, que ni él mismo lo entiende, y no me sorprenderia que durante toda la travesía instalara á ese muchacho á su lado con una pluma detrás de la oreja.

La mayor parte de los tres primeros dias la pasé subido en los palos: mis ocupaciones me encantaban. Aferré con mis propias manos el juanete de mesana, y los senos de la vela estaban sujetos de un modo que sorprendió al que cinco minutos despues tocó al rizo maestro para largar, porque llovió y se desplegaron las velas para secarlas. Cuando se arro-

llaron de nuevo, arreglé por mí solo los tres juanetes. Mi padre me había enseñado á hacer un nudo lizo, un nudo de bolina, etc., y los conocimientos que adquirí en mi modelo de buque me valieron las felicitaciones de Mr. Marbre, marino viejo, endurecido y poco adulator.

—Nunca, dijo, he hallado tanta naturalidad en un grumete.

Sin embargo, Ruperto continuó desempeñando su empleo de escribiente. Tuvo un día de licencia y le aprovechó para irse á tierra, despues de ponerse la ropa que habia traído de Clawbonny. Por la tarde me escapé para ir al correo, pero como no sabia bien el camino, subí hasta Broadway, que era en aquel tiempo el sitio donde paseaban todas las personas decentes ó que se tenian por tales; al Oeste de dicha calle, entre la Bateria y la iglesia de San Pablo, desde las doce hasta las dos y media de la tarde, cuando el tiempo lo permitia, era el punto de reunion general. Ví allí á Ruperto que pasaba con desembarazo por entre los elegantes, con muy buenos modales, á pesar de su traje provincial; le seguí, y aguardé á que nos halláramos en un sitio solitario para hablarle, porque conocia lo bastante su carácter para no ignorar que en presencia del mundo elegante se habria avergonzado de tener relaciones con un marino.

Ruperto entró en el correo y salió al cabo de breve rato con una carta en la mano: entonces ya no vacilé en acercarme á él.

—¿Viene de Clawbonny? le pregunté presuroso. ¿Será sin duda de Lucía?

—Viene de Clawbonny, sí, pero es de Engracia, contestó, alterándose levemente el color de su rostro. Rogué á la pobre niña que me diera noticias suyas, y en cuanto á Lucía, son tan irregulares sus garabatos, que me cuido muy poco de verlos.

Me sentí ofendido al ver que mi hermana escribia á otro jóven; á la verdad era este un amigo íntimo, un compañero de aventuras, cuasi un hermano, y yo iba al correo á buscar una carta de la hermana de Ruperto que, llorando en el mue-

lle, me habia prometido hacer exactamente otro tanto ; pero que nuestra propia hermana escriba á otro jóven , y que la hermana de otro nos escriba , son dos cosas muy distintas. Fui al correo y salí con un aire de dignidad ofendida, teniendo en la mano una carta de Lucía.

Por lo demás, nada tenian las dos cartas que pudieran ofender á nuestra delicadeza; estaban escritas con sencillez y expresaban sin pensamiento oculto de ningun género, el sincero afecto de una amistad de infancia. Tengo en la actualidad ambas epístolas ante mi vista y las transcribo , porque es el medio mas breve de comunicar al lector el efecto que produjo en Clawbonny nuestra desaparicion. La de Engracia estaba concebida en estos términos :

«Querido Ruperto : Clawbonny estaba trastornado desde las nueve de la mañana y con justa causa. Al ver la alteracion de nuestro padre, todo se lo referí y le entregué vuestras cartas. Lo digo con sentimiento : lloró ! ; Ojalá no vuelva á verle en semejante estado en toda mi vida ! Las lágrimas de dos muchachas como Lucía y yo , carecen de importancia ; pero es muy triste, Ruperto, ver llorar á un anciano á quien amamos y respetamos , á un ministro del Evangelio. No nos ha reconvenido por nuestro silencio, diciendo, por el contrario, que teníamos obligacion de cumplir nuestros juramentos : le aseguré que habíais querido poner en salvo su responsabilidad , mas no pareció satisfacerle mucho esta razon. ¿ Será acaso demasiado tarde para volveros ? La embarcacion que os ha llevado puede servir para vuestro regreso , y ; cuán grande seria la alegría de todos nosotros si os viéramos de nuevo aquí ! Escribo para uno lo mismo que para el otro, pero dirijo mi carta á Ruperto porque me lo pidió con insistencia. Donde quiera que vayais , amigos míos , tened presentes las instrucciones que recibisteis en vuestra infancia, y recordad que nos interesa sobremanera vuestra conducta y vuestra felicidad.

«Vuestra cariñosa

«Engracia Wallingford.»

Lucía se explicaba mas abiertamente :

«Querido Miles : Estuve llorando mas de una hora despues de vuestra partida , y ahora que han pasado los primeros momentos, me reconvengo por haber llorado tanto por dos atrevidos como vosotros. Engracia se lo reveló todo á mi querido padre , que se quedó anonadado. Ignoro el recibimiento que os prepara, porque M. Hardinge habla poco cuando está gravemente afectado. Engracia y yo no hacemos mas que pensar en vosotros. En todo caso, no dejeis de escribirnos antes de embarcaros, si es que llegais á verificar esto último, pues tengo la firme conviccion de que no lo hareis.

«Adios.

«*Lucía Hardinge.*»

«P. D. La madre de Nabuconosor declara que si su hijo no está de vuelta aquí el sábado por la noche, irá á buscarle. Nunca ha tenido cimarrones en su familia, y tampoco los quiere ahora ; pero presumo que volverémos á verle pronto, y que nos traerá cartas.»

Nabucodonosor se habia despedido de nosotros , pero no le habíames dado carta alguna , y me incomodé por haber tenido este olvido que ya no era tiempo de remediar, pensando todo el dia en el amargo desengaño que llevaria Lucía cuando viera regresar al negro con las manos vacías. Ruperto se separó de mí en la calle , y esto confirmó mi opinion de que no queria le viesen con un marinero. Me dirigí rápidamente hácia nuestro buque , y habia llegado al muelle ya , cuando al pasar por la esquina de una calle encontré de improviso á Mr. Hardinge. Mi tutor andaba con lentitud , con la cabeza inclinada, el semblante triste y fija la vista en todas las embarcaciones que encontraba al paso , cual si fuera buscándonos. Me dirigió una mirada vaga, pero me hallaba en tal manera desfigurado por mi nueva ropa, que no me conoció. Su atencion se fijó inmediatamente en los buques , y pronto estuve fuera del alcance de sus miradas.

Por la noche tuve la dicha de dar á la vela en un buque

completamente aparejado. Aprovechando la marea y un viento favorable, el *John* salió del muelle con su foque, su vela de gavia y su cangreja, y bajó hasta la Batería, echando el ancla en el otro canal, á media milla del continente; por la tarde se trasladó á bordo toda la tripulacion. Componíase esta en su mitad de marineros americanos, perteneciendo cada uno de los restantes á una nacion diferente. M. Marbre los examinó como inteligente, y con grande sorpresa mia dijo al capitán que los habia muy buenos. Era mejor apreciador que yo, pues en mi concepto no podia hallarse bandada de tunos menos á propósito para inspirar confianza; pero un marinero que llega á bordo despues de un mes de escesos, difiere física y moralmente del que hace ya una semana que está en el mar.

Principié á sentir no haber visto la ciudad, pues aunque en 1797 no tenia Nueva-York mas que cincuenta mil habitantes, era ya la maravilla de los Estados-Unidos. Ruperto y yo fuimos instalados en un paraje bastante cómodo. No teníamos para cenar mas que cabrito, que comíamos en rancho, lo cual era bastante desagradable para personas que habian contraído la costumbre de usar platos, tenedores, cuchillos y otras superfluidades. Durante mi primera cena á bordo, me acordé varias veces de las lindas manos de Engracia y Lucía, de la limpieza de los platos y los vasos, y de las tenacillas de plata para el azúcar. Los manteles, las servilletas y los cubiertos de plata eran desconocidos á la sazón en América, escepto entre la alta aristocracia, y aun esta solo los usaba en las grandes festividades.

Tuve la honra de montar la guardia con un sueco viejo que hacia tiempo ya que navegaba. El viento era flojo, y el buque se hallaba surto en un buen paraje, por lo cual mi compañero se tendió sobre una tabla y se durmió, despues de haberme encargado que le despertara si ocurría algo. En cuanto á mí, principié á pasearme sobre cubierta con tanta importancia como si me hallara encargado de la salyacion del Estado. Examiné sucesivamente los palos y las serviolas, y

las dos horas del cuarto (1) trascurrieron muy agradablemente para mí con tan entretenidas ocupaciones.

Hacia las diez de la mañana vino á bordo el piloto, y se llamó sobre cubierta á toda la tripulacion para levar anclas. El cocinero, el grumete de la cámara, Ruperto y yo, fuimos encargados de aflojar los guarda-cabos del cable, y luego subí al mástil para largar la gavia pequeña. Ruperto debia acompañarme á hacer esta maniobra, pero tomó el camino de la escotilla y hube de ocuparme á un tiempo de los dos brazos de la verga. Algunos instantes despues aparejaba el buque. En el momento en que me ocupaba de la maniobra, una brisa fuerte del noroeste hinchaba las velas, y me regocijaba ya con la idea de hallarme en camino para Canton, cuando Ruperto, que estaba en los obenques, me señaló con el dedo á unos cien pasos del barco que tripulábamos, un bote que venia bogando; hallábase en él Mr. Hardinge: nadie le habia visto mas que nosotros; y el *John* se alejó rápidamente. La vez postrera que ví á mi venerable tutor, estaba de pié, con la cabeza descubierta y los brazos estendidos como para conjurarnos á que no le abandonásemos.

Ruperto, asustado y reconociéndose culpable, se apresuró á bajar al entrepuente. El buque hizo su arribada con tanta velocidad que las velas de la popa ocultaron muy pronto á Mr. Hardinge de mi vista. Me oculté detrás del tope de mastelero, y sollocé durante algunos minutos; cuando una órden del contra maestre me hizo bajar al puente, el bote estaba ya á una distancia considerable, y era evidente que habia renunciado á abordarnos. No sé si esta circunstancia me entristeció ó me consoló.

(1) Llámase *cuarto*, lo mismo entre los marineros que entre los soldados, el tiempo que se está de guardia ó vigilancia. (N. del T.)

#### CAPITULO IV.

Cuatro horas despues cruzaba el buque la barra, y principiaba su largo viaje. Seguimos una línea diagonal para salir de la ensenada que forman las costas de Long-Island y Nueva-Jersey, y perdimos de vista la tierra sobre las dos y media. Contemplé durante mucho tiempo las alturas de Naverink, que desaparecian al oeste cual nubes impulsadas por el viento; pero un marinero que deja su pais nativo no tiene deseos ni tiempo para entregarse al sentimiento. Es preciso colocar el ancla en las serviolas, desplegar y enroscar los cables, arreglar los aparejos de las alas rastreras, y entregarse á otros muchos trabajos que exigen la mayor actividad. Estuve ocupado hasta por la noche; me designaron para el cuarto de babor, y debí á la buena voluntad que habia desplegado el que el primer contramaestre, que mandaba este cuarto, me escogiera para el tercer turno. Ruperto fué elegido el último por el capitan para hacer el cuarto á las órdenes del segundo contramaestre.

—Veo que nos entenderemos muy bien los dos. Miles, me dijo M. Marbre, durante el cuarto, porque teneis puro azogue

en las venas. En cuanto á nuestro amigo, solo será útil para emborronar papel; estad seguro de que durante la travesía hará mas gasto de tinta que de brea.

Estrañé sobremanera que Ruperto, habiendo tomado la delantera en todos los preparativos de nuestra escapada, se oscureciera tan completamente en cuanto empezó á sufrir las primeras pruebas. No es mi intento describir minuciosamente mi primer viaje, pues solo serviria esto para prolongar de un modo inútil mi narracion, y hacer que fuera tan penosa mi tarea para el lector como para mí. No debo omitir, empero, una circunstancia que ocurrió tres dias despues de nuestra salida del puerto. El buque estaba en buen estado, á mas de doscientas leguas de la tierra lo menos, cuando se oyó un ruido á fondo de cala, á donde habia bajado el cocinero á buscar agua.

—Distingo la voz de dos negros, exclamó M. Marbre despues de haber escuchado un momento y haberse asegurado de que el repostero mulato estaba sobre cubierta; bajad, Miles, y ved quién es el africano que nos ha abordado esta noche.

Preparábame á obedecer cuando Caton, el cocinero, salió de la escotilla arrastrando en pos de sí á otro negro á quien habia agarrado por los cabellos. En la fisonomía trastornada de este último conocí con grande sorpresa mia á Nabucodonosor Clawbonny. Habíase introducido furtivamente á bordo antes de que aparejara el buque, y permanecido oculto entre los toneles de agua, manteniéndose con mostachon y patatas cocidas, de que estaban llenos sus bolsillos; pero como hacia veinte y cuatro horas que se habian agotado sus provisiones, hubiérase visto obligado á mostrarse espontáneamente á no descubrirle el negro. En cuanto estuvo sobre cubierta, tendió Nabucodonosor la vista en derredor suyo con ansiedad, para calcular la distancia que le separaba de la tierra, y cuando solo vió agua por todas partes, hizo una mueca de satisfaccion. Irritado M. Marbre le dió un revés en una oreja que hubiera derribado á un blanco, pero que sostuvo Nabucodonosor sin moverse.

—Ah! ¿con qué eres un negro? exclamó el contramaestre, que parecía estar ofendido con la impasibilidad de Nabucodonosor. ¡Toma esta! Vamos á ver si eres de buena raza.

El primer golpe habia dado en el cráneo, parte invulnerable en los negros; pero el segundo fué aplicado al hueso de la pierna, y Nabucodonosor se entregó al instante. Entonces me apresuré á mediar, diciendo á M. Marbre con todo el respeto debido por un grumete á su superior, cuál era la verdadera posicion del negro. Esta revelacion me costó cara despues, porque durante la travesía se divertieron á costa del marinero que tenia un criado. Si no me hubiera conciliado la estimacion de todos por mi celo y actividad, es muy posible que las bromas hubieran sido mas fuertes y pesadas. Tales como fueron, no dejaron de disgustarme, y á no ser por el afecto que profesaba á Nabucodonosor, le habria sacudido de firme. Y sin embargo, ¿cuál era su falta comparada con la mia? Habia seguido á su amo por adhesion mas bien que por aficion á las aventuras, y yo habia roto todos los lazos que ligan el corazon por abandonarme á mis inclinaciones.

El capitán subió sobre cubierta, y calculando que era ventajoso para él tener gratuitamente los servicios de aquel negro joven y atlético, le recibió muy bien sin dificultad alguna. Al cabo de una hora hubo reparado Nabucodonosor sus fuerzas por medio de una comida abundante y fué colocado en el cuarto de estribor. Me alegré de aquel arreglo que le alejaba de mí y le impedia proponerme á cada momento su officiosa asistencia. Observé que Ruperto no tuvo tanta delicadeza. Interrogando á Nabucodonosor, supe que habia llevado el barquichuelo al costado del *Wallingford*; que habia empleado los dos pesos que yo le dí en alojarse en una posada, y que en el momento de la partida del *John*, se habia deslizado abordo y ocultádose á fondo de cala.

La aparicion de Nabucodonosor cesó muy pronto de ser el asunto de las conversaciones, y no tardó su celo en captarle el favor de todos. Atrevido, robusto y endurecido en el trabajo, era de suma utilidad para los trabajos penosos y aun

en los topes de los masteleros, pues aunque no tenía la agilidad de un blanco, se portaba á las mil maravillas. Los progresos que yo hacia eran notados por toda la tripulacion; puedo decir sin jactancia que al cabo de una semana me hallé familiarizado con las maniobras usuales, y en medio de la oscuridad mas densa, conocia un aparejo por su volúmen y su posicion, tan bien como los marineros mas experimentados que se hallaban á bordo. No habia experimentado el menor síntoma de mareo, ni le he padecido un solo instante en toda mi vida, de modo que ningun obstáculo entorpecía mi aprendizaje. Al cabo de quince dias de travesía, pasaba los gratiles de sobremesana y los de la mesana y la vela mayor antes de que hubiéramos pasado la línea equinoccial. El primer contramaestre me ponía en los puestos preferentes siempre que hallaba ocasion oportuna para ello, me daba instrucciones particulares y el capitán tampoco descuidaba mi educacion marítima. Antes de llegar á la latitud de Santa-Helena, me hallé en estado de que me emplearan en la rueda del timon y de participar de cuasi todos los trabajos de los marineros.

Los viajes á la China rara vez son fecundos en incidentes; cuando se ha elegido juiciosamente la época de dar á la vela, el buque tiene viento favorable hasta el término de su travesía y nunca es malo el tiempo. Tuvimos algunos chubascos, algunas ráfagas y otras tormentas propias del Océano; pero nuestro viaje de cuatro meses, se efectuó sin contratiempo notable. Anclamos en la ria de Canton, y cuando se recogieron las velas, que habian estado desplegadas constantemente, parecióme que se levantaban cual un telon de teatro para dejarnos ver nuevas escenas.

Tantas veces se ha descrito á los chinos, particularmente en estos últimos tiempos, que no quiero consagrarles nuevas páginas. Los marineros ven con filosófica indiferencia los hábitos y costumbres de los extranjeros; les parece ofensivo para su dignidad manifestar la menor sorpresa ante el aspecto de una comarca desconocida. Escepto los oficiales, el repostero y el cocinero, todos los individuos de la tripulacion dobla-

ban por vez primera el Cabo de Buena-Esperanza; no obstante, contemplaban sin emocion aparente las cabezas afeitadas, las coletas largas, los ojos vizcos, los trajes charros, los pómulos salientes y los zapatos gordos de la población indígena. La mayor parte de los marineros llegaban hasta el extremo de suponer que habian visto en diferentes comarcas fachas y trajes mas raros, porque es de rigor que el marinero comprenda todas las maravillas imaginables en el último viaje que haya verificado, y que sea escesivamente vulgar para su modo de ver el que realiza en el momento presente. Partiendo de este principio, mi viaje á Canton debiera ser para mí el *nec plus ultra* de lo maravilloso, puesto que es el punto de partida y el generador de todas mis observaciones subsiguientes; pero el amor á la verdad me obliga á declarar que fué precisamente el que ofreció menos peripecias.

Pasamos algunos meses en la ría, recibiendo thés, telas y sederías, á medida que nuestro sobrecargo se los podia proporcionar; durante todo este tiempo no vimos mayor número de chinos del que ven generalmente los extranjeros. Yo iba con frecuencia á las factorías en compañía del capitán, cuyo bote conducia, y Ruperto trabajaba en tierra ó en la cámara, bajo la direccion del sobrecargo. Aprendí á hacer uso del mazo de aferrar, del pasador de coser jarcías, de la cigüeña y del rempujo de coser las velas. El capitán y los contramaestres parecian tener una especie de amor propio en hacerme ser digno descendiente de mi padre el capitán Wallingford. Tuve ocasion de informarles de que el bisabuelo de Ruperto Hardinge habia sido capitán de un buque de guerra; pero M. Kite, el segundo contramaestre, se negó rotundamente á creerlo, y M. Marbre, admitiendo la posibilidad del hecho, añadió que era fácil conocer que mediaban dos generaciones de eclesiásticos entre aquel capitán y su biznieta. Ruperto parecia estar condenado á no ser mas que un escribiente.

Volviéronse á cerrar nuestras escotillas y dimos de nuevo á la vela en la primavera de 1798; nuestro buque llegó en poco tiempo á las Indias Orientales y entraba ya en el Océa-

no indico, cuando nos aconteció una aventura que merece ser referida.

Habíamos pasado muy temprano el estrecho de la Sonda y bogábamos muy bien durante el día, á pesar de la niebla. Cuando se hallaba próxima la puesta del sol, se despejó el horizonte y vimos dos velas pequeñas que parecían dirigirse hácia la costa de Sumatra. Por su aparejo y dimensiones se conoció que eran piratas; pero estaban tan lejos y gobernaban de un modo tan evidente hácia la tierra, que no despertaron la menor sospecha en nosotros, aunque en aquellos parajes siempre inspira temores esta clase de embarcaciones. Poco despues de la aparicion de las dos velas cerró la noche.

M. Marbre tenia á su cargo el cuarto de las doce á las cuatro; durante este tiempo cayó una lluvia muy fina. El *John* iba bien aparejado á la sazón, y llevaba desplegados los juanetes; como la noche se presentaba serena, la mayor parte de los marineros de cuarto dormian sobre cubierta. En cuanto á mí, aun cuando los jóvenes están siempre bastante predispuestos al sueño, no habia cerrado los ojos y me paseaba por el pasamano de sotavento, pensando en Clawbonny, en Lucía y en Engracia cuyas imágenes se presentaban con frecuencia á mi imaginacion. M. Marbre roncaba tranquilamente encima del gallinero.

De improviso oí un ruido muy conocido de los marineros, el de un remo que cae en un bote. Estaba mi mente tan absorta en mis recuerdos, que no me causó mayor sorpresa que si le hubiera oído hallándome en un puerto rodeado de embarcaciones de todo género; pero al cabo de un momento de reflexion, miré atentamente en derredor mio, y bajo la serviola de sotavento y á la distancia de un cable (1) distinguí una embarcacion que conocí ser un pirata. Grité inmediatamente.

—¡ Oh, eh! se acerca una vela.

M. Marbre se levantó al momento: me dijo despues que al abrir los ojos habia visto inmediatamente al enemigo, y era

(1) Medida ideal de 120 brazas de que se hace mucho uso.

harto experimentado para no dar órdenes sin un exámen mas prolijo.

— ¡Barra á sotavento! gritó al timonel. ¡Todo el mundo arriba! ¡Halár por las brayas! capitan Robbins! M. Kite! ahí están esos diablos de piratas que van á abordarnos!

Al instante estuvo la tripulacion en movimiento, pues, cuando se trata de un peligro verdadero los marineros se despiertan con una prontitud sorprendente. En menos de un minuto se hallaban todos nuestros hombres sobre cubierta, aunque la mayor parte de ellos no tenian puesto mas que el pantalón y la camisa. M. Marbre mandó largar las escotas, y oí al capitan pedir un frasco de pólvora. Cinco ó seis marineros viejos prepararon nuestros cuatro cañones de estribor que habíamos cargado con metralla en el estrecho de Banca, por medida de precaucion contra los piratas. El capitan se acercó al segundo cañon de proa y le apuntó.

— ¿Estais seguros de no equivocaros, M. Marbre? preguntó vacilando.

— ¡Engañarme yo, capitan Robbins! Podriais cañonear durante una semana entera todas las islas que acabamos de dejar por la popa, con la seguridad de no mátar ni un solo hombre de bien.

Salió el tiro inmediatamente, pero los piratas no alteraron su rumbo. El capitan tomó su anteojo de noche, y le oí decir en voz baja á Kite que la tripulacion de los piratas era muy numerosa. Se dió órden de abrir el arca de las armas, y oí el choque de las picas de abordaje que caian sobre el puente. Todo esto era de mal presagio, y principié á pensar que habíamos de sostener un combate muy empeñado, cuyo término probable seria degollarnos á todos.

Los barcos enemigos procuraban entrar en nuestras aguas, y colocarse debajo de nuestra popa para librarse de nuestra andanada. Como el viento refrescaba de un modo que nos daba cuatro ó cinco nudos (1) de ventaja, se decidió el ca-

(1) *Nudo*, medida de distancia para saber lo que anda un buque.

(N. del T.)

pitán á virar de bordo. Los enemigos vieron nuestra manio-  
bra, la imitaron, y pareció que querian aproximarse á nues-  
tra serviola de sotavento. Tratábase ya de evitar su abordaje,  
y nuestra salvacion dependia de nuestra serenidad. El capi-  
tan se condujo perfectamente en tan critico momento; nos  
encomendó el mayor silencio, la atencion mas escrupulosa y  
la sumision mas estricta á sus órdenes.

Hallábame harto interesado personalmente en aquella es-  
cena para presenciaria como mere observador; en el castillo  
de proa nos aguardábamos á cada momento á vernos abor-  
dados, porque uno de los barcos piratas, á pesar de haber  
perdido gran parte de su ventaja colocándose bajo el viento  
de nuestras velas, se hallaba ya, cuando mas, á unos cien  
piés del *John*. Kite nos habia mandado que subiéramos á los  
aparejos, que rechazáramos al enemigo con una descarga de  
fusilería, y le presentáramos las puntas de nuestras picas,  
cuando sentí que me enlazaba un brazo y otro hombre ocu-  
pó bruscamente el sitio en que yo me hallaba. Era Nabuco-  
donosor quien se colocaba con tanta sangre fria delante de  
mí para librarme del peligro, y experimenté cierto disgusto  
aunque me conmovió la abnegacion de aquel fiel servidor,  
pero no tuve tiempo para manifestar la emocion que espe-  
rimentaba. Las tripulaciones de los piratas lanzaron un gri-  
to, y nos hicieron una descarga de unos sesenta fusiles, lle-  
nándose el espacio de balas que por fortuna, pasaron todas  
por encima de nuestras cabezas, sin que hirieran ni á uno de  
nuestros marineros.

Por nuestra parte, disparamos una andanada con nuestros  
cuatro cañones, del calibre de á seis, dirigiendo dos tiros al  
barco mas próximo y otros dos al inmediato, que estaba to-  
davía á distancia de un cable. Este último, que parecia ha-  
llarse menos espuesto, sufrió, empero mas que el otro, pues  
nuestra metralla tuvo el espacio suficiente para desparra-  
marse, y aun me parece estar oyendo los gritos espantosos  
de los heridos. El otro barco pareció no haber sufrido: no se  
oyó en él ruido alguno, y se aproximó rápidamente á nues-

tra serviola. Ya no nos quedaba tiempo para volver á cargar nuestros cañones; una parte de la tripulacion se formó en el castillo de proa, y la parte restante se situó en la cubierta.

En aquel momento lanzaron los piratas el arpeo (1) mas á pesar de la precision con que fué arrojado, solo enganchó uno de los escalones de las tablas de jarcia. Lo observé é iba á saltar á las jarcias, cuando Nabucodonosor se adelantó por segunda vez y cortó el cabo con su cuchillo. Los piratas acababan de abandonar sus velas y remos, y se habian levantado para trepar por los costados del buque; el desprendimiento inesperado del arpeo les hizo experimentar una sacudida violenta que derribó á unos veinte de ellos. El *John*, que tenia todas sus velas desplegadas, pasó adelante y dejó al barco pirata inmóvil en sus aguas. Sin embargo, los dos buques estaban tan cerca uno de otro, que los hombres apostados en el alcázar vieron distintamente los tostados rostros de sus enemigos. Se dió inmediatamente la orden de virar de bordo, púsose la barra á un lado, y el buque se colocó al viento en menos de un minuto. Antes de dejar á los piratas, les enviamos una andanada de babor que puso término al combate, pues sus dos embarcaciones se retiraron dirigiéndose hácia las islas. Fingimos darles caza, pero en realidad no teníamos la menor gana de hacerlo, considerándonos harto felices con vernos desembarazados de ellos. Despues de haberles lanzado una docena de balas de cañon, cesamos nuestro fuego y nos orientamos todo lo posible, haciendo rumbo hácia el suroeste. No se deduzca de aquí que la tripulacion se entregó al sueño al instante. ¡Nabucodonosor fué el único que se acostó, pues nunca desperdiciaba ocasion alguna de comer y dormir! El capitan nos felicitó, nos distribuyó grog (2) y relevó el cuarto, cual si nada hubiera alterado la regularidad de nuestras maniobras; en seguida, acompañado de los contramaestres primero y segundo, examinó las averías,

(1) *Arpeo*, garfia de cuatro ganchos de hierro que sirve para aferrarse dos embarcaciones cuando se va á saltar al abordaje. (N. del T.)

(2) *Grog*, bebida muy ligera parecida al ponche. (N. del T.)

que eran insignificantes, y cuya reparacion consistió únicamente en la sustitucion de algunas cuerdas.

La tripulacion entera estaba envaneida con su conducta, y todos sus individuos recibieron felicitaciones, excepto Nabucodonosor. Hablé de su valor á M. Marbre, sin poderle hacer participar la satisfaccion, y aun diré la admiracion que yo experimentaba. Una larga esperiencia me ha enseñado despues que, así como el dinero de los ricos atrae el de los pobres, así tambien las hazañas de los hombres desconocidos sirven solo para acrecentar la fama de los que están en evidencia. Esta verdad es tan aplicable á las naciones, á las razas y á las familias, como á los individuos. El pobre Nabucodonosor, que pertenecia á un color proscrito de un modo injusto, segun las ideas generalmente adoptadas, nunca podia colocarse en la misma línea que un blanco.

Un dia despues del ataque de los piratas, cada uno de nosotros empezó á ponderar sus propias hazañas; ni el capitan ni el mismo M. Marbre se libraron de tan epidémica manía. El resultado de todas aquellas fanfarronadas fué convertir el asunto en un glorioso hecho de armas, y figuró mas tarde en los periódicos como uno de los combates mas brillantes de la marina americana.

Nos hallábamos á los cincuenta y dos grados de latitud, cuando sopló el viento del Suroeste y nos trajo una niebla muy densa. El capitan se empeñó en creer que seria favorecido por las corrientes aproximándose á las costas de Madagascar; por consiguiente, se barloventó el buque y se corrió la bordada del noroeste, andando de cincuenta á cien millas por dia, esperando á cada hora que trascurria ver la tierra. Al fin distinguíamos montañas de una elevacion prodigiosa que parecian hallarse muy lejos, pero que mas tarde conocimos estaban á una gran distancia en el interior del país. El capitan profesaba una teoría particular sobre las corrientes de aquella parte del Océano, y despues de haber determinado, con el auxilio de la brújula, la posicion de uno de los picos que veíamos, quedó muy convencido de que

corríamos viento en popa con una rapidez sensible. El capitán Robbins tenía muy buenas intenciones, pero su inteligencia estaba muy limitada, y cuando los hombres de esta índole se ocupan en concebir teorías, rara vez obtienen buen éxito en la práctica. En vano procuró M. Marbre disuadirle de su tema, mostrándole un promontorio que estaba próximamente bajo nuestra serviola de sotavento, pues el capitán pretendió probarle por medio de razonamientos prolijos, que las corrientes nos llevarían á diez leguas al suroeste de aquel cabo antes de la mañana del día siguiente.

Formaba yo parte del cuarto de diana, y cuando llegué sobre cubierta á las cuatro de la mañana, aun no habia cambiado el viento. M. Marbre se presentó un instante despues en el antepecho de la obra muerta, y entabló conversacion conmigo. Ocurríale con frecuencia hablarme con la mayor familiaridad, y aun olvidar la diferencia de nuestra recíproca posicion, en el mar al menos, puesto que en tierra le llevaba yo una ventaja considerable. Rebajaba á las veces su dignidad de primer contramaestre hasta el punto de llamarme caballero, inadvertencia que solia cortar bruscamente nuestras conversaciones, y cuyas consecuencias todas me costaba sufrir. Un dia se vengó de haber proferido esta calificacion niveladora interrumpiéndose de improviso, y mandándome en el tono mas imperioso que bajase bonetas (1) sobre cubierta, á pesar de que se iban á reemplazar en el curso del mismo cuarto. La dignidad ofendida carece muchas veces de prevision, y no siempre es consecuente.

—Hermosa noche hace, dijo M. Marbre, y segun el capitán, nuestro rumbo está favorecido por una corriente del Oeste. El capitán Robbins, con quien verifico en la actualidad mi tercer viaje, tiene una predileccion decidida á las corrientes. Se imagina que el Océano está lleno de Missisipi y que, si pudiera hallar el nacimiento de uno de esos supuestos rios, no tendria mas que dejarse llevar para dar la

(1) *Boneta*, ala rastrera, pedazo de lona que se añade á las velas en los lados cuando hay buen viento para correr á todo trupo (N. del T.)

vuelta al mundo... ¿Pero qué diablo de ruido es el que oigo?

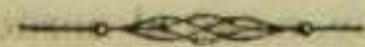
—Parécese al que produce el agua estrellándose contra las rocas.

—¡Prepárense á virar de bordo! gritó M. Marbre, ¡corred á llamar al capitan!... ¡Orza! ¡arriba todo el mundo!

Siguióse una escena de completa confusion; llegaron el capitan y el segundo contraamaestre y preguntaron qué ocurría. M. Marbre ordenó el silencio mas absoluto y, á juzgar por el ruido que se oia, nos hallábamós en medio de un grupo de arrecifes.

—¡Prepararse á echar el ancla! exclamó el capitan; ¡caiga el ancla y cargar las velas! ¡Echad el ancla en cuanto sea posible, M. Kite!

No pensábamós hallar fondo, y nos sorprendió en extremo encontrarle á las seis brazas solamente. Se verificó con la sonda la exactitud de nuestros cálculos, y adquirimos la triste certidumbre de hallarnos, no solo en medio de los rompientes, sino tambien á corta distancia de las costas.



## CAPITULO V.

En cuanto se cargaron las velas y nada quedó ya que hacer á bordo, reinó entre nosotros la tranquilidad de la muerte. El sentido del oído parecia absorver todas nuestras facultades, pues por él era, particularmente, por donde habíamos de calcular nuestra posicion. Parecia que nos hallábamnos cerca de un paraje donde la resaca se estrellaba contra la tierra, y los sonidos huecos que distinguíamos perfectamente, indicaban que las cavidades naturales de las rocas tragaban y arrojaban alternativamente las aguas. No solo venia aquel ruido siniestro de la parte de tierra, sino que le oíamos tan pronto al sur, como al nordeste, como en todas direcciones. Habia momentos en que los bramidos del Océano rugian en nuestra popa y en seguida parecia amenazarnos por las serviolas.

Afortunadamente el viento era flojo y no habia lugar á temer el rompimiento de un cable. En cuanto despuntó el alba, despues de dos ó tres horas de horrible ansiedad, miramos en derredor nuestro con furiosa avidez. Distinguimos en primer lugar el perfil de la cercana tierra, y á medida que fué aclarándose el horizonte, vimos peñascos escarpados,

en cuyas cavidades se sepultaban las olas á breves intervalos. Estos peñascos, que tenían una elevacion inmensa, corrían por toda la costa en una estension que se perdía de vista y quitaban toda probabilidad de salvacion á los marineros náufragos. Por do quiera se hallaba erizado el mar de cadenas, de peñascos, de rompientes y de escollos sueltos, á cuyo centro nos habia conducido la Providencia en medio de las tinieblas. A diez leguas á sotavento estaba el cabo que M. Marbre fué el primero en conocer.

Tal fué mi llegada á la isla de Madagascar, parte del mundo poco conocida todavía de los marinos de las naciones cristianas.

El resplandor del sol y la tranquilidad del mar serenaron al capitan, quien comprendió que para avanzar sin peligro era indispensable examinar la posicion de los arrecifes. En cuanto hubo comido su galleta y sorbido su taza de café, llamó á cuatro remeros de los mas robustos y bajó al bote.

En el momento en que se alejaba la embarcacion, me llamó M. Marbre al alcázar, aparentando quererme hablar á solas. Le seguí al almacén de las provisiones, en donde acababan de estivar toda el agua que quedaba á bordo. El primer contramaestre parecia querer rodearse de misterio, y antes de tomar la palabra, me hizo una seña recomendándome la mayor circunspeccion.

—Señor Miles, dijo, considero nuestra situacion como muy peligrosa; estamos rodeados de rocas y de agua y no tenemos viento suficiente para hinchar nuestras velas. No hay mal alguno en prepararse para cualquier acontecimiento: id pues á limpiar la lancha con Ruperto y Nabucodonosor, sin el menor ruido y con la mayor presteza.

Obedecí, y mientras estaba trabajando, pasó M. Kite y manifestó deseos de saber lo que hacia. Le dije que obraba con arreglo á órdenes recibidas de M. Marbre, el cual fué á darle las esplicaciones necesarias.

—Puede necesitarse la lancha, dijo, porque tengo una idea de que el bote no puede recorrer todo el espacio en que ha-

yamos de echar la sonda. Hé ahí la razon porque hago lastrar la lancha é izar las velas.

M. Kite aprobó estas disposiciones y aun propuso botarla al mar para no perder tiempo. Trabajamos en esta operacion con ardor, y pronto estuvo la lancha á flote al costado del buque. Unos decian que sin duda la necesitaríamos para llevar el ancla de espia; otros aseguraban que una docena de barcos no bastarian para descubrir el canal que nos era preciso.

Se lastró la lancha con barriles de agua dulce, se la pusieron mástiles, remos y una brújula pequeña para el caso en que las nieblas, tan frecuentes en aquella parte del mundo, separasen la lancha del buque. Toda esta operacion se verificó con tal tranquilidad, que nadie concibió la menor alarma, y cuando el primer contramaestre gritó: «Miles ¡trasbordar á la lancha un saco de pan con un poco de carne, que los que trabajan en ella pueden tener hambre!» nadie pareció traslucir su secreto intento. Sin embargo, M. Marbre me habia dado órdenes particulares, y me compuse de modo que llevé cien libras de galleta á la lancha; puse en ella un poco de carne de cerdo cruda, manjar que los marineros aprecian mucho, y el cocinero llenó las calderas de cecina.

El capitan regresó al cabo de una ausencia de dos horas, y en cuanto se halló al costado exclamó:

—¡Ya conozco el rumbo!

—¿Y las rocas? murmuró M. Marbre.

—Nos hemos internado demasiado en una olla que hace la corriente grande contra la playa.

Me pregunté á mí mismo qué habria sido de nosotros si hubiéramos avanzado un poco mas: no obstante, el capitan creia poder salvar al *John*, y procedimos á levar anclas. El viento era todavía flojo, y teníamos delante una cadena de arrecifes sobre los cuales rodaban olas encrespadas cuya agitación probaba cuán grande es el poder del Océano aun en sus momentos de sueño.

Las olas que se levantaban para volver á caer en seguida,

se parecían al vaiven de la pesada respiracion de un monstruo dormido. Habia hácia la serviola de estribor una especie de caleta, en donde estaba muy serena el agua, y M. Marbre propuso que se echara allí la sonda; parecíale que existia realmente una olla que podia llevar el buque á sotavento á una distancia de seis ú ocho veces su longitud, por lo cual valia mas dirigirse hácia la tierra, que poner la proa al mar. Agradole la idea al capitan, y fué uno de los que recibieron la órden de bajar al bote para llevar á ejecucion el proyecto. A unas cincuenta brazas del buque hallamos un remolino sensible y una profundidad suficiente aun al pié mismo de los peñascos, y regresamos á bordo á llevar tan buenas noticias, que regocijaron á toda la tripulacion. Se levó el ancla que habian vuelto á echar, y una maniobra hábilmente ejecutada nos colocó á sotavento de las rocas, donde nos creíamos salvados, cuando el buque tocó en un escollo con un estrépito aterrador. Detuviéronse bruscamente sus movimientos cual si tuviera una muralla delante; su casco pareció quererse hacer pedazos, y las olas que se dirigian hácia la tierra encontrándole en su paso, se amontonaron é inundaron el puente. Levantaron la quilla, y nos empujaron mas adelante sobre el escollo con una violencia que rompió fuertes clavijas de hierro cual si hubieran sido de cera, y que hizo saltar las varengas de madera de roble como si hubiesen sido de mimbre.

El capitan se quedó estático de terror y la desesperacion le privó por un momento de todo dominio sobre sí. Mandó prepararse para echar á sotavento el ancla de espía que estaba en la lancha, pero M. Marbre le hizo presente que quizás estaria abierto ya el buque. Se sondaron las bombas y se hallaron siete piés de agua en la bodega; un marinero del mar del Sur, que habíamos enganchado en Canton, se sumergió debajo del casco y vino á anunciar que un pedazo de roca angulosa habia atravesado la tablazon.

El capitan celebró un consejo general en el alcázar; el patron de un buque mercante no puede exigir el servicio de su

tripulacion cuando el casco está decididamente perdido. El cargamento garantiza el pago de los salarios: dejando aquel de existir, desaparece toda subordinacion. No sucede así en los buques de guerra; el Estado, sin tener en cuenta los accidentes imprevistos, paga á los marineros hasta el término de su enganche; y nunca deja de existir la disciplina militar. El capitán Robbins nos reunió, pues, á todos en derredor suyo, incluso el mismo Nabucodonosor; apenas podia articular una sílaba, y cuando se repuso, nos declaró que el buque estaba perdido sin recurso. Atribuyó el naufragio á las corrientes, que no seguian la direccion que debieran llevar, segun los cálculos científicos y los principios lógicos. Esta parte de su discurso no fué muy clara; comprendí que con arreglo á las ideas del infortunado capitán, las leyes de la naturaleza se habian alterado á consecuencia de un trastorno inesplicable, y espresamente para hacernos naufragar. Nos dijo que nos hallábamos á cuatrocientas millas de la isla Borbon, y creia posible ir á ella á buscar un buque, volver, y salvar una parte del cargamento y aparejos. El primer efecto que produjo esta alocucion fué designar un objeto á nuestros esfuerzos y hacer menos sensible el peligro. No pensábamos siquiera en desembarcar en la isla de Madagascar, cuyos habitantes eran tenidos entonces por mas salvajes de lo que en realidad lo son. Entonces fué cuando conocimos mas que nunca la ventaja de los preparativos que habíamos hecho; si hubiese sido preciso empezar de nuevo á verificarlos en aquel momento de turbacion y confusion, habríamos tenido mas obstáculos que vencer y nuestros esfuerzos no fueran, quizás, tan eficaces.

El capitán entró en la lancha, y yo tripulé el bote en compañía de M. Marbre, Ruperto, Nabucodonosor y el cocinero. Ambas embarcaciones tenian velas y estaban dispuestas de modo que se pudiera bogar á remo en tiempo de calma ó de vientos contrarios.

El primer contramaestre y el cocinero, que ambos eran hábiles proveedores, nos procuraron mas agua y provisiones

de las que en realidad debieran tocarnos. Nos dieron una brújula, un cuarto de círculo y una carta marítima, y todo estuvo dispuesto para la partida al Mediodía, dos horas después del naufragio. Nos dirigimos á alta mar, y tuvimos ocasion de ver en derredor nuestro un número tan considerable de arrecifes, de los cuales nos habíamos salvado, que me sentí penetrado de gratitud hácia la misericordia divina, á pesar de hallarme aventurado en una frágil cáscara de nuez, en medio del Océano estenso. En cuanto llegamos á mar alta, el capitan y el primer contraamaestre entablaron una nueva discusion sobre las corrientes, pues apesar de la cruel experiencia de que acabábamos de ser víctimas, M. Robbins persistia en sostener su teoría favorita. Fácilmente nos adelantamos á la lancha, y nos vimos obligados á coger rizo á las velas para no separarnos de ella. A la puesta del sol nos hallábamos á mas de veinte millas de la tierra, y habíamos perdido de vista la costa, aunque todavía se percibian en lontananza las montañas del interior.

Cuando cerró la noche y me ví en medio de las olas donde cada movimiento nos alejaba mas y mas del continente, pensé mas que nunca en Clawbonny, en sus noches tranquilas, en su mesa bien provista y en sus blandos lechos. Afortunadamente no carecíamos de víveres, y Mr. Marbre fué el primero que empezó un pedazo de carne de cerdo medio cocida, con un apetito que honraba á su filosofía. Haciéndole justicia, puede decirse que consideraba como una bagatela un viaje de cuatrocientas millas en un bote de reducidas dimensiones, y mostraba tanta indiferencia como si se hallara todavía sobre la cubierta del *John*.

El viento refrescó por la mañana, y principió el mar á encrespase.

Nos vimos en la precision de apartarnos de la lancha ó de acercarnos á ella para evitar que las olas inundaran el bote; el capitan prefirió esta última maniobra, y ambas embarcaciones bogaron en conserva, al alcance de la voz. Al acercarse la noche habíamos recorrido, segun nuestro cálculo, y

favorecidos por un viento de oeste, un espacio de ciento cincuenta millas próximamente. Nuestro trabajo mas penoso era sacar el agua del fondo del bote, y algunas veces nos dedicábamos á esta operacion los cuatro que le tripulábamos. El capitán nos propuso trasbordarnos á la lancha, pero contestó el primer contramaestre que él se encargaba provisionalmente de la direccion del bote. Cerca de la media noche sopló el viento en chubascos, y mas de una vez nos vimos obligados á aferrar las velas y remar para hacer frente al oleaje, de lo cual resultó perder de vista á la lancha, que al salir el sol habia desaparecido completamente. Con frecuencia se me ha ocurrido la idea de que Mr. Marbre se separó de ella voluntariamente, apesar de la viva inquietud que manifestó al observar nuestro aislamiento total.

Después de algunas investigaciones infructuosas, navegamos ciñendo el viento, lo cual nos hubiera alejado rápidamente de la lancha, si se hubiese hallado todavía en nuestras aguas. Cedió el viento durante la noche, pero al dia siguiente nos enfilaba por la popa y corrimos de seis á siete nudos por hora; el cuarto dia, en cuanto salió el sol, volvimos la vista con inquietud hácia el Levante, pero no se veia la menor señal de tierra. Mr. Marbre pareció experimentar un desengaño cruel, procurando, empero, tranquilizarnos con la seguridad de que pronto nos hallaríamos á la vista de la isla Borbon. Gobernábamos al Este con una leve brisa del Nordeste, y yo me hallaba de pié en un banco del bote, mirando al Sur, cuando ví de improviso una especie de promontorio lejano; llamé á Mr. Marbre y miró al punto que yo le indicaba; mas como nada distinguiera, me dijo que no podia haber tierra en aquella direccion, y se volvió á su sitio para seguir gobernando al Este.

Me era imposible estarme quieto: volví á subir al banco, y ví de nuevo una eminencia de tierra en el horizonte; entonces fueron tan apremiantes mis súplicas y razonamientos, que Mr. Marbre consintió en gobernar durante una hora en la direccion que yo le indicaba.

—Ese tiempo bastará para taparos la boca, dijo el contra-maestre consultando su reloj, y luego no me importunareis mas.

Para emplear bien la hora que me concedian, me coloqué al lado de mis compañeros y remamos con ardor. Tal importancia daba yo á cada braza de la distancia que recorriamos, que no me moví del banco de los remeros. Mr. Marbre, por su parte, continuaba mirando al Este con la esperanza de encontrar la tierra por aquel lado.

—¡Deteneos! nos dijo, ya transcurrió la hora. Subí al banco con el corazon palpitante de ansiedad, pero ya entonces se veia distintamente la eminencia que señalara una hora antes, y grité:—¡Tierra! ¡tierra! Mr. Marbre saltó al banco y cedió á la evidencia.

Cogimos otra vez los remos con doble ardor: el bote bogó rápidamente, y hácia las cinco de la tarde nos hallábamos á muy pocas leguas de la isla de Borbon, que estuvo en poco dejáramos al Sur para estraviarnos sin recurso en la inmensidad del Océano. A la calma que reinara la noche anterior, sucedió una brisa fresca del Sur, y corrimos algunas bordadas al abrigo de la costa. A las diez estábamos á una milla de la playa, pero juzgamos peligroso atracar en medio de la oscuridad: al despuntar el alba pudimos desembarcar en una ensenada, y nunca dí gracias á la Providencia con tanto fervor como al poner los piés en tierra firme.

Pasamos una semana en la isla de Borbon con la efimera esperanza de obtener noticias de la lancha; despues hallamos pasaje en un buque que se dirigia á la isla de Francia. Como en esta no tenian cónsul los Estados-Unidos, y Mr. Marbre se hallaba sin crédito y sin recursos, no pudo obtener que le dieran un barco para ir á visitar el *John*. Careciendo todos de dinero, nos embarcamos en un buque llamado el *Tigre*, procedente de Calcuta, y que regresaba á Filadelfia; Mr. Marbre, como segundo contra-maestre, y Ruperto, Nabucodonosor y yo como marineros de proa. El *Tigre* pasaba por uno de los mejores buques americanos, y Mr. Digges tenia

una excelente reputacion como hombre activo y entendido. Nos tomó á bordo únicamente por espíritu nacional, pues tenia ya treinta y dos hombres de tripulacion: mas tarde supimos que el capitan Digges habia aumentado el número de sus marineros en Calcuta, con el objeto de defenderse de los corsarios que iban á atacar y saquear los buques americanos hasta sobre las costas de los Estados-Unidos, bajo el pretexto de que se habian violado los reglamentos establecidos entre la Francia y la Inglaterra: era la época en que principió la casi-guerra de la Francia con la América. Sin embargo, nada sabíamos de haberse roto las hostilidades, y nos embarcamos en el *Tigre* sin el menor recelo.

Dimos á la vela tres dias despues de nuestra llegada á la isla de Francia, y quince dias despues de nuestro naufragio; aparejamos con viento Sur, y durante la noche corrimos mas de cien millas. A la mañana siguiente, muy temprano, recibí con Ruperto la orden de pasar los cabos de las alas del juanete. Cuando estuve en el aparejo distinguí por nuestra serviola de sotavento dos velas pequeñas que conocí inmediatamente por ser las de la lancha del *John*. No puedo explicar la emocion que experimenté al ver aquella aparicion inesperada; exclamé: «¡Una vela!» empuñé un brandal del mástil y me descolgué sobre cubierta en un segundo. Tenia yo á la sazón un aspecto de extraordinario sobresalto, pues M. Marbre, que mandaba el cuarto, se vió precisado á sacudirme bruscamente para obtener de mí una explicacion. En cuanto se la hube dado, mandó recoger las correderas, bracear las vergas ciñendo el viento, y desplegar la vela mayor; en seguida bajó á dar cuenta del caso al capitan Digges. Nuestro nuevo jefe, que era hombre muy humanitario y compasivo, apenas se hubo enterado del estado de las cosas, no vaciló un momento en aprobar la maniobra dispuesta por Mr. Marbre.

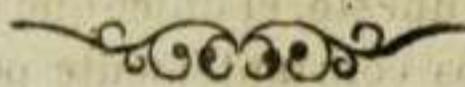
Como la tripulacion de la lancha nos habia visto, hizo fuerza de vela para acercarse á nosotros. Una hora despues habíamos puesto en facha nuestras gavias, y la lancha bien

conocida del *John* viraba por bajo de nuestra escota; se la echó un cable y se la puso al costado. Toda la tripulación del *Tigre* se contristó al ver el estado deplorable de los recién llegados. Un negro de elevada estatura estaba muerto y tendido en el fondo de la lancha, habiéndose conservado su cadáver por si llegaba un extremo terrible. La tercera parte de los náufragos estaban casi inanimados, y fué necesario izarlos á bordo cual si fueran fardos. El capitán Robbins y Mr. Kite, hombres robustos y activos, parecían espectros y tenían los ojos saltones cual si algun demonio interior se los empujara fuera de la órbita. Menos les habia hecho sufrir el hambre que la sed, pues hacia setenta horas que no probaban una gota de agua. Durante la tempestad que habia principiado cuando desembarcábamos en la isla de Borbon, se vieron obligados á vaciar los barriles de agua dulce para alijerar la embarcacion, y merced á un error funesto, el único que conservaron estaba medio vacío. Acosados constantemente por vientos contrarios, habian dejado atrás la isla de Borbon, que estaban buscando hacia diez dias sin poder calcular latitud ni longitud.

Un rayo de indefinible alegría animó el semblante del capitán Robbins cuando le tendí la mano para ayudarle á subir sobre cubierta; su paso era vacilante y se apoyaba pesadamente en mi brazo. Iba á conducirle á la cámara de popa cuando vió un pote de estaño sobre el almacen de agua; tendió hácia él una mano temblorosa, se le dió, y se bebió su contenido de un solo trago. Inclinábase hácia adelante para pedir mas agua, cuando nos alcanzó el capitán Digges, dió algunas órdenes, y todos los náufragos recibieron una cantidad pequeña de agua, con vivas demostraciones de alegría.

En cuanto se les pudo hacer comprender la necesidad de mantener algun tiempo el líquido en la boca antes de tragarlo, experimentaron el saludable efecto de esta precaucion. En seguida se les dió café y un poco de galleta mojada en vino, con cuyo método se les salvó á todos, pero tardaron

cerca de un mes en reponerse. El capitán Robbins y Mr. Kite se hallaron en estado de desempeñar sus ocupaciones al fin de la semana; pero Mr. Digges tuvo la galantería de no exigir de ellos trabajo alguno.



## CAPITULO VI.

¡Pobre capitan Robbins! Apenas hubo recobrado sus fuerzas físicas cuando empezó á experimentar ya los tormentos producidos por la pérdida de su buque. M. Marbre, que reducido al puesto de segundo contramaestre se hallaba mas dispuesto á mostrarse comunicativo conmigo, me contó que su antiguo jefe habia querido decidir al capitan Digges á visitar el buque naufragado; pero el buque mas hermoso de Filadelfia tenía otras cosas mas interesantes que hacer que ocuparse en un salvamento cuyos resultados eran inciertos, y el *John* fué entregado por completo á su destino, siendo muy probable que la tempestad concluyera de dispersar sus restos.

El *Tigre* era muy buen velero, mayor que el *John*, y armado con doce cañones de á nueve: tenía á bordo cincuenta hombres, á quienes M. Digges adiestraba en el ejercicio de cañon. Las noticias que habia recibido relativas á la guerra prestaban nuevo estímulo á sus disposiciones naturalmente belicosas, y cuando llegamos á Santa Elena el buque se hallaba en estado de sostener un combate regular.

Los habitantes de esta isla nada nuevo nos dijeron, refiriéndonos únicamente los nombres de los buques que habían entrado de arribada durante los últimos doce meses, y poniéndonos al corriente de los precios de las carnes frescas y las legumbres. Diez y siete años después habían de ser civilizados por Napoleón.

Ningún obstáculo se opuso á nuestro rumbo desde Santa Elena á las latitudes tranquilas, y á pesar de la falta absoluta de viento, llegamos bien á la altura de las Antillas. Nos hallábamos á corta distancia de la Guadalupe, cuando al rayar el día nos empezó á dar caza un bergantín de aspecto sospechoso. El capitán Digges tomó su mejor antejo, que solo usaba en las ocasiones importantes, examinó detenidamente al perseguidor, y declaró que era un corsario francés. M. Marbre conoció también que era francés por la altura de sus palos de gavia y la pequeñez de las vergas. El *Tigre* tenía desplegadas sus correderas de gavia y juanete, y corría siete nudos por hora; el bergantín barloventeaba con facilidad, y procuraba ponerse á nuestra altura. En vez de aparentar nosotros que le evitábamos, se resolvió recoger algunas velas y aguardar su llegada.

Habiéndome dirigido hácia el pabellón para tomar parte en esta maniobra, ví al capitán Digges que estaba enseñando al capitán Robbins las cartas que había recibido en Calcuta, y en las cuales le participaban las disposiciones hostiles de los franceses.

—La conducta de esos semi-piratas suele ser equívoca, dijo M. Digges; aguardau un momento favorable, y al pronto no sabe uno á qué atenerse con respecto á ellos.

—Es cierto, replicó el capitán Robbins, esos pícaros nos abordan algunas veces antes de que se hayan observado sus intenciones.

—No nos dejemos sorprender, repuso M. Digges después de un momento de reflexión; Miles, id al castillo de proa y decid al cocinero que llene sus calderas de agua; del

mar, haciéndola hervir lo mas pronto posible; decid tambien á M. Marbre que venga al alcázar.

Obedecí sin poder atinar la razon que impelia al capitan á distraer las calderas de su servicio habitual de condimentar el alimento. Estábamos empezando á llenarlas de agua salada, cuando M. Marbre y Nabucodonosor colocaron cerca de la cocina una bomba que este último hizo funcionar con singular destreza; le señalaron por blanco una bigota, á la cual dirigió el chorro en medio de los aplausos de M. Digges, que le nombró al instante jefe de los artilleros.

Dióse la órden de prepararse para el combate, y aunque yo no tenia motivo alguno para suponerme falto de energía, confieso que mis ideas se dirigieron espontáneamente á Clawbonny, Engracia y Lucía, y á los sitios mas amenos de mi posesion. Sin embargo, estas reminiscencias duraron tan solo breves instantes, y se disiparon en cuanto principié á trabajar. Necesitamos una hora para preparar el buque, y durante este tiempo el bergantin se aproximó hasta la distancia de media milla, viniendo á barlovento por nuestro costado de sotavento. Como habíamos disminuido nuestro velámen, el corsario no manifestaba tener intencion de dispararnos un cañonazo para hacernos poner en facha, sino que parecia dispuesto á corresponder á nuestra política.

Todos los hombres de la tripulacion fueron distribuidos entre los diferentes puestos; me colocaron en la cofa mayor, y á Ruperto en la cofa de mesana; estábamos encargados de componer las averías, y el capitan, habiendo sabido que no nos era desconocido el manejo de las armas de fuego, nos entregó á cada uno un fusil con órden de disparar en cuanto se empeñara el combate. Habiendo tomado parte ya anteriormente en un tiroteo, nos considerábamos como veteranos, y nos hacíamos señas mutuamente con la cabeza sonriéndonos al subir á los aparejos. Mi puesto era mejor que el de Ruperto, porque la

vela de sobremesana no me impedía que viese al bergantín en su marcha, al paso que la gavia mayor le ocultaba completamente á la vista de mi amigo. En cuanto al peligro, era próximamente igual para todos, tanto arriba como abajo; los parapetos del buque no estaban á prueba de bala, y los franceses, segun decian, acostumbraban apuntar á los aparejos.

Cuando estuvimos sobre las armas, encomendó el capitán el mayor silencio; el bergantín estaba ya bastante cerca para hablarnos; distinguia yo su cubierta llena de marineros y contaba sus cañones, que solo eran diez y de calibre inferior al nuestro. En su castillo de proa habia algunos hombres escondidos detrás de los parapetos como para ocultarse á la vista de nuestra tripulacion. Tuve intenciones de agarrarme á un brandal y deslizarme al puente para dar á mis jefes los pormenores que habia visto sobre las fuerzas y posicion de nuestros agresores; pero habia oido hablar de la obligacion imperiosa de permanecer cada uno en su puesto frente al enemigo, y aunque los grumetes exageran siempre sus deberes y sus derechos, se me debe agradecer en parte que supiera abstenerme de ceder á mi primer impulso.

Durante toda la travesía habia yo llevado un cálculo del rumbo que hacíamos, y tenia siempre en el bolsillo papel y un lápiz. Tracé rápidamente en un papel estas palabras: «El castillo de proa del bergantín está cubierto de hombres ocultos detrás de los parapetos.» Envolví una moneda en el papel y le tiré al puente; el capitán Digges le oyó caer, me dió las gracias con un movimiento de cabeza, leyó mi billete, y pronto ví á Nabucodonosor y al cocinero llenar la bomba de agua hirviendo y colocar en el alcázar aquella arma de nuevo género. En el momento mismo en que se concluyó la operacion, nos llamaron desde el bergantín.

—¿Qué buque es ese?

—El *Tigre*, de Filadelfia, que regresa de Calcuta á América. ¿Qué bergantín es ese?

—La *Locura*, corsario francés. ¿De dónde venís?

—De Calcuta. ¿Y vos?

—De la Guadalupe. ¿Decís que vais?...

—A Filadelfia. No vengais á barlovento tan cerca de nosotros, que puede suceder una desgracia.

—¿Qué entendéis por *desgracia*? no os entiendo; voy á ponerme *al costado*.

—Dejadnos mas sitio, os digo, vuestro botalon de foque va á enredarse en los aparejos de nuestro palo de mesana.

—¿Qué significa eso, eh? *Vamos, hijos míos, llega el momento*.

—¡Barloventead un poco y desenredad su berlinga! gritó el capitán Digges. *Vamos, Nab, mostradnos vuestra habilidad*.

La bomba se puso en juego en el momento en que los franceses aparecían sobre su bauprés, y en que cinco ó seis de ellos ponían el pié en el botalon de foque; el agua hirviendo los cogió *en escalon* é inundó toda la línea. El efecto fué instantáneo; los tres primeros agresores, viéndose en la imposibilidad de efectuar su retirada, se dejaron caer al mar, prefiriendo el agua fria al agua hirviendo, y el peligro de ahogarse á la certidumbre de ser escaldados. Creo, sin que pueda garantizar el hecho, que fueron salvados por sus compañeros. El resto de los hombres de abordage cayó sobre la cubierta del bergantín, con grande aplauso de nuestra tripulación, y la *Locura*, poniendo el timon á sotavento, viró de bordo cual si se hubiera sentido escaldada tambien.

Esperábamos recibir una andanada, aunque sin temerla, pues teníamos una batería imponente; sin embargo, observando el bergantín que la ventaja no estaria de su parte, nos dejó por de pronto que verificáramos nuestra arribada, y girando sobre el talon de su quilla, se puso de modo que ambos buques estaban popa con popa.

El capitán Digges mandó colocar en los atracaderos los dos cañones de á nueve del alcázar. No era natural que

hombres de mediano corazon se dejaron tratar del modo que nosotros lo habíamos hecho á los corsarios sin dar alguna señal de descontento: los buques estaban á tres cables de distancia cuando recibimos un cañonazo. La bala atravesó la gavia de mesana, pasó entre los aparejos de sotavento y la cabeza del palo mayor, hizo un agujero en la gavia mayor, y la oí chocar contra un cuerpo mas duro que la lona. Pensé en Ruperto y miré con inquietud hácia el puente.

— ¡Hohe! ¡á la cofa de mesana! exclamó el capitan Digges; ¿dónde ha dado esa bala?

— En el tope de mastelero, contestó Ruperto con voz clara y segura, pero no ha hecho avería.

— Ahora nos toca á nosotros, capitan Robbins.

Disparáronse nuestros dos cañones, y algunos segundos despues lanzó nuestra tripulacion tres hurras! La gavia de mesana me impedia á la sazón que viese el bergantín, pero supe mas tarde que una bala le habia llevado el pico-cangrejo.

Tal fué el resultado del combate, cuya gloria principal correspondia de hecho y de derecho á Nabucodonosor. Me refirieron que durante la accion, á pesar de hallarse espuesto el negro al fuego del enemigo, tenia un semblante gozoso en extremo, y recibió con justo título sinceras felicitaciones de todos.

Proseguimos nuestro camino y cerca del cabo de Virginia hallamos al *Ganges*, buque de Filadelfia, que acababa de ser transformado recientemente en navío de guerra. Se acercó á nosotros, y el capitan Dale, que le mandaba, recibió al instante á su bordo á nuestro capitan. Acompañé á M. Digges en su bote, y al examinar el primer buque que el gobierno americano lanzaba á cruzar los mares con el pabellon de guerra, hubo un momento en que tuve intenciones de formar parte de su tripulacion. Podria haber entrado en clase de guardia marina, habria sido teniente de fragata al cabo de uno ó dos años, y en caso

de sobrevivir á los sangrientos combates de 1801, seria en la actualidad uno de los oficiales mas antiguos de la marina americana. La Providencia lo dispuso de otro modo, y en lo sucesivo se verá si perdí ó gané con quedarme á bordo del *Tigre*.

En la misma tarde estábamos á cinco millas del cabo May cuando sobrevino una calma; un piloto que habia salido de la costa se acercó á nosotros en un barco de remos, al anochecer.

El capitan Robbins tenia priesa de desembarcar para anunciar por sí mismo la triste noticia de su naufragio, y fué encargado de conducirle á tierra con Ruperto, el piloto y otro hombre que acompañaba á este, debiendo reunirnos despues con *El Tigre* en la bahía ó en el puerto. Nos embarcamos, y *El Tigre* se alejó con una rapidez de seis ó siete nudos por hora. Acabábamos de ver desaparecer las luces de su cámara, cuando el viento saltó bruscamente del sudeste al nordeste, lo cual sucede con frecuencia en la costa americana; sin embargo, remamos con fuerza, interrumpiéndonos tan solo para achicar (1) el barco, sobre el cual reventaban olas abultadas. Hicimos rumbo hácia el Norte con la esperanza de abrigarnos en la costa y hallar aguas mas tranquilas, pero estaba tan embravecido el mar, que no nos fué posible avanzar. Ruperto, totalmente agoviado por el cansancio, dejó caer su remo y se tiró sin aliento sobre su banco; el capitan Robbins le sustituyó. Nuestra posicion se parecia bastante á la de un hombre agarrado al lomo de una colina escarpada, en cuya cúspide ha de hallar su salvacion, pero que sintiendo le abandonan sus fuerzas, está próximo á dejarse caer. Teníamos detrás de nosotros al Océano enfurecido, y estábamos completamente desprovistos de alimento, aunque afortunadamente habia á bordo del barco un barrilito de agua fresca. El piloto y

(1) Llámase *achicar* sacar con una paleta cóncava de madera el agua que entra en un bote ó lancha.

(N. del T.)

su compañero llevaban provisiones, pero las habian cenado ya, al paso que nosotros salimos de *El Tigre* sin tomar nada.

El capitan Robbins celebró consejo con los bateleros, que hasta entonces habian guardado el silencio mas absoluto; ambos eran jóvenes, y segun supe despues, cada uno tenia una esposa que aguardaba en la playa el regreso del barco. Estaba yo sentado entre ellos y ví al de mas edad derramar lágrimas cuando le interrogó el capitan Robbins. Nunca podré describir la emocion que experimenté al contemplar semejante espectáculo. Aquel hombre avezado al peligro, que luchaba con tanto valor para librar su vida y las nuestras, desesperaba ya de nuestra salvacion!

Sin embargo, los dos bateleros del cabo May no parecian renunciar á la esperanza de alcanzar la costa; continuamos remando hasta las doce de la noche, pero nos fué imposible dominar la violencia de las olas; y nuestro recurso único fué dejarnos llevar hácia atrás con la esperanza de hallar otra vez al *Tigre*. Sabíamos que tenia las amarras á estribor cuando salimos de él, y que gobernaba ciñendo la costa; los marineros viraron el barco, y mientras le mantenian sobre el agua, trabajábamos en achicarlo, buscando siempre con la vista al *Tigre* en medio de las tinieblas. Hacia media hora larga que duraba nuestra penosa ansiedad, cuando exclamó Ruperto que veia el buque: en efecto era *El Tigre*; tenia la proa al Nordeste y procuraba aproximarse á tierra con sus velas de gabia de mesana y gabia mayor con rizos bajos. Desgraciadamente estaba á sotavento de nosotros, y vogaba con tal velocidad, que no teníamos esperanza de alcanzarle sino remando todos simultáneamente. Remamos con un vigor gigantesco; tres veces se inundó de agua nuestro barco, pero el capitan Robbins nos dijo que continuáramos bogando, pues todos los instantes eran preciosos. Yo habia estado barto ocupado para levantar los ojos, y ví de improviso al *Tigre* á cien piés de nosotros dando con la proa esos saltos repentinos que duplican y aun triplican la celeridad de los buques.

El capitán Robbins le llamó; pero era impotente la voz humana en medio del ruido de las cuerdas que se chocaban entre sí y de los bramidos atronadores del Océano. Lanzamos todos á un tiempo un grito de desesperacion; pero sin duda los esfuerzos terribles que hiciéramos remando habian debilitado nuestra voz, pues no nos oyeron!....—¡Remad! gritó el capitán Robbins; y volvimos á empuñar los remos con tal ardor, que quizás habríamos logrado nuestro objeto á no haber llenado de agua una ola nuestro barco, precisándonos á achicar para salvar nuestras vidas. Empleamos en esta operacion nuestros sombreros y cubos para librarnos de una muerte inmediata. Confieso que algunas lágrimas ardientes inundaron mis mejillas cuando ví huir delante de nosotros en medio de las tinieblas la masa sombría del *Tigre*. Oía al piloto rezar y mezclar el nombre de su mujer con sus invocaciones. En cuanto al pobre capitán Robbins, que tan recientemente se habia salvado de un peligro semejante, guardaba un silencio profundo y parecia someterse á los decretos de la Providencia.

Abatíamos con viento por la proa; los bateleros del cabo May tenian fija la vista en las luces del *Tigre*, y mirábamos con tristeza al mar próximo á sepultarnos en su seno cuando la señal:—¡Hohe! del barco resonó de pronto en nuestros oidos cual el sonido de la trompeta final. Una goleta se cruzaba en nuestro camino, y antes de que hubiéramos tenido tiempo de evitar su encuentro, su tajamar chocó en nuestra pequeña embarcacion, y la sepultó en las olas. En tales momentos el hombre no reflexiona, sino que obra. Procuré coger una de las cuerdas del bauptrés, mas no lo conseguí, y volví á caer al agua; mi mano tropezó con un objeto al cual se asió con fuerza: era una pierna del piloto. Un marinero de la goleta nos recogió á ambos; cuando estuvimos á bordo, hallamos á todos nuestros compañeros, escepto al capitán Robbins. La goleta viró de bordo, y pasó por segunda vez sobre los despojos de nuestra embarcacion, pero fué en valde; ¡nuestro antiguo capitán habia desaparecido para siempre!

## CAPITULO VII.

Habíamos sido recogidos por una goleta llamada la *Marta Wallis*, que venia de la ria de James y se dirigia á Boston. Nos recibieron en ella con suma bondad y pasamos á su bordo nueve dias, al cabo de los cuales nos traspordamos á un quechemarin denominado la *Amable joven*, que pasó cerca de nosotros y se dirigia de Boston á Nueva-York, en donde desembarcábamos cuatro dias despues. Yo no habia querido gastar el oro que me diera Lucía, y le llevaba en un cinto como recuerdo de mi amiga de infancia; pero veia á la sazón los medios de utilizarlo, sin disponer completamente de él, confiándole á una compañía de armadores. Me encaminé pues á la casa de los que habian sido propietarios del *John*, á donde me habia tomado la delantera M. Kite. *El Tigre* llegó á Filadelfia, y la mayor parte de los marineros del *John* se trasladaron sin pérdida de tiempo á Nueva-York. Era opinion general que habíamos perecido, y los periódicos nos consagraron á Ruperto y á mí algunas noticias cronológicas de interés palpitante. Temí que aquellas noticias llegaran á Clawbonny y tenia un desco ansioso de tranquilizar á la familia. Los armadores del *John* me in-

terrogaron sobre el naufragio, y parecieron quedar muy satisfechos de mis respuestas; les presenté las monedas de oro de Lucía, y les propuse dejárselas en garantía de préstamo de una cantidad menor. No quisieron recibir garantía alguna, y me obligaron á aceptar un bono de cien pesos, pagadero parcialmente. Provisto ya de medios para equiparme convenientemente, corrí presuroso á la dársena de Albany para adquirir noticias del *Wallingford*, y supe que el Sloop habia salido aquella misma tarde, llevando á su bordo á un negro que siguiera á Canton al jóven é infortunado Miles Wallingford, y que iba á anunciar á la familia el triste y prematuro fin de su amo.

En vista de esto, debíamos renunciar casi á llegar á Clawbonny antes que la noticia de nuestra muerte. Afortunadamente un paquebote del Hudson estaba á punto de dar á la vela, y aunque el viento estaba fijo al Norte, jactábase el patron de llegar á Clawbonny en cuarenta y ocho horas. Me ajusté con él, y nos pusimos en camino media hora despues. Era tan fuerte mi agitacion, que no pude quitarme de la cubierta hasta que hubieron echado el ancla por la subida de la marea: en cuanto á Ruperto, se acostó al anochecer, y durmió hasta muy entrada la mañana.

Hácia el medio dia vimos nuestra ensenada y al *Wallingford* que se aproximaba á ella. Desembarcando á una media milla de la ensenada, podia yo llegar á la casa por un camino de travesía y adelantarme á Nabucodonosor. Nos trasladaron á tierra con nuestro equipaje en el sitio que indiqué, y nos dirigimos á la casa con paso rápido. El mismo Ruperto parecia sentir la necesidad de apresurarse, y supongo que experimentaria arrepentimiento al recordar el dolor que habia ocasionado á su padre y á su hermana querida.

Nunca me pareció Clawbonny mas hermoso que en aquel dia. Reinaba en el valle el silencio de la soledad; los vergeles principiaban á despojarse de sus flores para mos-

trar el naciente fruto, y el viento Sur hacia ondular suavemente el césped de las praderas. Las reses que rumiaban á la sombra de los árboles, en su apacible inmovilidad parecían saborear el placer de la existencia. Todo allí revelaba paz y ventura, y sin embargo, aquel sitio que rebosaba dulce tranquilidad era el que yo habia abandonado voluntariamente para encontrar piratas en el estrecho de la Sonda, naufragar en las costas de Madagascar, buscar la isla de Francia en una embarcacion exígua, esponerme á las balas de los franceses en la cofa de *El Tigre*, y correr el peligro de una muerte horrenda en la costa de mi misma patria.

A corta distancia de la casa habia una espesura de árboles y arbustos en la que Ruperto y yo habíamos construido un pabellon de verano ó cenador. Al aproximarnos á él vimos entrar á las jóvenes, seguidas de Nabucodonosor. Venia del embarcadero y caminaba con lento paso, cual si retrocediera ante el deber penoso que iba á cumplir. Caminamos entonces con mayor apresuramiento; pero cuando llegamos junto al cenador sin ser vistos, el negro estaba ya en presencia de sus amas, que parecian hallarse poseidas de terrible ansiedad. Nabucodonosor, cuyo rostro solia tener un color negro lustroso, tenia á la sazón un color de ceniza oscuro, y solo contestaba á las interpelaciones de Lucía con torrentes de lágrimas. Por fin se arrojó al suelo sollozando.

—¿Será la vergüenza de haberse fugado, exclamó Lucía, ó tendrá que anunciarnos malas noticias?

—Nada positivo debe saber de ellos, dijo Engracia, pues sin duda no los acompañó: sin embargo, tengo presentimientos tristes.

—Tranquilizaos, hermana querida, exclamé. Loado sea Dios, pues volvemos sanos y salvos!

Al pronunciar estas palabras, tuve cuidado de mantenerme oculto para evitar una sorpresa harto brusca: las jóvenes lanzaron un grito y tendieron los brazos; entónces

cesó nuestra vacilacion y nos precipitamos hácia ellas. La alegría estuvo á punto de privarme, y al serenarse mi mente, me encontré en los brazos de Lucía, mientras que Ruperto estrechaba á Engracia sobre su corazon. Despues cada uno abrazó á su hermana; las dos jóvenes derramaron lágrimas repitiéndonos que aquel era el único momento de ventura que habian tenido desde nuestra partida. Examinamos en seguida las variaciones que cada uno de nosotros cuatro habia experimentado esteriormente, y mezcláronse exclamaciones de sorpresa con las lágrimas y las caricias.

El pobre negro nos habia mirado al pronto lleno de estupefaccion, y luego, despues de haberse asegurado de nuestra identidad, se arrojó á nuestros piés lanzando gritos de frenética alegría. Persuadido de que las buenas nuevas que iba á llevar le garantizaban su perdon, corrió hácia la casa gritando con toda la fuerza de sus vigorosos pulmones!

—M. Miles ha vuelto! M. Miles ha vuelto!

Cuando se restableció la calma entre nosotros, pregunté á mi hermana como estaba M. Hardinge, informándome aquella de que su salud era escelente y seguia desempeñando como de costumbre su piadoso ministerio. Habia dicho á Engracia y Lucía el nombre del buque en que nos embarcamos; pero las ocultó cuidadosamente la circunstancia de habernos visto en el momento de salir del puerto. Nos exigieron una relacion de nuestras aventuras; Ruperto se encargó de satisfacer la curiosidad de nuestras hermanas, y lo hizo con bastante modestia, aunque insistiera sobre la bala que pegó tan cerca de él en el tope del mastelero de mesana del *Tigre*. Describió el silbido del proyectil, el ruido terrible del palo al hacerse pedazos, y á creerle, fuera grande mi dicha por haberme hallado al otro lado de la cofa cuando pasó la bala. Sin embargo, la verdad era que estuve yo mas espuesto que él. Refirió su aventura con tal elocuencia, que Engracia palideció; pero sus fanfarronadas

produjeron un efecto muy distinto en Lucía. La excelente criatura interrumpió á su hermano con una carjada, diciéndole:

—Bueno! basta ya de la bala de cañon: hablemos de otra cosa.

Ruperto se sonrojó; estaba habituado desde la infancia á las observaciones francas de su hermana, pero tenia generalmente bastante habilidad para disimular su despecho.

Contemplé entónces con mayor atencion á las dos amigas; Engracia habia dejado su aire infantil para tomar el aspecto de dignidad de una mujer jóven. La excesiva delicadeza de sus facciones, la fragilidad de su constitucion y la espresion puramente intelectual de su rostro, inspiraba la idea de que habia sido creada para otro mundo distinto del nuestro, y que al trasportarse á aquél algun dia, conservaría en él las formas exteriores bajo las cuales se presentaba á los ojos de los demás hombres. Acontecia lo contrario con respecto á Lucía, pues nada en ella habia á la imaginacion; era toda una muger, pero perfecta. Animada por los mejores sentimientos de su sexo, honrada, sincera y dulce, pero ardiente, tenia un carácter movable cuyas bruscas transformaciones me costaba trabajo seguir paso á paso. Sin embargo, nunca muger alguna tuvo principios mas sólidos ni nociones mas exactas sobre todo lo que convenia á su edad y posicion. Tenia sobre la misma Engracia el ascendiente que presta el buen sentido; pero ignoraba yo todavía hasta qué punto se hallaba subyugada la imaginacion de mi hermana por el juicio sin pretensiones y la previsora sagacidad de su amiga.

M. Hardinge debia saber ya nuestro regreso, y habria sido faltarle al respeto tardar mas tiempo en solicitar su perdón y su bendicion. No nos lo rehusó; experimentó una verdadera satisfaccion al volvernos á ver, y nos exigió, lo mismo que las muchachas, que le refiriésemos algunos pormenores de lo que nos ocurriera durante nuestra ausencia. Encarguéme á mi vez del papel de narrador, y mi relato se ha-

lló algunas veces en contradiccion con el de Ruperto, lo cual sorprendió en extremo á Engracia y á Lucía.

No procuré embellecer lo que me concernia personalmente, é hice plena justicia á la conducta honrosa de Nabucodonosor, á quien mi compañero no mencionó siquiera. Ruperto no pareció observar que le contradecia, pues hay personas que no ven la verdad, aun cuando se les ponga evidente á la vista.

M. Hardinge me preguntó si aquella escursion satisfacía mis deseos. Juzgué oportuno contestarle con franqueza que pensaba embarcarme en uno de los numerosos buques americanos que tomaban patente de corso; pero Ruperto confesó que se habia equivocado con respecto á su vocacion, y que deseaba entrar en el estudio de un procurador. Esta declaracion inesperada me dejó cual si cayera un rayo á mis piés; era la vez primera que mi amigo manifestaba aversion á la marina. Háiale observado falto de enerjía en las circunstancias que exigian resolucion; pero sabiendo que era valiente, achacaba su apatía al cambio de condicion y de alimentos, porque, á pesar de todo, el hombre, esa criatura hecha á imájen de Dios, sufre, lo mismo que el animal imperfecto, la influencia del estómago y de la digestion.

M. Hardinge, viendo con gusto las nuevas disposiciones de su hijo, aplazó las observaciones que, sin duda alguna, pensaba hacerme. Pasamos una noche deliciosa. Las muchachas se rieron en extremo con nuestras bromas, sobre el género de vida que se llevaba á bordo, y sobre varios incidentes de nuestro viaje. Despues de cenar fué llamado Nabucodonosor, se le censuró por haber abandonado sus penates, y se le elogió por su adhesion hácia su jóven amo. Las singulares descripciones de los chinos, de sus trajes, sus coletas y sus zapatos, divirtieron escesivamente á M. Hardinge, que se mostró mas chiquillo que nosotros.

Al dia siguiente tuve una conversacion con mi tutor, que principió por darme cuenta de su administracion durante el año precedente. Mis asuntos habian prosperado, acumulá-

banse mis rentas, y ví que cuando llegara á ser mayor de edad tendria suficiente dinero contante para comprar un buque si se me antojaba. Desde aquel momento formé secretamente la resolucion de ponerme en estado de mandar un buque cuando llegara el tiempo oportuno. Se trató poco en aquella conferencia del porvenir; únicamente mi tutor me aconsejó que reflexionara con detenimiento ántes de elegir de un modo irrevocable mi profesion. Le contesté tan solo inclinando respetuosamente la cabeza.

Durante el mes siguiente, Clawbonny fué teatro de continuados placeres; verificamos dos escursiones bastante prolongadas sobre el Hudson con Engracia y Lucía, y concebí el proyecto de llevarlas á Nueva-York, que aun no habian visto. Ambas tenian un deseo vehemente de recorrer la gran ciudad y visitar los buques de tres palos surtos en su puerto. M. Hardinge consideró al pronto mi proposicion como una chanza, pero concluyó por dar su consentimiento. Habia á la sazón en Nueva-York una tal Mme. Bradfort, viuda bastante opulenta y prima hermana de M. Hardinge. Se convino en que las dos jóvenes residirian en su casa, y yo viviria con Ruperto en la posada. M. Hardinge escribió aquella misma noche á su prima, con el objeto de avisarla que la familia aceptaba las reiteradas invitaciones que con frecuencia la dirigiera. En cuanto se recibió su contestacion, nos embarcamos para Nueva-York, á bordo del sloop el *Wallingford*.

¡Cuán diferente era este viage del primero que hice sobre el Hudson! Partia sin remordimiento alguno, siguiendo el curso de un rio que me era familiar. Podia nombrar á mis compañeros los parajes mas notables de sus hermosas márgenes que, sin tener el aspecto grandioso de otras partes del globo, reúnen en un espacio reducido tantos paisajes pintorescos. Llegamos sin obstáculo alguno á Nueva-York, y tuve la felicidad suprema para mí, de mostrar á Lucía y Engracia la cárcel del Estado, el mercado del Oso, y las iglesias de San Pablo y de la Trinidad. Llamaban á esta última

la Trinidad vieja á pesar de hacer solo algunos años que habia sido edificada. Este edificio ha desaparecido ya sucediéndole otro, y nuevas mejoras tienden á aproximar gradualmente nuestra arquitectura religiosa á los modelos magníficos que ha dejado la del antiguo mundo.

M. Hardinge nos presentó á Mme. Bradfort, quien habia preparado una habitacion para Ruperto y para mí, y nos ofreció bondadosa hospitalidad.

Visitamos juntos cuantas curiosidades encerraba la ciudad. Acontéceme con frecuencia reirme al recordar lo que existia en aquella época. Habia un museo de que se avergonzaria en la actualidad un pueblo de provincia; un circo á cargo de un hombre denominado Ricketts, un teatro pequeño en John-Street, y en el sitio en que hoy está la plaza triangular de Franklin, habia un leon que tenian encerrado en una jaula fuera de la ciudad, para que no turbara la tranquilidad pública con sus terribles rugidos. El buen M. Hardinge no tuvo escrúpulo alguno en dejarnos ir á todos juntos al teatro bajo la inmediata vigilancia de Mme. Bradfort. Nunca olvidaré el placer inefable que produjo en mí esta diversion, que tan nueva era para nuestras compañeras como para Ruperto y para mí, porque nosotros habíamos estado en China, es cierto, pero nunca habíamos visto una representacion dramática.

---

---

### CAPITULO VIII.

---

Poco tiempo despues traté con mi tutor de mi proyecto de volver á embarcarme. El país entero se ocupaba activamente en armar la nueva marina; los sombreros galoneados, las casacas azules y las fajas blancas comenzaban á mostrarse por las calles con esa ostentacion que caracteriza siempre á las instituciones nacientes. En el dia se encuentran á cada paso marinos distinguidos, cuyo exterior en nada indica la profesion, mientras que en 1799 se apresuraban á vestir el uniforme para no dejarle hasta que se retiraban del servicio. Construíanse buques en todos los puertos de los Estados Unidos, y me pregunto á mi mismo con sorpresa cómo pude librarme de la epidemia general y no solicitar una plaza de guardia marina. Resolví quedarme en la marina mercante, pero á bordo de un buque provisto de patente de armas. Habríame repugnado montar un corsario, pues siempre me ha parecido que los cruceros emprendidos con la única esperanza de un beneficio pecuniario, tienen algo de deshonorosos; pero no se puede censurar al capitan de un buque mercante que toma patente de armas. Su objeto principal es el comercio;

solo se arma para defenderse, y si hace alguna presa, es únicamente porque tropieza con enemigos dispuestos á capturarle á él.

Anuncié mis intenciones á M. Hardinge, y me puse en busca de un buque, encargando á Nabucodonosor que practicara iguales diligencias por su parte. El negro era ya un marinero hábil; sabia aferrar velas, tomar rizados, hacer nudos y ayustar (1), aunque ignoraba todavía el arte de estivar un cargamento, y no podia aprender á determinar el instante preciso en que era necesario coger el último rizo. Era un servidor excelente, al que llegué á profesar con el tiempo un cariño casi paternal.

Un dia en que recorria yo los muelles oí una voz muy conocida que decia:

—Abí teneis vuestro hombre, capitan Williams; no podriais hallar en toda la América mejor tercer contramaestre!

Tuve una especie de presentimiento de que aquellas palabras se aplicaban á mí, sin poder recordar, no obstante, el nombre del que las pronunoiaba. Al mirar hácia el lado en que las oí, conocí la fisonomía ruda á la par que franca de M. Marbre, el cual estaba al lado de un capitan de mediana edad, cuyo semblante anunciaba una práctica larga y penosa en la navegacion; ambos me miraban desde la obra muerta de un buque mercante de aspecto seductor. Saludé á M. Marbre, y este me hizo seña de que subiera á bordo, y me presentó al capitan.

Llamábase aquel buque la *Crisis*, nombre de actualidad en un país que en cada semestre tenia crisis de diferentes especies; era un navío recogido, de mas de cuatrocientas toneladas, muy limpio y muy bien pintado, con diez cañones de á nueve en sus baterías. Observé que estaba ya cargado y que solo retrasaba su partida la falta de un tercer contramaestre, clase que escaseaba en razon al número inmenso de jóvenes que entraban á servir en la marina de guerra. M. Marbre me

(1) *Ayustar*, hacer costuras para unir los chicotes de dos cabos.

recomendó con vehemencia suma; el capitán Williams me hizo sufrir un exámen de un cuarto de hora, y en seguida me propuso la vacante. No habia yo previsto que seria promovido tan pronto al grado de contramaestre, pero prescindiendo de toda falsa modestia, me creia capaz de desempeñar sus funciones.

La *Crisis* iba á dar vuelta al mundo, á llevar un cargamento de harina á Inglaterra, á recibir mercancías propias para la costa del Noroeste, traficar en ella, dar á la vela para Canton, cambiar pieles y madera de sándalo por thés, y regresar á Nueva-York. Acepté gozoso la oferta del capitán, que me señaló treinta pesos de paga mensual.

El buque llevaba patente de armas y de represalias, y teníamos la probabilidad de encontrar franceses, al menos en los mares de Europa.

Pedí una plaza de marinero para Nabucodonosor; M. Marble esplicó la conexion que habia entre el negro y yo, é hizo con facilidad que le admitieran. En seguida fuimos á casa de un notario á firmar el contrato. Esta vez se ajustó Nabucodonosor con la autorizacion de Mr. Hardinge, que estaba de excelente humor porque acababa de colocar á Ruperto en el estudio de un letrado amigo suyo. Mme. Bradfort habia insistido en que su jóven pariente se alojara en su casa, lo cual disminuia los gastos del padre; pero yo conocia demasiado á Ruperto para suponer que se contentaria con el dinero que destinara Mr. Hardinge á sus gastos particulares.

Mi tutor me habia facilitado los medios de pagar mi deuda á los armadores del *John* y de equiparme convenientemente. La mayor parte de los jefes y marineros de la *Crisis* habian autorizado á sus familias para que percibiesen sus sueldos durante su ausencia, y resolví verificar igual arreglo en beneficio de Ruperto; primero le regalé veinte pesos, luego le llevé á casa del banquero y obtuve para él, aunque con algun trabajo, un crédito de veinte pesos mensuales, comprometiéndome á indemnizar á los armadores en caso de accidente fortuito ó de pérdida del buque. Mi calidad de propietario favoreció esta

estipulación, pues según acontece generalmente, se me creía mucho más rico de lo que en realidad era.

Al mismo tiempo que adoptaba estas medidas en favor de Ruperto, confieso que me mortificó en extremo la facilidad con que aceptó mis donativos.

Hay ciertas acciones que ejecutamos voluntariamente y cuyos resultados nos causan, sin embargo, algún sentimiento. Me incomodaba que mi amigo, el hermano de Lucía y el adorador de Engracia ( porque yo tenía bastante perspicacia á la sazón para adivinar el naciente amor de Ruperto ), no rehusára con noble altivez el dinero que iba yo á ganar con el sudor de mi frente, en una carrera que le habia faltado fuerza de voluntad para seguir.

La *Crisis* estuvo pronta para aparejar tres días después de mi alistamiento; la tripulación comprendia treinta y ocho hombres, entre los cuales se contaban diez grumetes que nunca habian visto el Océano, pero que eran jóvenes y robustos. El capitán, hombre muy previsor, aceleró los preparativos de modo que pudiera darse á la vela antes del domingo. Los trabajos preliminares estaban casi terminados el jueves, y como ningún marino se hubiera atrevido á salir al mar en viernes en el año de gracia de 1798 (1), tuvimos un día de descanso, y me fuí á pasarlo en tierra. Por la tarde paseábame en el campo con Ruperto, Engracia y Lucía; llevaba á esta del brazo y caminábamos lentamente, dominados por la tristeza que producía en nosotros la idea de tan prolongada separación. El viaje podia durar tres años; yo seria mayor de edad, y Lucía tendria cerca de diez y nueve años. Tres años nos parecian siglos, tan fecundos en vicisitudes como la vida entera de un hombre.

—Cuando vuelva, dije á Lucía, Ruperto será ya abogado.

(1) A pesar de que el autor da á entender que solo en aquella época subsistia semejante preocupacion entre los marinos, puede asegurarse que aun en la actualidad rehusan los marinos de casi todas las naciones salir del puerto en martes ó viernes, pues lo tendrian por agüero infalible de mala navegacion. (N. del T.)

—Sí, me contestó; pero estoy inclinada á sentir que no os acompañe mi hermano. Hace tanto tiempo que os conocéis, os profesais mutuamente tanto afecto, y habeis sufrido juntos tantas pruebas terribles!

—Oh! creo que Ruperto se encontrará mejor en tierra que en el mar: es abogado por temperamento; y además tendré á Nab á mi lado.

—Pero Nab no es Ruperto, contestó Lucía con viveza y en un tono que pareció implicar reconvencion.

—Sin duda alguna me faltará vuestro hermano. Pero quiero decir, tan solo, que Nab es mi amigo de infancia, y que ha compartido igualmente todos mis peligros.

Lucía guardó silencio y me quedé algo confuso. Pero una jóven de diez y seis años que está á solas con un hombre, jóven tambien, y en quien tiene completa confianza, no puede estarse callada mucho tiempo. Es absolutamente preciso que diga algo, y ¡cuántas veces este algo está impregnado de exquisita sensibilidad, de franqueza instintiva y de tierna sencillez!

—Pensaréis algunas veces en nosotras, Miles, me dijo.

Conmovidó con el sonido de su voz, la miré al rostro y ví sus ojos humedecidos por el llanto.

—Podeis estar segura de ello, contesté, y espero que por vuestra parte no me olvidaréis. Mas ahora recuerdo que tengo que pagaros una deuda con interés. Ved aquí las monedas de oro que me obligasteis á aceptar el año pasado al marcharme de Clawbonny. Miradlas, son exactamente las mismas, pues no he querido separarme de ellas.

—Tenia la esperanza de que os hubieran podido ser de alguna utilidad y las habia olvidado completamente. Acabais de destruir una de mis ilusiones mas gratas.

—No os agrada, igualmente, saber que no las hemos necesitado? Hélas ahí; ahora que marchó ya con el consentimiento de Mr. Hardinge, nada me faltará. Tomad, pues, de nuevo vuestro oro, Lucía, y tomad tambien los réditos.

Al hablar así procuré introducir un paquetito en las ma-

nos de la jóven; pero apretó sus dedos con tal energía que me fué imposible separarlos.

—No, no, Miles, dijo con precipitacion; no quiero réditos. Podeis obligar á Ruperto á que acepte dinero, pero nunca lo conseguiréis conmigo.

—No se trata ahora de Ruperto ni de dinero, pues lo que os doy es un bracelete.

Luisa abrió los dedos al oír estas palabras, y puse el regalo en sus manos sin la menor resistencia. Sin embargo, ví con sentimiento que estaba informada del donativo que habia yo hecho á su hermano. Mas tarde llegó á mi noticia que supo este secreto por Nabucodonosor, quien le habia averiguado por un dependiente del banquero y le trasmitió á una negra de Mme. Bradfort.

Lucía quedó en extremo complacida con su bracelete; era una alhaja muy lucida, cuyo medallon contenia nuestras iniciales rodeadas por trenzas formadas con pelo mio, suyo, de Engracia y de Ruperto. No habia pensamiento alguno de amor en aquella prenda de cariño; yo habia adivinado la inclinacion de Ruperto á Engracia, quien en concepto mio participaba de ella ó habia de participar muy pronto; pero no experimentaba por mi parte, con respecto á Lucía Hardinge, sino sentimientos fraternales, aunque la hermosa niña me supusiera un afecto de distinta índole.

Ví la sonrisa de Lucía al tomar el bracelete, y no pude menos de observar la vehemencia del movimiento con que le estrechó involuntariamente sobre su corazon; sin embargo, esta circunstancia no impresionó mi corazon de un modo muy profundo. Poco despues varió la conversacion, tomando un giro muy diferente.

Hablaré muy someramente de nuestra despedida. Al regresar del paseo, Mr. Hardinge me llamó á su cuarto; me habló con tono solemne y me prometió recordarme en sus oraciones. Lucía me aguardaba en el pasillo: estaba anegada en llanto y estremadamente pálida, pero reunia todas sus fuerzas para resistir al dolor de que se hallaba poseida. Me en-

tregó un ejemplar pequeño de la Biblia y murmuró con voz cortada.

—Tomad , Miles , hé ahí mi regalo ; no os pido que penseis en mí al leerle, sino pensad en Dios !

Despues me dió un beso y huyó á su cuarto, cuya puerta cerró; Engracia, me aguardó abajo y lloró largo tiempo entre mis brazos. Al salir de la casa , oí que se abria una ventana, y ví á Lucía con los ojos llenos de lágrimas que se inclinaba hácia la calle para gritarme :

—¡ Miles ! ¡ escribid con la mayor frecuencia posible !

Debe ser el hombre una criatura naturalmente insensible para arrancarse sin motivo aparente de entre amigos fieles, con el único intento de ir en pos de combates y aventuras. Esto era, sin embargo, lo que yo hacia : á pesar de todos los lazos que me sujetaban en la costa, nada hubiera podido vencer mi resolucion de embarcarme. Creia indispensable ser tercer contramaestre de la *Crisis*, y seguir al buque en sus escursiones, así como los reformistas creen necesario presentar á las Cámaras peticiones que estas rechazan constantemente.

El viento y la marea favorecieron nuestra salida del puerto. La *Crisis* era mejor velera todavía que el *Tigre*; estaba forrada en cobre hasta las cintas, y tenia escelente construccion. El gobierno habia querido comprarla para convertirla en buque de guerra; pero los armadores, teniendo proyectado ya nuestro viaje, habian rehusado toda clase de proposiciones.

Esperimenté cierto placer cuando me hallé en alta mar, no obstante mis sufrimientos precedentes; Nabucodonosor estaba mas contento aun que yo. Ejecutaba con tal prontitud é inteligencia las órdenes que se le daban, que antes de pasar la barra adquirió una verdadera reputacion de buen marino : las emanaciones del Océano parecian comunicarle una especie de inspiracion náutica, y á mí mismo me causaba sorpresa su ardor. En cuanto á mí, hallábame á bordo como en mi casa, pues ya no era un grumete inesperto y disgus-

À BORDO, Y EN TIERRA.





tado con la vida del marinero. Nada casi tenia ya que aprender, y aun habria sido completa mi instruccion, á no tener cada capitan su práctica particular, que están obligados á aprender sus subordinados á la mayor brevedad posible. Además, habitaba á la sazón en la cámara de popa, donde teníamos manteles y vasos, cuchillos y tenedores de una limpieza intachable.

Costóme al pronto algun trabajo acostumbrarme á mi papel de oficial (1). Era muy jóven y mandaba á marineros viejos dispuestos siempre á fiscalizar mi conducta; así como el periodista mediano, que incapaz de apreciar las bellezas superiores de una obra, se dedica minuciosamente á las imperfecciones de los pormenores. Algunos dias de ejercicio me dieron el aplomo necesario, y poco despues me obedecian con tan buena voluntad como al primer contraamaestre.

Nuestra travesía fué penosa al pronto, pero concluimos por tener brisas favorables del Sur. Veinte y cuatro horas despues, ballábame mandando el cuarto de la madrugada, cuando al amanecer distinguí una vela á sotavento, á unas tres leguas de distancia; subí á la cofa y examiné aquel buque con el auxilio de un antejo. Avisé al capitan y al primer contraamaestre, y despues de un detenido exámen, decidimos que debía pertenecer aquella embarcacion á la compañía inglesa de las Indias occidentales; estaba al través del rumbo de la *Crisis* y esto nos impedia que distinguiéramos su arboladura. El capitan me mandó que halara las vergas de proa y orzara para acercarme al buque extranjero: nos aproximamos hasta estar á la distancia de una legua, y por sus juanetes triangulares conoció M. Marbre que era francés. Estaba artillado con doce cañones, y de improvisó se le vió amainar sus bonetas, cargar sus juanetes y hacer todos los preparativos generales de un combate; en seguida enarboló el pabe-

(1) En los buques mercantes extranjeros se llaman oficiales los contraamaestres, y el capitan, hablando en general de ellos, sin que por esto deba confundirse tal denominacion con la que se dá á los de los buques de guerra.

l'ion tricolor, asegurándole con un cañonazo, ese pabellon que era el mas elegante de los emblemas europeos, pero al mismo tiempo el mas desgraciado en el mar, á pesar de las victorias brillantes que le ilustraron en el continente. Los franceses no carecieron de marinos escelentes ni de valientes marineros; pero no siempre fueron proporcionados sus triunfos á los medios de ejecucion de que disponian.

He oido atribuir la inferioridad de la marina francesa á diferentes causas: en el concepto de unos, la supremacia concedida antes de la revolucion al nacimiento sobre el mérito, debió privar á la Francia de oficiales de marina distinguidos; en el concepto de otros, la nacion carece de vocacion para la marina, pareciéndome esta última razon la mas plausible. Necesariamente debe entrar por mucho el carácter nacional en los motivos que impiden llegue la Francia á ser una gran potencia marítima, al menos bajo el punto de vista técnico, porque bajo el de la fuerza, un pueblo tan grande, siempre es temible. Hoy que envia sus príncipes al mar (1), es muy posible que obtenga resultados mas ventajosos.

Los buques ingleses ó americanos rara vez atacaban á una embarcacion francesa en 1798 sin estar moralmente seguros de conseguir la victoria, lo cual no quitaba que con frecuencia les salieran fallidas sus esperanzas, pues su enemigo no carecia de valor, y aun á las veces de verdadera habilidad. A juzgar por las maniobras que ejecutaba nuestro adversario, reunia ambas cualidades. Habia aferrado sus velas sin apresuramiento ni confusion, y esto indica de un modo infalible, cuando la batalla es inminente, que existen sangre fria y disciplina. Comprendimos que el combate seria empeñado; pero habíamos avanzado ya demasiado para retroceder, y disminuimos nuestro velamen para rechazar el ataque.

Pocas veces acontecia ver á dos buques con patente de armas que se acercaran tan friamente y con tanta regularidad

(1) El autor escribia sin duda esta novela en el reinado de Luis Felipe, en Francia, cuyo hijo el príncipe de Joinville, es sabido que fue dedicado á la marina.

como la *Crisis* y la *Dama de Nantes*, pues tal era el nombre de nuestro antagonista. Los dos buques dispararon sus andanadas casi al mismo tiempo. Hallábame situado en el castillo de proa, teniendo á mi cargo el cuidado de las escotas, vergas y aparejos de proa. La primera andanada arrebató las poleas de la escota del foque, lo cual me dió mucho que hacer desde el principio de la accion, y ya estuve ocupado constantemente durante dos horas y media, en cuyo tiempo no cesaron de cañonearse la *Crisis* y la *Dama de Nantes*. Tuve tantas maniobras que ejecutar, que apenas pude seguir las diversas fases del combate, disparando tan solo dos tiros de fusil; sin embargo, en los momentos en que pude tender alguna mirada en derredor mio, nada satisfactorio veia. Varios individuos de nuestra tripulacion estaban muertos ó heridos; una bala nos habia desmontado un cañon, haciendo pedazos la cureña, y nuestros aparejos estaban cortados á balazos. Solo me animaban los gritos de Nabucodonosor, quien consideraba como un deber imprescindible meter tanto ruido como su cañon á cada tiro que disparaba.

Era evidente que los franceses tenian doble número de hombres que nosotros. Hubiera sido imprudente irles al abordaje, y en el cañoneo tampoco estaba de nuestra parte la ventaja. Oí sobre mi cabeza el ruido de un cuerpo duro que caia: era la cofa mayor con sus vergas y sus velas. El capitan Williams mandó á los marineros que servian los cañones dejaran su puesto para quitar aquellos restos, y al propio tiempo nuestro adversario interrumpió el fuego con una condescendencia, por la cual le habria dado muy gustoso un abrazo. Los dos contendientes parecieron convencerse de que era una locura permanecer á la distancia de un cable uno de otro; procurando hacerse todo el daño posible, y ambos, cual de comun acuerdo, empezaron á reparar sus averías. Durante esta tregua los dos timoneles orzaron con una especie de prudencia instintiva. La *Dama de Nantes*, por su parte, se apartó y puso entre ella y nosotros mas de una milla. A las ocho se la veia todavia á una legua de distancia; pero los

dos buques parecían separarse bajo la influencia de una fuerza de repulsión.

Las reparaciones nos ocuparon varios días. Nuestra pérdida ascendía á dos hombres muertos en el acto, y otros dos murieron de resultas de sus heridas. Tuvimos además otros cinco heridos que se restablecieron; pero el segundo contra-maestre, herido por un casco de metralla, cerca de la cadera, estuvo sufriendo, según creo, toda su vida. En aquella época tenía la América muy pocos físicos en tierra para que pudiera enviar á los buques cirujanos hábiles, y el que llevábamos á bordo no tenía talento suficiente para extraer un proyectil. Decíase proverbialmente en la naciente marina: «Cuando queráis cortaros una pierna, mandad llamar al carpintero!» Al menos sabe servirse de la sierra, mientras que es muy dudoso sepa el físico servirse de algo.



## CAPÍTULO IX.

El combate entre la *Crisis* y la *Dama de Nantes* tuvo lugar por los  $42^{\circ}37'12''$  de latitud Norte y  $34^{\circ}16'43''$  de longitud Oeste del meridiano de Greenwich. Poco tiempo después se puso la atmósfera nebulosa, en el momento en que entrábamos en el golfo de Vizcaya; al cabo de quince días me despertó una mañana M. Marbre y le seguí sobre cubierta, medio dormido todavía. Eran las siete, y un marinero se preparaba á tocar la campana, pero M. Marbre se lo prohibió. Apenas tuve tiempo para sorprenderme al oír una órden tan extraordinaria, cuando el primer contramaestre me cogió de un brazo, me condujo al alcázar al lado de setavento, y me señaló con el dedo un claro que se distinguía confusamente entre la espesa niebla que nos rodeaba.

—Mirad, hijo mio, allá bajo, á media milla del sitio en que nos hallamos, está nuestro amigo el francés.

—¿Cómo lo sabéis, M. Marbre? pregunté lleno de asombro.

—Porque tengo muy buenos ojos. Esa niebla se abre y se cierra cual un telon de teatro, y hace diez minutos ví á ese bribon, porque es él á no dudarlo.

—¿Y qué pensais hacer, M. Marbre? Bastante nos dió que hacer en tiempo claro; ¿qué podemos esperar de bueno con esa niebla?

—Vais á verlo, replicó el primer contramaestre. El capitan lo decidirá; tiene que tomar la revancha, y creo que aceptará gustoso un nuevo combate.

En seguida me mandó que bajara á reunir la tripulacion sin hacer el menor ruido. M. Marbre anunció al capitan la aparicion del enemigo, y le propuse sorprenderle y saltar de improviso al abordaje, idea que agradó á Mr. Williams.

—No hay mal alguno en aproximarnos al francés, dijo, y cuando estemos cerca de él veremos lo que hemos de hacer.

Así que hubo pronunciado estas palabras, todos los marineros pusieron manos á la obra con un ardor sostenido por su sed de venganza, y bastaron diez minutos para hacer zafarrancho de combate. Calculando la distancia que nos separaba del buque señalado por Mr. Marbre, inferimos que nos bastaria un cuarto de hora para llegar al costado suyo. Corriamos cinco nudos y habíamos desplegado todas nuestras velas cuadradas. Nuestra ansiedad era inmensa: parecíamos que la niebla estaba llena de buques; pero se desvanecian unos en pos de otros, dejando tan solo densos vapores en derredor nuestro. Habíase encargado que no se anunciara el buque en voz alta, y lo menos doce marineros vinieron al alcázar á decir que le habian visto y volvieron á sus puestos respectivos, confesando su error. Veinte minutos trascurrieron de esta suerte: Mr. Marbre conservaba su seguridad y sangre fria; pero el capitan y el segundo contramaestre se sonreian, y los marineros comenzaban á mencear la cabeza con aire de incredulidad, llenándose la boca de pedazos de tabaco colosales (1). El capitan iba ya á dar la órden de tapar los cañones, cuando distinguí una embarcacion á cien vergas de la nuestra; levanté entonces mis dos brazos, vol-

(1) Los marineros tienen la costumbre de mascar pedazos de un tabaco negro que suelen llevar en rollos. (N. del T.)

viéndome hácia el capitán, quien acudió al instante al castillo de proa.

Era positivamente la *Dama de Nantes*: navegaba con su juanete mayor y con la convicción íntima de hallarse aislada en medio del Océano. No podíamos distinguir la quilla, pero le habíamos roto el mastelero del juanete de mesana, y el pedazo estaba todavía en el mismo estado en que le viéramos la tarde del combate. Al volver el capitán Williams al alcázar, dió instrucciones á los hombres de las baterías, y el segundo contramaestre, que pronunciaba regularmente el francés, se colocó en el castillo de proa para contestar cuando nos hablaran.

Los dos buques estaban ya muy próximos cuando nos vieron los franceses, impidiéndoles varias circunstancias que nos distinguieran antes: en primer lugar, de diez marineros, nueve están de vigilancia en el castillo de proa, mientras que solo uno está de observacion en la popa. Además, la tripulacion francesa se hallaba almorzando abajo; los que estaban de cuarto habian bajado al entre-puente, y la mayor parte de ellos descansaban en sus hamacas; además, en una época en que los navíos de guerra franceses no eran modelos de disciplina, rara vez reinaba el órden en un buque provisto de patente de armas. El oficial que mandaba el cuarto fué el primero que nos conoció: llamó á toda la tripulacion, subió sobre el coronamiento de popa y nos habló.

—La *Casualidad* de Burdeos, contestó Mr. Torbank, nuestro segundo contra-maestre, sin acento inglés muy marcado. En aquel momento nuestras serviolas doblaban el costado del francés, los marineros enemigos se habian lanzado sobre cubierta y maniobraban para apartarse; pero habíamos gobernado de modo que nos arrimamos á él paralelamente; nuestras velas de proa estorbaban la maniobra de sus velas mayores, y nuestra serviola se habia enredado en los aparejos de proa de la *Dama de Nantes*. Disparamos una andanada con cinco de nuestros cañones, cargado cada uno con dos balas y metralla; algunos segundos despues se oyó

el roce de los costados de ambos buques uno contra otro. Mr. Marbre exclamó:—¡Vamos hijos míos! y nos precipitamos sobre el puente del buque enemigo con toda la impetuosidad del furor. Yo esperaba que tendria lugar una lucha terrible cuerpo á cuerpo, pero hallamos el puente desierto y tomamos posesion de él sin obstáculo alguno. El efecto de la andanada, la sorpresa y la precipitacion del ataque nos facilitaron la victoria. El capitan francés habia sido dividido casi en dos pedazos por una bala de nueve libras, y los contra-maestres se hallaban gravemente heridos. Estos accidentes contribuyeron eficazmente para que consiguiéramos el triunfo, decidiendo al enemigo á renunciar á la defensa.

La *Dama de Nantes* era un buque nuevo; y su cargamento, compuesto en su mayor parte de cochinilla, podia tener un valor de sesenta mil pesos fuertes. En el combate anterior habia perdido veinte y tres hombres entre muertos y heridos, y nuestra última andanada á quema ropa habia puesto fuera de combate á diez y seis ó diez y ocho individuos. Nombráronme al pronto gefe de presa del buque capturado, pero al reconocerle encontramos en él la tripulacion de un bergantin americano, del cual se habia apoderado la *Dama de Nantes* dos dias antes de nuestro encuentro. El bergantin habia sido tripulado y dirigido á Nantes, mientras que los trece hombres que le montaban, al capturarle, quedaban prisioneros de guerra. Se resolvió confiar á estos el cuidado de conducir la *Dama* á Nueva-York, bajo la direccion de nuestro contra-maestre, cuya delicada salud exigia que se pusiera en cura cuanto antes. A todos los heridos franceses se les dejó á bordo de su buque con su cirujano, que era un hombre bastante capaz, aunque tenia algun derecho al dictado de carnicero, cual todos sus colegas de aquella época. Nuestro capitan aprovechó aquella ocasion para mandar su comunicacion oficial, y escribí á Engracia una carta concebida en términos que pudiera leerse por toda la familia. Tuve el gusto de participarles que acababa de ser

promovido al grado de segundo contra-maestre, habiendo ocupado mi puesto uno de los oficiales del bergantin americano.

Nuestra separacion en el mar durante la noche fué triste y solemne. Sabíamos que la *Dama de Nantes*, en su rumbo largo y solitario, arrojaria varios hombres de los que iban á su bordo al Océano, para ser sepultados en sus profundos abismos. El mismo buque corria inminente riesgo de no llegar á su destino. Mas tarde recibí por mi parte de presa mil ciento ochenta pesos.

Pusimos los prisioneros franceses á fondo de cala, y gobernamos al Nordeste con el fin de evitar los cruceros franceses. Al día siguiente descubrimos una vela que navegaba con bandera americana; pero como parecia querer huir de nosotros, la dimos caza, y á las cuatro de la tarde estuvimos bastante cerca de ella para mandarla una bala de cañon. Entonces se puso en facha la embarcacion perseguida y nos apoderamos de ella. Era el bergantin capturado anteriormente por la *Dama de Nantes* cuando se dirigia á Lóndres con un cargamento de harina y loza. La tripulacion fué trasladada á bordo de la *Crisis*, y me confiaron el mando del bergantin. Llevaba en clase de segundo á un jóven llamado Rugiero Talcott, y seis hombres mas de tripulacion. Nabucodonosor, á fuerza de insistencia, obtuvo permiso para acompañarme, aunque M. Marbre se separaba de él con marcada repugnancia.

Era mi primer mando y le acepté con un sentimiento de orgullo atenuado por el temor de desempeñar de un modo imperfecto mis funciones. Recibí órden de pasar cerca del faro del cabo Lagarto, y subir el canal de la Mancha, gobernando lo mas próximo posible á las costas de Inglaterra. El capitan Williams tenia que tocar en Falmouth, y contaba con recibir allí la órden de pasar á Lóndres, á cuyo punto habia yo de adelantarme con la *Amanda* (esté era el nombre del bergantin) conduciéndola así á su primitivo destino.

Como la *Crisis* era mas velera que la *Amanda*, la perdimos

de vista ántes de ponerse el sol. Al dia siguiente me hallaba aislado en medio del mar, en parajes enemigos que nunca habia yo recorrido, y con la tripulacion escasa, cuya mitad navegaba por primera vez.

La salvacion del buque dependia de mi talento, mi destreza y mi prudencia, pues me hallaba entregado á mis propios recursos. Al pronto me aterró mi nueva responsabilidad pero se acostumbra el hombre á estos cambios de posicion con una facilidad sorprendente; baste decir que al cabo de cinco ó seis horas me hallaba completamente en mi centro. El viento habia saltado al Sudoeste y soplabá con fuerza; puse fuera una boneta baja y otra de gavia. A la caída de la tarde reflexioné para ver si convendria disminuir velas; examiné el semblante de los tres marineros mas experimentados, mas fuéme imposible adivinar sus sentimientos, en razon á que los marineros tienen generalmente tal confianza en sus oficiales, que no temen accidente alguno. En cuanto á mi negro, cuando mas soplabá el viento, mayor era su alegría; parecia imaginarse que el viento, el Océano, el bergantín y su persona misma pertenecian á Miles Wallingford, y que cada soplo de aire aumentaba mis rentas.

Pasé la mayor parte de la noche sobre cubierta con Ruggiero Talcott, jóven de finos modales, y que ya poseía algunos conocimientos náuticos. Hácia las diez de la mañana doblamos el cabo Lagarto y entramos en el canal de la Mancha; al dia siguiente cruzamos por delante de la isla de Wight, pero el viento saltó al Sudoeste, y perdió mucho de su fuerza. Este cambio ponía la costá de Inglaterra á barlovento de la *Amanda*, y tenia que adoptar á la sazón tantas precauciones para apartarme de ella, como las habia tomado ántes para acercarme.

Fácilmente se comprenderá que durante la travesía evitamos con sumo cuidado el tener un encuentro. Vimos con inquietud á varios buques de guerra ingleses, porque en aquella época la Gran-Bretaña quitaba muchos marinos á sus aliados y principalmente á los americanos. Nos acercábamos

á Dungeness y pensaba en buscar un piloto, cuando á las tres de la mañana, Talcott, que estaba mandando el cuarto, se precipitó sin aliento en la cámara para anunciarme que acababa de ver una embarcacion con aparejo de lugre. Aunque habia buques ingleses, sabia yo que los corsarios de Dunquerque, Boloña y otros puertos franceses, montaban generalmente buques de aquella especie. Felizmente teníamos la proa á la costa, nos favorecia el flujo, y haciendo fuerza de vela, era posible tomar tierra ántes de que nos alcanzara el lugre, tanto mas, cuanto que la costa enemiga debia inspirarle sérios temores; desplegamos los juanetes de proa y de mesana, y aunque la *Amanda* no era muy buena velera, aquella noche hubiérase dicho que participaba de nuestra ansiedad, pues nunca la ví hendir las olas con tal rapidez. Sin embargo, el lugre nos daba caza muy de cerca, y teníamos muy poca esperanza de librarnos.

Nos acercábamos velozmente á la costa, y á cada instante temia oir resonar en el fondo la quilla del bergantin, cuando creí distinguir un buque anclado á la distancia de un cuarto de milla. Casi instintivamente grité:—¡Orza! Tiempo era ya de dar esta órden, porque al ejecutar la maniobra, mi buque rozó el fondo con un ruido siniestro. Nos dirigimos hácia el buque anclado, seguidos muy de cerca por los franceses, quienes calcularon sin duda, y con mucha razon, que si habia fondo suficiente para nosotros, tambien les bastaria á ellos, y entraron en nuestras aguas con tanta facilidad cual si les atrajera un poder magnético.

El buque anclado reposaba silencioso, cual una ave asiática dormida sobre su elemento natural. En cuanto estuve al alcance de la voz, le hablé:

—¿Qué bergantin es ese? me contestaron.

—Un americano perseguido por un corsario francés, que nos va á alcanzar: ¡daros prisa!

Oí una voz que gritaba:—Vayan al diablo los americanos! y despues el grito de:—¡Arriba todo el mundo! Era evidente que mi aviso habia producido efecto.

—Es un buque inglés de la compañía de las Indias, me dijo uno de mis marineros viejos cuando pasamos por las serviolas de la embarcacion.

—¿Sabeis qué fuerza tiene ese lugre? me preguntó uno de los oficiales ingleses.

—Nó; únicamente sabemos que nos está dando caza hace veinte minutos.

—Pues bien, virad de bordo, me contestaron despues de un momento de silencio, y procurad atraer al lugre en persecucion nuestra; estamos armados, y os socorreremos.

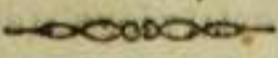
Si hubiera yo tenido entónces treinta años y mas experiencia, la desconfianza y el temor de ver á los ingleses enviarme al encuentro del peligro para abandonarme en seguida, me habrian retraido de acceder á su invitacion; pero era jóven, y me parecia poco generoso no trabajar de acuerdo con unos hombres hácia los cuales habia atraido involuntariamente al enemigo.

Respondí afirmativamente, y viré al instante de bordo rozando casi el costado del buque inglés; pero ántes de que hubiéramos terminado nuestra maniobra, pasó el lugre entre ambas embarcaciones y pareció examinarlas. Sin duda conjeturó que era de mejor presa el inglés; porque poniendo la barra del timon á sotavento, se acercó á aquél, y saltó al abordaje sin darle tiempo para disparar siquiera un cañonazo. Estábamos tan cerca de ellos que oimos distintamente las voces de mando, los gritos, los juramentos, el ruido de los golpes y los lastimeros ayes de los heridos. Víctimas los ingleses de una sorpresa, se defendian con vigor; mas era evidente que llevaban la peor parte. Los dos buques se alejaron combatiendo; les vimos tomar la vuelta de fuera y dirigirse á la costa de Francia, donde es muy probable que el atrevido francés desembarcaria su presa sin obstáculo alguno.

Habiéndonos librado de aquel peligro, viramos de bordo otra vez, y continuamos nuestro rumbo costeando la Inglaterra. A la altura de Douvres tomamos un piloto, el cual

nos informó de que el buque capturado se llamaba la *Doro-tea*, y que para evitar los peligros de una persecucion nocturna, habia anclado la víspera por la tarde. Hallamos una flota surta en el puerto, y habiendo circulado nuestra aventura entre los marineros, pronto rodearon nuestro buque unos veinte botes con el objeto de saber los pormenores por la boca misma de los héroes del suceso. Me interrogó muy detenidamente sobre todo lo ocurrido un anciano venerable, en el cual creí reconocer á un almirante; no llevaba uniforme, y los marineros que le acompañaban se negaron á aclarar mis dudas sobre este asunto; pero le trataron con una deferencia desusada entre ellos. Me pidió pormenores, y le referí el caso con franqueza, sin jactancia ni disimulo, y pareció quedar satisfecho de mi conducta.

—Jóven, me dijo al retirarse, habeis obrado con prudencia. No os cuideis de las murmuraciones de algunos de nuestros marineros que solo piensan en sí; vuestro deber y vuestro derecho os ponian en el caso de salvar vuestro buque si era posible, y habeis tenido mucha razon para hacerlo. Pero es muy triste para nosotros que esós franceses condenados vengán á merodear hasta bajo las bocas de nuestros cañones.



---

## CAPITULO X.

¡Cuán grande era en 1799 la admiracion que producian en los americanos la historia, instituciones y leyes de la Inglaterra! Algunos hombres de partido, algunos individuos que habian sufrido á consecuencia de la revolucion, no participaban del sentimiento general; pero su número parecia extraordinariamente reducido, sobre todo, cuando se recordaba que sólo habian trescurrido quince años de paz. Talcott y yo solo habíamos visto la Gran Bretaña con los ojos de la imaginacion, y estos nos la habian mostrado grande y bella. Seguramente se disiparon nuestras ilusiones al llegar, no porque la Inglaterra estuviera desprovista de interés, sino porque la realidad habia de hallarse precisamente muy distante de los bellos ensueños que nos forjáramos.

Al subir á Lóndres con el flujo, tuvimos tiempo suficiente para examinar tranquilamente las orillas del Támesis; este no es un rio de una belleza notable, pero los innumerables buques que le cubrian presentaban un espectáculo sorprendente. Veíanse en él todas las especies de barcos conocidas en Europa, escepto el pequeño número de buques que se

usan en el Mediterráneo. Los palos de las embarcaciones carboneras formaban un bosque tan espeso, que quemándolas, imaginó se habría podido caldear la ciudad entera durante un año. No me sorprendía menos la habilidad con que el piloto dirigía nuestro bergantin en medio de los millares de buques colocados á nuestro paso; menos semejanza tenia con un marino que con un cochero que guía su carruaje por una calle muy pasajera. Puedo asegurar que adquirí mas conocimientos náuticos en el Támesis que en mi viaje á la China, y estoy convencido de que la navegacion desde la embocadura de aquel rio hasta los puertos, contribuye muy esencialmente para formar los marinos ingleses.

El capitán Williams me habia ordenado que entregara el bergantin á su consignatario, comerciante americano establecido en Lóndres, reservando los derechos de salvamento, y ejecuté sus órdenes.

Mientras estuve en Lóndres tuve ocasion de cerciorarme de que no todo eran virtudes en la madre patria. En Gravesend recibimos á bordo dos dependientes de la aduana, uno de los cuales llamado Sweeney pareció cobrarme cariño. Él fué quien me indicó la casa del consignatario, y cuando tuve arreglados mis asuntos, me propuso servirme de cicerone en la ciudad. Visitamos sucesivamente todos los monumentos notables, y despues fuimos á las madrigueras y guaridas de gente de mala vida del barrio de Wapping. Siempre he creido que Sweeney me sondeaba y procuraba conocer mi carácter; fuera lo que quisiera, tenia yo harta esperiencia para dejarme engañar, y me habian aprovechado lo suficiente las lecciones del escelente M. Hardinge para resistir á las tentaciones. Merced á sus buenos preceptos, me circunscribí al mero papel de espectador. Nunca olvidaré la visita que hice á una casa pública que tenia la muestra del *Caballo Negro*, situada en la angosta y tortuosa calle de *Santa Catalina*, cerca del astillero del mismo nombre. Era un domingo: al entrar en la sala principal de aquella casa, receptáculo de todos los vicios del barrio, observé en

primer lugar mujeres jóvenes y bonitas, entregadas todas á la disipacion. Sweeney pidió una botella de cerveza, y me hizo sentar con él al lado de una mesa vacía.

—Es inútil hablaros del oficio que tienen esas jóvenes, me dijo con una especie de tono filosófico; pero en cuanto á los hombres, la mayor parte de los que veis aquí son ladrones y rateros que vienen á divertirse á costa de los marineros. Hay ahí semblantes que he visto en el tribunal y que me sorprende hallar aquí. Observad que esos pícaros se hallan aquí con tanta tranquilidad y son tan bien recibidos por el tabernero, cual si fueran hombres honrados.

—¿Cómo se puede dejar en libertad á semejantes pillos? pregunté.

—Pregunta de niño, M. Wallingford; debéis saber ya que lo mismo protege la ley á los bribones que á los hombres honrados. Para constatar el delito de un ladrón es necesario tener testigos, y ellos se componen siempre de manera que prueban la *coartada*.

Sweeney quiso explicarme lo que era la coartada, mas como le dijera yo que lo comprendía perfectamente, se decidió á esponerme los motivos verdaderos de todas las atenciones que me prodigaba hacia ya una semana; despues de vaciar algunas botellas de cerveza, me propuso introducir fraudulentamente todas las mercancías del cargamento de la *Amanda* que quisiera apropiarme. Rehusé con altivez y le hice comprender que consideraba su oferta cual un insulto. Pareció quedar confundido y desde aquel momento se cortaron de raiz nuestras amistosas relaciones.

Algunos dias despues entró la *Crisis* en el puerto de Londres; desembarcóse el cargamento y tomamos lastre, porque los objetos que habíamos de trasportar á la costa Noroeste eran demasiado ligeros para dar al buque el peso suficiente. Completamos nuestra tripulacion tomando varios marineros americanos que habian sido apresados un año antes por un corsario inglés y habian obtenido sus licencias. Los preparativos del viaje nos ocuparon unos quince

días, durante los cuales enseñé á mi vez á M. Marbre las curiosidades que Londres encierra. Principiamos por la casa de fieras de la Torre; pero el viejo marino habia visto tantas fieras en el Oriente para que le sorprendiera la mediana coleccion con que se contentan los papamoscas de Londres. Visitamos en seguida el monumento, y Marbre declaró que habia visto en América una torre que servia para la fabricacion de perdigones y que en concepto suyo era mas alta y mas hermosa. Convino francamente en que Nueva-York no poseia iglesia alguna comparable á la de San Pablo.

—Sin embargo, dijo, ignoro si valdrá tanto la de la Trinidad. No pudo ménos de admirar la belleza y lujo de los carruajes que paseaban por el parque; pero censuró amargamente las libreas y declaró que era indecente dar sombreros galoneados á los criados, pareciéndole que los galones debieran reservarse exclusivamente para los eclesiásticos, los gobernadores y los militares.

Mientras discutia con Marbre sobre el mérito de los edificios y paseos, ocurrió un incidente que tuvo consecuencias ulteriores para mí.

Los carruajes de alquiler, las sillas de posta y otros carruajes públicos, no pueden entrar en el parque; pero se deja que circulen en él los carruajes que, si bien son de alquiler, no estacionan en las calles y plazas. Hallamos á uno de estos vehículos en una situacion eminentemente peligrosa; los caballos habian tropezado con un carreton, el cochero no supo contenerlos y las ruedas traseras del coche estaban ya en el agua del canal cuando acerté á llegar con Marbre. Cogió este con mano vigorosa los rayos de una de las ruedas delanteras, mientras metia yo detrás de ella el carreton para evitar el movimiento retrógrado. Abrí la portezuela y ayudé á bajar á un hombre anciano y valetudinario, á una señora que parecia ser su esposa, y á una jóven que supuse fuera su hija. En cuanto estuvieron en salvo, Marbre, que estaba metido en el agua hasta los hombros, y que

hacia esfuerzos prodigiosos para mantener el coche en su sitio, le soltó de repente. En el mismo instante cedió el carreton y el carruaje se precipitó en el canal con los dos caballos; uno de estos se ahogó, mas como se reunió una porcion de gente, no me fijé en lo que aconteció á la otra caballería; poco me importaba el buque, puesto que habia salvado ya su cargamento.

El hombre que nos debia su salvacion nos estrechó las manos con júbilo y cariño, diciéndonos que no quedaria satisfecho si no le acompañábamos, en lo cual consentimos fácilmente, considerando que aun podria serle útil nuestra asistencia. Mientras nos dirigimos á una puerta pequeña del Parque, tuve tiempo suficiente para examinar á las personas á quienes habíamos favorecido. Tenian un porte muy distinguido, pero poseía yo ya bastante conocimiento del mundo para adivinar que pertenecian á lo que se llama en la sociedad la clase media. El caballero parecia ser militar; las dos señoras estaban bien vestidas, pero sin ningun género de ostentacion. La jóven podria tener cuando mas mi edad, y era muy linda: así pues, hallábame en plena aventura, pues habia salvado la vida de una jóven de diez y siete años, y solo me faltaba enamorarme de ella para ser un verdadero héroe de novela.

En la puerta quisieron hacernos subir á un coche de plaza, pero nos disculpamos con la precision de mudarnos de ropa y prometimos ir mas tarde á la casa cuyas señas nos dieron y que estaba situada en la calle de Norfolk, en el Strand.

Fuimos á comer á una hosteria, y el primer contraamaestre bebió un poco de aguardiente para precaverse contra un catarro. Ignoro en qué principio higiénico está basado el uso de esta bebida para el caso indicado, pero le he visto practicar en todas las partes del mundo. Despues de habernos secado fuimos á la casa de nuestro hombre, que se llamaba el mayor Merton, y vivia con su familia en un piso principal. Todo anunciaba en su habitacion que no gravita-

ba en aquellas regiones elevadas cuyo lujo y esplendor nos habian deslumbrado durante el paseo. Despues de habernos espresado con vehemencia su gratitud, sacó el mayor algunos billetes de banco de su cartera.

—Habeis dado pruebas, nos dijo, del valor y serenidad que caracterizan á los marinos ingleses. Quisiera poderos recompensar ámpliamente, mas no me es posible ofreceros sino veinte libras esterlinas. Quizás me encuentre algun dia en circunstancias que me permitan demostraros toda la estension de mi gratitud.

Durante este discurso no cesó Marbre de buscar su caja de tabaco en el bolsillo y consiguió hallarla en el momento en que el mayor concluyó de hablar.

Conocia yo la codicia del primer contra-maestre, y temí por un momento que fuera incapaz de resistir á la tentacion y colocara por último los billetes entre su tabaco. Pero me equivoqué: despues de haberse metido resueltamente un pedazo de tabaco en la boca, Marbre cerró su tabaquera, y tomó la palabra en estos términos:

—Me complazco en veros tan generoso, caballero; obrais conforme á vuestro deber, y os lo agradecemos tanto como si aceptáramos vuestro dinero. Sin embargo, para que no prosigais en vuestro error, os diré que este jóven y yo hemos nacido en América; él á orillas del Hudson, y yo en la misma ciudad de Nueva-York.

Creí al pronto que el mayor habria visto con sentimiento que tomáramos sus billetes de banco, pero, por el contrario, parecia que deseaba desembarazarse de ellos.

—¿Sois americanos? dijo retrocediendo y con cierta sequedad. Luego, volviéndose hácia mí, y presentando los billetes, añadió:

—Jóven, me hareis el honor de aceptar este testimonio insignificante de mi gratitud.

—Es imposible, caballero, contesté respetuosamente. No somos completamente lo que parecemos, y os habeis equivocado al juzgarnos por nuestra exterioridad: teneis en

vuestra presencia á los contra-maestres primero y segundo de un buque mercante que navega con patente de armas.

Al oír el mayor estas palabras, guardó sus billetes y procuró disculparse. Todavía no nos entendia completamente, pero tenia demasiada penetracion para dejar de convencerse de que no aceptaríamos su dinero. Nos rogó que nos sentáramos, y continuó la conversacion.

—M. Miles, aquí presente, dijo Marbre, tiene una posesion llamada Clawbonny, á la parte de arriba del Hudson. Le destinaban al foro y pudiera haberse eximido de correr los mares, pero desciende de buena raza! Su padre fué marino, y ha querido seguir la misma carrera.

¡Cosas del mundo! Esta declaracion produjo un cambio visible en el trato de los que nos rodeaban. No nos habian recibido antes con altanería, pero se aumentó su amabilidad y me trataron como á igual suyo. Pasamos una hora en su compañía y prometí volverlos á ver antes de mi partida de Lóndres. Les hice una docena de visitas, y el mayor, viendo que trataba con un jóven bastante bien educado, no vaciló en admitirme con toda intimidad. Acompañé á la familia á los teatros de Covent-Garden y Drury-Lane, despues de haberme mandado hacer un traje de moda, bajo el cual tenia tan buen aspecto como la mayor parte de los jóvenes á quienes veia por la calle. Emilia Merton, la hija del mayor, se sonrió la primera vez que me vió bien vestido, y aun creo que se ruborizó. Era una criatura preciosa, de angélica dulzura en su trato habitual, pero en el fondo, llena de ardor y sentimiento. Sus ojos de un color azul claro, como los de la mayor parte de las inglesas, revelaban un fuego secreto. Habia recibido muy buena educacion, y en mi ignorancia de la vida culta, imaginaba que sabia mas Lucía que todas las demás jóvenes de su edad. M. Hardinge habia consagrado todos sus cuidados á la educacion de Lucía y Engracia; pero el buen sacerdote no tenia á su disposicion en las soledades de América los recursos intelectuales que se hallaban en In-

glaterra. Emilia me parecía una maravilla, y con frecuencia me avergonzaba de mí mismo cuando, sentado al lado suyo, la oía hablar con sumo desembarazo de cosas que me eran totalmente desconocidas.

## CAPÍTULO XI



---

## CAPITULO XI.

---

Deseando el capitán Williams recompensarme el modo que habia tenido de conducir el bergantín á Londres, me dejó en la mas amplia libertad. Era probable que no volviera yo á esta capital, y quise aprovecharme de la buena suerte que me habia puesto en contacto con una familia respetable. Tanto interés me inspiraron, que adquirí datos sobre su posición por medio de un empleado del consulado americano, el cual me dijo que el mayor habia desempeñado en la India funciones medio militares y medio civiles, y que habia pasado á Inglaterra para verificar un arreglo de cuentas y poner á su hija en un colegio. Supe luego por el mayor, que se proponia volver á su destino al cabo de algunos meses, y que tenia su familia en América, en razon á haberse casado su padre en Boston.

Tenia yo mil razones para felicitarme por la casualidad que me habia hecho encontrar en mi camino á los Merton, que si yo les salvé la vida, ellos á su vez me hacian conocer el mundo en la acepcion general de esta palabra. El mayor Merton era hijo de un comerciante, y como tal no estaba ad-

mitido en la alta sociedad, porque en aquella época los comerciantes no tenían la posición que disfrutaban hoy en la escala social de Inglaterra; pero tenía los sentimientos, el porte y los modales de un verdadero *gentleman*. En cuanto á Emilia, me trataba con la familiaridad de una amiga, y experimentaba sumo placer al oír salir de su linda boca pensamientos buenos, expresados en un lenguaje excelente. Bien veía yo que hallaba un poco rústicos mis modales; pero no había estado en China para dejarme derrotar por una joven de Londres, por muchas que fueran sus perfecciones. En resumen, puedo decir que produjo una impresión favorable, á lo que quizás contribuyó mucho mi posesión de Clawbonny. Cuando hice mi visita de despedida, tuvo Emilia un semblante muy contristado y su madre me dijo que les iba á ser muy sensible mi ausencia, el mayor me hizo prometer que averiguaria su paradero si iba á Jamaica ó á Bombay, porque contaba ser enviado á uno de estos dos puntos.

*La Crisis* salió á favor de un viento Sur. No intento describir minuciosamente nuestra travesía; tocamos en Madera y en Rio, y al aproximarnos al extremo meridional del continente americano, tuvimos un tiempo borrascoso.

Nos hallábamos en el mes de noviembre y teníamos que doblar el cabo Horn, cuyo pasaje es célebre por sus tempestades. Sin embargo, nuestro capitán le había doblado cuatro veces y opinaba que la estación no influía en el estado del mar y que era preciso ceñir la costa. Por consiguiente, gobernamos hácia la tierra de los Estados Unidos con el objeto de pasar el estrecho de Lemaire, costear en cuanto fuera posible el cabo Horn, y doblarle. Cuando llegamos á las islas de Falkland soplaban el viento al Este con violencia, y una niebla espesa interceptaba la luz del sol. Hácia la media noche se levantó un chubasco que muy pronto tomó todos los caracteres de una tempestad cual nunca la había visto. Apresuráronse á disminuir el velámen, y el buque continuó su rumbo con la vela mayor de gavia, el foque pequeño y el foque de mesana. Corrió hasta el amanecer la bordada de ba-

bor, con la esperanza de distinguir las montañas de la tierra de Fuego. Nuestra situación estaba muy lejos de inspirarnos tranquilidad; una lluvia abundante unida á la niebla y al agua que saltaba de las olas nos impedían que viéramos en derredor nuestro á la distancia de una legua. Afortunadamente, la costa oriental de la tierra de Fuego se extendía en la dirección del Noroeste á Sudoeste, y nos dejaba espacio suficiente para virar á lo largo de la costa, si podíamos librarnos de las numerosas y profundas sinuosidades de aquella isla inhospitalaria.

También debíamos temer las corrientes, que en aquella latitud tienen una rapidez espantosa. El mismo Marbre, que era habitualmente tan sereno y parecía considerarse como parte integrante del buque, me esplicó sus temores durante el cuarto de la mañana.

—Miles, me dijo, hemos llegado á saber á nuestra propia costa lo que pueden las corrientes. Si estuviéramos á los 50° de longitud, tendríamos el agua en cantidad suficiente y doblaríamos el cabo Horn con el viento que sopla actualmente; pero el capitán Williams solo está contento cuando tiene islas en derredor suyo.

—Si hubiéramos corrido por los 50° de longitud, repuse, habríamos tenido que andar veinte grados para doblar el cabo, mientras que solo tendremos que correr seis ú ocho despues de haber pasado el estrecho de Lemaire.

—Eso es lo difícil, replicó; recordad que solo nos quedan nueve horas de día: ¡y que día! Las nieblas de Terranova, en donde estuve pescando en mi juventud, comparadas con esta, son luminosas como el sol de mediodía. La sonda no puede darnos indicación alguna, porque un momento despues de haberla echado sin hallar fondo, nos esponemos á dar en una roca. El buque corre con viento por la proa con tal rapidez, que podemos encontrar la tierra antes de divisarla. Porque la tierra de Fuego se inclina á Noroeste, parece imaginar el capitán que se aleja ante nosotros al tiempo mismo que nos acercamos á ella. ¡Dios quiera que viva el tiempo

suficiente para persuadir á toda la tripulacion de que tiene razon!

De improviso, Marbre, que tenia vueltos los ojos hácia el Oeste, se interrumpió para gritar:—¡Barra á estribor! ¡carga el foque de mesana! Esta órden puso á todo el mundo en movimiento. El capitan y el tercer contra-maestre corrieron sobre cubierta; el buque hizo su arribada en cuanto se amainó el foque de mesana, y el mastelero mayor flameó, golpeado en relinga por el viento. Esta maniobra nos alejó de la tierra de Fuego, en la que estábamos espuestos á encallar, y *La Crisis*, hizo rumbo al Este. En cuanto hubo virado, el capitan Williams preguntó á Marbre si habia visto realmente la costa.

—Seguramente, contestó Marbre; ya sabeis que tengo buena vista, y que fui el primero que señaló la *Dama de Nantes*. El capitan pareció quedar convencido, pero segun los cálculos que hice mas tarde, supongo que la costa debia hallarse todavía á la distancia de quince á veinte leguas.

Durante todo el dia, la *Crisis* corrió la bordada de estribor, y al acercarse la noche viró de nuevo para poner la proa al Oeste. Mas tarde nos obligó el viento á aferrar las velas de gávia, y no fué muy fácil ejecutarlo, porque estaban hechas pedazos. A la puesta del sol, cuando vino la noche á aumentar las tinieblas de aquel dia lúgubre, el foque pequeño, arrancado de la relinga con un estrépito que resonó en todo el buque, desapareció entre la niebla cual una nube en el cielo. El foque de mesana habria llevado el mismo camino á no apresurarse á amainarle, y aun despues de esta operacion comunicaba al buque unos sacudimientos que le conmovian desde la quilla hasta los topes masteleros.

Era aquella la vez primera que veía yo una tempestad en el mar; habia sufrido ráfagas violentas, pero en aquella circunstancia el viento era á los chubascos lo que estos á la dulce brisa. Las olas estaban oprimidas, puede decirse, por la presion de las corrientes de aire que pasaban mugiendo por la superficie del Océano; á medida que se elevaba una

montaña de agua, truncada su cima por la borrasca, se desparramaba en espuma cual se divide la leña en astillas bajo el hacha del leñador. Una hora despues de que el viento alcanzara su mayor grado de violencia, no hubo ya ondulaciones muy sensibles, relativamente á los movimientos ordinarios del Océano, gigante líquido cuya respiracion nunca está tranquila. El buque se mantuvo en una posicion casi tan estable cual si se hubiera hallado tendido sobre un costado; habríase dicho que una fuerza mecánica le mantenía inclinado, y los brazos de las vergas bajas tocaban el agua.

Algunos individuos de la tripulacion nos aventuramos á trepar hasta los obenques inferiores para asegurar el velamen, pero fué imposible subir mas. Cada vez que estendia la mano para cojer una cuerda, me veia obligado á calcular mi movimiento de modo que me escurriera con facilidad; al subir era muy difícil mantener el pié en los escalones de las tablas de jarcia; al bajar eran necesarios todos los esfuerzos mas enérgicos para conservar el centro de gravedad; tal era el movimiento espantoso que sufría el buque en la posicion peligrosa en que se hallaba.

Cuando volvió el dia se habian derramado sobre las desiertas aguas algunos resplandores sombríos é indecisos; las aves marinas parecian haberse refugiado á las cavernas de la costa, y no aparecieron con la aurora cual acostumbran; el aire estaba lleno de espuma, y apenas podia la vista distinguir los objetos á media milla en contorno. Toda la tripulacion que se mantenía despierta por el peligro, estaba reunida sobre cubierta; en cuanto á los oficiales, discutíamos en el castillo de proa, porque este era el paraje donde había de hacerse sentir primero el peligro, si provenía de tierra.

No es fácil dar una idea de nuestra crítica situacion á los que no están familiarizados con la marina. Hacia varios dias que no habíamos verificado observaciones; marchábamos con arreglo á un rumbo calculado, con un viento espantoso, en parajes donde las mares seestrellan en la costa con furia horrible. Aunque nuestras serviolas estaban medio sumergidas

y nuestras velas cuidadosamente aferradas, la *Crisis* barloventeaba tan bien como si hubiera llevado velas en la popa. Marbre creía que á pesar de nuestros esfuerzos abatiría el buque hácia la costa antes de espirar el día.

—Nunca está el agua, me dijo, tan tersa como la veis, sino cuando el viento y las corrientes siguen una misma dirección. Estad, pues, seguro de que nos arrastra una corriente, mas diabólica todavía que la que nos arrojó sobre los arrecifes de Madagascar. Nada contesté, pero tuve fija la vista en la serviola de sotavento, lo mismo que el capitán y los otros dos contramaestres.

De improviso, cual si la cortina de niebla se hubiese descorrido por encanto, ví una playa estensa cuyos negros escollos avanzaban por el mar hasta una distancia considerable. Estaba casi paralela á nuestro rumbo, y el buque parecía no distar de ella sino medio nudo, y costearla con una rapidez de seis á ocho millas por hora.

—¿Es una ilusión? dije mirando á mis compañeros.

—Es la tierra, sin duda alguna, señores, dijo el capitán Williams.

Nada mas posible, repuso M. Marbre con esa energía que á las veces comunica la desesperación: ¿qué debemos hacer, capitán?

—¿Qué podemos hacer, caballero? No tenemos espacio suficiente para virar, y si ha de creerse en apariencias, tenemos mas mar delante de nosotros que detrás.

Era esto una verdad incontestable. La costa, baja y revestida de esas medias tintas sombrías tan comunes en el mes de noviembre, despues de haberse presentado paralela á nosotros, se apartaba por delante hácia el Norte. Pasamos adelante con una rapidez considerable, debida sin duda al flujo ó á las corrientes; la sonda nos dió un fondo de seis brazas. Como lo probable era que entráramos en uno de los canales que separan los grupos de islas de la Tierra de Fuego, el capitán celebró una conferencia con Marbre, cuyo resultado fué decidirse á buscar un anclage. Afortunadamente para noso-

tros, en el momento mismo en que abatía el buque por aquel paso, la borrasca levantó menos espuma de la superficie de las aguas, y la atmósfera se aclaró gradualmente; á las diez distinguíamos ya los objetos hasta la distancia de una legua en derredor nuestro.

La tierra estaba á estribor, y nos alejábamos de ella dejándola á sotavento; la fuerza de la corriente probaba que no nos hallábamos en una bahía. Hacia las once hallamos un islote harto bajo y poco estenso para fondear á su abrigo; además, el fondo no nos pareció muy á propósito para echar el ancla, y continuamos nuestro rumbo. En el momento en que el sol declinaba en el horizonte, sus postreros rayos nos mostraron una isla algo mayor, y nos aproximamos á ella con precaución, con la barra á estribor y contraria la marea.

Se barloventeó cerca de tierra en una especie de ensenada, é inmediatamente se echaron las dos anclas de seguro. Se había amortiguado suficientemente la acción del viento sobre el buque, poniéndole todo lo posible á sotavento, y las maniobras se ejecutaron sin dificultad, dando la sonda siete brazas de fondo á un tiro de pistola de la costa. Provisionalmente nos hallábamos seguros; pero faltaba saber todavía como evitaría el buque un cambio en la marea, y hasta qué punto forzaría los cables. Con general satisfacción vimos que apenas se hizo sentir el cambio indicado, y que la costa nos libraba de la impetuosidad de la borrasca. Nos bastaba una sola ancla, y los marineros se pusieron al cabestrante para levantar la otra, pues la sonda nos había indicado rocas submarinas que inspiraban temores al capitán.

Durante la cena de la tripulación se botó al agua una lancha pequeña, en la que nos embarcamos el capitán, el tercer contramaestre y yo, con el fin de examinar el fondo más atentamente. El resultado de nuestra escursión fué satisfactorio, y regresamos al buque cuidando de evitar los vientos y las corrientes.

El capitán se encargó del cuarto de las cuatro hasta las ocho, y me bajé al entrepuente. Me hallaba encargado del

cuarto de madrugada; diez minutos antes de empezar oí al capitán que gritaba:—¡Arriba todo el mundo! El cable se había roto, y el buque abatía á palo seco. Izamos los tres juanetes con algunos rizos, las velas bajas de proa y un foque pequeño. Al amanecer, por vez primera desde nuestra entrada en aquel paso estrecho, se mostró el sol en medio de masas sombrías de nubes que tenían un aspecto siniestro. Veíamos tierra por todas partes: el canal en que estábamos tenía varias leguas de ancho, y montañas altas y escarpadas, cubiertas en su mayor parte de nieve, le ceñían principalmente por el lado del Norte.

Gobernamos al Sur-sud-oeste, sin saber á punto fijo á donde íbamos, encontrando por intervalos islas montañosas y rodeadas de aguzados escollos. A la puesta del sol no estábamos todavía en alta mar. Varias veces pasamos muy cerca de arrecifes que tuvimos la buena suerte de evitar; al amanecer fué enterpecido nuestro rumbo por un número de islas mas considerable todavía que el del día anterior. Hacia las diez doblamos un cabo y hallamos al Oeste un paso que nos condujo al Océano. Toda la tripulación lanzó tres hurras en señal de alegría.

El capitán Williams nos mandó inmediatamente que tomáramos nuestros cuartos de círculo y midiéramos la latitud: su opinion era que nos hallábamos al Este del cabo de Horn y del estrecho de Lemaire. Marbre permanecía silencioso, á pesar de haber sido el primero que acabó las observaciones y cálculos. Le ví rascarse la cabeza, consultar la carta marítima que tenía estendida delante de sí, y en seguida exclamó:

—¡Por San Keunebunk! (Siempre juraba por este santo en sus momentos de viva emocion). ¡Por San Keunebunk! estamos en el mar Pacífico, y sin saberlo acabamos de pasar el estrecho de Magallanes.

---

## CAPITULO XII.

*La Crisis*, como acontece á muchas personas, habia hecho una buena accion sin presumirlo siquiera. Estraviado el buque en medio del mar, se habia aproximado por casualidad á su destino. Fácilmente se comprenderá la alegría que experimentamos todos al ver ante nosotros al Océano, cuyas olas marchaban con regularidad hácia la costa, sucediéndose sin interrupcion cual cadenas de montañas iluminadas por un sol radiante. El buque pasó el último cabo con la rapidez de un caballo de carrera. Largáronse velas y arrastraderas, y á la puesta del sol estábamos en mar alta, lejos de los borrascosos parajes de la Tierra de Fuego.

No describiré minuciosamente nuestra travesía por la costa occidental de la América del Sur. En el año de 1800 estaba el poderío de España en todo su apogeo, y prohibia á sus colonias todo comercio con otros países que no fueran su madre pátria; así es que, á pesar de los guardacostas, se hacia allí el contrabando en grande escala. El capitan Williams, partidario acérrimo de la libertad de comercio, hizo algunas escursiones á tierra y recibió gran número de pesos fuertes en cambio de algunos géneros ingleses.

En cuanto á Marbre, consideraba el contrabando como mas honroso que el comercio regular, puesto que exigia mayor habilidad. En concepto del digno contramaestre, las costas, las bahías, los estrechos, las ensenadas y los puertos habian sido creados por la naturaleza para facilitar el desembarco de las mercancías en todos aquellos parajes en que las prohibiciones se oponian á que fueran transportadas de un modo legal.

No se efectuó nuestro tráfico sin obstáculos, pues los guarda-costas nos dieron caza siete veces, y tuvimos con ellos tres ligeros choques. Observé que el capitan Williams procuraba no hacer demasiado daño á los agentes del gobierno español, y que nos mandaba hacer la puntería á los aparejos de los barcos que tripulaban. Despues he pensado que su moderacion procedia de un principio adoptado con bastante generalidad, de una especie de compromiso entre el bien y el mal, que le impulsaba á practicar el contrabando, pero que le inspiraba á la par un horror saludable hácia la efusion de sangre.

Despues de separarnos de la costa española, nos dirigimos al Norte con la intencion laudable de convertir en pieles preciosas las chucherías de vidrio, los malos cuchillos, las sartenes y otros útiles de cocina que llevábamos al efecto. En aquella época no estaba ocupada por poblacion blanca la costa Norte occidental, y los naturales nos trajeron pieles en cuanto hubimos anclado. Al mismo tiempo que comerciábamos avanzamos hasta los 35° de latitud Norte, en donde un piloto indígena, que habia venido á bordo, nos indicó una bahía escelente. Hablaba regularmente el inglés, y nos dijo que tendríamos casi de valde las pieles de nútria marina; en efecto, se separó de nosotros, y volvió una hora despues en un bote cargado hasta la banda de pieles magníficas. Acompañaban á nuestro hombre otros tres salvages de aspecto feroz y codicioso.

Como los nombres de todos los indios de aquella comarca tienen una pronunciacion bárbara, designamos á los cuatro

salvages por medio de apodos: al piloto se le dió el de *Pato* por la manera en que se tiraba al suelo en cuanto oía un tiro. Los otros tres fueron agraciados con los sobrenombres de el *Altiseco*, *Tarro de estaño* y *Nariz partida*. A la verdad no eran denominaciones muy heróicas, pero los hombres á quienes fueron aplicadas tampoco tenían heroismo alguno en sí. Ignoro á qué tribu pertenecian, y aunque pedí al capitán que me ilustrara sobre este punto, lo único que supo decirme fué que los habitantes de aquellos parajes tenían en mucha estimación las telas, la pólvora, las sartenes y el hierro, aunque fuera viejo, y que daban por un precio ínfimo las pieles de nùtria marina y las de otros muchos animales. Interrogué á M. Marbre con peor éxito todavía. — No conozco la historia natural, me dijo. A pesar de la degradacion de aquellos hombres, los hallábamós bastante civilizados para promover en nosotros el deseo de hacer negocios con ellos. El comercio, así como la miseria, disminuye con frecuencia en la sociedad las distancias que separan á ciertas clases de hombres.

Habia yo visto á menudo en los Estados-Unidos á los indios embrutecidos por el trato con los blancos y por el abuso de los licores fuertes; pero nunca habia encontrado séres colocados en un lugar tan inferior de la escala social. Parecióme que eran los hotentotes de la América. En cuanto á la parte física, tenían fuerza y actividad, brillando en sus ojos una ferocidad mal encubierta por su disimulo y avaricia. En su traje, su porte y sus costumbres no habia rastro alguno de ese honor caballeresco que compensa la crueldad bien comprobada de los guerreros de mi país nativo. Conocian el uso de las armas de fuego, y habian tenido hartas relaciones con los blancos para concebir ya con respecto á nuestro poder un terror superticioso.

El Pato y sus compañeros nos vendieron ciento treinta y tres pieles de nùtrias marinas en el mismo dia, lo cual nos compensó los peligros á que nos esponíamos penetrando en una bahía angosta, en la cual podian cercarnos fácilmente

los salvages. Los vendedores parecieron quedar tan contentos como nosotros del resultado de su tráfico, y nos decidieron á estacionar todavía algunos dias en aquel fondeadero, prometiéndonos llevar un número seis ó siete veces mayor de pieles. En cuanto les anunciamos nuestra resolución, experimentaron vehemente alegría. Tarro de estaño y Nariz partida fueron á anunciar la noticia á los habitantes del interior, y el Altiseco y el Pato permanecieron á bordo en muy buena inteligencia con nosotros. Sin embargo, como todos los salvages tienen una inclinacion decidida al robo, mandó el capitán que se les vigilara muy de cerca, y se les pegaran rigurosos latigazos si procuraban ejercitar su destreza para apoderarse de lo ageno.

Observamos Marbre y yo que el bote en que se marcharon los mensajeros, en vez de dirigirse hácia el mar, entró en una ensenada pequeña que comunicaba con la bahía. Como nada teníamos que hacer á bordo, pedimos permiso al capitán para explorar aquel sitio y verificar al mismo tiempo un exámen mas prolijo de nuestro fondeadero. Marchamos á esta expedicion en la canoa, acompañados de cuatro marineros, y todos bien armados. El Altiseco, anciano de cabeza blanca, y cuyos músculos parecian cuerdas de látigo, estaba solo sobre cubierta cuando nos pusimos en marcha; siguió con la vista nuestros movimientos, se deslizó tranquilamente por un costado del buque, y se colocó en el sitio preferente del bote con la tranquila dignidad de un capitán. Chocóle esta familiaridad insolente del indio á Mr. Marbre, observador estricto de la disciplina.

—¿Qué os parece, Miles? me preguntó con gesto avinagrado; ¿llevaremos á tierra con nosotros á este orangutan disecado, ó procuraremos refrescarle un poco arrojándole al mar?

—Dejémosle quieto, M. Marbre; se me figura que desea sernos útil, y que solo tiene el defecto de espresar mal sus intenciones.

—¿Util este? No vale tanto como el esqueleto de una ballena despues que se le ha despojado del aceite. No seria necesa-

rio el cabrestante para arrancarle la poca carne que le queda.

Estas bromas pusieron á Marbre de buen humor, y permitió al indio que se quedara. Las ideas que surgieron entonces en mi mente las tengo hoy tan presentes cual si se me hubieran ocurrido ayer. Al contemplar al ente estúpido que estaba sentado enfrente de mí, me sorprendia que la Providencia le hubiera dotado con una porcion, por pequeña que fuera, de la inefable naturaleza divina. El Altiseco parecia estar casi desprovisto de ideas: en sus ventas se habia atenido constantemente á lo que marcaba el Pato, á quien suponiamos pariente suyo, y los objetos que recibiera en cambio de sus pieles no habian despertado síntoma alguno de placer en su estúpido semblante. Si por acaso habia conocido algun dia las emociones, debia hacer mucho tiempo que era completamente extraño á ellas. Sin embargo, en nada se asemejaba su apatía al estoicismo del indio de América; era completamente insensible, y sin embargo, aquel personaje tenia un alma, una chispa de la llama imperecedera que distingue al hombre de todos los séres creados!!!

Al través de la entrada del fondeadero en que se balanceaba graciosamente la *Crisis*, habia una isla pequeña que contrarestaba la fuerza del viento nordeste, y dejaba en sus lados dos boquetes muy cómodos: el fondeadero tenia una forma casi circular, y estaban sus orillas cubiertas de árboles, cuyas ramas formaban arcos que caían hasta la superficie del mar; y en la primavera y verano cubrian sus hojas el interior del país con una barrera impenetrable. No se veia indicio alguno de habitacion, y al aproximarnos á la playa hizo Marbre la observacion de que los salvages solo frecuentaban aquellos parajes para comerciar con los extranjeros que lograban atraer á ellos.

—No hay habitaciones por aquí, añadió volviendo la vista á todas partes. Esto no es mas que una factoría, donde afortunadamente para nosotros no se hallan aduaneros.

—En cambio no faltan defraudadores, M. Marbre, si puede darse este nombre á personas que procuran apropiarse el

bien ageno sin consentimiento de su dueño. En mi vida he visto ladrón mas determinado que el tunante á quien hemos denominado el Pato. Creo que seria capaz de tragarse nuestras cucharas de hierro antes que dejar de robarlas.

—Es evidente, contestó M. Marbre; en cuanto al Altiseco, no tiene inteligencia suficiente para distinguir su propiedad de la agena. Estoy seguro de que se le podria dejar en el almacén de pan sin que imaginara siquiera que tenia en derredor suyo tantas provisiones de boca. Creo imposible hallar menos seso en una cabeza humana; tan fácil seria para el blanco mas inocente engañar á este hombre, como para un relojero ambulante el hacer que sus relojes de madera dieran la hora.

Tal era la opinión que M. Marbre profesaba con respecto al Altiseco; participaba yo de ella, y los marineros parecian tenerla tambien, pues se reian mucho de nuestras observaciones. Preciso es observar, empero, que los marineros, como todos los hombres, están dispuestos, siempre, á celebrar las agudezas de sus superiores.

Sin embargo, el bote continuaba avanzando, y llegó bien pronto á la embocadura de la ensenada, que hallamos ser bastante profunda, pero estrecha y sinuosa. Las orillas, que tenian unos doce piés de elevacion, estaban coronadas de árboles y arbustos que nos ocultaban el interior, por lo cual propuso Marbre que desembarcáramos y siguiéramos á pié el curso de un riachuelo inmediato, para practicar un reconocimiento. Pronto hicimos nuestros preparativos; Marbre y uno de los marineros desembarcaron en un lado de la ensenada, y yo lo verifiqué al lado opuesto con Nabucodonosor. Los dos hombres que quedaban en el bote recibieron la órden de seguirnos para recogernos á bordo en caso necesario.

—Dejad al Altiseco en la embarcacion, Miles, me dijo el primer contramaestre en el momento de saltar en tierra.

Hice una seña al salvaje, pero cuando llegaba á la cum-

bre de un promontorio estaba ya á mi lado; era tan difícil hacerle comprender lo que se le decia sin el auxilio de las palabras, que despues de una pantomima inútil para obligarle á que se marchara, renuncié á mi proyecto. Nabucodonosor me propuso que cogeria al viejo indio en brazos y le llevaria al bote, pero juzgué oportuno y prudente evitar toda violencia.

El espectáculo que se presentó desde luego á nuestra vista nada tenia que pudiera producir desconfianza. Nos hallá-bamos en medio de un bosque vírgen, desierto, húmedo, sombreado por un follage espeso y obstruido por árboles secos ó derribados por los huracanes. No habia rastro alguno de huellas humanas, y avanzamos por un terreno desigual y quebrado hasta que los marineros que habian quedado en el bote nos avisaron de que les iba faltando agua. Bajamos al instante á la orilla, y el Altiseco se deslizó al mismo tiempo que nosotros al bote, guardando siempre el silencio mas profundo.

—Os advertí que dejaseis atrás al orangutan, me dijo Marbre sentándose despues de haber ayudado á virar el bote. Prefiriera tener en mi compañía una serpiente de cascabel ántes que ver á mi lado á ese oso mohino.

—No es fácil librarse de él, contesté, pues se ha pegado á mí como una sanguijuela.

—Parece que el paseo le ha sentado bien; nunca ha tenido su fisonomía una espresion tan agradable como en este momento.

En efecto, por vez primera espresaba el semblante del Altiseco una cosa análoga á la satisfaccion.

—Quizás habrá creido que queríamos desertar, contesté á M. Marbre, en cuyo caso se habria visto privado de la cena; ahora que vé regresamos al buque, tiene la dulce perspectiva de no acostarse con el estómago vacío.

Marbre admitió la probabilidad de esta conjetura, y varió la conversacion.

Nos sorprendia en extremo no hallar rastro humano de

ningun  
atencion  
un paso.

mos la v<sup>o</sup> conti.  
propuso v<sup>o</sup>ertos el  
la idea de lo á este  
mento, si<sup>en</sup> son: l  
otro para Enrique We  
cerca de ros; Guiller  
cado el Solo Dios sabe  
la intenc<sup>o</sup>arra debajo de

evitar q<sup>u</sup>iza de que algun **TULO XIII.**

seco de mpatriotas lo que

con dir<sup>o</sup> miramos unos á otr

pidez, y Marbre recordaron

ha llamado la *Nútria marina*

este descubrimiento, por decir

ba cual fué su suerte.

—¡Atraído á esta bahía! repitirante todo el dia de un  
nuevo la pizarra. Sí, comienzo á sorvidas todas sus fa-  
si hubiera viento, dábamos á la vela tocino y el pan, esas

—Seria inútil, capitan Williams, col<sup>o</sup>e son, en concepto  
que estamos sobre aviso, y los indios no vida en América;  
mediaciones. Hasta ahora el Pato y sus anurmiendo. Aver-  
do probidad en sus relaciones con nosotros, gimos nuestra  
que aun tengan pieles que vendernos. El Altas pieles tar-  
cosas tan friamente que no dificulto sepa lo mas capitan Wi-  
lativo á la *Nútria marina*, la cual pudo muy bien ser lad, re-  
da por otra banda de salvages. razon

A pesar de la exactitud de estas observaciones, resolv<sup>o</sup>  
el capitan poner á prueba el Altiseco, enseñándole la pi-  
zarra y haciéndole sufrir un interrogatorio en cuanto lo  
permitian los gestos. Un espectador indiferente se hubiera  
reido de nuestras tentativas inútiles para confundir al  
indio. Los signos, las muecas, los gritos, los juramentos, todo  
fué en vano; el salvage no nos comprendia ó lo fingia así, y  
se cerró el interrogatorio con esta observacion de Marbre:

—Este animal nada sabe de cosa alguna, y mucho menos  
de lo concerniente á la *Nútria marina*.

bre de un promontorio estaba ya á mi lado; e y de-  
cil hacerle comprender lo que se le decia sin / cedro,  
las palabras, que despues de una pantomim era de  
obligarle á que se marchara, renuncié á mi pro  
codonosor me propuso que cogeria al viejo ind pronto  
y le llevaria al bote, pero juzgué oportuno y i bserver-  
tar toda violencia. us emo-

El espectáculo que se presentó desde luego á i amente  
ta nada tenia que pudiera producir desconfianza n apa-  
bamos en medio de un bosque vírgen, desierto sto del  
sombreado por un follage espeso y obstruido algun  
secos ó derribados por los huracanes. No habia r azo de  
no de huellas humanas, y avanzamos por un terr in ár-  
gual y quebrado hasta que los marineros que habi lva-  
dado en el bote nos avisaron de que les iba faltando e  
Bajamos al instante á la orilla, y el Altiseco se deslizo  
mismo tiempo que nosotros al bote, guardando siempre  
silencio mas profundo.

—Os advertí que dejaseis atrás al orangutan, me dijo Mar-  
bre sentándose despues de haber ayudado á virar el bote.  
Prefiriera tener en mi compañía una serpiente de cascabel  
ántes que ver á mi lado á ese oso mohino.

—No es fácil librarse de él, contesté, pues se ha pegado á  
mí como una sanguijuela.

—Parece que el paseo le ha sentado bien; nunca ha teni-  
do su fisonomía una espresion tan agradable como en este  
momento.

En efecto, por vez primera espresaba el semblante del Al-  
tiseco una cosa análoga á la satisfaccion.

—Quizás habrá creido que queríamos desertar, contesté á  
M. Marbre, en cuyo caso se habria visto privado de la cena;  
ahora que vé regresamos al buque, tiene la dulce perspecti-  
va de no acostarse con el estómago vacío.

Marbre admitió la probabilidad de esta conjetura, y varió  
la conversacion.

Nos sorprendia en extremo no hallar rastro humano de

segundo cont.  
 sido muertos ei  
 do, traído á este  
 sobreviven son: 1  
 Zunt, Enrique We  
 marineros; Guillerma  
 mete. Solo Dios sabe  
 esta pizarra debajo de  
 esperanza de que algun  
 tros compatriotas lo que

## TULO XIII.

Nos miramos unos á otr  
 pitau y Marbre recordaron  
 tin llamado la *Nútria marina*  
 este descubrimiento, por decirle  
 ba cual fué su suerte.

—¡Atraído á esta bahía! repit  
 nuevo la pizarra. Sí, comienzo á  
 si hubiera viento, dábamos á la vela  
 tocino y el pan, esas

—Seria inútil, capitán Williams, con  
 que estamos sobre aviso, y los indios no  
 mediaciones. Hasta ahora el Pato y sus  
 do probidad en sus relaciones con nosotro  
 que aun tengan pieles que vendernos. El  
 cosas tan friamente que no dificulto sepa  
 lativo á la *Nútria marina*, la cual pudo  
 da por otra banda de salvages.

A pesar de la exactitud de estas observaciones, resolvi  
 el capitán poner á prueba el Altiseco, enseñándole la pi  
 zarra y haciéndole sufrir un interrogatorio en cuanto lo  
 permitian los gestos. Un espectador indiferente se hubiera  
 reido de nuestras tentativas inútiles para confundir al  
 indio. Los signos, las muecas, los gritos, los juramentos, todo  
 fué en vano; el salvaje no nos comprendia ó lo fingia así, y  
 se cerró el interrogatorio con esta observacion de Marbre:

—Este animal nada sabe de cosa alguna, y mucho ménos  
 de lo concerniente á la *Nútria marina*.

bre de un promontorio estaba ya á mi lado  
 cil hacerle comprender lo que se le decia ;  
 las palabras, que despues de una pantomima, y el capi-  
 obligarle á que se marchara, renuncié á él, diciéndonos  
 codonosor me propuso que cogeria al verdian por la in-  
 y le llevaria al bote, pero juzgué oportuno que nos ha-  
 tar toda violencia.

El espectáculo que se presentó desto valor como el que  
 ta nada tenia que pudiera producir querto americano; y  
 bamos en medio de un bosque vívida vigilancia y la  
 sombreado por un follage espeso librarnos de la suerte  
 secos ó derribados por los huracos restos acabábamos de  
 no de huellas humanas, y avar

gual y quebrado hasta que noche, porque un enemigo  
 dado en el bote nos avisar temible, y habria preferido  
 Bajamos al instante á la costas ántes que permanecer á  
 mismo tiempo que nosc, de aguas tersas cual la luna de  
 silencio mas profundosques tan silenciosos como un de-

—Os advertí que duque estaba bien armado y pronto  
 bre sentándose desersarios que se presentaran; pero es-  
 Prefiriera tener en, y el Altiseco cenaron con el apétito  
 ántes que ver á la calumniada y durmieron como leños.

—No es fácil debian tener una carencia absoluta de  
 mí como un cuanto á nosotros, estuvimos alerta hasta

—Pareca, en cuya época debia ser mayor la eventua-  
 do su peligro. Al concluir la noche dominó el cansancio  
 mormos que velaban, lo mismo que á los que no estaban  
 cuarto; pero todo continuó tranquilo. Salió el sol á la ho-  
 de costumbre, dorando las cimas de los árboles con sus  
 brillantes rayos é iluminando las aguas de nuestra peque-  
 ña bahía. La dulce alegría que se experimenta generalmen-  
 te al salir la aurora, disipó momentáneamente nuestros te-  
 mores, atenuados ya por las reflexiones que hiciéramos du-  
 rante la noche. Al despertar solo nos inspiraba ya la suerte  
 de la *Nútria marina* el sentimiento exigido por el bien  
 parecer.

---

**CAPITULO XIII.**

El Pato y el Altiseco se portaron durante todo el día de un modo admirable: parecían hallarse absorvidas todas sus facultades mentales por la cocina, el tocino y el pan, esas grandes necesidades de la existencia que son, en concepto de los europeos, el móvil principal de la vida en América; los salvages pasaban su vida comiendo y durmiendo. Avergonzados de vigilar á semejantes entes, dirigimos nuestra atención á otros objetos. El Pato nos dijo que las pieles tarcarian cuarenta y ocho horas en llegar, y el capitán Williams, pasando del exceso de inquietud al de seguridad, resolvió aprovechar el hermoso día que teníamos á la sazón para desencapillar los obenques. A las nueve empezó la tripulación á desaparejar los palos, y ántes del mediodía estaba el buque en una disposición muy parecida á la que se adopta para invernar.

Conserváronse puestas las vergas de cofa sin sus balancines. Pero los masteleros de gavia se bajaron todo lo posible. En una palabra, desmontamos la arboladura, sin obstruir, enpero, el puente, decidiéndose el capitán á verificar

esta operacion en vista de la seguridad que ofrecia el fondeadero y de lo bonancible que estaba el tiempo. Por la tarde se examinaron separadamente todos los aparejos, se izaron de nuevo los de las cofas y se colocaron los topes masteleros. Necesitando la tripulacion descansar despues de un dia de tanta faena, se confió la custodia del buque al capitán y los tres contramaestres.

Empezé mi cuarto á las doce de la noche, y hallé sobre cubierta al tercer contramaestre que procuraba conversar con el Pato y el Altiseco. Habiendo dormido perfectamente los salvages durante el dia, parecian querer pasar la noche paseándose.

—¿Hace mucho tiempo que están aquí estos hombres? pregunté al tercer contramaestre.

—Desde el anocheecer; los hallé con el capitán y este me trasmitió su sociedad. Si el Pato entendiera el lenguaje humano, podria ser un compañero agradable; pero estoy cansado de hacerle señas en valde.

Me hallaba bien provisto de armas y tuve vergüenza de manifestar temor hácia unos hombres inermes. Además, los indios no se conducian de modo que despertaran nuevas sospechas, pues el Pato se habia colocado sobre el cabrestante y fumaba con toda la gravedad filosófica posible; en cuanto al Altiseco, no parecia tener inteligencia suficiente siquiera para fumar, ocupacion que, cuando ménos, tiene el mérito de comunicar cierto aspecto de reflexion y sabiduría. Ignoro si los fumadores consumados son mas aptos para meditar que el resto de los hombres, pero es preciso convenir en que á las veces tienen todas las apariencias de la meditacion.

Me coloqué en mi puesto con una viva inquietud, á la que en vano procuraba hallar motivos plausibles: era instintiva. Podia ser asesinado y arrojado al mar por los salvages; pero, ¿por qué habrian querido matarme, si en seguida hubieran tenido que combatir contra toda la tripulacion? Las estrellas tenian un brillo extraordinario y me

permitian distinguir cualquiera canoa que intentara acercarse al buque. Pasé un cuarto de hora reflexionando de este modo, hasta que mi pensamiento varió de objeto, y en aquellos mares lejanos se presentaron á los ojos de mi imaginacion Clawbonny, Engracia, Lucía y M. Hardinge. Rara vez me hallaba de cuarto durante la noche, que dejara de recordar las escenas de mi infancia y vagar por los campos de mi posesion, acompañado de mi querida hermana y su amiga. ¡Cuántas horas de felicidad me procuraron en las soledades del Océano inmenso tan dulces imágenes! ¡Con cuánta facilidad se presentaban á mi memoria las cualidades excelentes de mis amables compañeras! Desde mi viaje á Lóndres, embellecia algunas veces el cuadro de mis ilusiones la Emilia Merton, con su talento mas cultivado y sus modales mas distinguidos. Sin embargo, nunca ocupó mas que el tercer lugar en la gerarquía de mi admiracion.

Pronto me entregué por entero aquella noche á mis ilusiones, que abrazaban á la vez el pasado y el porvenir. ¿Cuál será el jóven de veinte años que no haya edificado castillos en el aire, construcciones imaginarias levantadas por la inesperienza, con materiales suministrados por la esperanza? Mi imaginacion me arrebató hasta el extremo de mostrarme á Ruperto laborioso, siguiendo con asiduidad la carrera del foro, y siendo su mas bello adorno. Las facultades humanas no podian traspasar ya tal concepcion.

Lucía tenia una voz hermosa, y por intérvalos parecia estar oyendo la melodía de sus cantos. En la noche de que voy hablando me acordé de sus canciones que hablaban de amor y felicidad conyugal: apoyado en la borda del buque empecé á tararearlas, procurando recordar, no solo la letra, sino la dulce voz que tan bien la espresaba. Algunas veces las habia yo cantado en Clawbonny, pero Lucía me tapaba la boca con su linda mano y me decia riéndose:—Miles, no echeis á perder esa cancion tan bonita: nunca tendreis buen éxito en la música, y os aconsejo que os apliqueis con pre-

ferencia al latín. La ilusión era tan completa que creí oírla deslizarse detrás de mí, sentí su aliento en mi hombro, y me pareció de pronto que ponía su mano en mis labios..... Era la del Altiseco que, arrojándose sobre mí de improviso, me había metido una mordaza en la boca y la oprimía fuertemente, mientras el Pato me ataba los brazos codo con codo! Este ataque fué tan brusco y ejecutado con tal destreza, que un solo instante bastó para convertirme en prisionero indefenso. Tan imposible me era ya resistir como dar la voz de alarma; atáronme de piés y manos, y me colocaron en un rincón de la cubierta, debiendo únicamente, y según toda probabilidad, la conservación de mi vida al deseo que tuviera el Altiseco de conservarme como esclavo.

Desde el mismo momento desapareció toda apariencia de estupidez del rostro de aquel hombre admirable; siendo el alma y el jefe de sus compañeros. En cuanto á mí, quedé atado á una berlinga, completamente imposibilitado de libertarme, siendo testigo involuntario de lo que sucedió, y experimentando mas sentimiento por la deshonra de haber sido sorprendido durante mi cuarto, que por mi peligro personal.

En cuanto quedé desarmado, cogió el Pato una linterna de la Vitácora, la encendió y la levantó sobre el coronamiento de popa. Inmediatamente contestaron á esta señal, porque apagó la luz y se paseó por la cubierta con el intento marcado de coger á los que se presentaran en ella; pero el cansancio retenía á los marineros en sus hamacas, cual si se hallaran encerrados bajo llave. Esperaba yo ver á los dos salvajes llevar el bote de efectos, y fugarse, no suponéndoles audacia suficiente para atacar á una tripulación tan numerosa, pero había contado sin la huésped. Apenas transcurrieron diez minutos, cuando unos treinta hombres treparon cautelosamente por los costados de nuestro buque, con una precaución tan extraordinaria, que necesité la atención mas vigilante para observar su llegada. Todos estaban armados llevando cada uno una especie de puñal; algunos

tenían fusiles, otros hachas de guerra ó *tomohawks*, mazas, areos y flechas. Ví con gran sentimiento que tres ó cuatro se colocaron en la puerta de la cámara y otros tantos en la escotilla de proa, custodiando así los dos únicos puntos por donde habrían podido salir los oficiales y marineros si hubieran intentado subir sobre cubierta, pues aunque la escotilla grande y la del rancho de los marineros estaban abiertas durante el día, se cerraban por la noche.

La mordaza y las cuerdas que me sujetaban los brazos me causaban un vivo sufrimiento en que apenas reparaba, tanto era lo escitada que se estaba mi curiosidad. Los salvajes emplearon un cuarto de hora en hacer sus preparativos. El Altiseco, aquel anciano impasible y estúpido, desplegaba, no solo la autoridad, sino también la presencia de ánimo de un jefe experimentado. Colocó á todos sus hombres en emboscada, de modo que se ocultaran á las miradas de los que subieran sobre cubierta, y transcurrió otro cuarto de hora, durante el cual reinó el silencio mas profundo. Cerré los ojos y procuré orar.

—¡Ah del puentel profirió de pronto una voz que conocí era la del capitán. Hubiera querido dar mi vida por poderle advertir el peligro, pero solo conseguí lanzar un gemido que sin duda oyó el infortunado Williams, porque se adelantó diciendo:—¿Dónde estáis M. Wallingford? Estaba sin sombrero y medio desnudo. Subiendo sobre cubierta tan solo para hacer su ronda nocturna, y me estremezco todavía al hablar del golpe que cayó sobre su cabeza! ¡Aquel golpe habría derribado á un toro, y mató al pobre capitán! Los asesinos tuvieron cuidado de recibirle en sus brazos, para que el ruido de la caída del cadáver no despertara á algun otro individuo; pero mis oídos que espiaban ávidamente el menor sonido, escucharon el ruido que hacia el mar al entreabrirse bajo el cuerpo del infortunado capitán, arrojado desde la borda por los salvajes. Así pereció el capitán Williams, hombre amable y benévolo, excelente marino, y cuyo defecto principal era la imprudencia.

El Altiseco habia tomado una parte muy activa en aquella escena terrible. Cuando se hubo terminado, mandó á sus cómplices que regresaran á sus puestos respectivos, y creí que iban á degollar del mismo modo á todos los individuos de la tripulacion, segun fueran apareciendo en el puente del buque; pero los enemigos prefirieron hacerlos prisioneros cerrando todas las escotillas. El ruido de esta operacion despertó á los marineros y oí los golpes que daban por dentro en las puertas de la cámara, pero se hallaban sólidamente cerradas.

En cuanto los salvages tuvieron encerrada á la tripulacion, desataron las cuerdas que me sujetaban y me quitaron la mordaza; en seguida me condujeron á la escotilla mayor y me significaron por señas que podia comunicar con mis compañeros, habiéndose verificado mi soltura momentáneamente por órden del Altiseco. Esto me hizo comprender que querian conservarme la vida, por algun tiempo al menos, con algun objeto premeditado, que mi penetracion no alcanzaba á definir. En cuanto oí movimiento en la escala de la bodega, exclamé:

—¿ Sois vos, M. Marbre ?

—Sí; ¿ estais ahí Wallingford ?

—Si señor; sed prudente; los salvages son dueños del buque, y estoy en su poder: la tripulacion se halla encerrada, y han puesto en la escotilla de proa una guardia numerosa.

Oí detrás de la escotilla un silbido prolongado, por lo cual espresaba el primer contramaestre su sorpresa. En cuanto á mí, juzgué inútil todo disimulo, y resolví esplicarme francamente, con peligro de que mis enemigos conocieran mis intenciones, pues era probable que algunos de ellos entendieran algo el inglés.

—El capitan Williams no está en su camarote, repuso M. Marbre; ¿ sabeis qué le ha ocurrido?

—¡ Ay M. Marbre ! el pobre capitan Williams no puede sernos útil ya en cosa alguna.

—¿Qué le ha sucedido? preguntó el primer contramaestre con precipitación.

—Le han muerto de un golpe y le han arrojado al mar.

Un silencio mortal sucedió á tan triste nueva.

—¡Segun eso, á mí me toca decidir lo que hemos de hacer! exclamó M. Marbre. ¿Estais libre, Miles? ¿Podeis hablarme con entera franqueza?

—Estoy aquí custodiado por dos salvages. Sin embargo, me exhortan á que hable, aunque yo temo que me comprendan.

—Escuchad, Miles, repuso M. Marbre al cabo de un momento de reflexion, nos comprenderemos facilmente sin soltar palabras imprudentes. ¿Qué edad teneis?

—Treinta años. M. Marbre, treinta buenos años bien contados.

—¿Teneis salitre y píldoras, ó solo juguetes de niños indios?

—Tendré cuando menos una media docena de píldoras.

Un codazo de Pato me advirtió que hablara mas esplicitamente, y me hizo conocer que nos habia entendido cuando nos espresábamos sin alegoría.

—Diantre! contestó M. Marbre con tono pensativo, veo que habremos de estar en guardia. ¿Creéis que piensen en bajar?

—Todavía no: pero la comprension, añadí recalcando las palabras, es mas general de lo que imaginais, y no debemos decir cosa alguna secreta. Mi opinion es la siguiente: sacrificad millones para defenderos, y no concedais un solo céntimo de tributo.

Esta frase era proverbial en América desde el principio de la guerra con Francia, y estaba ya convenido de que advertiria á M. Marbre que debia renunciar á todo género de capitulacion. No me contestó, y me llevaron al gallinero, donde me permitieron sentarme. La oscuridad era completa todavía, pero merced al brillo de las estrellas, veía á los salvages andar por el puente y lanzarme al paso miradas que anunciaban las intenciones mas siniestras; pero un ánimo superior animaba evidentemente á todos aquellos seres fero-

ces, contenia la turbulencia de su temperamento, y daba á sus acciones un conjunto determinado: era el Altiseco. Con el ademan y la voz regulaba los movimientos de los indios, y aunque hablaba con calma, obedecíasele sin restriccion, pero tambien sin señal alguna de deferencia. Adivinaba yo, tambien, que los salvages consideraban su victoria como segura, y se cuidaban muy poco de la tripulacion prisionera.

Al amanecer salieron del riachuelo algunas canoas, y trajeron á bordo un refuerzo de salvages. Mientras llegaban no tuve comunicacion alguna con mis compañeros, pero estaba convencido de que se habian reunido quitando los fardos ligeros que componian el cargamento, y derribando el tabique de la cámara de proa; además, habia en este tabique una tabla de corredera por cuyo hueco podia pasar un hombre. Sin duda habia concentrado, pues, sus fuerzas M. Marbre, y tenia armas y municiones suficientes para oponer una resistencia tenaz. Pensaba yo con ansiedad en lo que intentaria hacer; una salida hubiera sido muy aventurada, y las medidas adoptadas por el Altiseco y el Pato la hacian casi impracticable.

El trato que me dieron mis opresores me sorprendió; en cuanto fué de dia me dejaron en completa libertad, permitiéndome que paseara por todo el alcázar á mi antojo. Un charco de sangre y algunos mechones de cabellos indicaban el sitio en que habia caido el pobre capitán, y me permitieron que echara en él un cubo de agua para borrar las señales horribles del asesinato. Habíase apoderado de mí una indiferencia singular; resignábame con mi suerte, y envidiaba algunas veces la de M. Marbre, que prendiendo fuego á la Santa Bárbara, podia destruir de una vez á todos los enemigos, estando persuadido, por mi parte, de que el primer contra-maestre recurriria á este medio desesperado antes que entregarse á semejantes miserables. El Altiseco y sus cómplices parecian no preveer este peligro, y su plan, hábilmente concebido, les iba saliendo á las mil maravillas.

Por la mañana resolvieron los salvages asegurarse del bu-

que, y por la manera en que los dos jefes se aproximaron á mí, conocí que iban á dar principio á sus operaciones. El Pato colocó á toda su gente en dos filas, y luego, alzando la mano con un gesto significativo, me gritó:

—¡ Cuenta !

Conté los enemigos y ascendían á ciento ocho.

—Decirlo abajo, añadió el Pato.

Llamé á M. Marbre, y cuando acudió á la escotilla me preguntó qué quería.

—Me mandan que os diga que los indios ascienden á ciento ocho.

—Quisiera que hubiera un millon de ellos, porque vamos á volarlos con el puente. ¿Creéis que nos entienden?

—El Pato os comprende cuando habláis lentamente y sin circunloquios. Según el semblante que pone, debe haber entendido lo que acabais de decir.

—¿ Está cerca de la cubierta de escotilla ?

—Sí, está á babor, con una rodilla apoyada en el gallinero.

—Miles, dijo M. Marbre vacilando.

—¿ Qué quereis ?

—¿ Qué os sucedería si nos abriéseis la escotilla ?

—Me degollarían, pero poco importa. En todo caso sería inútil, y aun quizás perjudicial en el momento presente. Lo mejor que puedo hacer es asustarlos advirtiéndoles que los vais á volar.

M. Marbre consintió en ello, y conseguí explicar su proyecto al Pato, quien se lo transmitió al Altiseco. El anciano escuchó con grave calma, pero al oír que le iban á volar no manifestó el mas mínimo temor ni aun sorpresa. No conocia el miedo, y además, un hombre acostumbrado á tan miserable existencia, no daba gran valor á esta. Su semblante feroz espresó tan solo indiferencia é incredulidad.

Me aproximé á la escotilla para dar cuenta á M. Marbre del resultado de mi indicacion, pero habia sucedido un silencio profundo á la agitacion que antes reinara en el entrepuente.

Pareció sorprender este cambio al Altiseco, y dió órdenes á algunos de los suyos para recomendarles sin duda la mas esquisita vigilancia. Despues, con el auxilio del Pato, hizo echar en el bote cuerdas, drizas de bonetas y otros cables, y le remolcaron con canoas hasta la isla. Allí fabricaron los salvages un cabo de espía, le ataron por un extremo á un árbol y trajeron el otro al buque. En seguida, unos veinte indios saltaron sobre el cabo y se balancearon en él para probar su fuerza. Resolví comunicar estos nuevos movimientos á M. Marbre, aun con peligro de mi vida.

—Los salvages han establecido un cabo de espía que va hasta la isla. Se preparan á cortar los cables que sujetan al buque sobre sus anclas, é intentan sin duda espiarle hasta el sitio en que hallamos la *Nútria marina*.

—Dejadles que lo hagan, contestó M. Marbre, que ya estamos preparados para el momento oportuno.

No sé á qué atribuir la apatía que manifestaron los salvages al oirme: quizás les convendria que la tripulacion supiera su proyecto. Ejecutaban sus movimientos con tanta tranquilidad como si les hubiera pertenecido el buque, y sus canoas surcaban el agua en derredor de la *Crisis* sin el mas mínimo temor. Hallaron en la lancha el machete del cocinero, y los golpes enérgicos que caian sobre los cables anunciaban la intencion del enemigo.

—Miles, me dijo M. Marbre, esos golpes resuenan en el fondo de mi corazon. ¿Están ya esos pícaros en su trabajo?

—Han cortado el cable del ancla de babor, y trabajan ahora á estribor. ¡Ya han concluido! Solo está sujeto el buque por el cabo de espía.

—¿Hay viento, amigo mio?

—En la bahía no, pero en el mar se observa alguna ondulacion.

—¿Cómo está la marea?

—Concluyendo de bajar, y para llevar el buque hasta la roca en que vararon la *Nútria marina*, es preciso que suba el agua diez ó doce piés.

—¡Loado sea Dios! Ese es un acontecimiento importante para nosotros.

—Sin embargo, M. Marbre, el buque avanza rápidamente hacia la isla, y ya no nos queda esperanza.

—No desanimarnos, Miles, y procuremos hacer alguna tentativa para salir del apuro. Si no temiera por vuestra vida, hace ya media hora que les habria jugado una buena pasada á esos bribones.

—No os cuideis de mí, caballero. La desgracia ha ocurrido por culpa mia, y debo sufrir las consecuencias; haced lo que os dicten la prudencia y el deber.

Al cabo de un minuto de silencio oí una fuerte detonacion que me hizo sospechar al pronto habian intentado volar el puente; pero los gemidos y lamentos que sucedieron al ruido de la explosion me demostraron el estado verdadero de las cosas.

Por las ventanas de la cámara habian hecho una descarga de fusilería, que mató ó hirió mortalmente á once salvages que pasaban en una canoa. Irritados los indios que se hallaban sobre cubierta, me habrian dado muerte al punto á no ser por la intervencion del Altiseco, cuyo tono de autoridad impuso respeto á los agresores. Era evidente, ya, que me reservaban para algun proyecto oculto.

La mayor parte de los salvages se precipitaron á las canoas para socorrer á los heridos, pero no atreviéndose á pasar bajo el mortífero fuego de la tripulacion, aguardaron á que el buque anduviera hacia adelante, y la *Crisis* se halló desembarazada de las canoas que la rodeaban, sin tener á bordo mas que la mitad de los agresores. Los que quedaron sobre cubierta, no teniendo enemigos á quien combatir, emplearon toda su fuerza en tirar del cabo de espía, mas como estaba construido á la ligera concluyó por romperse.

Hallábame apoyado en la rueda del timon cuando ocurrió este suceso tan ventajoso para nosotros; el reflujo se retiraba con alguna violencia, y el buque entraba en el boquete estrecho que separaba á la isla de uno de los lados

del continente, dirigiéndose hácia el árbol en que habian fijado el cabo de espia. Entonces, por un movimiento instintivo más bien que reflexivo, moví la barra del timon de modo que la *Crisis* enfilara el boquete por su centro. El Pato dirigia á la sazón el trasporte de los heridos, que se estaban desembarcando en el fondo de la bahía, y aun cuando hubiera querido seguir á nuestro buque, hallárase detenido por el fuego de las ventanas de la cámara. Así, pues, durante cinco minutos fui dueño absoluto de la direccion del buque, y los aproveché para tomar la vuelta de á fuera.

Esta situacion nueva nos dejaba algun vislumbre de esperanza. Observé que los salvages no comprendian por qué la *Crisis*, en vez de encallarse en las rocas, se dirigia al Océano. Este cambio de direccion, inexplicable para ellos, porque ignoraban el uso del timon, produjo un terror pánico, y unos treinta indios se arrojaron al mar, dirigiéndose á la isla á nado. Creí por un momento que todos iban á seguir el mismo camino, pero observé más tarde que los demás no sabian nadar, y se quedaban á bordo por necesidad, que no por voluntad. El Altiseco no juzgó oportuno soltar su presa.

Creí llegado entonces el momento favorable; me dirigí á la escotilla é iba á abrirla, cuando el Altiseco me dió un golpe violento vibrando ante mi vista la hoja aguzada de un puñal. Era evidente que aun no habíamos concluido nuestro singular empeño; y que el caudillo indio no se dejaba derrotar tan fácilmente cual yo lo imaginara. Apesar de su aspecto de orangutan, tenia un carácter á propósito para las grandes empresas, y quizás hallándose colocado en distinta condicion habria llegado á ser un héroe. En todo caso me enseñó á no fiarme en apariencias.

Como estaba cobardando á la ligera con él por temerle. Hallárame agitado en la rueda del timon cuando ocurrió este suceso tan ventajoso para nosotros; el ruido se retiraba con alguna violencia, y el buque entraba en el puerto estrecho que seguia á la isla de uno de los lados

À BORDO Y EN TIERRA.



murmurando amenazas; cogió la cangreja, que estaba á su lado, y me mandó por gestos que la desplegara.

Inútil será decir que obedecí con secreta alegría: preparando las candalizas, indiqué á unos doce indios lo que habian de hacer, ayudándoles por mí mismo. En poco tiempo izé el trinquete, la mayor y el juanete de mesana. Como no se habian asegurado los masteleros de gávia, solo podia utilizar estas velas. Añadieron un nudo á la velocidad del buque, y le llevaron á un punto en que sintió ya toda la fuerza del viento que soplabá del Sudoeste.

El Altiseco siguió mis movimientos con la mirada penetrante propia de un halcon. Como yo habia desplegado velas obedeciendo sus órdenes, no podia quejarse de mí, y le sorprendian los resultados de la maniobra. Viendo que el buque continuaba alejándose de la bahía, me amenazaron de nuevo, haciéndome señas de que pusiera la proa á la costa: entonces le espliqué como pude que, teniendo desplegadas tan solo cuatro velas, era indispensable dar un rodeo estenso, y que llegaríamos mas pronto al punto deseado poniendo los palos de trinquete. Los salvages se ofrecieron á ayudarme, y me probaron de este modo que solo habian conservado mi vida para emplearme en la direccion del buque; ahora bien, como nada podian hacer sin mi auxilio, acrecíase mi importancia á medida que nos internábamos en el Océano. Cuando estuvo bien colocado el mastelero subí á la cofa para asegurarle, y desde ella ví que las canoas giraban al rededor de la isla, calculando por la rapidéz de su marcha que debian alcanzarnos al cabo de veinte minutos.

Era muy importante evitar su llegada. Poseyendo ya la confianza de los salvages que se hallaban á bordo, reclamé su ayuda para izar el foque, y en seguida examiné las canoas con un antejo: habian cesado de remar y se aproximaban unas á otras para que los jefes celebraran consejo sin duda. Calculé que por el aspecto de nuestro velámen suponian habíamos recuperado la *Crisis*, y procuré confirmarles en esta opinion. Acababa de dar al Altiseco un cigarro para

ponerle de buen humor, y me habia tomado la libertad de encender otro. La tarde anterior se habian cebado nuestros cañones, alineándolos en las portas y destapándolos, de modo que bastaba quitar las planchas de plomo que cubrian los oídos para dispararlos. Puse la barra á barlovento, de modo que el tiro se dirigiese á las canoas, apliqué el fuego del cigarro al cebo, me precipité á la rueda del timon, y puse la barra á babor. La esplosion del tiro produjo un espanto general: el Altiseco se arrojó sobre mí con el cuchillo levantado, pero tuve la serenidad suficiente para hacerle observar que el buque viraba con rapidéz, y procuré esplicarle por señas que el uso del cañon ejercia una influencia sensible sobre la navegacion que estaba presenciando.

Continuando el buque su maniobra, creyó el jefe indio que mis esplicaciones eran sinceras, y les hizo observar á sus compañeros con aire de triunfo la nueva marcha de la *Crisis*. En cuanto á las canoas, aterradas por el silvido de la metralla, remaron hácia el fondo de la bahía, firmemente persuadidos de que habíamos recobrado el buque.

Así, pues, el éxito superaba á mis esperanzas; si conseguia perder la tierra de vista, llegarian á ser tan necesarios mis servicios, que cesaria mi vida de estar en peligro. El viento se refrescaba; la *Crisis* corria cuatro nudos por hora, y y manteniendo la proa en la direccion conveniente, en menos de siete horas podia andar veinte millas.

Tiempo era ya de celebrar una conferencia con Marbre. Para alejar toda sospecha llamé al Altiseco junto á la escotilla, con el objeto de que fuera testigo de la conversacion, en razon á que estaba yo bien seguro de que ninguno de los salvages quedados á bordo entendian palabra alguna inglesa.

—Y bien, Miles, ¿qué hay? me preguntó el primer contramaestre; ¿qué quiere decir ese cañonazo?

—Yo le he disparado para apartar las canoas, y lo he conseguido completamente.

—Ya lo sé: estaba asomado á una ventana de la cámara y

ví caer la bala á veinte brazas de las canoas, alcanzando los cascotes de metralla á algunas de ellas. ¿Pero que pensais hacer? estamos á media legua de la costa. ¿Qué pensará de ello el Altiseco?

Explicué al primer contramaestre nuestra situacion, el velamen con que navegábamos, el número de salvages que habia á bordo, y las ideas que yo les inculcara sobre el modo de hacer virar el buque á cañonazos. Durante esta conversacion, el Altiseco me escuchaba con una atencion sostenida, y gesticulaba por intérvalos para escitarme á que volviera la proa á la costa, porque la *Crisis*, teniendo el viento de costado, habia vuelto á dirigirse á alta mar. Era preciso tranquilizar á los salvages y asegurar al mismo tiempo el masteleromayor que amenazaba ceder al violento soplo de tierra. Me acerqué al Altiseco y ví con escesejo que principiaba á tener síntomas de mareo, así como varios de sus compañeros. Le mostré los palos y las velas, y procuré persuadirle por medio de una pantomima enérgica, de que era imposible hacer virar el buque sin el auxilio de algunos marineros. El anciano sacudió la cabeza, se revistió de grave aspecto, y concluyó por pronunciar los nombres de Nab y Joe, este último era el cocinero negro, y habia participado con mi criado de la honra de que se fijara muy especialmente en ellos la atencion de los salvages.

Suponia, sin duda, el Altiseco, que en caso de lucha hallaria en ambos negros mas bien aliados que enemigos; pero yo estaba muy seguro de la fidelidad de mi servidor, y sabia que el cocinero profesaba tanta adhesion á su bandera como el americano mas blanco.

Indiqué al caudillo indio el medio de trasportar á los dos negros sobre cubierta, sin soltar á los demás prisioneros, y al efecto se dejó colgar una cuerda desde el bote de popa hasta las ventanas de la cámara. Avisé al primer contramaestre, y los dos negros fueron subidos sucesivamente á la borda del bote, en donde los recibieron los salvages. Antes de dejarlos saltar sobre cubierta les dirigió el Altiseco un dis-

curso mezclado con gestos muy significativos, con el objeto de anunciarles la suerte que les aguardaba si obraban mal.

Envié los dos negros á la cofa, y pronto se hallaron las velas en una posicion favorable. Al verlas nuestros enemigos henchidas por el viento, lanzaron gritos de alegría, sin sospechar que cada vez nos apartábamos mas del continente. Sin embargo, el Altiseco insistió de nuevo sobre la necesidad de virar de bordo; la desaparicion de la costa le inquietaba, y á pesar de las náuseas del mareo, continuaba vigilándome muy de cerca. Para calmarle viré á recibir el viento por la proa, con el auxilio de los salvajes, quienes ejecutaron mis órdenes mejor de lo que yo imaginara, y en cuanto vieron que hacíamos rumbo á la costa, manifestaron una alegría que rayaba en delirio, costándome trabajo evitar que me abrazara su jefe. La nueva marcha del buque tuvo por resultado inmediato que se disminuyera la activa vigilancia de nuestros enemigos, que creyéndose próximos á librarse de todo peligro, dejaron de oponer resistencia á sus sufrimientos físicos.

Coloqué á Nabucodonosor en el timon, é inclinándome sobre el coronamiento de popa, conseguí atraer á Marbre á una de las ventanas de la cámara, sin alarmar al jefe indio. Habia observado que los salvajes evitaban permanecer en el casti- llo de proa por los sacudimientos que el balanceo comunica- ba á aquella parte del buque.

Dije al primer contramaestré que concentrara hácia aque- lla parte todas sus fuerzas, y en seguida me alejé, fingiendo ocuparme esclusivamente de la maniobra. El salvaje que custodiaba la escotilla de proa estaba en un estado lastimo- so, y pagaba su tributo al mar con esfuerzos convulsivos. La cubierta de la escotilla estaba sujeta tan solo por una barra de hierro pasada en los anillos, y no era muy difícil abrirla. Lo verifiqué en un segundo, y la tripulacion condu- cida por Marbre se precipitó sobre el puente gritando:— ¡Vengüemos al capitán! Cuando quise seguir á mis compañe- ros, el centinela de la escotilla me cerró el paso: estaba ar-

mado con las mismas pistolas que me habían quitado, pero poco acostumbrado á hacer uso de ellas, no tuvo tiempo para dispararlas. Le sujeté entre mis brazos, rodamos ambos sobre cubierta, y al fin le sujeté. Mientras le ataba con el cable que servia para arriar el foque, nuestros marineros, sin disparar un tiro, mataban á los salvages con sus picas ó los arrojaban al mar. En el momento en que llegué al pié del palo mayor, estaba ya el buque en nuestro poder, y de todos los indios solo quedaba el Altiseco. Al principio del ataque, abandonando Nabucodonosor el timon, habia ceñido el cuerpo del indio con sus brazos, y le sujetaba como en un cepo.

—¡Al mar ese miserable! exclamó el primer contramaestre enfurecido.

—Perdonadle, M. Marbre, grité; me ha salvado la vida.

Nabucodonosor habia tenido siempre mas deferencia á mis órdenes que á las del mismo capitán; á no ser así, el Altiseco habria seguido á sus compañeros en los insondables abismos del Océano. Marbre, que no era cruel por naturaleza, tuvo á menos herir á un prisionero indefenso, y se contentó con mandar que le custodiasen centinelas de vista. Por mi parte, satisfecho con haber conseguido librarle, corrí al castillo de proa á buscar al hombre que dejara atado en él, pero era demasiado tarde: algunos marineros se habian apoderado de aquel infeliz, y tan solo llegué á tiempo para verle desaparecer por la porta de la serviola. Durante este combate instantáneo, la *Crisis* habia seguido su rumbo, semejante á la tierra que gira en su órbita, sin cuidarse de las luchas de las naciones, cuyas disensiones llegan á ensangrentar su superficie. Desde la borda del alcázar vimos en la estela que formaba el buque los brazos y cabezas de los indios que luchaban con las olas. Por un impulso involuntario hice observar á Marbre que podríamos salvar á algunos de ellos.

—¡Dejadlos que se ahoguen y marchaos al infierno! contestó el primer contramaestre.

—Tiene razon M. Marbre, añadió Nabucodonosor. Nada bueno puede esperarse de los indios, y estad seguro de que os ahogarán si no los ahogais primero á ellos.

Conocí que serian inútiles mis ruegos, y todas las víctimas desaparecieron sucesivamente. El Altiseco los siguió con la vista, y la espresion de su semblante me probó que, á pesar de su endurecimiento, estaba profundamente conmovido por el inesperado desastre que diezmaba su tribu. Quizás tenia hijos y nietos entre aquellos infortunados á quienes miraba por última vez, y le ví estremecerse en el momento en que se hundió la última cabeza. Sin embargo, se resistia todo lo posible al dolor; escapósele un gemido sofocado, bajó la cabeza y permaneció inmóvil cual un árbol de sus bosques nativos. Pedí permiso á Marbre para desatar los brazos del anciano, y me lo concedió, aunque profiriendo algunos juramentos.

Púsose el buque en facha á una milla del boquete meridional que conducia á la bahía, y al pasar por delante de la isla tiramos nuestra andanada de babor á los arbustos y árboles que se veian en ella, juzgando por los gritos que oímos que Marbre no se habia equivocado relativamente á la posicion que ocupara el enemigo. Bajé á la lancha con algunos marineros armados, y un pedrero que disparé, para proteger nuestro desembarco en la isla. Hallé el vivac abandonado. Habian dejado el bote y algunas canoas, y como para indemnizarnos de nuestras desgracias pasadas, los salvages olvidaron llevarse seiscientas pieles de nútria marina que tenian allí para traficar con nosotros mientras llegara una ocasion favorable para ejecutar su complot. Solo ví en la isla á un indio, herido por un casco de metralla, que estaba en las últimas convulsiones de la agonía.

A mi regreso resolvió el capitan Marbre tomar la vuelta de afuera antes de que espirara el dia; pero declaró que antes de salir de aquel paraje era indispensable ahorcar al Altiseco á la vista de su país. Pasamos la noche á la capa, y á la mañana siguiente, despues de haber levado anclas, mandó

Marbre que se fijara una cuerda al brazo de la verga de mesana.

Me hallaba en el alcázar cuando fué dada la orden, y la actitud severa y tono de autoridad del capitán Marbre me impidieron que intercediera en favor del sentenciado.

—Apoderaos de ese asesino! dijo Marbre cuando estuvo todo corriente. Atadle las manos á la espalda, colocadle sobre el tercer cañon, y aguardad mis órdenes.

Nadie se atrevió á desobedecer; mas creí observar que algunos marineros manifestaban repugnancia. Aventuré entonces la siguiente observacion en voz baja:

—Lo habeis reflexionado bien, señor Marbre?

—Capitán Marbre, si gustais, M. Wallingford. Soy en la actualidad capitán de la *Crisis*, cuyo primer contramaestre sois vos. Tengo intencion de hacer ahorcar á vuestro amigo el Altiseco para dar un buen ejemplo. Esos bosques están llenos de hombres que nos observan, y la vista de este suplicio será mas saludable para ellos que cuarenta misioneros y cincuenta años de predicacion. He ahí como se debe obrar con los *indios!*

El reo tenia el conocimiento de que se acercaba el fin de su existencia, pero le era imposible comprender el género de suplicio que le estaba reservado. Me aproximé á él y le estreché la mano mostrándole el cielo, como para decirle que desde aquel momento solo debía confiar ya en el grande espíritu á quien adoraba. Desde el mismo instante tomó una actitud digna y serena, y sin duda no veria cosa alguna extraordinaria en su suerte, pues debía haber sacrificado mas de un prisionero en circunstancias en que eran mucho mas ilegítimas las represalias.

—Que dos de los negros le pongan la cuerda al cuello á ese hombre, dijo Marbre, que tenia una opinion harto buena de la dignidad de los marineros blancos para confiarles las funciones de verdugos. El cocinero Joe y otro negro fueron encargados de tan horribles preparativos, y el Altiseco, alzando los ojos al cielo, pareció comprender, por fin, el género

de muerte que le aguardaba. El principio de la vida, profundamente arraigado en él, pareció predominar por un momento, y una especie de pena se retrató en su fisonomía tan sombría y tan minada por el sufrimiento. Miró fijamente á nuestro nuevo capitán; pero este se hallaba convencido de que ejecutaba un acto de estricta justicia.

— ¡Iza! gritó, y el Altiseco quedó suspendido de la antena. El dolor le produjo algunos estremecimientos convulsivos; en seguida quedó inmóvil como un leño, y cesó bien pronto de dar señales de vida. Al cabo de un cuarto de hora subió un marinero al aparejo para cortar la cuerda, y el cadáver quedó sepultado en el Océano. Mas tarde, los periódicos americanos consignaron en sus columnas los pormenores de este suceso. Algunos moralistas procuraron establecer algunas dudas sobre la legalidad de la conducta de Marbre, pero la necesidad de asegurar el salvamento de nuestros buques es un motivo harto poderoso para ser vencido por los argumentos pacíficos de la fría razón. En vano se hizo observar cuán injusto sería que cada parte interesada se constituyera á la vez en legislador, juez y verdugo. Las necesidades del comercio y el amor al oro predominaron sobre toda otra consideración. Sin embargo, supe que Marbre se había arrepentido cuando era ya tarde. Los avisos secretos que envía Dios á nuestra conciencia, no pueden ser sofocados por la absolución que nos damos, aun en los casos en que se considera el interés propio por medida del bien y del mal.

Y la carta del capitán Williams.

## CAPITULO XV.

La *Crisis* viró por redondo en cuanto desapareció el cadáver del Altiseco, y la tripulación salió del fondeadero con un silencio sombrío; al ver la tristeza de los marineros, parecían hombres de luto que se alejaban de un sepulcro sobre el cual se oyeran caer todavía las paletadas de tierra. Marbre me dijo que había intentado aguardar á que flotase el cadáver del pobre Williams; pero el temor de verse obligado á empeñar un nuevo combate con los naturales del pais, le obligó á salir de aquellos parajes sin tributar los últimos deberes á nuestro digno comandante. Creo, sin embargo, que habríamos podido estar todavía un mes en la bahía sin recibir la visita de un solo indio.

Eran ya las doce del dia cuando el buque se hallaba internado en el mar Pacífico; el viento soplaba del Sudeste con bastante constancia. Cuando estuvimos á doce millas de la isla, desplegamos las alas y rastreras de babor y gobernamos al Sudoeste á todo trapo. Segun esta maniobra, la intencion de Marbre era separarse de la costa. Me mandó llamar á la cámara, donde le hallé ocupado en consultar varios papeles y la cartera del capitan Williams.

—Sentaos, M. Wallingford, dijo el nuevo capitán con un tono de dignidad análogo á las circunstancias. Acabo de consultar las instrucciones que recibiera el difunto de los armadores; y veo que sin saberlo me he conformado con ellas. En todo caso, nuestro viaje ha sido muy productivo; hay á fondo de cala sesenta y siete mil trescientos setenta duros españoles, y nuestras mercancías pueden valuarse en veinte y seis mil doscientos cuarenta pesos. Ahora bien, no teniendo que pagar derechos ni comisiones, y poseyendo la suma completa, podemos alabarnos de haber efectuado una operación excelente. Además, nuestro paso por el estrecho de Magallanes nos ha hecho ganar un mes, y si creyera encontrar á los franceses al Oeste del cabo de Hornos, aprovecharía mi adelanto para intentar un crucero de cinco á seis semanas. Reflexionándolo todo bien, tenemos un camino muy largo delante de nosotros; mas vale hacer rumbo á la primera escala indicada por los armadores.

Después de este discurso, el capitán Marbre me enseñó una nota marginal en que se daban instrucciones suplementarias al capitán Williams, para el caso en que no pudiera conseguir completamente el objeto de su viaje. Sabia yo que el difunto las habia descuidado, y que contaba ir á buscar madera de sándalo á las islas de Sandwich, según la costumbre de todos los buques que frecuentan aquella costa. Según el proyecto consignado al margen, debíamos hacer escala en la última de las islas Sandwich, y buscar ciertas islas donde pensaban poder establecer pesquerías de perlas. Hice observar á Marbre que nuestro buque era demasiado grande y tenia harto valor para esponerle en una expedición tan aventurada; pero tenia el capitán una predilección muy marcada á la pesca de perlas. Era su idea fija; y aunque esta empresa solo estuviera marcada en las instrucciones como una eventualidad, ó cuando mas como un accesorio, se hallaba dispuesto á considerarla como el objeto principal de su viaje.

Marbre tenia cualidades excelentes; pero no era á propósi-

to para mandar un buque. Nadie mas capaz que él para estivarle, aparejarle y darle direccion, aun en los tiempos mas borrascosos, pero carecia del criterio necesario para la administracion de una propiedad importante. Lo mismo entendia de economía mercantil que si nunca hubiera navegado en buques mercantes, y por esto habia vejetado en grados subalternos; el instinto comercial, uno de los que mejor señalan los estudios fisiológicos, advertia á los armadores de que ocupaba el puesto á que estaba destinado por sus facultades naturales y sus conocimientos adquiridos. Los hombres mas obtusos llegan á tener un grado maravilloso de perspicacia cuando se trata de intereses pecuniarios.

Aunque yo solo tenia á la sazón diez y nueve años, me permití contradecir al capitán, pues no habiendo tenido lugar las circunstancias previstas por la nota marginal, debíamos conformarnos con los deseos de los armadores, tomando madera de sándalo en las islas de Sandwich, y dirigiéndonos en seguida á la China para embarcar thés. Marbre quedó derrotado por mis argumentos; mas á pesar de todo persistia en su idea é ignoro cual habria sido el resultado de su determinacion á no favorecer poco despues la casualidad nuestras respectivas miras.

Antes de llegar á las islas de Sandwich fué promovido Talcott al grado de tercer contramaestre, con viva satisfaccion mia, pues nuestro viaje á bordo de la *Amanda* habia consolidado una amistad basada sobre la conformidad de edades y de educacion. Las islas de Sandwich, entre las cuales anclamos, habian hecho algunos progresos desde que las visitara el capitán Cook, pero no se hallaban todavía en ellas, como en la actualidad, iglesias, tabernas, billares y casas de piedra; los habitantes no se convertian aun al cristianismo, ni poseian esa mezcla de bienestar, seguridad, leyes y vicios que constituyen la civilizacion. Los salvajes que fueron á visitarnos á bordo aventajaban muy poco á los de la costa Norte occidental. Estaba entre ellos el patron de un bergantín de Boston, cuyo buque habia encallado en un escollo.

Proponíase intentar su salvamento, pero quería deshacerse de una cantidad considerable de madera de sándalo que tenía á bordo todavía, y que podía arrebatarse la primera tempestad que se levantara. Deseaba obtener en cambio de aquella algunas mercancías susceptibles de buena venta en el país, y aguardaba otro buque de los mismos armadores para embarcarse. El capitán Marbre se restregaba las manos muy contento, despues de haber visitado el buque naufrago.

—Estamos de suerte, Miles, me dijo; y la semana próxima nos dirigiremos á las pesquerías de perlas. He comprado por un precio muy bajo la madera de sándalo del buque encallado, y esta tarde mismo trasbordaremos su cargamento. Hay un muy buen fondo al lado del escollo, y podemos ejecutar la operacion sin el menor riesgo. El resultado correspondió á las esperanzas de Marbre, y al cabo de una semana aparejamos con direccion á su supuesto Eldorado de perlas, pasando la línea equinoccial por los 170° de longitud Oeste. Un mes despues de haber zarpado de Oroyhee ó Hawii, en una noche hermosa y estrellada, subió el capitán á reunirse con nosotros sobre cubierta, restregándose las manos segun acostumbraba á hacerlo cuando estaba de buen humor.

—A la verdad, dijo, que la Providencia nos reserva para llevar á cabo grandes empresas. Observad lo que nos ocurre hace tres años: naufragamos en la costa de Madagascar, y cruzamos el mar en un bote; encontramos un corsario de la Guadalupe, y concluimos por apoderarnos de él: despues de haber pasado atrevidamente el estrecho de Magallanes perdemos al capitán Williams, pero al llegar á las islas de Sandwich tenemos la rara fortuna de hallar un cargamento magnífico de madera de sándalo. Para completar nuestras aventuras sólo nos faltaba descubrir una isla.

—¿Para qué? repliqué. Hay tantos armadores que tienen pretensiones sobre islas desconocidas, que nada ganaríamos con hallar una.

—No importa, pues al menos tendríamos la ventaja de

bautizar nuestro descubrimiento. No veis figurar ya en los mapas la isla de Marbre, la bahía de Wallingford, las montañas de Talcott y el cabo de la *Crisis*? Qué felicidad sería!

—Tierra! gritó el vigia del castillo de proa.

—Por San Jorge! ahí está nuestra isla, dijo Marbre precipitándose hácia la proa. Hace media hora que he consultado la carta y no indica tierra alguna en una circunferencia de seiscientas millas.

Efectivamente, era tierra y mucho mas próxima á nosotros de lo que pudiera desearse, pues oíamos el ruido de las olas que se estrellaban sobre uno de los bancos de coral tan numerosos en aquellos parajes. La luna iluminaba el espacio; la noche estaba hermosa y tranquila, pero la brisa nos impelia directamente á los escollos en los cuales teníamos las corrientes. Se echó la sonda sin hallar fondo, pero Marbre mandó que se diera una bordada.

—Conozco estos bancos de coral, dijo; son tan pérfidos que no hallais fondo, y un segundo despues encallais. Si consiguiéramos echar el ancla, estaria el calabrote entre puntas angulosas como un hombre que durmiera en una hamaca erizada de navajas abiertas.

La brisa soplabá con tan poca fuerza, que á pesar de nuestra maniobra, no pudo alejarse el buque de la costa á que iba impelido. Era uno de aquellos momentos en que Marbre se mostraba con toda su superioridad; mantúvose en el coronamiento de popa, y dió sus órdenes con una serenidad y precision admirables. Me coloqué en la borda, para vigilar á los marineros que echaban la sonda y no nos causó sorpresa alguna no hallar fondo, porque sabíamos que aquellos arrecifes estaban perpendiculares siempre por la parte del mar. Propuse explorar en el bote el sitio en que nos encontrábamos, y con el consentimiento de Marbre me separé del buque haciendo rumbo por debajo de la serviola de sotavento, situándome en la popa del bote y echando de tiempo en tiempo la sondilla.

Al corto rato ví distintamente una barrera sólida de rocas

azotadas por un oleage terrible, que se deshacia en espuma despues de haberlas atravesado. En aquel momento supremo, en que no hubiera cambiado el peor pedazo de tierra de Clawbonny por la propiedad de la *Crisis*, observé á sotavento un punto en que la superficie del mar estaba menos agitada. Duplicamos nuestros esfuerzos para acercarnos á él, y apenas hubimos llegado cuando fué arrastrado el bote por la corriente con una rapidéz irresistible. Solo tuve tiempo de echar la sonda una vez, y hallé seis brazas de profundidad. Puse la proa al buque, que afortunadamente estaba al alcance de la voz, y le llamé con fuerza.

—¿Qué hay, M. Wallingford? preguntó Marbre con la misma calma que si se hubiera hallado fondeado en el puerto de Nueva-Yorck.

—¿Veis el bote, capitan?

—Perfectamente.

—¿Tiene buen viento la *Crisis*?

—Gobierna regularmente.

—Entonces no me hagais pregunta alguna, sino procurad seguir al bote. Es nuestra única esperanza, y quizás logremos buen éxito.

Marbre, sin contestarme, mandó poner la barra á sotavento y colocar marineros en los puestos oportunos. Por mi parte, tenia la respiracion anhelosa mientras veía al buque hacer su arribada. La *Crisis* entró rápidamente en el angosto boquete, y cuando se acercó al sitio en que acababa de hallar seis brazas de agua, grité: — ¡Echar el ancla pronto, cuanto antes! No me contestaron, pero ví desplegarse las velas mayores y los trinquetes; arriaron el foque, y el buque orzó. Oí con sin igual placer el ruido estridente y prolongado del ancla que se introducía en el mar profundamente; el buque espíó sin la menor dificultad, y un momento despues fondeó.

—De buena nos hemos librado, M. Wallingford, me dijo Marbre estrechándome la mano con efusion en cuanto subí á bordo. Os doy las gracias por habernos servido de práctico. ¿Es la tierra lo que se vé allí á sotavento?

—Si señor; y aun distingo árboles en la costa.

—Es todo un descubrimiento, jóven, un descubrimiento que nos inmortalizará. Desde este momento denomino á ese boquete el Canal de Miles, y doy á este banco el nombre de escollo del Bote.

La vanidad de Miles no produjo siquiera en mí una sonrisa, tanto era lo preocupado que me tenia el salvamento de la *Crisis*. El tiempo estaba bonancible, la noche buena y la bahía tranquila, pero podia rozarse el calabrote con la mayor facilidad. Era muy esencial asegurarnos de nuestra verdadera situacion, y en su consecuencia pedí permiso al capitán para practicar un reconocimiento hácia la parte de tierra; me lo concedió, y me encargó que llevara agua y provisiones en atencion á que el cumplimiento de mi deber podia muy bien detenerme hasta la mañana siguiente.

Entre los escollos y la isla habia un espacio de una legua de ancho próximamente, cuya profundidad, medida por nuestras sondas, era constantemente de diez brazas. Las rocas contra las cuales se estrellaba el mar, formaban en cierto modo un parapeto avanzado, construido por los incansables pólipos, como para defender la isla que sus antecesores habian levantado probablemente diez siglos antes. Todos los navegantes conocen los gigantescos trabajos ejercitados por estos pequeños insectos acuáticos, cuya accion lenta, pero continuada, modifica ciertas partes de la superficie del globo.

Hallé la costa de fácil acceso, baja, cubierta de bosques y sin señal alguna de estar habitada. Me aventuré en el interior, y despues de haber andado mas de una milla entre cocos y plátanos, llegué al estanque que se encuentra generalmente en las islas de formacion poliposa. Como estaba poco apartado de la bahía, mandé que llevaran el bote, y hallé que el pequeño brazo de mar que comunicaba con la bahía tenia por todas partes una profundidad de diez brazas y un fondo de arena. Habria continuado mis exploraciones hasta el dia siguiente, á no ver en aquel momento que la *Crisis* abatia hácia la costa. Me apresuré á regresar á bordo, y hallé

que, segun lo habia previsto, se acababa de rozar el cable, y Marbre habia dado á la vela para buscar un nuevo fondeadero. Le hablé del lago situado en el centro de la isla, asegurándole que habia agua suficiente para penetrar en él; no era empresa difícil, y por tanto algunos momentos despues se hallaba la *Crisis* completamente segura en aquel dique natural, donde podia desafiar á la borrasca mas cruel.

Seguros ya de que nada teníamos que temer, amainamos velas, y dejamos solo un marinero sobre cubierta para custodiar el buque. Ningun dia, desde que me hallaba en la marina, me acosté en mi camarote con tanta satisfaccion. Confesaré francamente que me hallaba satisfecho de mi conducta: merced á mi vigilancia se habia salvado el buque, porque aun despues de haber evitado los bancos de coral, se hubiera estrellado contra la costa, á no descubrir aquel lago tan oportunamente. En medio del mar Pacífico, en una isla desierta, lejos de los aduaneros y guarda-costas, nada podia turbar nuestro sueño. Me habria dormido al instante á no ser por las palabras que me dirigió el capitan desde su camarote, cuya puerta estaba entreabierta.

—Generalicemos, me dijo. Era esta una de sus espresiones favoritas, y la empleaba sin conocer su significacion verdadera. Tendremos por de pronto la isla de Marbre, la bahía de Wallingford, el escollo del Bote y el fondeadero de Miles. Segun vimos, aquel fondeadero no era muy bueno, pero en este mundo miserable cada cual ha de tener su parte de bien y de mal.

Murmuré una respuesta insignificante, dando á todos los diablos al importuno que turbaba mi sueño.

—¡Nuestra fortuna está hecha! continuó Marbre. El mundo generaliza en materia de descubrimientos, y no establece distincion alguna entre los Colones, los Cook y los Marbre. Una isla siempre es una isla, y el que la descubre ocupa siempre un lugar entre los navegantes ilustres. ¡Pobre capitan Williams! hubiera navegado cien años sin descubrir nada.

—Escepto el estrecho de Magallanes.

—Ah! buen trabajo nos costó el pasarle! A no ser por nosotros, nunca habria ejecutado el buque tan notable hazaña. Somos favoritos de la fortuna, ¿verdad, Miles?

—Si señor... Poner la barra á sotavento!

—Está soñando, repuso el capitán. Una palabra mas, amigo mio, antes de interrumpir nuestras reflexiones. ¿No seria acaso una idea sublime mezclar un poco de patriotismo en nuestras denominaciones? El patriotismo está á la órden del dia en nuestro etaisferio. La parte superior del escollo podria llamarse roca del Congreso, y playa de Washington el desembarcadero de que me habeis hablado. Así tendria Washington una parte de gloria.

—Sí señor, sí.

—Veo que ya os habeis marchado: voy á procurar seguirlos, aunque es muy difícil dormir cuando se ha hecho un grande descubrimiento. Buenas noches, Miles.

—Sí señor, sí.

Durante toda la noche reinó el mayor silencio á bordo. Por mi parte, me dormí profundamente, y habian penetrado ya los rayos del sol por las ventanas de la cámara cuando me despertó un golpe violento que me dieron en el hombro. Ofuscado por la claridad, no conocí al pronto al capitán Marbre, quien me dijo con tono grave:

—Miles, hay una rebelion á bordo; ¿oís, M. Wallingford?

—¿Una rebelion? Os equivocais, capitán; los marineros no tienen motivo alguno para estar descontentos. No oigo el menor ruido, y el buque se halla surto en el mismo sitio en que le pusimos anoche.

—Estoy seguro de lo que digo, repuso Marbre; hace diez minutos que, habiendo querido subir sobre cubierta á tomar el fresco, hallé cerrada la escótila á la manera del Altiseco. Convendreis conmigo en que la tripulacion no se hubiera permitido encarcelar á sus jefes si no abrigara la idea de apoderarse del buque!

—¿Es singular! ¿Habeis llamado?

—He llamado con el tono de autoridad de un almirante,

pero solo me han contestado con una carcajada mal reprimida. Confesad que los marineros que se rien de sus jefes se hallan en estado flagrante de rebelion.

—Principio á creerlo. Por de pronto proveámonos de armas.

—Hallareis pistolas en mi camaroté.

Un momento despues, los otros dos contramaestres y yo estábamos preparados para combatir. Talcott fué á despertar al camarero, que dormia en la ante-cámara, y nos dirigimos á la cámara de proa. Al llegar al tabique que nos separaba del rancho de los marineros, nos sorprendió oír tan solo fuertes ronquidos articulados en todos los tonos imaginables de la escala de Morfeo. En el tabique habia una puerta de comunicacion, que Marbre abrió bruscamente, introduciéndose por ella con las pistolas amartilladas. Todos los marineros estaban dormidos: el cansancio y la costumbre de esperar órdenes habian prolongado su sueño. En vez de lo que se practica en todos los climas cálidos, la escotilla estaba cerrada, y pronto adquirimos la certidumbre de que estaba sujeta por fuera.

—Generalizando, exclamó el capitán, infiero que hemos sido sorprendidos por los salvages. ¿Teneis una seguridad de que la isla de Marbre está inhabitada?

—No la he visitado en todas sus partes, pero los bancos de coral están desiertos generalmente.

—Por desgracia, el arca de armas está sobre el puente con todas ellas dentro. Despertemos á nuestros hombres, y veamos los que faltan á la lista.

Mandamos que pasaran todos los marineros á la cámara, que era mas clara que su rancho, y todos estaban presentes excepto uno llamado Harris, que era á quien habíamos puesto de vigilante en el puente la noche anterior. Marbre nos reunió é intentó dar un asalto por la escalera de la cámara.

—Oh! eh! dijo una voz sobre cubierta, ¿qué significa ese ruido?

—¿Quién diablo sois? preguntó Marbre golpeando cada vez con mayor fuerza. Abrid, ó voy á hacer saltar la escotilla y á echaros al agua.

—Caballero, contestó otra voz, mezclando algunas palabras francesas, sois prisioneros; ¿entendeis?; Prisioneros!

—Son franceses, capitán Marbre, exclamé, y nos hallamos en poder del enemigo!

Era una noticia de tal modo sorprendente, que nos negábamos á creerla: algunos momentos de esplicacion bastaron para aclarar nuestras dudas. Los vencedores entraron en arreglos con nosotros, conviniendo en que iria yo á cerciorarme del estado de las cosas mientras quedaba Marbre abajo. Estipulado esto se abrió la escotilla, me precipité sobre cubierta y me costó trabajo creer á mis propios ojos al ver agruparse en torno mio á cincuenta hombres armados, que me miraban con tanta curiosidad como la que yo manifestaba con respecto á ellos. Todos eran franceses á juzgar por su aspecto y su idioma. En medio de ellos estaba Harris, que se aproximó á mí con embarazo y tristeza.

—Sé que merezco la muerte, M. Wallingford, me dijo; pero sucumbí al cansancio, y cuando desperté, hallé á estos hombres á bordo y dueños ya del buque.

—¿Pero de dónde diablos salen? ¿Hay algun buque francés cerca de la costa?

—Segun lo que he podido adivinar, es la tripulacion de un buque naufrago, y hallando ocasion oportuna para salir de la isla y hacer una buena presa, se han apoderado de la pobre *Crisis* que se halla en la actualidad bajo el pabellon francés.

¡ En efecto miré al tope, y ví ondear en él la bandera tricolor!

## CAPÍTULO XVI.

Acontece con frecuencia que causa mas sorpresa la verdad que la ficcion, y las circunstancias que nos hicieron caer en manos de nuestros enemigos, lo demostrarán plenamente. La *Paulina*, mandada por M. Le Compte, era un buque de seiscientas toneladas, que llevaba patente de armas del gobierno francés. Dió á la vela desde Francia algunos dias despues de nuestra salida de Lóndres, hizo escala, primero, en la Isla de Francia, despues en las Filipinas, y capturó en la travesía dos buques mercantes, uno inglés y otro americano, echándolos á pique despues de haber trasbordado la mejor parte de sus cargamentos respectivos. Desde Manila se dirigió la *Paulina* á la costa de la América del Sur, para cambiar en ella sus mercancías con los españoles. Habiendo practicado M. Le Compte el contrabando con buen éxito, dobló el cabo de Hornos y buscó embarcaciones enemigas en el mar Pacífico, y cuando llegamos, hacia justamente tres meses y un dia que habia encallado en el banco de Coral. Todo su cargamento fué trasportado á la isla, y á favor de un tiempo bonancible se habian deshecho los restos del buque para emplearlos en la construccion de una goleta de unas noventa

toneladas, que estaba ya pronta para botarse al agua en la noche que llegamos del modo que he referido. Los franceses, que mantenian constantemente centinelas en la costa, nos vieron á la puesta del sol; y con el auxilio de un buen anteojo de noche, espionaron todos nuestros movimientos, y se preparaban á mandarnos un bote para advertirnos del peligro que corríamos, cuando la *Crisis* atravesó el banco de coral. El capitan Le Compte sabia muy bien que habia veinte probabilidades contra una de que perteneciéramos á una nacion enemiga, y permaneció oculto esperando á que anclásemos. En cuanto vió que se establecia el silencio á bordo de nuestro buque, se embarcó en un bote con algunos hombres, á quienes encargó préviamente que ferraran los remos para meter el menor ruido posible; y no oyendo movimiento alguno sobre cubierta, subió por las cadenas de proa, se apoderó de Harris que dormia profundamente apoyado en la cureña de un cañon, y dispuso que tres marineros franceses cerraran con toda seguridad las escotillas. En seguida volvió el bote á tierra á buscar refuerzo; y muchas horas antes de que despertáramos, habia variado de dueño la *Crisis*.

Tales fueron los datos que obtuve en mis conversaciones sucesivas con los franceses: despues averigüé tambien por por mí mismo la historia de su colonizacion de tres meses. Elevábase la isla sobre la superficie del mar á una altura que variaba desde diez hasta treinta piés; contenia varios manantiales de agua dulce que conservaban la frescura y lozanía de un césped magnífico. Los franceses, cuya actividad y gastronomia son bien conocidas, habian sembrado ensaladas y guisantes que se hallaban en todo el vigor de su vejetacion. Sus tiendas de campaña se estendian alineadas bajo frondosos árboles, y la goleta, que denominaban la *Pequeña Paulina*, recibia á la sazón el primer baño de pintura.

M. Le Compte me pareció un filósofo muy razonado y de muy buen humor, que miraba con resignacion sus propias desgracias, y estaba dispuesto á aliviar siempre en lo posible las de los demás. Invitó á Marbre á que subiera sobre cubier-

ta, y entablamos negociaciones en nuestro idioma nativo, lo cual nos fué fácil en razon á que M. Le Compte, sus oficiales y algunos de sus marinos habian estado prisioneros varias veces en Inglaterra, y hablaban regularmente el inglés.

—Vuestro buque será desde hoy francés, dijo; por supuesto con su cargamento y todo lo demás. No seré riguroso para imponer condiciones. Si conseguís recuperar vuestro buque de nuestro poder, no habrá nada que decir: todo hombre trabaja para sí y para su nacion. Ondea hoy aquí el pabellon francés, y le defenderemos con todas nuestras fuerzas. La presa nos ha costado poco trabajo hacerla, pero os juro por mi honor, que la venderemos muy cara en caso de ser atacados: ¿entendeis? Bien. Ahora, caballero, os desembarcaré con vuestra tripulacion en la isla, en donde ocupareis nuestro lugar mientras nosotros ocupamos el vuestro. Conservaremos las armas hasta el momento en que vayamos á zarpar de este fondeadero; pero os dejaremos fusiles, pólvora y demás.

Este fué, casi literalmente, el programa de la capitulacion que nos propuso M. Le Compte. No era propio del carácter de Marbre aceptar sin discusion alguna semejante arreglo, pero le hice comprender cuán inútil seria la resistencia, y se adhirió á las condiciones con tan buena voluntad, como un hombre que se somete á que le hagan la amputacion de una pierna sin haberle suministrado previamente el cloroformo.

En cuanto se hubo verificado el arreglo, dieron libertad á nuestros marineros, y los trasportaron á tierra en lanchas, colocando en ellas con la mayor delicadeza y desinterés sus cofres y demás efectos de uso particular. Jamás se vió comitiva mas triste tomando posesion de una comarca recientemente descubierta. M. Marbre silbaba con afectacion y tarareaba, pero en su interior estaba furioso con la cortés indiferencia del capitan. En cuanto á mí, consideraba aquel acontecimiento como un episodio comun de la guerra.

—; Héla ahí, señores! exclamó M. Le Compte mostrándonos la isla con un ademán magestuoso, cual si nos hiciera un re-

galo magnífico. Sereis dueños absolutos en ella tan pronto como embarquemos nuestro reducido equipaje.

—¡Qué generosidad tan endiablada! murmuró Marbre. Nos deja la isla, los bancos de coral, las nueces de coco, y se lleva nuestro buque con su cargamento. Apostaría cualquiera cosa á que va á llevarse tambien á remolque su maldita goleta.

—Inútil es quejarse, capitan, le contesté; lo mejor que podemos hacer es mantenernos en buena inteligencia con los franceses.

El capitan Le Compte nos convidó á compartir su almuerzo, mientras algunos marineros franceses embarcaban los pocos objetos que pensaban llevarse, con la intencion generosa de dejar sus tiendas á disposicion de los prisioneros.

—Tal es la fortuna de la guerra, señores, dijo el capitan Le Compte haciendo girar artísticamente el molinillo de una chocolatera. Bueno, Antonio, esto es excelente.

Antonio se nos presentó bajo la forma de un grumete, cuya tez estaba bronceada por el sol.

—Tomad este chocolate, le dijo M. Le Compte, ofreced mis cumplimientos á la *señorita*, y decidla que pronto marcharemos, y que dentro de veinte meses volveremos á ver la hermosa Francia.

Estas palabras fueron pronunciadas en francés con todo el énfasis de un sentimiento profundo, pero conocia yo aquel idioma lo suficiente para entenderlas.

—Supongo, dijo Marbre, que está generalizando sobre nuestras desgracias en su espantoso galimatías de lengua, ¡pero que tenga cuidado! Todavía no está en Francia.

Terminado el almuerzo, M. Le Compte me llamó aparte y nos paseamos por debajo de los árboles. Dióme á entender que habia observado el mal humor de mi capitan, y que preferia conversar conmigo, tanto mas, cuanto que yo hablaba un poco el francés. Me anunció que en aquella misma tarde iban á botar la goleta al agua, y que hallaríamos en ella mástiles, aparejos y velas. El capitan me dijo que intentaba desembarcar una parte de nuestras provisiones, como mas

convenientes para nuestro régimen habitual que las de la *Paulina*; y por la misma razón se embarcaría á bordo de la *Crisis* una parte de los víveres de la embarcación francesa.

—Finalmente, añadió M. Le Compte, solo os faltará arbolar la goleta y estivar su cargamento, y podreis marchar dentro de quince días. Hareis muy bien en dirigiros á Canton; aquel puerto está tan próximo como la América del Sur, y hallareis en él muchos compatriotas vuestros. De este modo ireis á vuestros país con toda facilidad. Sí, es un arreglo admirable.

Confieso que me hallaba muy lejos de participar de la admiración del capitán, y que habria preferido permanecer á bordo de la *Crisis*, esceptuando el pasar de nuevo el estrecho de Magallanes.

—Vamos, dijo bruscamente M. Le Compte, estamos cerca de la tienda de la *señorita*, y la preguntaremos cómo está su salud en tan hermosa mañana.

A unas cincuenta varas de nosotros había dos tiendecitas de lona nueva, artísticamente armadas, y situadas en la parte mas frondosa del bosque. La primera de ellas estaba adornada con alfembras y diferentes muebles, que la constituian en una habitación agradable. El capitán francés, que tenía todavía buen aspecto á pesar de sus cuarenta años, compuso su rostro con la sonrisa mas graciosa al aproximarse á la puerta, y tosió respetuosamente para avisar que entraba, saliéndole á recibir una criada. En cuanto ví á aquella mujer creía conocerla, sin recordar en qué época la habia encontrado. Reflexionaba todavía sobre esta circunstancia singular, cuando al entrar en la tienda me hallé de improviso frente á frente con Emilia Merton y su padre.

Con grande sorpresa de M. Le Compte nos saludamos muy afectuosamente. Emilia habia perdido en parte el brillo de su belleza, pero era todavía muy bonita. Tanto ella como su padre vestian luto, y no viendo á su madre allí, adiviné la prematura muerte de Mme. Merton, que estaba ya enferma en la época en que yo la conocí.

Al capitán Le Compte pareció mortificarle la cordial acogida que me dispensaban; mas esto no disminuyó lo mas mínimo su cortesanía, y anunció su intento de dejarme con mis amigos mientras iba á ocuparse de sus asuntos. Al despedirse besó la mano de Emilia con una galantería que escitó en mi imaginacion involuntarios celos. En cuanto hubo salido se volvió la jóven hácia mí ruborizándose y me dijo:

—Estamos á merced suya, M. Wallingford, y me veo precisada á contemporizar con él; pero nunca me casaré con un extranjero.

—No es muy lisongero eso para Wallingford, dijo M. Merton riéndose.

Emilia se quedó cortada, y observé con intensa satisfaccion que parecia arrepentirse de lo que profirieran sus lindos labios. Replicó con una precipitacion que me dejó encantado:

—No hablo con alusion á M. Wallingford, que no me agovia con necios galanteos, como ese francés impertinente, el cual me trata mas bien como á una esclava que como á una mujer digna de respeto. Además...

—¿Qué, señorita? pregunté al verla vacilar.

—Además, los americanos no son extranjeros para nosotros, pues tenemos parientes en los Estados-Unidos.

—Es verdad, querida mia, dijo M. Merton, y si mi padre se hubiera establecido en el país en que se casó, seríamos á la sazón ciudadanos americanos. Pero M. Le Compte nos ha concedido un momento para esplicarnos, y es preciso que le aprovechemos si no queremos que nos interrumpen.

Emilia me instó á que comenzara mi relacion, y pronto la hube terminado, abreviándola con el deseo que tenia de saber cómo se hallaban mis dos amigos en la isla de Marbre.

—Cuando nos dejasteis en Lóndres, dijo M. Merton, me hallaba próximo á embarcarme para las Grandes-Indias, pero me ofrecieron un destino ventajoso en Bombay, y como era preciso marchar cuanto antes, me embarqué en un buque que no se hallaba en estado de defenderse, y que fué capturado fácilmente por la *Paulina*. Creí al pronto que el capi-

tan Le Compté me restituiria la libertad bajo palabra; pero en Manila, donde hizo escala la *Paulina*, tuve la desgracia de perder á mi esposa, y M. Le Compté se enamoró de Emilia. Ahora no tengo ya esperanza de emanciparme mientras pueda él inventar pretextos para detenerme á su lado.

—¿Me atreveré á creer que no abusa de su poder para ase-  
diar á la señorita con importunidades?

Emilia recompensó el interés que me tomaba por ella con una dulce sonrisa, coloreándose al propio tiempo su rostro con un leve rubor.

—M. Le Compté procede con suma delicadeza, repuso el mayor Merton; durante la travesía ha puesto la cámara á nuestra disposicion. En Manila nos dejó pasear en tierra, contentándose con nuestra palabra. Sin embargo, Emilia es demasiado jóven para un hombre de cuarenta años, demasiado inglesa para un esposo extranjero, y de una cuna harto ilustre para admitir los obsequios de un patron de la marina mercante que nada tiene, y que si algo es, lo debe tan solo á su buque.

Comprendí las distinciones que establecia M. Merton: habia una diferencia notable entre un simple aventurero y el propietario de *Clawbonny*, arrastrado lejos de sus posesiones por sus inclinaciones.

—Comprendo fácilmente, contesté, que la señorita Merton puede aspirar á un partido mejor que el del capitan LeCompté, y confio en que este renunciará á sus pretensiones.

—No conoceis el carácter de los franceses, M. Wallingford, repuso Emilia; es muy difícil persuadirles de que no son adorables.

—Los marinós no participan de ese defecto nacional, contesté riendo. En todo caso sereis libre á vuestra llegada á Francia.

Quizás antes, replicó el padre. Estos franceses son dueños absolutos en estos parages desiertos; pero tan pronto como lleguemos al Océano Atlántico, encontraremos sin duda alguna cruceros ingleses.

Esta probabilidad fué, durante algun tiempo, asunto de nuestra conversacion; despues creí prudente marcharme, y me fuí costeando la playa, y reflexionando sobre tan singular acontecimiento.

Es un estudio curioso el de los medios que emplea la naturaleza para formar islas en medio del mar Pacífico. Algunos escollos descubiertos hace sesenta años, se hallan en la actualidad cubiertos de feráz vegetacion, y con el tiempo, una parte de aquel mar estenso se convertirá sin duda en continente. El capitan Beechey, en la relacion de su viaje, refiere que naufragó en un banco de coral en 1792, y que en 1826 halló en el mismo sitio una isla de tres leguas de largo, sombreada por árboles frondosos. Si una sola familia de insectos puede construir una isla de tal estension en el corto espacio de treinta y cuatro años, los trabajos de varias familias reunidas bastarian para colocar sobre el Occéano una especie de piso, y con el tiempo se hallaria unida la América al antiguo continente por medio de un ferro-carril.

Mientras iba desarrollando en mi mente esta teoría geológica, llegué á una roca de coral en que estaba sentado M. Marbre, con los brazos cruzados y en actitud melancólica. En frente estaba la *Paulina*, mas maltratada por los franceses que por los elementos. Habia encallado en un paraje abrigado de la costa, y en aquel mar sereno habrian sido necesarios muchos años para dispersar sus restos. Los carpinteros habian arrancado todas las obras muertas y una parte de las varengas, utilizando tambien para la goleta las vergas inferiores; solo los palos mayores estaban todavía en pié.

Transcurrieron algunos instantes antes de que M. Marbre volviera la vista hácia el lado por donde yo iba, pero al divisarme pareció alegrarse porque me veia solo.

—Acabo de generalizar sobre nuestra condicion, me dijo, y la encuentro deplorable bajo todos aspectos. Amaba á ese buque, Mr. Wallingford, como se puede amar á unos padres; y la idea de que ha caido en manos de los franceses, me causa profunda desesperacion.

—Para consolaros, capitán Marbre, acordaos de que el buque ha sido sorprendido del mismo modo que lo hicimos nosotros con la *Dama de Nantes*.

—Hé ahí un principio general; ¿qué consecuencias pensáis deducir de él? Que los que sorprenden no deben dejarse sorprender. Hubiera podido evitar esta desgracia poniendo un cuarto de vigilancia sobre cubierta. ¡Pero quién había de preveer lo que nos aguardaba en una isla desierta, y en una posición tan segura!

Hallábase tan conmovido el capitán, que se cubrió el rostro con sus manos callosas para ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos; procuré consolarle diciéndole que podríamos tomar la revancha, y en seguida me fui á reunir con Emilia y su padre, á quienes presenté á Mr. Marbre. Supe que el capitán Le Compte se proponía botar al agua la goleta por la tarde, y aparejar á la mañana siguiente. Comprendí al momento el motivo secreto de esta decision tan brusca: el celoso viejo queria alejar cuanto antes á Emilia, y los franceses trabajaban con el mayor apresuramiento para ejecutar las órdenes de su capitán.

M. Marbre se llevó al mayor paseando por debajo de los árboles, y pude hallarme á solas con Emilia durante media hora. Mientras conversaba con ella, llegó M. Le Compte; pero tuvo el tacto suficiente para manifestar una confianza generosa que era mas propia para cautivar á la jóven, que si hubiera cometido actos de rigor. Nos convidó á comer á todos, y nos trató perfectamente, dándonos carne de tortuga y vinos de Champagne y Burdeos. A las cinco nos rogó que asistiéramos al acto de botar la goleta al agua; Emilia tomó su sombrero y su sombrilla, y aceptó mi brazo hasta el astillero. Marbre y yo estábamos bastante acalorados por la bebida, y le sujerí la idea de atacar á los franceses durante la ceremonia; pero M. Le Compte habia tenido la prudencia de colocar la mitad de su tripulacion á bordo de la *Crisis*.

Los trabajadores franceses habian demostrado una verdadera habilidad en la construccion de la *Pequeña Paulina*,

que era un buque pequeño y cómodo que prometía ser muy buen velero. El capitán Le Compte había dirigido los trabajos. El buque en que la familia Merton se dirigía á Bombay llevaba el cobre suficiente para formar una fragata y una balandra de guerra, y antes de quemar la presa se había trasbordado el metal á la *Paulina*. De este modo pudieron ferrar en cobre la goleta, y el capitán francés pensaba sin duda sorprender á sus compatriotas de Marsella mostrándoles lo que podían hacer unos marinos industrioses naufragados en medio de la Oceanía.

Cuando estuvimos ya convenientemente situados, M. Le Compte se colocó en la proa de la goleta, dirigió un profundo saludo á Emilia y dió la señal, untáronse los puntales y la esbelta embarcacion se deslizó ligera y magestuosamente á la bahía, sin tropezar con obstáculo alguno; en aquel momento arrojó el capitán una botella vacía contra el puente, gritando en francés con todas sus fuerzas:

—Buena suerte á la *Bella Emilia*.

Me volví á mirar á mi jóven compañera y conocí por su rubor que entendia el francés; hizo al mismo tiempo un jesto que me probó cuan poco favorablemente recibida era aquella fineza. Pocos momentos despues desembarcó el capitán Le Compte y nos declaró que era ya pertenencia nuestra la goleta.

—Nos separaremos como buenos amigos, dijo, pero si volvemos á encontrarnos y continúan haciéndose la guerra nuestras repúblicas respectivas, cada cual peleará entonces bajo su pabellon.

La familia Merton se embarcó inmediatamente, y creí observar que Emilia entraba en el bote con marcada repugnancia. El mayor me dijo afectuosamente:

—Volveremos á hallarnos, señores, nuestro encuentro ha sido providencial. Adios, hasta nuestra próxima vista.

Los franceses habian trasportado ya á bordo de la *Crisis* cuantos objetos formaban parte de su cargamento, y á la caida de la tarde interrumpieron sus comunicaciones con no-

sotros. Cuando el capitán Le Compte se despidió de nosotros, no pude menos de agradecerle sus atenciones, pues indudablemente nos las había dispensado; pero persistí en atribuir su precipitada partida, que dejaba en nuestro poder diferentes objetos de sumo valor para nosotros, al deseo de interrumpir mis relaciones con Emilia Merton.

Al amanecer del día siguiente, nos anunció Nabucodonosor que la *Crisis* levaba anclas. Había próximamente una milla de distancia desde las tiendas en que acampábamos hasta el boquete de salida, y llegué á la playa en el momento en que el buque zarpaba del fondeadero. Emilia y su padre estaban apoyados en la borda del alcázar, y se hallaba la hermosa jóven tan cerca de mí, que pude distinguir en sus ojos una espresion de tierno interés. El mayor me gritó:—¡Bendígaos Dios, mi querido Wallingford! En seguida se alejó el buque y media hora despues flotaba en la inmensidad del Océano.



## CAPITULO XVII.

Entre el boquete y el astillero, hallé á M. Marbre con los brazos cruzados y fijos los ojos en el buque que desaparecia por el horizonte. La animacion de la altivez habia reemplazado en su rostro al abatimiento y la tristeza.

—¡Id al diablo! dijo haciendo un ademan amenazador al pabellon francés. Hoy bailais en el mar como uno de vuestros petimetres almibarados, pero ya llegará el dia de la venganza. Miles, ese francés se ha atrevido á decirme en mis barbas que podríamos estar dispuestos para marchar dentro de quince dias; quiero demostrarle que los americanos pueden aparejar en tres dias su maldita goleta, reservándose al mismo tiempo sus horas de recreo.

M. Marbre era un hombre muy espeditivo. Pronto se hallaron nuestros cuarenta marineros trabajando bajo su direccion, y apenas necesitaron un dia para arbolar la embarcacion, poner el aparejo de mesana, colocar el botalon de foque y la verga cebadera. A la verdad, los franceses lo habian preparado todo; así que, despues de comer, se embarcó el cargamento, y abrigamos la esperanza de poder dar á la vela en la tarde del dia siguiente. El trabajo se verificó en su totali-

dad con el mayor orden y silencio. Decia Napoleon que habian metido mas ruido en la exigua goleta que le trasportó desde el Oriente á Ajaccio, que en el navío de guerra que le condujo á Santa Elena. Desde aquella época memorable han aprendido los franceses á guardar silencio á bordo, y el porvenir probará lo que han ganado con este adelanto.

Por la tarde *generalicé* con M. Marbre sobre nuestros proyectos. M. Le Compte nos habia dejado un barril de pólvora y balas, pero se llevaba los machetes y las picas de abordaje, conciliando así hábilmente nuestro interés con el de sus compatriotas, pues nos ponía en estado de defendernos sin que nos fuese posible tomar la ofensiva.

Al dia siguiente me levanté al amanecer, y como el calor me habia hecho sufrir considerablemente, busqué un paraje á propósito para bañarme, y me arrojé al agua. Nadando de una parte á otra descubrí un banco de ostras, de las que arranqué unas cincuenta, y conocí al momento que eran perleras, por lo cual se las envié por medio de Nabucodonosor á M. Marbre. Este empleó en recoger mas ostras á varios marineros indígenas que habia tomado en las islas de Sandwich, efectuando una pesca de perlas que prometia ser lucrativa. Estos mismos hombres, mientras pescaban, descubrieron en el fondo del lago, en el sitio donde estuvo fondeada la *Crisis*, una arca de armas que habia sido arrojada al mar por los franceses, sin duda. La sacaron del agua y hallamos en ella machetes, pistolas, balas y pólvora averiada por la humedad. Las armas fueron enjugadas cuidadosamente, untadas de aceite, y espuestas durante todo el dia á los rayos de un sol ardiente que las secaron bien pronto.

Tambien se empleó el tiempo en estivar el cargamento, viéndonos obligados á abandonar algunos objetos de valor, especialmente un número regular de planchas de cobre; pero M. Marbre decidió muy oportunamente que no se debia cargar la goleta de modo que su marcha fuera hartó lenta. Al anochecer dió M. Marbre de improviso la orden de embarcarse y soltar las amarras. Zarpamos con buen viento; y treinta

y ocho horas despues de la partida de la *Crisis*, estábamos ya navegando en seguimiento suyo. Sabíamos que se habia dirigido á la costa occidental de la América del Sur y observamos que desapareció por la parte del Norte. La distancia que recorrimos durante la noche, nos dió una idea favorable del talento de M. Le Compte como constructor, pues la goleta anduvo ciento seismillas en doce horas, al paso que la *Crisis* solo podria haber recorrido neventa en el mismo espacio de tiempo. Contentísimo M. Marbre con este resultado, pidió por la mañana una botella de rom, congregó á toda la tripulacion en el castillo de proa, y la dirigió el discurso siguiente.

—Amigos míos, durante este viaje hemos tenido sucesos alternativamente favorables y adversos: pero *generalizando*, fácil es conocer que el bien ha superado al mal. El pícaro del Altiseco y sus cómplices rompieron la cabeza del pobre capitán Williams, pero tuvimos la dicha de recuperar nuestro buque. Los franceses nos han jugado una mala pasada, pero nos dejan una goleta que es mas velera que la *Crisis*, y puede servirnos para recobrar esta. Provisionalmente, no quiero navegar en una embarcacion que lleve un nombre extranjero. M. Wallingford, ¿cómo denominó el capitán Le Compte á la goleta?

—La *Hermosa Emilia*, contesté.

—Pues bien, yo la bautizo de nuevo: mientras permanezca á bordo Moisés Marbre, se llamará la *Polly*.

Desde aquel dia perdió la goleta su nombre primitivo. Segun nuestros cálculos, corria un nudo mas por hora que la *Crisis*, y como esta nos llevaba treinta y ocho horas de ventaja y corria siete nudos por hora, necesitábamos diez dias para alcanzarla. Por mi parte confieso que no tenia grandes deseos de encontrarla en alta mar, porque no teníamos fuerzas suficientes para atacarla; pero el capitán estaba decidido á aventurar el combate, y nos habia entregado mas municiones de las que necesitábamos para cargar nuestras pistolas media docena de veces.

Cinco dias despues de nuestro embarque examinamos las ostras que habíamos cogido, y que empezaban ya á descomponerse. Distribuyéronse entre el capitan y los contra-maestres, y encontré en las que me correspondieron ciento ochenta y siete perlas gruesas de muy buenas aguas que podian tener un valor de diez y ocho mil pesos fuertes. El capitan examinó en el mismo dia unas doscientas cincuenta ostras, despues de haberse tapado cuidadosamente las narices con estopas; pero solo pudo obtener treinta y seis perlas. Guardé con sumo esmero las mias para ofrecérselas en su dia á mis queridas amigas; y al contemplar aquellas joyas brillantes y sin mancha, arrancadas á la putrefaccion, las comparé con esas almas que acaban de dejar su tosca y material corteza para disfrutar una pureza inalterable.

En la mañana del undécimo dia, el vigía colocado en el palo de mesana gritó:—¡Una vela!... M. Marbre y yo subimos á la cofa, y á veinte millas de distancia, por nuestro costado de sotavento, distinguimos las velas mayores, los juanetes y foques de un buque. Declaré que debia ser una de las embarcaciones dedicadas á la pesca de la ballena, y que tanto abundan en aquellos sitios; pero M. Marbre me preguntó si habia visto algun ballenero que llevara juanetes de aquella forma, y aseguró que era la *Crisis*, mandando inmediatamente que se la diera caza, con la esperanza de alcanzarla por la noche. Una hora despues encontramos una lancha ballenera que flotaba abandonada; era de construccion americana, tenia sus remos á bordo, y llevaba un barril de agua; parecia haber ido á remolque, y los cables que la sujetaban debian haberse soltado durante la noche anterior. M. Marbre bajó á aquella lancha con cuatro marineros naturales de las islas de Sanwich, que habian navegado en embarcaciones balleneras, y tomó la delantera á la goleta, despues de mandarme que le siguiera y virara por redondo cuando viera una luz en la lancha, para bogar paralelamente al buque que teníamos á la vista.

Hacia las nueve de la noche me hizo M. Marbre la señal convenida, á la que contesté inmediatamente; viré de bordo, y ví al buque extranjero á menor distancia de nosotros. A las diez se levantó un viento fuerte, y tuvimos de improviso una gruesa marejada que nos obligó á coger rizos en la mesana y disminuir el velámen. Al dejarnos el capitan no habia previsto aquella borrasca, y era de suma importancia que regresara á bordo para evitar sus efectos. Me apresuré á encender señales que le ayudaran á volverse á bordo, pero empezó á llover á torrentes y con tal violencia, que no se habria distinguido una hoguera á la distancia de cien varas. Celebramos consejo en el alcázar, y se decidió que el mejor medio de recobrar á M. Marbre, era permanecer á la capa todo el tiempo que pudiéramos en el sitio mismo en que nos habia visto por última vez. Viramos, pues, por redondo varias veces durante la noche; el viento bramaba en torno nuestro con fúnebre acento, y continuaba lloviendo con tal abundancia, que se confundía el agua del cielo con la de las olas, y nos envolvía en una mortaja líquida.

Al amanecer se calmó la tempestad, y nos permitió desplegar otra vez todo nuestro velámen. Los tres contramaestres subimos á los aparejos para buscar la lancha ballenera, pero habia desaparecido; y lo que era mas extraordinario todavía, no veíamos el buque extranjero. Permanecimos cruzando por aquellos sitios durante todo el dia, pero fueron inútiles nuestras pesquisas.

De este modo me sucedió que, despues de haberme embarcado un año antes en clase de tercer contramaestre, me hallé á la sazón á la cabeza de una tripulacion de cuarenta hombres, sin haber cumplido aun los veinte años.

A la puesta del sol, perdiendo totalmente la esperanza de hallar la lancha ballenera, proseguimos nuestro rumbo, mostrándose los marineros muy dispuestos á obedecerme, en razon á haberme conducido siempre de una manera muy á propósito para grangearme su confianza. Todos sintieron en extremo la pérdida de M. Marbre, marino excelente, na-

vegante por instinto, ciegamente adicto á su pabellon, y valiente á toda prueba. En cuanto á los indigenas, de las islas Sandwich, nadie pensó siquiera en la suerte que pudiera haberles cabido, pues estábamos acostumbrados á considerarlos como seres estraños salidos del Océano, al que acababan de regresar tan bruscamente.

Quince dias despues de la desaparicion de M. Marbre, distinguimos las cumbres de los Andes, á pocos grados al Sur del Ecuador; y recordé que el capitan Le Compte habia manifestado la intencion de hacer escala en Guayaquil; por consiguiente, me dirigí hácia el mismo punto. Durante nuestro viaje me habia familiarizado con las bahías y ensenadas de aquella costa, y teníamos en ellas algunos conocimientos que podian sernos útiles. En la tarde del vigésimo nono dia entró la goleta en una ensenada en que habíamos comerciado unos ocho meses ántes. Apenas hubimos anclado cuando vino á bordo un tal don Pedro á preguntarnos qué deseábamos, y le conocí al instante por haberle entregado anteriormente tres fardos de mercancías que me pagó en doblones. Algunas palabras que cambiamos en inglés y en español bastaron para reanudar nuestras relaciones, y le dí á entender que íbamos en busca de nuestro buque, del que estábamos separados para desempeñar una comision particular. Despues de andar don Pedro con algunos circunloquios y evasivas para descubrir algo, me participó que en aquella misma tarde habia costeado un buque una isla situada á diez millas al Sur, y que á no ser porque navegaba con pabellon francés, habria creído que era la *Crisis*.

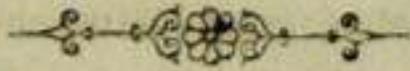
Hallábame ya suficiente instruido con respecto á lo que deseaba saber, y me procuré al instante un piloto. Zarpamos á las diez de la noche, y entramos á media noche en el estrecho que separaba á la isla del continente. Me adelanté en una lancha para practicar un reconocimiento, y distinguí la *Crisis* anclada al abrigo de un promontorio elevado; entonces desembarqué, trepé á la cumbre del promontorio,

y pude examinar la posición del buque á todo mi sabor. A mi regreso á bordo de la *Polly* hallé á mis hombres armados y tan llenos de ardor, que me costó trabajo contener sus belicosos gritos. Les comuniqué el resultado de mis observaciones, y disminuimos velas para comenzar el ataque. Estábamos separados de la *Crisis* tan solo por el promontorio, el cual formaba un cabo que se adelantaba hácia el mar. Para evitar que el viento nos impulsara con demasiada violencia, lo cual hubiera dado tiempo á los franceses para prepararse al combate y evitar la sorpresa, reduje las velas á la mesana, conservando las demás en su sitio para servirme de ellas en caso necesario. Mi proyecto era llegar al costado de la *Crisis* por la serviola de estribor, y adoptadas ya todas las disposiciones necesarias, mandé al timonel que dirigiera el buque costeano la tierra y doblando el cabo. El piloto me habia dicho que en todo el litoral de la costa habia agua suficiente.

En cuanto estuvimos á la vista del buque, mandé cargar la mesana, y en el momento en que advertidos los franceses de nuestra llegada, por el ruido que produjo la vela azotando el mástil, se preparaban á reconocernos, nuestra serviola chocó con estrépito en la de la *Crisis*. Entonces nos arrojamos sobre el puente con la precipitación de una jauría de galgos que saltan un seto. Nos opusieron una resistencia violenta, se hicieron por ambas partes bastantes disparos, pero la sorpresa nos aseguró la victoria segun ya lo habia previsto. Habíanse imaginado al pronto los franceses que les atacaba un guarda-costas, y cuando nos conocieron, les oí proferir juramentos enérgicos que probaban su desesperación y vergüenza.

En tan breve cuanto empeñado combate, solo perdimos á Harris, pero tuvimos nueve heridos, en cuyo número me hallé. El marinero Harris, cuyo descuido nos habia costado la pérdida del buque, quiso reparar su honor y murió víctima de su abnegación. En el momento de saltar al abordaje, y ántes de esgrimir los machetes, hicimos una descar-

ga, en virtud del principio irrecusable de que las probabilidades de buen éxito de un combate están de parte de los que dan los primeros golpes. Los franceses tuvieron mas de diez y seis muertos, contándose entre ellos el pobre M. Le Compte, que cayó herido por una bala en la frente, en el momento en que salia de la cámara en camisa.



---

## CAPITULO XVIII.

---

Habríame satisfecho cumplidamente la reconquista de la *Crisis* si hubiera tenido á mi lado á M. Marbre para compartir mi triunfo. Celebré una breve conferencia con el mayor Merton, y le dí todos los pormenores necesarios para tranquilizar á Emilia, calmando sus temores; despues me apresuré á virar por redondo para evitar las persecuciones de las autoridades españolas que pudiera haberme acarreado la violacion de su territorio neutral. Al amanecer se hallaban ya la *Crisis* y la goleta á cuatro leguas de la costa, y en alta mar, que, sea dicho de paso, estaba infestada entonces por un sin número de ladrones.

La ceremonia de los funerales se verificó al salir el sol; ví desaparecer al pobre Le Compte con sentimiento, y al recordar sus esperanzas recientes, su generosidad y su ternura para con Emilia, no pude menos de reflexionar sobre la fragilidad de la vida humana.

Era preciso adoptar una determinacion fija respecto del rumbo que habíamos de seguir. Nuestro cargamento se hallaba aumentado con todas las mercancías que los franceses se propusieran despachar en la costa de la América meridio-

nal, las cuales consistian en sederías, vinos y demás géneros que tenían tanto valor en Nueva-York como en las colonias españolas, y en vista de esto renuncié á la idea de practicar el contrabando. Resolví por de pronto dirigirme á la isla de Marbre para tomar el cobre y los fardos que habian quedado abandonados en una tienda de campaña, y mientras discutia este proyecto con Talcott y el nuevo primer contramaestre, el vigía anunció que veia una vela. Era un navío español de grandes dimensiones y bien armado, pero no hicimos tentativa alguna para evitar su encuentro, y en cuanto vieron los que le tripulaban el pabellon americano, manifestaron el deseo de comunicar con nosotros.

Me trasladé á su bordo, y durante la conversacion que tuve con el capitan, me entregó periódicos americanos en los que hallé el tratado de paz celebrado entre los Estados-Unidos y la Francia, y ví que, segun los artículos de este convenio, el recobro de la *Crisis* habria sido ilegal, á verificarse algunas horas mas tarde. El buque español tenia que hacer escala en Valparaiso para reforzar su tripulacion, que habia sido diezmada por las viruelas; y como la España se hallaba en guerra con la Gran Bretaña, creia peligroso doblar el cabo ántes de tener los medios de defensa suficientes. Ocurrióseme una idea muy buena, y propuse al capitan que tomara á su bordo á los franceses que yo conducia, y á los que mas tarde le seria fácil enviar desde Cádiz á Marsella. Fué aceptada mi proposicion, y al restituirme á bordo de la *Crisis* se la participé á mis prisioneros, comunicándoles al propio tiempo que la España y la Francia estaban aliadas contra un enemigo comun. Aceptaron gozosos tan favorable ocasion de regresar á su patria, y fueron trasbordados inmediatamente al navío español. Les dejé continuar su rumbo hácia la costa, confié el mando de la *Polly* al nuevo primer contramaestre, y ascendí al puesto de este en la *Crisis* á Talcott.

Aquella misma tarde tuve una entrevista con Emilia. Es-

taba pálida, y aunque se consideraba feliz por haber recobrado su libertad, la muerte de Le Compte producía en ella una melancolía profunda; porque las mujeres tienen siempre una simpatía involuntaria hácia todo aquél que se somete á la influencia de sus encantos. Me regocijé con ella de nuestra victoria, y referí al mayor Merton la triste desaparición de M. Marbre. Segun los datos que me dió sobre el rumbo anterior de la *Crisis*, me cercioré de que no era ella la que habíamos visto al principio de la tempestad.

Al examinar la *Crisis* hallé una nueva prueba de la galantería de M. Le Compte: habia hecho construir en el alcázar dos camarotes pequeños y elegantes, que habian sido amueblados con la habilidad y buen gusto característicos de los franceses.

Me sorprendió que el difunto, que tenia que pelear con la marina mas temible del mundo, hubiera hecho construir en la toldilla dos habitaciones que entorpecian las maniobras; pero como estábamos en paz con todas las naciones, me decidí á dejarlas intactas, al menos mientras permaneciera á bordo miss Merton. Instalé en ellas al mayor y á su hija, é imitando la cortesanía del capitan francés, les di mesa separada. En agradecimiento de esta atención, el mayor que entendia un poco de cirujía, me cuidó la herida que recibí en el hombro, y Emilia me prodigó esos cuidados tiernos y seductores cuyo secreto poseen tan solo las mujeres. Durante la travesía tuve pocas ocupaciones, pues el buque con alas y rastreras desplegadas y favorable el viento, corria de 150 á 200 millas diarias. Los contramaestres mandaban los cuartos y pude pasar momentos muy agradables en compañía del mayor y de su hija. Unas veces oía á Emilia tocar el piano; porque el suyo, trasbordado del buque de Bombay á la *Paulina*, habia salido ileso de todas las catástrofes; otras leíamos en alta voz en alguno de los trescientos volúmenes que componian su biblioteca, porque en aquella época agradaba todavía leer á Pope, Young, Milton y Shakspeare, á pesar de haber entrado ya en competencia con los autores clá-

sicos las novelas de Ana Radeliff, las de miss Bromey y el *Monje* de Lewis. La biblioteca de Emilia contenia tambien otros libros mas útiles, y los leí todos ántes de terminar el viaje. En un buque en que reinan el buen órden y la disciplina, los oficiales y la tripulacion tienen momentos frecuentes de descanso, y nunca debia omitirse que formaran parte del cargamento algunos libros.

En tan grata sociedad transcurrió el tiempo rápidamente. Pensaba con frecuencia en Emilia cuando no se hallaba presente á mi vista, mas no por esto puedo decir que estuviera enamorado de ella. Acontecíame con frecuencia establecer comparaciones entre ella y Lucía: Emilia tenia conocimientos mas variados, pero tambien eran mas superficiales. La una tenia mas mundo, mas delicadeza de sentimientos y modales; la otra tenia mas talento natural y mas elevacion de ideas. Bajo el punto de vista físico, la jóven inglesa tenia una tez y unos ojos preciosos; pero la americana le aventajaba por la gracia de sus sonrisas y la pureza de sus contornos. Ambas tenian un encanto comun que persisto en considerar como cualidad esclusiva de la raza anglo-americana, aunque le hallé desarrollado en mayor grado en una italiana: me refiero á esa espresion angelical que refleja de un modo tan vivo la pureza y la ternura femeninas. Las dos jóvenes la tenian particularmente en el color azul celeste de sus ojos, y he observado que rara vez se encuentra tanta dulzura en los ojos negros ó pardos, aunque es incontestable, empero, su brillo intenso. En Emilia, aquella espresion era efecto natural del color de sus pupilas, mientras que Lucía la poseia en mayor grado, pero solo en los momentos de emocion.

Hacia unos quince dias que navegábamos, cuando me acordé de mi pesca de perlas; un joyero que iba á bordo habia hecho de algunas de ellas un collar cerrado con un broche. Colocando la perla mayor en el centro, separó las del tamaño inmediato por otras mas pequeñas, de modo que formó un collar bastante grande para mí, y que por consi-

guiente debia asentarse con gracia en la garganta y pecho de una mujer. Cuando enseñé á Emilia tan magnífica alhaja, no procuró ocultar su admiracion.

Aunque los americanos de la clase acomodada conocen todos los recursos del bienestar, por lo general tienen una ignorancia absoluta relativamente al valor de las piedras preciosas. Dudo que de cada veinte ciudadanos de los Estados Unidos se pueda hallar, aun en la época actual, un solo hombre capaz de distinguir un záfiro de una amatista, ó un granate de una turquesa. En este sentido era yo un verdadero americano, y fué grande mi sorpresa cuando el mayor Merton dijo, despues de un detenido exámen:

—Esté collar, en manos de un joyero de Lóndres, valdria mil libras esterlinas.

—¿Qué decís, padre mio? exclamó Emilia.

—Estoy convencido de lo que he anunciado. Estas perlas son mas notables todavía por la belleza de sus aguas que por su tamaño, y persisto en creer, Wallingford, que si enviarais este collar á Lóndres, os darian por él, cuando menos, ochocientas libras.

—No intento venderle, caballero, contesté.

Ví entonces á Emilia mirarme con una emocion que no acerté á explicarme.

—¿No intentais venderle? repitió el mayor. Pues entonces, ¿qué contais hacer con semejante alhaja?

—Conservarle; es propiedad absoluta mia, puesto que la he sacado del fondo del mar, arrancando estas perlas de su sitio nativo, y tienen mas valor para mí que cuanto dinero pudieran ofrecirme por ellas.

—Teneis gustos muy costosos, Wallingford. Decidme, ¿cuál es el interés que produce el dinero en vuestro país?

—En Nueva York un seis por ciento, próximamente.

—¿Y cuántos pesos valen sesenta libras esterlinas?

—Contamos generalmente cinco pesos fuertes por cada libra esterlina, pero no es completamente exacto el cálculo.

—Pues bien, repuso el mayor, sacrificar una renta de sesenta libras, ó sean 270 pesos, es pagar muy caro el placer de conservar un collar que os será enteramente inútil.

—Observad, sin embargo, repliqué, que nada me ha costado; además, puedo regalárselo á mi hermana, ó si me caso, dárselo á mi mujer.

Ví que el mayor reprimía una leve sonrisa, parecia juzgar ridículo que una mujer llevara al cuello dos años de su renta, ó que empleara en una sola parte de su adorno un lujo que no estaba conforme con su género de vida. Al pronto no me sorprendió esta idea. Nos reímos de ver á los jefes indios, medio desnudos, llevar uniformes y sombreros con plumas; pero no observamos que hay en nuestras costumbres inconsecuencias casi tan absurdas. En mi concepto era muy sencillo que la esposa de Miles Wallingford llevara un collar que pertenecía legítimamente á su marido.

Emilia conservaba todavía el collar en sus manos blancas y torneadas, á cuya belleza daban mayor realce las perlas; la rogué que se le pusiera, y obedeció ruboriándose.

—¡Vive Dios! exclamó el padre admirado, principio á perder parte de mis preocupaciones, y á creer que semejante adorno está muy bien en el cuello de una mujer.

Este cumplimiento era muy merecido: tales eran la blancura deslumbradora de miss Merton; la perfeccion de sus hombros, que costaba trabajo distinguir si las perlas prestaban mayor encanto á la belleza de la jóven inglesa, ó si sus propios atractivos realzaban el brillo de las perlas. La emocion del placer comunicaba á su tez un colorido hermoso, y para prolongar nuestra mútua satisfaccion, la rogué que conservara puesto el collar hasta la tarde. Por la noche, al presentarme en la toldilla, hallé á Emilia Merton ocupada en admirar el collar al resplandor de una lámpara, y no pude menos de observar que sus ojos eran tan dulces y hermosos como las mismas perlas. Nunca la hallé tan seducto-

ra; su fisonomía, á la que se podia tachar por falta de expresion intelectual, me pareció esta vez llena de ideas y de reflexion.

—Piensa en ti, murmuró el amor propio en mis oídos; piensa en la dicha futura de Mme. Miles Wallingford.

—Os iba á mandar llamar, capitan Wallingford, me dijo Emilia en cuanto me vió, para restituiros vuestro tesoro.

—Pudierais muy bien haber sido su depositaria hasta mañana.

—Habria sido harto grave mi responsabilidad; y además, ya lo sabeis, ese honor está reservado para la que llegue á ser Mme. Wallingford.

Estas palabras fueron pronunciadas sonriendo con una intencion bondadosa, y sin embargo, creí observar en ellas un tono *equivoco* que diferia mucho de la naturalidad á que Engracia y Lucía me habian acostumbrado. Tomé el collar, estreché la mano de la jóven segun solia hacerlo, saludé al padre y me retiré.

A la mañana siguiente, cuando me estaba vistiendo, Nabucodonosor se precipitó en mi cámara gritando:

—M. Miles! M. Miles! la lancha!

—¿Porqué? ¿ha caido algun hombre al agua?

—Es la lancha ballenera, el pobre capitan Marbre!

—Ya os entiendo, Nab. Subid sobre cubierta, y decid al que está de cuarto que mande poner al paio. Allá voy yo en seguida.

Esperaba encontrar los restos de la desgraciada lancha ballenera. Cuando subí sobre cubierta, toda la tripulacion estaba en movimiento. Habian variado rápidamente de posicion de la verga mayor, y orientado las velas. La mañana estaba nebulosa, pero con el auxilio de mi anteojo ví la lancha descubierta por Nabucodonosor. Al propio tiempo gritó el vigía:—Una vela! y distinguimos á barlovento un buque que parecia hacer esfuerzos para reunirse con su lancha, de la que sin duda le habian separado la oscuridad de la noche y

la niebla. Así pues, eran únicamente un buque ballenero y su lancha. Lo que lo demostraba mas todavía, era la presencia de una ballena muerta á una milla á sotavento de la lancha. Dije á Talcott:

—La lancha, probablemente, será americana; sin duda viene en ella el capitan, y nos traerá noticias de Nueva-York.

En el mismo instante lanzó Talcott una exclamacion de alegría, y gritó á la tripulacion:

—Tres hurras! hijos míos! veo al capitan Marbre!

Hubo una esplosion de júbilo general. Toda la tripulacion se precipitó al lado por donde hacia rumbo la lancha, y tres minutos despues saltaba Marbre á la cubierta de su antiguo buque. En cuanto á mí, no podia hablar; tampoco el pobre Marbre, aunque se habia preparado para aquella entrevista, logró dominarse, y lloró como un niño.

—Os he conocido, Miles, me dijo, he conocido á esa maldita *Polly*. A Dios gracias, la *Crisis* es nuestra, los franceses no han podido conservarla, y me siento tan feliz como si la hubiese recuperado por mí mismo.

Los marineros acudieron sucesivamente á felicitar á Marbre y á darle cordiales apretones de mano, y hubo un cuarto de hora de tumulto y confusion antes de que consiguiese dominar su emocion y referirnos sus aventuras.

—Ya sabeis, dijo despues de haberse enjugado los ojos y las mejillas, como me separé de vosotros. Media hora antes de la tormenta me hallaba cerca del buque al cual pertenecia la lancha, y creyendo encontraros á la mañana siguiente, juzgué mas oportuno subir á su bordo, que no correr en pos de la goleta enmedio de las tinieblas de la noche. Encontré que el capitan del buque ballenero era un antiguo compañero mio, el cual se alegró mucho de recobrar su lancha que ya juzgaba perdida. No teníamos tiempo para andar en cumplimientos. Se hizo variar de rumbo al buque, primero para buscaros, y segundo para huir del chubasco. Mientras M. Wallingford ceñia el viento para buscarme, corríamos con viento en popa para escaparnos de la borrasca. He

ahí la razón de que no nos encontrásemos, pues ni un solo instante me ocurrió la idea de que me hubierais abandonado en medio del Océano.....

—Estuvimos de crucero en el mismo sitio durante un día entero! exclamé con animación.

—Sí! sí! capitán Marbre! dijeron todos los marineros á la vez.

—Ya lo sabía yo: son inútiles vuestras protestas! Pues bien, ahí teneis toda mi historia. Naturalmente, permanecí á bordo del ballenero, pues no me quedaba otra alternativa que hacerlo ó arrojarme al agua. Gracias al cielo nos hallamos reunidos de nuevo, aunque á quinientas millas del sitio en que nos separamos.

Después de este discurso me llevé á Marbre á la cámara, y le referí cuanto habia ocurrido. Me escuchó con el mayor interés, y solo manifestó mal humor diciéndome, cuando concluí:

—¿Quién ha puesto esa maldita toldilla en la *Crisis*!

—El capitán francés.

—En eso le conozco. Es acción muy digna de él estropear con una cámara supernumeraria el alcázar de popa mas hermoso que hay sobre el mar.

—Pues bien, ahora sois el amo, y podeis mandarla deshacer si lo juzgais conveniente.

—Mandarla yo deshacer! Arrebatarse el mando del buque á un hombre que tan bien le ha merecido!

—Capitán Marbre, me causais sorpresa; pero vuestro buen juicio prevalecerá, sin duda, sobre ese primer impulso y recordareis los deberes que habeis contraído para con los armadores del buque.

—Os equivocais acerca de mis intenciones, M. Miles Wallingford, contestó Marbre con tono solemne. Adopté mi resolución tan luego como divisé este buque. No cometeré la bajeza de arrancaros el fruto de vuestro valor y de vuestra habilidad. Además no tengo derecho alguno sobre la *Crisis*; ha estado mas de veinte y cuatro horas en poder del enemi-

go, y se le deben aplicar las leyes de nueva captura y salvamento.

—Sin embargo, capitán Marbre, hay que tomar un cargamento en Canton, y se hallan en juego intereses considerables.

—Razon mas para que yo persista: mejor estarán en vuestras manos que en las mías. Mientras se trate de dirigir el rumbo de un buque por el Océano, puedo decir que no temo competencia alguna; pero pierdo todas mis ventajas tan luego como hay que andar con guarismos y cálculos.

—Me hallaba muy lejos de esperar tal abnegacion. Tened presente que, al apoderarme de nuevo de la *Crisis*, no he hecho mas que realizar el plan que trazasteis.

—He ahí, precisamente, en lo que no puedo convenir. Sí, conforme á mi plan y á mis ideas, hubiésemos atacado á los franceses en alta mar, infaliblemente habríamos sido derrotados; vuestro proyecto fué mucho mejor. Así pues, no volvamos á hablar de ello. ¿Sin duda pensareis hacer escala en la isla, y desde allí dirigiros á Canton?

—Justamente. Veo con júbilo que participáis de mi modo de pensar.

—Pues bien, cargareis en la goleta las mercancías que no puedan tener salida en China, y las trasportaré á Nueva-York.

Mis argumentos no lograron hacer que Mr. Marbre desistiese de su propósito, y se encargó del mando de la *Polly*, llevándose de segundo á nuestro antiguo contramaestre.



## CAPITULO XIX.

Desembarcamos en buen puerto en la isla, y tan luego como los buques hubieron echado el ancla, la tripulación se desparramó por debajo de los árboles ó por la playa. Unos se pusieron á coger cocos, otros á pescar con sedal ó con red, y otros buscaron conchas de las que compré algunas para Clawbonny. Aun las conservo en memoria de las aventuras de mi juventud.

Emilia y su padre tomaron posesion de su antigua tienda, y maadé que desembarcasen los muebles que les eran necesarios. Abrigando el intento de pasar unos diez días en la isla de Marbre, nos establecimos en ella con comodidad, y los marineros obtuvieron permiso para trasladar á tierra una parte de sus efectos. Al dia siguiente de nuestra llegada, Nabucodonosor vino á convidar á almorzar, de parte del Mayor Merton, á los capitanes Wallingford y Marbre.

—Ambos estamos ya en la misma línea, me dijo el viejo marino, y espero que navegaremos mucho tiempo juntos.

—Cuando hay dos capitanes, contesté, el de mas edad ocupa un rango superior; por consiguiente debieran llamaros el comodoro (1) Marbre.

(1) *Comodoro*, rango que en las marinas inglesa y norte-americana corresponde al de nuestros jefes de escuadra. (N. del T.)

—Dejaos de bromas, Miles, replicó Marbre con severo tono. A vos debo el mandar esa pequeña goleta de sangre mista, medio francesa y medio americana, y que será probablemente el último buque que tenga á mi cargo. Cuanto mas *generalizo* sobre mi vida, mas persuadido quedo de que no me ha formado la naturaleza para ocupar los primeros puestos; y cuando aquella tiene con respecto á ciertos hombres sus miras particulares, no los echa al acaso entre los demás.

—No os entiendo, repuse, y quizás sea porque ignoro los pormenores de vuestra historia. Permitidme os recuerde que de dos años á esta parte me estais prometiendo constantemente referirme vuestras aventuras.

—Mi narracion no será larga, y sin embargo, contendrá ejemplos muy útiles. La vida de un hombre, convenientemente *generalizada*, casi siempre vale mas que la mayor parte de los sermones. ¿Sabeis sin duda á quienes debo los nombres que tengo?

—No, pero supongo que será á vuestros padres y padrinos.

—Os aproximais á la verdad mas de lo que os figurais. A la edad de ocho dias me hallaron metido en una cesta á bordo de una embarcacion de Nueva-York, que llevaba un cargamento de piedras, y mi cuna habia sido colocada sobre un pedazo de mármol (1) destinado á construir un monumento sepulcral.

—¿Y eso es cuanto sabeis de vuestro origen, mi querido Marbre?

—No quiero saber mas; pues nunca se desea conocer á unos padres que á su vez temen conocernos. Vos, querido Miles, habeis conocido, amado y respetado, sin duda, á vuestra madre. En cuanto á mí, me lanzaron á ciegas á la corriente, en la que despues no he cesado de ir á la ronza, con vientos que no siempre me fueron favorables. No tuvieron, siquiera, la atencion de poner una señal en mi envoltura, y el marmolista que me encontró me envió á la inclusa, en donde

(1) *Marbre* en inglés significa mármol, y de aquí procede el apellido que dá el autor al compañero del capitan Wallingford. (N. del T.)

fui inscrito bajo el número diez y nueve. Diéronme el nombre de Moisés, porque segun parece, y en tiempos muy remotos, hubo otra persona del mismo nombre que, como yo, fué espuesta sobre una cesta en el agua. Primero se trató de asignarme el apellido del que me habia hallado, pero se llamaba Zollickoffer, y como juzgaran que era de pronunciaci3n harto difícil, tomé el de Marbre á la edad de quince dias.

—¿Permanecisteis mucho tiempo en la inclusa?

—Hasta los ochos años, en cuya época aproveché un dia de niebla para sustraerme á la caridad pública. Entré á servir á bordo de un buque inglés, y en 1775 era gaviero de la cofa de mesana á bordo del *Romeny*, de cincuenta cañones, de donde pasé al *Carnatis*, de setenta cañones. En los primeros choques de la revoluci3n deserté, y me enganché en una balandra americana. Habiendo caído prisionero, me pusieron en libertad al fin de la guerra, y desde entonces siempre he servido en la marina mercante.

—¿Y habeis estado solo en el mundo durante todo ese tiempo, amigo mio?

—Justamente; y cuántas veces vagando por las calles de Nueva-York, he dicho entre mí: «¿En medio de todos esos hombres no hay uno solo á quien pueda llamar pariente mio!»

Pronunció Marbre estas palabras con una sensibilidad que nunca creyera hallar oculta bajo su tosca corteza. Era yo jóven, á la saz3n; pero en la actualidad soy viejo y me han enseñado los años á no fiarme en apariencias. Hay tantas pasiones que se ocultan bajo un exterior indiferente, y tantos sufrimientos verdaderos que se disfrazan bajo la máscara de una alegría forzada, que he cesado de creer en la mentida superficie de las cosas. Rara vez es el exterior un espejo de los pensamientos del alma, y solo haciendo una injusticia flagrante es como el mundo juzga, con arreglo á conjeturas infundadas, muchas causas que no se toma el trabajo de examinar á fondo, pronunciando así sentencias sin apelaci3n, cuando carece de medios para obtener un conocimiento positivo de la verdad.

—Todos somos de una misma familia, amigo mio, dije á Marbre con intencion de consolarle, pero el tiempo y las circunstancias nos alejan á unos de otros.

—Mi familia soy yo; soy á la vez mi origen y mi posteridad, y tengo mas importancia en mi familia que Benaparte en la suya.

—Culpa vuestra será si no dejais heredero alguno; ¿por qué no os casais?

—Porque mis padres no me han dado ese ejemplo. Vamos, Miles, que el Mayor y su hija nos han convidado, y no debemos hacerles esperar. Pero á propósito de casamiento, hé ahí una muchacha que os conviene bajo todos conceptos; puede decirse que vuestra buena fortuna os la echa en los brazos.

—No estoy seguro de ello, Marbre. En primer lugar, el mayor Merton no concederia gustoso su hija á un marino de los Estados-Unidos.

—¿Por qué no? Me habeis dicho que poseeis el patrimonio de Clawbonny hace cuatro generaciones, y segun dice un refran, bastan tres generaciones para formar un hidalgo.

—Creo, repliqué, que miss Merton se cuidará muy poco de mis antecesores si no consigue agradarla la generacion actual.

—Culpa vuestra será. Os hallais solo con ella en medio del Océano Pacífico, y si no podeis convencerla por medio de vuestras palabras, no justificareis la buena opinion que he formado de vos.

Lo que debe sorprender á mis lectores, es que en aquella ocasion se me ocurrió por primera vez la idea de casarme con Emilia. En Lóndres habíala considerado cual un conocimiento agradable, y únicamente habian revestido nuestras relaciones esa forma romancesca y sentimental que es inherente á la juventud. En el mes que habia trascurrido desde que hallé de nuevo á Emilia, la consideraba solo como una amiga. Sus modales encantadores, su belleza y sus diez y nueve años no me inspiraban sino un afecto fraternal, y no sé qué sentimiento indefinible que no acierto á explicar me

impedia enamorarme de ella. Sin embargo, no me desagradó la insinuación de Marbre.

El mayor y su hija nos recibieron muy afectuosamente; cada vez que me veían con Marbre parecían recordar el origen de nuestra amistad. Nuestra residencia en tierra influyó mucho en la formación del almuerzo, pues el jardín de M. Le Compte producía aun algunas lechugas, rábanos, etc., y habiendo quedado en la isla unas cuantas gallinas, Nabucodonosor nos procuró huevos frescos.

—Estamos instalados aquí cual si fuéramos habitantes antiguos, nos dijo el mayor, y pasaría muy gustoso el resto de mis días en esta isla encantadora, si no tuviera que pensar en mi pobre hija, que se contentaría difícilmente con la sociedad de su anciano padre.

—Pues bien, Mayor, dijo Marbre, no teneis mas que la dificultad de la elección. Nuestro primer contramaestre Talcott es un hombre bien educado y de buena familia, y en cuanto el capitán Wallingford, que se halla presente, apuesto á que daría sus tierras de Clawbonny por compartir la soberanía de esta isla con tan linda reina.

Hubiéra deseado que Marbre callara estas palabras, que hicieron ruborizar á Emilia. El mayor prosiguió diciendo:

—Sin duda, sin duda, lo romántico agrada siempre á los jóvenes, y este parage es muy á propósito para desarrollar semejantes tendencias, aun en los hombres de edad madura, puesto que la idea que acabo de emitir me importuna sin cesar desde que estoy aquí.

—Es una fortuna, dijo Emilia riendo, que no hayan sido bastante fuertes nuestros deseos para impulsaros á formular proposiciones directas.

—Mi hija es el mayor obstáculo que se opone á mis deseos, ¿pues qué haría yo aquí con una joven aficionada á bailes, teatros y diversiones?

—¿Qué hariais vos mismo, Mayor, con el sugeto que hubierais elegido por compañero, careciendo de libros, de sociedad y de ocupaciones?

—Reflexionaria sobre el pasado, y tomaria mis medidas para el porvenir. Tendria los libros de la biblioteca de Emilia; disfrutaria del placer de crearlo todo con mis propias manos. Tendria que edificar una casa, recoger los restos de los naufragios, y cuidar las aves del corral. Oh! viviria como un príncipe.

—Sí, pero careceriais de vasallos y no tardariais en querer abdicar.

—Puede ser, Miles, pero sin embargo, me agrada esa ilusion. Ya no tengo sino parientes muy lejanos; hijo menor de una familia, nunca he poseido una sola pulgada de tierra, y me seria grato tener un dominio tan estenso. Pero á Emilia le asusta la perspectiva de llegar á ser heredera de semejante posesion, por consiguiente no hablaré mas de ello.

Varió de asunto la conversacion, y despues de almorzar, el Mayor y Marbre se fueron paseando á la sombra de los árboles con direccion al mar. Invité á Emilia á que saliera conmigo á dar un paseo en direccion opuesta, y accedió á ello.

—Qué idea tan singular se le ha ocurrido á mi padre, dijo mi hermosa compañera, despues de un momento de meditacion; no es la primera vez que habla en ese sentido.

—Ese plan convendria á dos amantes que estuvieran muy prendados el uno del otro, repliqué sonriéndome. Imagino que dos jóvenes ligados por un afecto sincero, pasarian un año y aun dos en esta isla sin desesperarse. Pero creo que su amor iria decreciend por grados, y que, anhelando huir, empezarian á construir una embarcacion.

—No sois muy romántico, caballero Wallingford, contestó Emilia con ligero acento de reconvencion. En cuanto á mí, viviria tan feliz aquí como en Lóndres si me viera rodeada de mis amigos mas queridos.

—Eso variaria la tésis. Teniendo yo aquí á vuestro padre, á vos, al honrado Marbre, al buen M. Hardinge, á Ruperto, á mi querida Engracia, á Lucía, á Nabucodonosor y á algunos otros de mis negros, no desearia otra residencia, puesto

que la isla tiene buen clima, sombras deliciosas, frutas esquisitas y un terreno que seria fácil de cultivar.

—¿Y quiénes son, caballero Wallingford, las personas cuya presencia os haria agradable la residencia en esta isla?

—En primer lugar, el mayor Merton es un oficial retirado inglés, que desempeñaria perfectamente las funciones de juez y chanciller. Tiene una hija...

—Pasad, pasad á otro; la conozco mejor que vos; pero ¿quienes son Lucía, Ruperto y esa querida Engracia?

—Esa querida Engracia es mi hermana, Ruperto mi amigo de infancia, y M. Hardinge mi tutor. En cuanto á Nab, allí le teneis cuidando las gallinas. Lucía es la hermana de Ruperto é hija de M. Hardinge, eclesiástico venerable que oficiaria los domingos, y celebraria en caso necesario las ceremonias del matrimonio.

—No tendria ocasiones para ello en vuestra isla desierta, dijo precipitadamente Emilia.

Si ciertas jóvenes manifiestan una delicadeza esquisita cuando se habla de matrimonio, es sin duda porque están mas ilustradas en la materia. La cándida Lucía no habria dejado de contestar en semejante caso: —«Oh! sí, seguramente;» quizás se habria ruborizado, pero se hubiera abstenido de emitir la ridícula opinion de que no se casaria en la isla de Marbre lo mismo que en Clawbonny ó en Nueva-York. Sea como quiera, miss Merton juzgó oportuno variar de conversacion, y hablamos de la salud de su padre. Al espresar sus temores relativamente á esto, mostró naturalidad y afecto verdadero. Los climas cálidos no convenian al mayor, que habia sufrido en la India una enfermedad del bígado, de que aun no estaba completamente curado. Al separarnos me exigió Emilia la promesa de que haria todo lo posible para llegar cuanto antes á latitudes mas elevadas.

Hallé á Marbre bajo el arbolado, en un sendero que habian trazado los pasos del pobre capitan Le Compte.

—Ese mayor Merton es un hombre sensato, me dijo el buen marino. Es un verdadero filósofo, y apruebo mucho

su idea de acabar el viage de la vida sin trabajar noche y dia para subir algunos escalones de la vida social, y caer luego de cabeza. A la verdad Miles, que me conviene ese proyecto, y estoy muy inclinado á dejaros marchar sin mí.

Miré á Marbre con la mayor sorpresa. Le conocia demasiado para dudar ni un momento de que hablara formalmente, y tenia harto experimentado su carácter para no prever que seria difícil retraerle de su intento. La desgracia, que se obstinaba en perseguirle desde que sucedió en el mando al capitán Williams, era el motivo verdadero de tan singular determinacion.

—No lo habeis reflexionado bastante, amigo mio, contesté de un modo evasivo; la noche os dará algun buen consejo.

—No lo creo así, Miles; hay aquí todo lo que yo puedo necesitar, aun despues de que os lleveis cuantos objetos puedan ser de alguna utilidad en el buque.

—No hablo de víveres; pero pensad en la soledad, en el aislamiento, en las probabilidades de enfermedad, en la muerte horrible que tendriais privado de todo auxilio y consuelo.

—He pensado en todo eso; viviendo como un ermitaño, estaré completamente en mi centro. No hay duda alguna de que me complaceria en extremo teneros á mi lado, así como á Talcott y al Mayor; pero ya que vuestro deber os llama á otra parte, prefiero carecer de sociedad á tenerla mala. Habia pensado conservar conmigo á los marineros de Sandwich, pero seria difícil hacerles obedecer despues de la partida del buque, y por consiguiente me quedaré solo. A vuestro regreso á América anunciareis nuestro descubrimiento. Algunos buques vendrán á visitarme de tiempo en tiempo, y así tendré noticias vuestras.

—¡Dios mio, Marbre! ¿podeis considerar seriamente tan insensato proyecto?

—Examinad mi situacion, Miles: todos los parages de la tierra, deben serme indiferentes escepto este, que puedo considerar como mio. Nadie ha de desear que yo regrese á mi

patria; además, la patria llega aquí: esta comarca pertenece á la América, y plantaré en ella el pabellon de los Estados-Unidos, bajo el cual estoy navegando desde el año de 1777, y al que nunca abandonaré.

—Seria indisciplpable mi proceder si llegara á abandonaros aquí.

—Corriente; me sustraeré á vuestra vigilancia, y quedará cubierta vuestra responsabilidad.

—¿Y qué diré á los que os conocen cuando me pregunten lo que os ha acontecido?

—Les decís, contestó Marbre con amargura, que el hombre á quien encontraron en otro tiempo se ha vuelto á perder. ¡Pero dais demasiada importancia á mi persona! Mi aventura, cuando mas, suministrará materia para un artículo de periódico, y tendrá para los suscritores el mismo interés que un asesinato ó un envenenamiento.

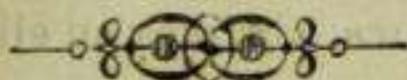
—Además, proseguí con aire inquieto, no sé si hallareis aquí provisiones suficientes.

—¿No tengo, acaso, mi escopeta? Me dejareis municiones para cazar, y los buques que pasen por aquí me las renovarán. Tengo cerdos y gallinas, barricas de azúcar y legumbres secas. Puedo plantar, pescar, cazar y hacer setos y cercas con las cuerdas del buque naufrago. Os queda un celemin de maiz que me podeis dar para sembrarle en la llanura que hay entre los bosques. Tengo una area de herramientas, y en mis diferentes viajes he adquirido algunos conocimientos de carpintería y cerrajería. Así, pues, no veo que carezca de cosa alguna, y léjos de ser digno de compasion, será envidiable mi suerte. Hay en Lóndres millares de seres infortunados que cambiarían gustosos su miseria y sus calles populosas por mi opulenta soledad.

Conocí que seria inútil discutir con Marbre, y confié al tiempo el cuidado de iluminarle sobre sus verdaderos intereses. Sin embargo, persistió y anunció á la tripulacion su intento de establecerse en la isla que habia descubierto.

Al cabo de una semana embarcamos en la goleta todas las

mercancías que podían tener salida en América, y en virtud de la negativa de Marbre de encargarse del mando de la *Polly*, se le confió á nuestro antiguo tercer contramaestre, escribí á los armadores de la *Crisis*, y mandé al capitán de la goleta que diera á la vela con dirección á Nueva-York, haciendo rumbo por el Cabo de Hornos. Entre tanto habia sido estivada la *Crisis*, y antes de aparejar intenté un nuevo esfuerzo para atraer á Marbre á buen camino. Puse en juego al mayor Merton; pero desgraciadamente habia empleado hartos argumentos en favor del proyecto de colonización solitaria para ser escuchado al pronunciarse en sentido contrario. Todo fué inútil, y hube de ceder al singular capricho de Marbre.



---

## CAPITULO XX.

---

Siendo inevitable la resolución de mi pobre amigo, era preciso pensar al menos en su bienestar y en su seguridad. Con las tablas que quedaban en el astillero le edificamos una cabaña sólida y propia para servirle de abrigo contra las tempestades de los trópicos. La dimos doce piés de longitud y seis de anchura; abrimos en ella tres ventanas, y la pusimos una puerta con sus goznes y cerraduras. El calor del clima hacia innecesaria la chimenea; pero colocamos á corta distancia de la cabaña, y debajo de un tejadillo, la cocina de la *Paulina*. Rodeamos tambien con estacas y cuerdas un terreno de dos acres de estension, cuya tierra era fértil y su situacion al Mediodia. Marbre entendia algo de horticultura, y tuve el triste placer de verle cavar su huerta, sembrándola yo mismo antes de marcharme. Pusimos en ella trigo, guisantes, judías, rábanos y otras hortalizas cuya semilla hallamos en la huerta francesa. Transportamos varios objetos de la *Paulina* á las inmediaciones de la casa de Marbre. Se quejaba de que nada le dejábamos que hacer, pero no pudo menos de enternecerse al ver el interés que le manifestábamos.

Los franceses habian abandonado su lancha, que era grande, estaba forrada en cobre y armada en lugre. La puse en estado de navegar por aquel mar tranquilo, y de trasportar á Marbre á otra isla si se le antojaba abandonar su soledad. Le puse dos mástiles con sus velas, vergas y escotas, é hice en ella algunas otras obras que contribuyeron á darle mayor seguridad.

Mientras me ocupé en todos estos preparativos, me vigiló Marbre atentamente. La víspera de mi partida, por la tarde, me cogió el brazo con temblorosa mano, y me llevó aparte. Viéndole conmovido, concebí la esperanza de que me iba á anunciar un cambio de resolución.

—¡Guárdeos Dios, Miles! me dijo con voz entrecortada. Solo por vos sentiria dejar el mundo, y tendré un placer inmenso en recibir noticias vuestras.

—¿Y cómo hemos de hacer eso, querido amigo?

—Es verdad, son difíciles entre Nueva-York y esta isla. Sé que en cuanto hayais desaparecido estaré separado del mundo, probablemente para siempre; pero ¡qué importa! no me queda ya mucho tiempo para estar sobre la tierra. Ayer me dió miss Merton su Biblia, y á ruego mio me enseñó el paraje en que habla de Moisés. Ahora comprendo por qué me pusieron este nombre.

—Pero Moisés no creyó necesario refugiarse en una isla inhabitada, únicamente porque le habian abandonado sus padres.

—Aquel Moisés no tenia motivo alguno para avergonzarse de sus padres, quienes solo por temor le espusieron sobre las aguas; y además, no habia dejado sorprender por los franceses un buque de gran porte como la *Crisis*, tripulada por cuarenta hombres.

—Vamos, Marbre, tenéis demasiado criterio para hablar de ese modo. Afortunadamente no es tarde todavía para haceros variar de opinion.

Tal fué el principio del último esfuerzo que hice para convencer á mi amigo, pero se resistió con tenacidad. Al sepa-

rarme de él le recordé la necesidad que teníamos de aprovechar el viento para dar á la vela al siguiente dia.

—Lo sé, contestó; es inútil repetírmelo, y vuestros marineros han puesto ya manos á la obra. Hé aquí á Nab que viene á anunciaros que el bote os espera. Voy á pasar ya la primera noche en tierra; mañana querreis sin duda estrechar por última vez la mano de un antiguo compañero, y me hallareis en la costa. Adios, pero antes de separarnos quiero daros las gracias por los efectos que habeis hecho llevar á mi cabaña. No los necesitaba, porque tengo bastantes hilos y agujas para llenar un almacén, y la lona vieja que han dejado los franceses me suministrará vestidos suficientes para lo que me resta de vida. ¡Adios, hijo mio, que Dios os bendiga!

A pesar de la oscuridad, ví que los ojos de M. Marbre estaban preñados de lágrimas, y sentí temblar sus manos entre las mias. Me separé de él, convencido de que una noche pasada en la soledad bastaria para curarle de su afición á la vida ascética.

A mi regreso á bordo de la *Crisis* di las órdenes oportunas para aparejar al amanecer. Habia investido con el grado de primer contra-maestre á Talcott, y tomé por segundo de la misma clase á un filadelfiense, cuyo único defecto era una afición muy pronunciada á las bebidas alcohólicas. Antes de levar anclas desembarqué otra vez, y ballé á las gallinas y cerdos reunidos ya junto á la puerta de la cabaña; pero M. Marbre no estaba allí para darles el alimento acostumbrado. ¡Su cabaña estaba vacía!. Supuse al pronto que despues de una noche de insomnio habria salido para disfrutar del fresco reparador de la mañana. Le busqué en el bosque inmediato, en la playa, en todos los parajes que acostumbraba á frecuentar, pero en ninguna parte ví huellas suyas. Al dirigir casualmente la vista al lago, ví que ya no estaba en él la lancha francesa, apesar de haberla dejado allí la víspera, amarrada con un garfio bastante sólido para que no pudiera moverle un hombre solo. Volví inmediatamente á bordo, y pasé una revista general; todos los marineros estaban en sus puestos respectivos,

y era evidente, que M. Marbre habia desamarrado la lancha por sí solo y llevádosela. Subí á las cofas, y desde lo mas alto tendí mi vista por toda la estension de la isla y del mar que la rodeaba; pero no ví á M. Marbre ni á la lancha. Quizás la habria ocultado detrás de los restos de la *Paulina*, pero en este caso debió amainar previamente los palos.

Sin embargo, habíamos levantado nuestra última ancla, y la *Crisis* tenia la proa al boquete. Al mismo tiempo que vigilaba al piloto, continué buscando con la vista al solitario y su embarcacion; envié un bote á reconocer el buque encañado, pero fué en vano tambien. Despues de pesquisas inútiles y de celebrar una conferencia con Talcott, quedé casi convencido de que nuestro amigo, arrepintiéndose de su resolucion, pero detenido lejos de nosotros por una vergüenza mal entendida, se habia aventurado en el mar para dirigirse á alguna isla inmediata. Sin embargo, nada veíamos en lontananza que se pareciera á una embarcacion; solo una vez, desde la verga de mesana, distinguí en el Océano, en direccion del viento, un punto blanco que tenia cierta analogía con la vela de una lancha, pero habia tantas aves marítimas revoloteando á los rayos del sol, que me ví obligado á admitir, á pesar mio, la probabilidad de que fuera una de ellas, y hube de fijarme en esta suposicion.

Al medio dia, á pesar de mis justas inquietudes, dí orden para largar todas las velas y continuar nuestro viaje. El buque se alejó rápidamente de la costa, y á las dos de la tarde la línea de cocoteros que ceñia el horizonte se sepultó completamente bajo el límite que formaban las olas tumultuosas. Desde aquel momento renuncié á toda esperanza de ver á M. Moisés Marbre, y esta circunstancia difundió entre nosotros una melancolía que duró varios dias.

—Es muy sensible, me dijo en la mesa el mayor Merton, que el orgullo haya impedido á M. Marbre, que reconociera su error; le habríamos conducido á Canton, en donde hubiera podido pasar á bordo de otro buque.

—Como pensamos hacerlo nosotros, añadió Emilia, con en-

tonacion marcada. Tiempo es ya de librar al capitan Wallingford de las molestias que le estamos causando.

—Cómo! Mis Merton, repliqué precipitadamente, ¿vuestra adorable compañía puede producirme, acaso, molestias? Puesto que M. Le Compte os procuró una estancia cómoda, y de nada careceis, no tengo motivo alguno para privarme del placer que me procura vuestra presencia á bordo.

Este cumplimiento pareció agradar en extremo á Emilia, pero su padre me dijo con aire pensativo:

—Os debo pedir, seguramente, mil perdones por la incomodidad que os damos, y os lo agradezco tanto mas cuanto que habeis manifestado la intencion de no admitir retribucion alguna. En cuanto lleguemos á China me apresuraré á embarcarme en el primer buque inglés cuyo capitan tenga á bien recibirnos.

Esta declaracion pareció entristecer á Emilia; pero aunque protesté contra las intenciones del Mayor, no podia oponerme á ellas, puesto que ni la Inglaterra ni Bombay se hallaban en nuestro camino. Quise al menos aprovechar los momentos que me restaban pasar todavía en compañía de los Merton. El Mayor, sin tener un talento brillante, estaba muy bien educado, y mis relaciones frecuentes con Emilia me hacian perder esa rudeza peculiar á los marinos, para sustituirla con alguna de las buenas cualidades del hombre de mundo. Merced á ella adquirí cierto *aplomo*, y he dejado de ser tímido para con las mujeres.

Desembarqué á mis pasajeros en Wamboa, haciéndoles prometer que volverian á verme antes de mi partida. Vendí con facilidad mis pieles de nútria y mi madera de sándalo, bajo condiciones muy ventajosas, y compré thés, telas, porcelana y otros objetos indicados en las instrucciones del capitan Williams. Hice tambien por mi cuenta varias compras que destiné anticipadamente á la que estuviere designada por la Providencia para ser dueña de Clawbonny. Las mercancías indígenas tenian á la sazón un precio ínfimo, de modo que me cabia la satisfaccion que produce siempre un viaje fructuoso.

Cuando hube terminado mis operaciones, despues de dos meses de un trabajo asiduo, me apresuré á ir á despedirme del mayor y de su hija. Hallé á Emilia sola, y cuando le anuncié mi próxima partida, se conmovió visiblemente.

—¡Sabe Dios, Miss Merton, la dije enternecido, si volveremos á vernos!

Debo hacer observar á mis lectores que en la actualidad soy un anciano, y la vanidad no ejerce ya su imperio sobre mí. Así pues, cuando refiero las impresiones favorables que he producido en los demás, puedo asegurar que lo hago emancipado ya de toda flaqueza humana. Emilia se estremeció y palideció cuando la hablé de la duracion probable de nuestra separacion. Su linda mano tembló de tal modo, que en vano procuraba manejar la aguja, y la hermosa niña, que acostumbra ser tan serena y dueña de sí misma, era presa entonces de violenta agitacion. Solo hoy puedo esplicarme los motivos que me impidieron arrojarme á sus plantas y suplicarla que me siguiera á América; pero algunos dias despues de aquella escena, reflexionando friamente, me maravilló mi estoicismo. No afirmaré que me atribuyera á mí solo la turbacion de Emilia, pero confieso que no podia explicarla de un modo mas grato para mí.

La llegada del Mayor Merton nos recordó la necesidad de aparecer tranquilos. Tenia un aspecto tan inquieto que le pregunté si experimentaba alguna indisposicion.

—Sufro de continuo, contestó, y un médico me ha dicho francamente que, si no paso cuanto antes á un clima frio, no me quedan seis meses de vida.

—¡Pues bien! exclamé con un apresuramiento que probaba mi sinceridad, ¡partid conmigo! Afortunadamente no es demasiado tarde para proponérslo: mañana temprano damos á la vela.

—Me prohiben que vaya á Bombay, prosiguió el mayor, y me veo precisado á renunciar á mi empleo.

—Tanto mejor, caballero; dentro de cuatro ó cinco meses os desembarcaré en Nueva-York, donde hallareis una tem-

peratura bastante fria para curaros de toda clase de enfermedades. Ireis á bordo en clase de huéspedes, y no de pasajeros.

—Os agradezco vuestra generosidad; pero quizás no sea muy del gusto de vuestros armadores.

—Nada pueden decirme, pues segun el contrato estipulado con ellos, el dinero que satisfagan los pasajeros me pertenece. Solo exigen una cantidad insignificante por los viveres y el agua del buque, y en el caso de que la exigieran podriais pagarla, en razon á que ascenderá cuando mas, á cien pesos.

—Con esa condicion acepto vuestro ofrecimiento; pero como deseo llegar cuanto antes á Inglaterra, os ruego que me digais si pensais hacer escala en Santa Elena.

—Nada hay mas fácil, si así lo deseais; además, será una medida conveniente para la salud de la tripulacion.

—En este caso, Miles, es cosa convenida: mañana me embarco de nuevo en la *Crisis*.

Este arreglo restituyó toda su tranquilidad á Emilia, y yo mismo me sentí aliviado de un peso doloroso, porque la hija del mayor ocupaba, ya que no mi corazon, al menos mi mente. Talcott se alegró tambien sobremanera al saber que disfrutariamos de nuevo de la grata sociedad de los Merton. A la hora convenida dimos á la vela, y se comprenderá fácilmente que la mayor parte de aquel viaje largo y monótono la pasamos en la toldilla. Tocaba yo regularmente el violin y la flauta, y Talcott poseía este último instrumento, de modo que tocábamos tríos deliciosos.

En el estrecho de la Sonda recomendé á los marineros la vigilancia mas esquisita, porque aquellos parajes estaban siempre infestados de piratas, y suponía, con razon, que nos seria imposible evitar su encuentro. Efectivamente, una mañana me despertó Talcott, gritando:

—Levantaos, capitan Wallingford; esos pícaros nos cercan cual una nube de aves de rapiña, y desgraciadamente el viento ha cedido.

Me precipité sobre cubierta, en donde estaba reunida ya toda la tripulacion; el mayor Merton observaba los movi-

mientos del enemigo con su anteojo, y los contramaestres apuntaban los cañones. El Océano parecía hallarse cubierto de agresores, y el mayor me aseguró que había contado mas de veinte y ocho barcos de piratas, algunos de los cuales estaban artillados. Toda mi gente, confiada en la fuerza de la *Crisis*, se preparaba á oponerles una resistencia vigorosa; Nabucodonosor tenia el semblante risueño, y parecia considerar como un simulacro el combate que iba á empeñarse; y sin embargo, este negro no se atrevia á visitar de noche ciertos sitios de Clawbonny. Estoy convencido, además, de que no habria motivo alguno, por muy poderoso que fuera, que le hubiese decidido á atravesar un cementerio, ni aun á las doce del dia: ¡mezcla singular de valor heróico y de supersticioso temor!

La flotilla enemiga maniobraba de acuerdo, y doce cañonazos disparados á un mismo tiempo contra la *Crisis*, nos hicieron experimentar algunas averías. El mayor número de los barcos piratas se habia colocado por nuestra proa, como para cerrarnos el paso: los que estaban por la popa y los flancos formaban una línea de batalla mucho menos compacta. Mandé cargar la vela mayor y que se colocaran marineros en las escotas de la cangreja, tomando exclusivamente estos hombres de la batería de estribor. Cuando estuve todo corriente, puse la barra del timon al viento, la *Crisis* viró por redondo y marchó de bolina con facilidad. Al propio tiempo, con los cañones de la batería de babor, cargados á metralla, disparamos una andanada al grueso de las embarcaciones enemigas. En cuanto se ejecutó la maniobra, rompimos el fuego por babor y estribor, para obligar á los piratas que estaban por la proa á abandonar su posicion. Al cabo de veinte minutos todos los barcos enemigos estaban reunidos al Oeste, y esto era una ventaja muy grande para nosotros, porque podíamos foguearlos con una sola andanada, teniendo además la circunstancia favorable de que el viento soplaba del Sur.

La *Crisis* desplegó sus velas bajas y arrastraderas, con el

objeto de aligerar su marcha: seis de los barcos piratas resolvieron impedirnoslo ciñendo el viento, y procuraron pasar por debajo de nuestras serviolas. El buque continuó su rumbo como para separarlos del resto de la flotilla; luego se apartó de improviso y nos dirigimos al centro mismo de las fuerzas enemigas. Sorprendidos los piratas con nuestra maniobra, nos dejaron el paso libre y atravesamos la flotilla curiéndola de disparos á metralla.

Tres ó cuatro barcos se aproximaron á nosotros y aparentaron abordarnos; pero no juzgué oportuno que para rechazarlos se incomodara á los artilleros que cargaban y disparaban con tanto acierto como ardor, y los piratas no intentaron seguirnos. Cuando se disipó el humo, los ví á bastante distancia por la popa y en un desórden total, producido por los disparos de nuestra artillería. Una de las embarcaciones se habia ido á pique, y otras cinco ó seis estaban reunidas en torno suyo para recoger á los que la tripulaban; otras tres habian perdido sus mástiles, tronchados por nuestras balas. En un viaje ulterior supe que los agresores habian perdido cuarenta y siete hombres. Tuvimos algunas averías en los aparejos, y uno de nuestros marineros murió en el Cabo de Buena Esperanza, no tanto á consecuencia de sus heridas, como por la falta de un buen tratamiento quirúrgico. Nabuco donosor recibió también una herida, pero tan leve, que estaba ya restablecido á nuestra llegada á Santa Elena.

En este puerto no habia buque alguno inglés, y mis pasajeros hubieron de resignarse á acompañarnos hasta Nueva-York. Todo el mundo se regocijó de que Emilia continuara á bordo, pues habia mostrado la mayor sangre fria en nuestra escaramuza con los piratas. Los marineros pretendian que nos daba fortuna, olvidando que la pobre niña llegó á la situacion en que se hallaba por consecuencia de una série de adversidades.

---

**CAPITULO XXI.**

---

Llegamos á Nueva-York en un hermoso dia del mes de junio de 1802. Al entrar en su puerto, que algunos americanos entusiastas han comparado con la bahía de Nápoles , estudié con interés la fisonomía de mis dos pasajeros , porque experimentaba juvenil deseo de conocer la opinion de los extranjeros con respecto á mi patria. Al mayor no pareció sorprenderle la belleza del país ; pero en cuanto á Emilia , ya fuera por un sentimiento positivo, ó por complacerme , manifestó viva admiracion.

El buque estaba á la altura de Bedlow y principiaba el piloto á mandar disminuir el velámen, cuando acertó á cruzar por delante de nosotros una goleta. En el mismo momento oí una exclamacion de Nabucodonosor, que estaba aferrando los juanetes.

—¿ Por qué gritais así ? exclamé colérico. Callaos ó yo os enseñaré á guardar silencio.

—Señor Miles , contestó el negro señalando rápidamente á la goleta, ahí está la *Polly*.

Efectivamente , era el buque construido por M. Le Compte y le llamé inmediatamente.

—¡ Ohe! ¡ la *Polly*!

—¡ Ohe!

—¿ A dónde vais? ¿ cuándo habeis vuelto del mar Pacífico?

—Estamos en carga para la Martinica. Hace seis meses que regresó la *Polly* de los mares del Sur y desde entonces hemos hecho dos viajes á las Indias.

Con esto adquirí la certidumbre de que los armadores habian recibido noticias mias. Efectivamente tan pronto como entró la *Crisis* en el Hudson, dos de los miembros principales de la casa de comercio á que pertenecía el buque vinieron á bordo en un bote. Si el almirante Nelson, despues de la batalla de Aboukir, hubiera podido anunciar por sí mismo su victoria al rey de Inglaterra, no habria recibido una acogida mas lisongera que la que me dispensaron los dos armadores. A cada palabra me prodigaban el dicitario de capitán, y me dirigian á la vez elogios y preguntas sobre el valor del cargamento, en términos que no sabia como componerme para contestarles. Los dos comerciantes me convidaron á un tiempo á que comiera con ellos el dia siguiente, y como me disculpé con mis ocupaciones, fueron difiriendo el convite dia por dia, hasta aquel en que les prometí aceptar. Cuando se trae el oro en abundancia siempre es uno bien recibido. Dí permiso á los marineros para que fueran á pasar la noche en tierra, y mi gente desembarcó en medio de un tropel de posaderos solícitos y aduladores. El marinero que tiene devengados tres años de paga, es una especie de Rothschild en el banco marítimo. Aunque nuestros hombres no habian recibido todavía un solo peso, todas las harpías que les acosaban estaban seguros de que sus adelantos se hallaban hipotecados sobre el cargamento.

La Inglaterra y los ingleses ejercian entonces una influencia notable en toda la América, principalmente en Nueva-York, donde un mayor inglés retirado era una especie de hidalgo entre las clases elevadas. He visto muchos de esos casi-lores, cuyos títulos de nobleza estaban reducidos á des-

pachos de capitanes ó simples tenientes, firmados por el rey de la Gran-Bretaña. No es extraño, pues, que el mayor Merton y su hija fuesen perfectamente recibidos á su llegada, tanto mas, cuanto que sus aventuras tenian algo de novelescas. Uno de los armadores les proporcionó un alojamiento conveniente, con un apresuramiento que se esplica fácilmente por la importancia que habia conservado nuestra antigua metrópoli entre esa parte escogida de la sociedad que sostuviera á la corona durante la guerra de la independencia.

Me vestí y me fuí á tierra con Nabucodonosor, intentando pasar por el escritorio de mis armadores para recoger las cartas que hubiese, contestarlas, y mandar el negro á Clawbonny con la noticia de mi regreso. Pasé por la Bateria en la hora del paseo, y habia en ella mujeres bastante lindas para obligarme á detenerme un rato. Estuve paseando algun tiempo por la alameda mirando á derecha é izquierda, seguido de Nabucodonosor, que lanzaba gritos de admiracion al ver las Venus de color de ébano que se ocupaban en pasear los niños de sus amas.

Observé entre la multitud á dos jóvenes de ambos sexos vestidos con sencillez, pero con un buen gusto, que indicaba pertenecian á la clase bien acomodada. El joven nada tenia de particular, escepto una viveza bulliciosa que no parecia desagradar á su hermosa compañera, á juzgar por el modo con que sus dientes brillaban, cual las perlas de mi collar, entre dos lábios de coral. Una mezcla de delicadeza femenina y de salud floreciente, un paso ligero y agraciado, un semblante que rebosaba ventura y bondad, todo, en fin, contribuia para convertir á aquella mujer en una criatura encantadora... Tenia esos modales distinguidos, fruto á la vez de los sentimientos naturales, de la buena educacion y del trato de gentes. No podia yo adivinar lo que la decia su acompañante, pero supuse serian dos amantes, cuya felicidad no se hallaba empañada por la nube mas ligera. Mi mismo negro los observó, y para examinarlos mejor suspendió su contemplacion de niñeras negras.

En la posición en que me hallaba no podía distinguir bien las facciones de la hermosa jóven; solo había visto que sus ojos eran de color azul oscuro, cuya mirada rápida me fascinó al pasar por su lado. De improviso percibí una voz cuyo sonido conmovió todas las fibras de mi corazón, y esta sola palabra:—«¡Miles!» pronunciada con una expresión penetrante, bastó para hacerme conocer á Lucía Hardinge. Trémula, vacilante, palideciendo y ruborizándose alternativamente, no sabía si había de seguir ó reprimir su natural impulso; revelábanse á un tiempo en su semblante la esperanza, el temor, la duda, el sentimiento, la desconfianza y el pudor.

—¡Ah, Lucía! exclamé, ¿sois realmente vos, cuya belleza admiraba sin conoceros?

Aunque hubiera estado una semana entera para componer un saludo más lisonjero, habríame sido difícil encontrar expresiones más elocuentes. Proseguí la obra que tan bien había principiado, y á pesar de la concurrencia de paseantes y de la repentina gravedad del alegre acompañante de Lucía, estreché á esta tierna amiga contra mi pecho, y la di un beso cual nunca le había recibido, pues los marineros nunca hacen las cosas á medias.

—Basta, os lo ruego, dijo Lucía ruborizada y confusa, esforzándose para salir de entre mis brazos. Ahí están Engracia, mi padre y Ruperto.

En efecto, toda la familia había ido á aspirar el fresco ambiente de la tarde en compañía de un tal Andrés Drewett, condiscípulo de Ruperto y adorador declarado de Lucía. Engracia exclamó también:—«¡Miles!» Pero en vez de adelantarse hácia mí para retroceder en seguida, como lo había hecho su compañera, se arrojó á mi cuello y me besó seis ó siete veces seguidas, observando yo que esta manifestación de fraternal afecto escitaba las simpatías de los paseantes.

El bueno de M. Hardinge olvidó sin duda que á la sazón era yo más alto que él, y me hallaba bronceado por el sol tropical, pues me besó cual si fuera todavía un niño, y dió li-

bre curso á sus lágrimas y á sus piadosas acciones de gracias. De tal modo me enternecí, que para reponerme me apresuré á dar un apretón de mano á Ruperto, por cuya parte no temía hallar demostraciones tan sentimentales. Nos apresuramos á sustraernos á las curiosas miradas de la muchedumbre, buscando un sitio mas conveniente para conversar. En el camino dijo M. Drewett á Lucía.

—¿Es un amigo íntimo ó algun pariente vuestro muy próximo?

—Oh! sí, contestó, es á la vez pariente y amigo.

—¿Me atreveré á preguntaros su nombre?

—¿Su nombre, M. Drewett? pues si es Miles, nuestro querido Miles; ¿sin duda nos habreis oido hablar de Miles? Ah! me olvidaba de que nunca habeis estado en Clawbonny. ... ¿Verdad que es una sorpresa muy grata, querida Engracia?

Mi hermana estrechó la mano de Lucía, y tuvo con ella un coloquio, cuyo término aguardó M. Drewett con una paciencia que me pareció digna de elogio. Despues añadió:

—Ibais á decirme alguna cosa, segun creo señorita.

—Yo! ¿qué era? Os ruego me perdoneis, M. Drewett, pues ya no recuerdo lo que era. Ah! sí, sí, iba á deciros que es M. Miles Wallingford de Clawbonny, pupilo de mi padre, y hermano de Engracia.

—¿Y de qué grado es vuestro parentesco? prosiguió el joven con insistencia.

—¿De qué grado?... muy próximo... Es... Todas mis ideas están confusas esta tarde... no le une con nosotros ningun vínculo de parentesco.

Entonces ya juzgó oportuno M. Drewett retirarse, y se despidió de nosotros con una política estudiada que me encantó, pero que no me hallaba á la sazón en estado de apreciar en su justo valor. Nadie pareció echar menos su presencia, y conversamos con la misma tranquilidad que si hubiéramos estado bajo el olmo secular de nuestra posesion. Hallábame colocado entre M. Hardinge y Engracia; Lucía

estaba al lado de su padre, apoyándose en sus rodillas, y durante nuestra conversacion, permaneció inclinada hácia adelante, con los ojos atentamente fijos en mí.

—Os aguardábamos, exclamó M. Hardinge. El último buque procedente de la China trajo la noticia de que la *Crisis* es daba á la vela al cabo de diez dias, y he consentido en venir á Nueva-York á esperar vuestro regreso.

—Y juzgad cuál seria nuestra sorpresa, añadió Ruperto, cuando leíamos en los periódicos: La *Crisis*, capitan Wallingford.

—¿Recibisteis las cartas que escribí desde la isla?

—Nos hablabais en ella de M. Marbre, y deduje naturalmente que tomaria de nuevo el mando del buque.

—Tuvo á bien dejarme en posesion de él, pensando sin duda, que estaba en buenas manos, contesté con cierto orgullo, porque mi amor propio me hizo olvidar por un momento la posicion tan triste del viejo marino.

—Le habeis desempeñado bien, segun parece, me dijo M. Hardinge; elogian por do quiera vuestra conducta, y la hazaña de recobrar el buque dicen que es digna de nuestro mejor almirante.

—Procuré cumplir con mi deber, contesté con modestia. Habria sido profundo deshonor para mí verme obligado á referir á mi regreso que los franceses se habian apoderado de nuestro buque mientras dormiamos.

—Pero tambien vos sorprendisteis á los franceses durante su sueño, y habeis sabido conservar vuestra conquista; dijo una voz dulce y melodiosa, cuyo tierno acento me llegó al alma. Me volví y tropecé con la espresiva mirada de Lucía, quien, para evitar la mia, se ocultó instintivamente detrás de su padre.

—Sí, contesté, hemos sido mas afortunados que nuestros enemigos; pero recordareis, tambien, que nos favoreció la condescendencia del pobre M. Le Compte, quien nos dejó una goleta con detrimento de sus intereses. La precipitacion con que nos abandonó su buque fué debida quizás al

deseo de alejar de nosotros á miss Merton, á la que profesaba un amor vehemente.

—¡Miss Merton! exclamó Engracia.

—¡Miss Merton! repitió Ruperto con acento de curiosidad.

—¿Quién es miss Merton? preguntó M. Hardinge sonriéndose.

Solo Lucía guardó silencio.

—Creía haberos hablado de la familia Merton, y referido como la conocí en Londres, y la hallé de nuevo en compañía de M. Le Compte.

—Vuestras cartas, á la verdad, contenian algunas palabras relativas al mayor Merton, pero esta es la vez primera que oigo hablar de esa señorita. ¿No es cierto, hijos míos, que en las cartas de Miles solo se habla del mayor?

—Seguramente, contestó Engracia riéndose; la que me vino dirigida no hablaba de jóven alguna. ¿Y la vuestra, Lucía?

—Es evidente, dijo Lucía en voz muy baja, que no me habia de hablar de lo que juzgaba oportuno ocultar á su hermana.

—Es raro que haya olvidado á miss Merton en mis cartas, repuse con forzada sonrisa, pues los jóvenes rara vez omitimos hablar de las muchachas.

—¿Es muy jóven esa señorita, hermano mio? preguntó Engracia.

—Tiene próximamente vuestra edad.

—¿Es bonita? bien educada?

—Se os parece mucho en todo, querida mia.

—Supongo que será bonita, añadió M. Hardinge, puesto que habeis dejado de hablar de sus encantos en las cartas.

—Creo, M. Hardinge, que todos los que no tengan un gusto harto delicado, habrán de considerar á miss Merton como una beldad notable. Además, podreis juzgarlo personalmente, pues se halla aquí con su padre.

—¿Aquí? exclamaron unánimemente todos mis interlocutores.

—Sí; pues el mayor, no hallando otra ocasion favorable, regresa á Inglaterra por la via de América.

—¿Y cuánto tiempo hace que el padre y la hija se hallan á bordo de vuestro buque? preguntó Engracia con tono grave.

—Unos nueve meses, y comprendido el tiempo pasado en Lóndres, en Canton y en la isla, hará próximamente un año que nos conocemos.

—Habeis estado bastante tiempo juntos, seguramente, para que se haya grabado en vuestra memoria, y no debierais haberla olvidado en vuestras cartas.

A esta réplica siguió un momento de silencio, que solo interrumpió M. Hardinge para interrogarme sobre mi viaje á Canton. Como empezaba á hacer frio en la Bateria, nos fuimos á la casa de Mme. Bradford, en donde residian todos los habitantes de Clawbonny. Esta señora profesaba sincero afecto á Lucía, y la habia introducido en la alta sociedad de Nueva-York. El trato de gentes habia aumentado los atractivos y buenos modales de Engracia y de su amiga, templando al propio tiempo con cierto grado de reserva la cándida franqueza de la hija de M. Hardinge. Ambas habian adquirido tales cualidades, que empecé á creer que Emilia Merton, lejos de eclipsarlas, se perfeccionaria á su lado.

Cuando hubimos llegado á casa, tuve que contestar á una porcion de preguntas; no se volvió á pronunciar el nombre de miss Merton, y reapareció la sonrisa en el rostro de Lucía. Con el fin de examinar mejor á mis dos amigas, las rogué que se colocaran delante de mí. Engracia tenia diez y nueve años, y Lucía seis meses menos. Esta última no tenia, como mi hermana, un talle esbelto y delicado, sino que se habia desarrollado, pero sin que se la pudiera tachar de tener pesadez de formas. Sus facciones podian ser comparadas con ventaja propia con las de Emilia Merton, cuya obesidad habia hecho desaparecer todos los ángulos. La fisonomía de Engracia tenia siempre una espresion de inteligencia, pero los ojos de Lucía estaban impregnados de una sensibilidad que los hacia ser mas seductores en concepto mio.

Por último, cualquier hombre se habría envanecido con escitar, como yo, el interés de dos mujeres tan buenas y hermosas.

Nabucodonosor había ido á reunirse con cierta Cloe Clawbonny, prima suya, á la que galanteaba ya ántes de su partida. A petición de Lucía se dispuso que el negro interrumpiera su amorosa conversacion para subir á la sala, y fué para él un favor señalado el ser admitido en presencia de sus superiores, porque en aquella época los negros reconocian voluntariamente que tenian superiores. Hoy está ya pros-crita semejante calificacion; cualquier hombre vale tanto como otro, y todos los ciudadanos se consideran iguales entre sí, aunque unos tengan la desgracia de verse condenados á improbos trabajos, mientras que otros pueden vivir en opulenta ociosidad.

Concluimos el dia con una cena, en que se brindó alegremente, pues todavía se cenaba en aquella época. La mayor parte de las personas á cuya salud se brindó me eran completamente desconocidas; segun las reglas establecidas se escluia siempre á las personas presentes, y los viudos y solteros brindaban siempre por personas que se hallaran en iguales condiciones de existencia. M. Hardinge promovió nuestra risa brindando por una enfermera anciana, llamada Peggi Perott, y conocida en las cercanías de Clawbonny por la mujer mas fea del país. Mme. Bradfort brindó por el doctor Wilson, eclesiástico anciano y amigo suyo; y Ruperto bebió á la salud de mis Winthrop, cuya familia pertenecia á la alta aristocracia colonial.

—¿Conoceis á esa miss Winthrop? pregunté á Engracia en voz baja.

No, porque no frecuento esa casa, respondió con dulzura; Ruperto y Lucía visitan á muchas personas á quienes no conozco.

Era la primera vez que me revelaban la diferencia de posicion que existia entre Engracia y nuestros amigos. Siempre nos desagrada saber lo que nos es desfavorable, y así fué

que por de pronto experimenté cierto sentimiento de indignación; al paso que si la ventaja hubiera estado de parte de mi hermana, me habría figurado simplemente que la sociedad ejercía con ella un acto de estricta justicia. Estas distinciones produjeron consecuencias que me era imposible prever, y que referiré en el curso de esta obra.

Ruperto invitó á Engracia á que pronunciara un brindis, porque exigía el uso que siguiera una señora á un caballero. Mi hermana, sin desconcertarse, pero despues de vacilar un momento, brindó por M. Eduardo Marton, jóven que frecuentaba la casa de Mme. Bradfort.

—Ahora le toca á mi querido Miles, me dijo Engracia sonriéndose.

—A fé mia que á nadie conozco. Nuestras jóvenes del condado de Ulster no están presentes ya en mi memoria; pero una vez que me obligais, tomaré el nombre de la persona á cuyo lado acabo de pasar nueve meses. ¡Brindo por Emilia Merton!

Al oír M. Hardinge estas palabras, se quedó pensativo, cual si reflexionara sobre sus deberes de tutor. Por mi parte no me atrevia á mirar á Lucía, aunque no habría vacilado en beber á su salud á permitirlo así las leyes del brindis. Correspondíale á la sazón brindar, y se lo advirtió Mme. Bradfort, que era demasiado metódica para olvidar á nadie. Lucía tuvo tiempo suficiente para reflexionar; se inclinó, reflexionó un momento, y dijo:

—¡A la salud de M. Andrés Drewett!

Así pues, Lucía Hardinge brindaba por aquel jóven con quien la sorprendí en tan animada conversacion. A tener yo mas mundo, habría hallado muy sencilla esta circunstancia, con mayor conocimiento de la naturaleza humana, hubiera sabido que una mujer llena de tacto y delicadeza no aprovecharia la ocasion de una costumbre pueril para revelar el secreto mas querido de su corazon. Pero yo era jóven, estaba dispuesto á brindar ante el universo entero por la mujer á quien preferia, y no sabia distinguir la diferen-

cia de sexos y caracteres. El brindis de Lucía produjo en mí un disgusto que me hizo estar sombrío el resto de la noche, y oí con gusto á Ruperto advertirme que eran las once, y que necesitaba buscar alojamiento para pasar la noche.

A la mañana siguiente, al ocuparme de los asuntos del buque, ví que los periódicos habian popularizado mi nombre entre el comercio y la marina mercante, y fuí acogido favorablemente en todas partes. Hay algunos hombres tan fuertes en principios y en inteligencia, que se contentan con la aprobacion de su propia conciencia, y oponen igual indiferencia á la lisonja y al menosprecio del mundo; pero confieso que no me hallaba dotado con el estoicismo suficiente para hacer poco caso de la buena opinion que formarían de mí mis compatriotas. Sé muy bien que el valor que se dá á los agenos sufragios suele ser un obstáculo para la elevacion de un hombre; porque cuando se carece de la capacidad suficiente para juzgar y obrar por inspiracion propia, siempre se corre peligro de hacer concesiones inoportunas á los deseos de sus semejantes. Pero es lo cierto que yo me hallaba bastante envanecido con el diminuto pedestal sobre el cual me habian colocado los periódicos.



---

## CAPITULO XXII.

---

Vi casi todos los dias á Engracia, Lucía, Ruperto y el buen Hardinge; pero trascurrieron algunos antes de que tuviera tiempo de visitar á los Merton. Cuando me fué posible presentarme en su casa, se manifestaron muy complacidos de verme, aunque no necesitasen mis atenciones para vivir felices. El mayor habia hecho valer sus derechos ante el cónsul inglés, el coronel Barclay, que habia nacido en la isla de Manhaltan, y tenia en ella parientes en buena posicion, á cuya circunstancia debió el mayor un crédito que no le hubiera hecho obtener su grado por sí solo. El coronel Barclay presentó á los Merton en algunas reuniones, de que me hallaba excluido por mi clase de capitán de buque mercante; exclusion que á mas de ser penosa en todos los casos, me procuró disgustos particulares.

Cuando dije á Emilia que Engracia y Lucía se hallaban en Nueva-York, y que intentaban ir á verla en aquella misma tarde, manifestó menos curiosidad de la que habia mostrado un mes antes. Despues de haber expresado el placer que tendria en ver á aquellas señoritas, me preguntó si Miss Hardinge era parienta de M. Ruperto Hardinge, quien le habia sido

presentado la vispera en una reunion. Contesté afirmativamente.

—Me han dicho, repuso, que es hijo de un eclesiástico respetable.

—La familia Hardinge disfruta de gran consideracion entre nosotros. El padre y el abuelo de Ruperto pertenecian al estado eclesiástico, y su bisabuelo era marino.

—¿Marino? replicó la jóven. Me habian dicho que era oficial en la armada inglesa.

—Es verdad, contesté. El anciano capitán ó comodoro Hardinge habia mandado una escuadra. Servia en la marina inglesa.

—Oh! dijo Emilia con viveza, cuando un hombre ocupa ese grado en la marina militar, es mas que un simple marino.

Bastaban estas palabras para probarme que Miss Merton habia dejado de considerar al capitán de la *Crisis* como el primer hombre del mundo. Un campanillazo anunció la llegada de las dos jóvenes, y muy luego tuve el gusto de ver reunidas á aquellas tres personas tan amables. Emilia recibió á Engracia y á Lucía con una afabilidad cortés, y expresó de un modo vehemente la gratitud que me debia, con viva satisfaccion de mis amigas, quienes nunca se cansaban de oír elogiarme. Luego se habló de las reuniones de Nueva-York, y como las personas de quienes se hablaba me eran completamente desconocidas, tuve tiempo suficiente para comparar unas con otras á aquellas tres mujeres. Engracia y Lucía llevaban ventaja á la jóven inglesa por la delicadeza y suavidad de su tez, la pequeñez de sus manos y sus piés, y la elegancia de su talle y de su porte. Emilia tenia mas brillo, mas viveza en la fisonomía; Lucía mas finura y sensibilidad. Me pareció que la hija de M. Hardinge, con su lindo traje de mañana, eclipsaba á Emilia; pero acaso habria obtenido esta mas ventaja en un salon de baile. Despues de una visita de una hora se separaron con la promesa de volverse á ver muy luego, y tan pronto como estuvimos en la calle, me dijo Engracia:

—A la verdad, Miles, podeis vanagloriaros de haber servido á una mujer encantadora. Me gusta mucho.

—¿Cuál es vuestra opinion? pregunté á Lucía.

—Exactamente la misma, dijo con tono menos alegre que de costumbre. Rara vez he visto á una jóven tan amable, y no es extraño.....

—¿Qué? preguntó Engracia, viendo que su amiga vacilaba.

—Oh! iba á decir una necedad; vale mas callar. ¿Pero habeis observado, Engracia, los modales elegantes de Miss Merton?

—Casi me siento inclinada á tacharlos de un poco afectados.

—Sin embargo, repuso Lucía dirigiéndome una mirada furtiva, debe gustar á las personas que están acostumbradas á ellos, y estas deben sentir no encontrarlos en los demás.

Esta reconvencion indirecta me desagradó. Parecia que Lucía me acusaba de haber perdido mi franqueza habitual hasta el extremo de aficionarme á la afectacion. Pretesté ocupaciones para alejarme, y al pasar por Rector-Street encontré á M. Hardinge que iba á buscarme.

—Venid acá, me dijo el buen anciano, que quiero tengamos una conversacion. Acabo de hablar con mi antiguo amigo Juan Murray, jefe de una de las mejores casas de comercio de América, y me ha dicho: «Ese jóven tiene mucha disposicion; aprovechadla; compradle un buque, y que en lo sucesivo haga negocios por cuenta propia.» He reflexionado acerca de ese proyecto, y si le aprobais, tengo ya averiguado donde hay un buque.»

—Pero, querido amigo, no tengo dinero suficiente para hacer esa compra. Despues de haber navegado á bordo del *John*, del *Tigre* y de la *Crisis*, no deseo embarcarme en un buque de un órden inferior.

—Olvidais mencionar la *Polly*, dijo el buen sacerdote sonriendo; en todo caso vuestra dignidad estará á cubierto. No podeis desear cosa mejor que el buque que me han propuesto. Solo ha hecho una travesfa, y le han puesto en venta con motivo del fallecimiento de su dueño. En cuanto al dinero,

recordareis que he impuesto en los fondos públicos trece mil pesos, importe de vuestra renta. ¿A cuanto calculais que ascenderán vuestra paga y vuestros emolumentos?

—Tengo en este momento cerca de tres mil duros, y aun me falta cobrar mi parte de presa.

—El precio del buque solo es de quince mil pesos, y cuento con que podremos reunir hasta veinte mil. Así pues, id á verle, y si os conviene, cerraré el trato.

—Pero, decidme, mi querido M. Hardinge, ¿creeis hallaros en el caso de poder juzgar el valor de un buque?

—Me he guardado muy bien de fiarme de mis propios conocimientos. He consultado el dictámen de Juan Murray, de Archibaldo Gracie, de Guillermo Bayard, y aun del doctor Benjamin Moore, todos ellos jueces competentes en esa materia.

—Los tres primeros son inteligentes; ¿pero quién es el doctor Benjamin?

—Es á quien hemos elegido obispo durante vuestra ausencia, y aun en materia de buques no es cosa de despreciar la opinion de un hombre tan honrado.

Mis lectores se reirán, como yo, de la sencillez de M. Hardinge; y sin embargo, ¿es extraño que un obispo se mezcle en asuntos de marina, cuando vemos á tantos ignorantes mezclarse en discusiones religiosas, sin haber abierto en tiempo alguno un libro de teología?

El buque que fuí á ver estaba forrado y claveteado en cobre, y su porte era de unas quinientas toneladas. Habia sido construido en Filadelfia, lo cual era una garantía en 1802. Acababa de hacer un viage á China, y solo contaba un año de existencia; se llamaba *La Aurora*. Despues de haberle examinado detenidamente, le compré al fin de la semana. El momento era favorable, porque se presentaban pasajeros para casi todas las partes del mundo. Podia yo escoger entre Holanda, Francia, Inglaterra y China. Despues de haber consultado á mi tutor, me decidí á marchar á Burdeos, de donde contaba regresar en el término de cinco meses, para cuya época seria mayor de edad. Tomé por contramaestres á Tal-

cott y al filadelfiense que montaba en la misma clase la *Polly*, quien se llamaba Walton. Mientras llegaba el momento de mi partida, quise hacer una visita á la casa paterna. Era la época del año en que la clase acomodada abandona la ciudad para ocupar las casas de campo construidas á orillas del Hudson. M. Hardinge suspiraba por el campo y sus ganados; las jóvenes comenzaban á encontrar la ciudad triste, y todos, excepto Ruperto, anhelaban salir de ella. Yo habia convidado á los Merton á que pasasen una parte del verano en Clawbonny, cuya residencia podia mejorar la salud del mayor, á quien los médicos habian aconsejado que buscara lejos de Nueva-York un aire puro y fresco. Emilia frecuentaba ya una sociedad tan elevada, que me sorprendió oirla estrechar á su padre para que cumpliera su promesa.

—M. Hardinge, dijo, me ha asegurado que Clawbonny es una quinta muy bonita. No aguardais noticias de Inglaterra hasta dentro de algunos meses, y sé que el capitan Wallingford nos recibirá con gusto.

Tan luego como hube decidido á los Merton, hice una tentativa respecto de Ruperto, pero al pronto se negó á acompañarnos.

—Querido Miles, me dijo, sin duda convendreis en que Clawbonny es una morada insípida para un habitante de Nueva-York. Me encuentro bien aquí, y mi excelente prima Margarita Bradford hace todo lo posible para serme agradable. ¿Querreis creer que de dos años á esta parte me ha dado mil doscientas libras? Qué mujer tan buena!

Conociendo el cariño que la Sra. Bradford profesaba á su familia, creí fácilmente en su generosidad; pero me sorprendió que Ruperto se hubiese hallado en el caso de recurrir á ella, porque habia percibido hasta el último céntimo de los fondos que yo pusiera á su disposición.

—Siento que no vengais con nosotros, contesté, porque contaba con vos para entretener á los Merton.

—¿Los Merton? ¿De veras ván á pasar el verano en Clawbonny?

—¿Porqué no? Marchan con nosotros mañana temprano.

—Miles, querido amigo, no conocéis el mundo; los ingleses, en particular, son esclavos del bien parecer y de la etiqueta. Puedo afirmároslo, porque paso la mayor parte de mi tiempo en la sociedad inglesa.

La sociedad de que hablaba Ruperto comprendia á una parte de la aristocracia americana, á algunos ingleses de familias respetables y á un gran número de aventureros que se introducian en ella á favor de un aspecto exterior ventajoso y de cierto hábito de las conversaciones frívolas. Hablaban mucho, bebian mas, y ostentaban soberano desprecio hácia los hombres y las cosas de América. Como tenian con frecuencia en los labios los nombres de lord R....., de sir John B....., ó de otros altos personajes á quienes solo de oidas conocian, el novicio é inesperto hijo de M. Hardinge imaginaba que se hallaban directamente relacionados con los dignatarios de la Gran Bretaña; procuraba copiar los modales de aquellos fingidos *gentlemen*, y veía yo con sentimiento que hacia esfuerzos para corromper las buenas cualidades de que se hallaba dotado, con el fin de consagrarse á la imitacion de aquellos modelos equívocos.

—No es Clawbenny, á la verdad una residencia de lujo, le contesté despues de un momento de indecision; pero es, sin embargo, una habitacion agradable.

—Sin duda, Miles, pero es una simple alquería, y si á las jóvenes les gustan los escelentes productos de las alquerías, no es razon esta para que les agrade establecer en ellas su domicilio. He tenido ocasion de ver con frecuencia á Emilia Merton, y he podido observar que tiene gustos muy delicados. Siente mucho que hayas seguido la profesion de marino, que, como sabeis, no es de las mas decentes.

—¿De veras, Ruperto? contesté prorrumpiendo en una carcajada, porque me parecia absurdo no conceder su verdadero rango á un estado tan noble como útil. En todo caso, no podrá quejarse miss Merton de que haya procurado engañarla acerca de mi verdadera posicion.

—No responderé de ello, pues tenia formadas, con respecto á Clawbonny, ideas enteramente inglesas. En Inglaterra, una posesion dá á un hombre cierta consideracion; pero es la tierra entre nosotros una cosa tan comun, que los que poseen algunos acres, no por eso participan de notable estimacion. Hé ahí lo que he explicado á miss Merton.

—Y.... ¿tendreis á bien repetirme lo que la habeis dicho?

Ruperto se quitó el cigarro de la boca, arrojó bocanadas de humo, miró al cielo cual si observara los astros, y por fin se dignó contestarme:

—He dicho á Emilia que Clawbonny es una alquería y no una posesion; despues he entrado en pormenores sobre la posicion de los que poseen alquerías en los Estados-Unidos.

—¿Y han sido acaso vuestras esplicaciones causa suficiente para que miss Merton haya perdido la buena opinion que pudiera haber formado con respecto á mí?

—Nada de eso: os estima como marino, os considera como una especie de Nelson en la marina mercante; pero vé con sentimiento que seguis una carrera que no se halla comprendida en el número de las profesiones nobles. Cualquiera otra jóven tendria en ese concepto las mismas ideas.

—Os equivocais, Ruperto. ¿Creéis, por ejemplo, que Lucía siente no me haya dedicado al foro?

—Sin duda alguna. ¿Recordais como lloró cuando nos separamos de ella para embarcarnos? Era indudablemente porque elegiais una profesion indigna de un caballero.

Hallábame muy distante de participar de semejante opinion; pero no tenia tiempo para entretenerme en discutir con Ruperto, y me contenté con preguntarle:

—Veamos, ¿venís ó no?

—Puesto que van los Merton, haria muy mal en no seguirlos. Visitaremos á las familias que se instalan durante

el verano en la orilla opuesta del Hudson. Seria bueno, Miles, que procurarais relacionaros con ellas.

—Hace mas de un siglo que nos conocen y estiman en la orilla occidental, y espero con fundamento que nos dispensarán buena acogida en la septentrional, aunque se halle habitada por personas de una condicion superior. El *Wallingford* dá á la vela muy temprano para evitar la marea contraria, y ruego á vueseñoría que no se haga esperar, porque será muy fácil que se me acabe pronto la paciencia.

Me separé de Ruperto con un sentimiento profundo de cólera y de desprecio. No me hacia ilusiones acerca de mi posicion social, y sin imaginar por esto que la naturaleza hubiese creado hombres desiguales, admitia desde luego que las costumbres, la educacion, y algunas veces la casualidad, establecian distinciones necesarias. Por la razon indicada hallaba muy natural que Emilia Merton, con sus ideas inglesas, hubiera pronunciado las palabras que le atribuyera Ruperto; pero lo que me habia dicho de Lucía me entristecia, y resolví estudiar el carácter de mi jóven amiga durante los pocos dias que pasáramos en Clawbonny.

Al dia siguiente aparejamos á la hora convenida, y favorecidos por una brisa fresca del Sur, desembarcamos en el molino por la tarde. Cumpliendo con mis deberes de huésped, ofrecí el brazo á Emilia y llegamos pronto á una colina desde la cual se dominaba la casa, los prados, las huertas y el campo.

—¿Con qué ese es Clawbonny? exclamó Emilia. A la verdad, capitan Wallingford, que es una casa muy agradable, y no esperaba hallarla así, segun la descripcion que me habia hecho de ella M. Ruperto Hardinge.

Mi tutor, que miraba con los ojos arrasados de agua su habitacion predilecta, sin cuidarse de mis Merton, me cogió del brazo y me llevó algunos pasos mas adelante. Lucía iba cogida del otro brazo de su padre, y nos pusimos á la cabeza de la pequeña comitiva.

—Es un sitio muy risueño, Miles, me dijo M. Hardinge, y espero que nunca pensareis en demoler esa casa antigua y sólida.

—¿Por qué ha de ocurrírseme semejante idea, querido M. Hardinge? ha servido á mis antepasados, y puede durar todavía un siglo.

—Sin duda alguna; pero estais metido ya en el comercio, y cuando seais rico, podreis tener el deseo de edificar un palacio.

Esta era, en realidad, una de mis ilusiones infantiles; pero hacia mucho tiempo que la edad y la reflexion la habian desterrado de mi mente.

—¿Qué piensa de eso Lucía? pregunté; ¿necesito, soy digno acaso, de una casa mas espléndida?

—No contestaré á esas dos preguntas, respondió la jóven con un tono que me pareció bastante brusco. No sé lo que necesitais, y no quiero hablar de lo que mereceis. Pero supongo que esa cuestion será decidida uno de estos dias por cierta señora Wallingford.

Al decir Lucía estas palabras, volvió la cabeza para impedirme que viera su rostro; pero no pasó desapercibida su observacion para M. Hardinge, quien la amplió con todo el celo propio de un afecto puro y desinteresado.

—Cuando os caseis, me dijo, elegid una mujer bastante buena y sencilla de corazon, y de costumbres para no querer abandonar ni modificar á Clawbonny. Dios mio! cuántos dias de ventura y de infortunio se han sucedido bajo ese techo, tanto para mí como para los seres que me son mas queridos.

A estas palabras siguió una especie de enumeracion de los acontecimientos que se habian realizado en mi posesion, y mi tutor la terminó repitiendo con tono solemne:

—¡Guardaos bien, Miles, de casaros con una mujer que fuera capaz de abandonar ó modificar á Clawbonny.

---

### CAPÍTULO XXIII.

---

Al día siguiente me levanté muy temprano, y acompañado de Engracia bajé al jardín, donde hallé á Lucía mas tranquila y mas feliz, al parecer, que en los días precedentes. Me recibió con una cordialidad que disipó mis temores, y empecé á dudar de que tuviera inclinacion hácia un jóven que se dedicara á una profesion mas noble que la de capitán de la marina mercante.

—No esperaba encontraros aquí, la dijo Engracia! No hace todavía veinte minutos que estabais en vuestro cuarto, y os hallo ya ocupada en comer grosellas verdes.

—Las frutas verdes de Clawbonny valen mucho mas que las maduras de los asquerosos mercados de Nueva-York! exclamó Lucía con una viveza que nada tenia de afectada. Preferiria una patata de Clawbonny á un melocoton de Nueva-York.

—¡Cuán felices, seríamos, Miles, repuso mi hermana, si pudiérais renunciar á la marina y veniros á vivir en la casa que habitaron antes nuestros padres!

—Es imposible, replicó Lucía. Los hombres no son como

nosotras, que entregamos nuestro corazón por entero al objeto amado. En vez de cultivar tranquila y pacíficamente sus tierras, prefieren vagar á la aventura, naufragar y desembarcar en islas desiertas.

—No es extraño que la residencia en islas desiertas tenga grandes encantos para mi hermano, puesto que encuentra en ellas compañeras como miss Merton.

—Recordareis, hermana querida, que fué en Lóndres, en Hyde Park, donde ví por primera vez á miss Merton.

—Convendreis conmigo, Lucía, en que es muy singular el silencio que observó Miles sobre este asunto. Cuando un jóven libra á una señorita de morir ahogada, debiera participarlo á sus amigos y conocidos.

Cuántas veces una palabra inconsecuente, proferida sin intencion alguna, nos causa penas de que pudiéramos estar exentos! Engracia no tenia segunda intencion, y sin embargo, las pocas palabras que pronunció, me hicieron estar caviloso, y desterraron la sonrisa del semblante de su compañera, que generalmente estaba tan risueño. Decayó la conversacion y poco despues regresamos á la casa.

Empleé la mañana en recorrer la posesion á caballo con M. Hardinge, y en escuchar las cuentas que me daba de su tutoría; ya conocia yo los resultados principales de su administracion, y de los cuales era la *Aurora* una prueba material; pero sin embargo juzgó oportuno descender á las esplicaciones mas minuciosas. No habia en la tierra hombre mas fácil de engañar que aquel escelente eclesiástico, y si habian prosperado mis rentas, consistia en la prosperidad general del país, en los acertados planes trazados por mi padre, y en las cualidades preciosas de los agentes á quienes eligiera el difunto. Si mis asuntos hubieran dependido esclusivamente de la direccion y conocimientos de M. Hardinge, es bien seguro que, con la mejor intencion del mundo por su parte, me habria arruinado bien pronto.

—No creo ya en milagros, querido Miles, me dijo mi tutor cegado por un honroso amor propio; pero creo que Dios ha aumentado mis facultades para hacerme capaz de desempeñar los difíciles deberes que me fueron confiados tan bruscamente. Gracias á Dios, los huérfanos no tendrán motivos para quejarse! En la compra de granos, por ejemplo, he tenido un tino que me sorprendia á mí mismo, pues no hubiera sabido comprar una fanega de trigo antes de ser administrador responsable de nuestros molinos. Por lo demás, no me atribuyo exclusivamente el buen éxito.

—Confío en que el molinero Morgan os habrá secudado con todo su poder.

—Sin duda alguna: tiene siempre muy buena voluntad, y nunca dejo de enviarle á los mercados á comprar ó vender. Sus consejos me han sido de suma utilidad.

—¿Pero como habeis conseguido distribuir tan ventajosamente las diferentes clases de trigo?

—He seguido tambien los consejos de Morgan, y la abundancia de nuestras cosechas es verdaderamente providencial.

—¿El viejo Hiram, tio de Nab, os habrá sido tambien muy útil? Tiene mucha sagacidad.

—Me complazco en confesar que tambien Hiram ha sido mi colaborador asiduo. En resumen, hijo mio, debeis estar contento con vuestra felicidad terrestre, y trasmitireis á vuestros hijos una propiedad de sumo valor. Creo muy bien que no tendreis tan excesivo cariño á vuestro buque que querais consagraros al celibato, y me consideraré muy feliz el dia que vea en Clawbonny á otra señora de Wallingford. Será la tercera que vea, pues me acuerdo todavia de vuestra abuela.

—¿Podriais indicarme una persona á propósito para llenar ese puesto? pregunté sonriéndome.

—¿Qué pensais de miss Merton, amigo mio? Es hermosa, y eso agrada á los jóvenes; es instruida, lo cual gusta á los ancianos; está bien educada, y esto durará todavia cuando ha-

ya desaparecido la belleza. Ayer, sin ir mas lejos, hablé de ello con Lucía, mientras subíamos el Hudson... ¡Pero mirad que hermoso está ese trigo! Tuve intencion de sembrarlo en aquella loma, y dedicar ese campo á la siembra de patatas; pero tanto me dijo el viejo Hiram, que me decidió á poner las patatas en la loma y el trigo en la llanura, en donde ha prosperado maravillosamente.

—Pero olvidais referirme el resultado de vuestra conferencia con Lucía.

—Es cierto, es cierto; encuentro muy natural que preferais oir hablar de miss Merton antes que de mis patatas, y podeis estar seguro de que se lo haré así presente á Lucía.

—¡Os ruego encarecidamente que no hagais tal! exclamé con inquietud.

—Ah! os reconocéis culpable: vuestro aspecto alarmado os denuncia; pero por mas que digais, sabrán la verdad vuestra hermana y mi hija. Con mucha frecuencia hablamos de vos Lucía y yo, pues ella os quiere como á un hermano... Vamos, hijo mio, os ruborizais como una niña de diez y seis años; ¿por qué os avergonzais de un amor virtuoso?

—Prescindid de mi rubor, caballero, y habladme de vuestra conversacion con Lucía.

—Pues bien, le hablé de vuestra prolongada permanencia al lado de miss Merton, tanto á bordo como en un isla desierta, y añadí que seria casi imposible que dos jóvenes de distinto sexo y tan cumplidos hubieren pasado tanto tiempo juntos sin profesarse mútuo afecto. A la verdad, la diferencia de patria puede ser un obstáculo para vuestra union.

—¡Y la de posicion, caballero! Ya sabeis que es hija de un oficial superior del ejército inglés, y que yo soy únicamente patron de un buque mercante. Haciendo abstraccion del mérito personal y del privilegio de edad, no se me considera en Nueva-York como á igual del mayor Merton.

—Es muy posible; pero Clawbonny, la *Aurora* y vuestras rentas son otras tantas pesas que hacen se incline la balanza á favor vuestro.

—Mucho me temo que no suceda así; y para obtener el rango de *gentleman* en nuestra aristocrática sociedad, debiera haber estudiado leyes como Ruperto. Podreis conocer fácilmente que su posición social es mas elevada que la mia.

Apenas hube pronunciado estas palabras, cuando me arrepentí de ello; M. Hardinge pareció resentirse, pero era hombre harto sincero y honrado para negar un hecho evidente.

—No procuraré desconocerlo, dijo; y aun con grande sentimiento mio, parece que Ruperto se ha apercibido de la insignificante ventaja que os lleva. En cuanto á Lucía, continúa considerándoos como á un segundo hermano.

A pesar de la seguridad que M. Hardinge me daba, conservé dudas que me propuse aclarar.

En aquel mismo dia, á la comida, observé que Engracia habia introducido mejoras visibles en la economía doméstica, y que los mismos Merton nada podrian decir de los manjares que se les ofrecian. Cuando quitaron la mesa, el mayor y M. Hardinge se quedaron vaciando una botella de vino de Madera, y nos retiramos á un rincon para conversar. Se permitió á Ruperto que fumara, con la condicion de que se mantuviera alejado de las señoras á una distancia de quince pasos. En cuanto se hubo formado el pequeño círculo, fui á mi cuarto y regresé al breve rato gritando:

—Engracia, no os he hablado todavía de un collar de perlas que tengo.

—Sin embargo, ya tenemos noticia de él; contestó Engracia con una tranquilidad que me hizo desesperar; pero no queríamos pedirnos que nos le enseñárais, por miedo de que se nos echara en cara nuestra curiosidad femenil: aguardábamos á que lo hiciérais cuando mejor os pareciera.

—¿Quién os ha hablado de mi collar?

—Miss Merton es quien ha vendido vuestro secreto.

—De ese modo no puedo proporcionaros la sorpresa que os tenia preparada, dije con un tono muy marcado de mal humor.

Emilia se ruborizó y se mordió los labios sin decir nada, pero Engracia se encargó de disculparla.

—Mereciais un castigo, me dijo, porque no necesitábais procurarnos sorpresa alguna, además, ya lo era, y muy agradable, el ponernos en contacto con Emilia Merton, sin habérnosla anunciado previamente.

Al oír estas palabras creció la turbación de Emilia; sin embargo dijo con calma:

—El capitán Wallingford conoce muy poco á las mujeres si no ha presumido que sus perlas llegarían á ser objeto de nuestras conversaciones.

—Veamos las perlas, dijo Lucía sin más esplicaciones.

Al aspecto del collar no pudieron menos las tres jóvenes de manifestar su admiración, y el mismo Ruperto, que era muy apasionado á las joyas, dejó su cigarro y traspasó los límites que se le habían asignado. Convínose por unanimidad en que no existía en toda Nueva-York un collar semejante al mio, y cuando hube referido como las pesqué por mí mismo, añadió Lucía en voz muy baja pero espresiva:

—Esa circunstancia aumenta su valor!

—Si miss Merton quiere consentir en ponerse el collar, dije con galantería, vereis brillar las perlas en todo su esplendor, pues ya he hecho esa experiencia.

Engracia apoyó mi proposición, y cuando estuvieron las perlas en el cuello de Emilia, exclamó Lucía en un arrebatado de generosa admiración:

—Oh! cuán hermosas son ahora! Miss Merton, deberiais usar siempre perlas!

—Querreis decir esas perlas, interrumpió Ruperto, que siempre era pródigo con el bien ajeno. Ese collar debiera quedar en el sitio que ahora ocupa.

—Ya conoce miss Merton el objeto á que está destinado el collar, y las condiciones con que se le podrá adquirir.

Emilia abrió lentamente el broche, colocó el collar delante de sí, y le miró durante largo tiempo sin pronunciar una palabra.

—¿Qué condiciones son esas? preguntó mi hermana.

—Es evidente, Engracia, añadió Lucía, que intenta regalárosle; á no ser así, ¿que habia de hacer con él?

—Os equivocais, miss Hardinge, y ruego á Engracia que me perdone si muestro algo de egoismo en esta circunstancia. Destino estas perlas, no á las señorita Wallingford, sino á la señora de Wallingford.

—A fé mia, dijo Ruperto, dirigiendo una mirada significativa á Lucía, quien contestó con una leve sonrisa; á fé mia que la tentacion es mayor, amigo mio, y estraño mucho que miss Merton haya tenido el valor suficiente para hacer perder al collar la posicion tan envidiable que ha poco ocupaba.

Miss Merton debe comprender, contesté friamente, que al hablar del uso á que destinaba el collar, solo quise chancearme sin presuncion alguna. Sea como quiera, tengo todavía algunas perlas, aunque confieso que de calidad inferior, y me juzgaré muy feliz, señoritas, si os dignais repartíroselas por igual. Se pueden hacer con ellas tres sortijas muy lindas y otros tantos alfileres de pecho.

Al decir esto, puse en manos de Engracia una cajita que contenia un centenar de perlas, entre las cuales habia algunas de una belleza y tamaño notables.

No defraudemos su generosidad, dijo Engracia sonriendo, y dividamos el contenido de esta caja en tres lotes. Hay entre estas perlas algunas de mucho valor.

—Al menos para vos, Engracia, y probablemente para Lucía tambien, tendrán un valor de que carezcan quizás para miss Merton, y es que son producto de mi trabajo.

—Seguramente, mi querido Miles; basta que nos las regaleis para sernos agradables á Lucía y á mí; pero nada podrá hacerlas ser tan preciosas á los ojos de miss Merton.

—Podrán recordarla los peligros que ha corrido, los dias que pasó en la isla, y algunas escenas que, dentro de algunos años, tendrán toda la vaguedad de un sueño.

—Si M. Wallingford quiere permitirme que elija, tomaré

una perla por vía de recuerdo, dijo Emilia con mas sentimiento del que habia manifestado desde su vuelta á la sociedad.

—Tomad al menos las suficientes para formar una sortija, repuso Engracia con el tono mas cordial. Si aceptais una perla de manos de Miles, dignaos tomar media docena para acordaros de mí. Vamos, Ruperto, teneis buen gusto en esta materia, ayudadnos á hacer la eleccion.

Ruperto no aguardó á que le repitieran la invitacion, pues gustaba de mezclarse en asuntos de este género.

—En primer lugar, dijo, es menester que las perlas sean siete, colocando la mas gruesa en el centro, y tres á cada lado, cuyo tamaño vaya en disminucion. En la eleccion de estos seis asesores, como diríamos en la audiencia, es preciso atender á la calidad con preferencia al volúmen. El juez tendrá noble aspecto, y sus subordinados deben ser dignos de él.

—¿Por qué no llamais *milores* á vuestros jueces, como lo hacemos en Inglaterra? preguntó Emilia á Ruperto.

—Es muy desacertado, seguramente, y desearia de todo corazon que se adoptara aquí la costumbre de la Gran-Bretaña.

—Ruperto, exclamó Lucía, ya sabeis que nuestras formas de gobierno se oponen á ello. En una República no hay nobles, y aun cuando pudierais obtener el título de *milord*, estoy segura de que no le admitiriais.

—Mucho me temo no llegar siquiera al de *Vuestro Honor*... Tomad, miss Merton, dos perlas que recomiendo á vuestra eleccion. Mirad que bien graduadas están sus dimensiones.

—¿Cuáles va á tomar ahora *Vuestro Honor*? añadió Engracia, á quien causaba cierta inquietud la familiaridad que existia entre Ruperto y Emilia.

—Estas, que completarán una sortija preciosa: y envidio, miss Merton, á las personas cuyo recuerdo os traigan á la memoria.

—Os podeis contar en el número de ellos, M. Hardinge, y

teneis adquirido ese derecho, no solo por el trabajo que os habeis tomado, sino tambien por el buen gusto que habeis desplegado.

Lucía pareció quedarse petrificada. Hacia mucho tiempo que estaba habituada á considerar á Engracia como su futura hermana política: era asunto concluido, y las atenciones evidentes de Ruperto para con Emilia inspiraban á su hermana sospechas desagradables. Comprendia yo mejor que ella el carácter de Ruperto, del cual estaba muy lejos de prometerme una conducta consecuente y atendida á principios sólidos. Si mi imaginacion se halló alucinada un momento por Emilia Merton, borróse bien pronto su imágen para dejar libre el puesto á la de Lucía: á pesar de mi afecto y estimacion hácia esta, deseaba ardientemente que mi hermana no se casara con el suyo; en vez de experimentar resentimiento al verle infiel, hallábame dispuesto á alegrarme. Habia podido apreciar suficientemente cuan indigno era de obtener el título de esposo de una mujer como Engracia; pero era imposible calcular los efectos que produciria su inconstancia en el corazon tan sensible de mi hermana. Si se hubieran aclarado ya mis dudas respecto de M. Andrés Drewett, habríame cuidado muy poco de Ruperto y sus caprichos.

Habiendo elegido ya Ruperto las perlas destinadas á miss Merton, me encargué de distribuir las demás.

—Seré yo mismo, dije, el árbitro imparcial, pues no tengo preferencia hácia ninguna de vosotras: Engracia y Lucía me son igualmente queridas.

—Tanto mejor, dijo Emilia con significativa sonrisa; es muy bueno que los hombres traten á las jóvenes como á hermanas, porque en este caso no necesitan sus sentimientos ser reprimidos. Los marinos, cuando se hallan en tierra, rara vez observan los límites que les impone la sociedad.

No comprendo con que intencion fueron proferidas estas palabras, pero Ruperto las celebró riendo, cual si fueran una chanza, y añadió con una viveza que no le era natural:

—Ya veis, Miles, que habriais hecho mejor en seguir la

carrera del foro; las señoras no saben apreciar el mérito de vosotros los marinos.

—Así lo veo, contesté con bastante sequedad. Parece que miss Merton no ha quedado satisfecha de mis escursiones marítimas.

Emilia no contestó, pero miró las perlas con una atención que probaba tener mas fija la imaginación en su efecto que en mis palabras.

—Qué debo hacer ahora? pregunté despues de haber verificado la separación. ¿Quereis sortear los lotes, ó ateneros á mi imparcialidad?

—Tenemos plena confianza en ella, respondió Engracia. Es tan equitativa la partición, que no podrá favorecernos á la una con perjuicio de la otra.

—Entonces, tomad ese paquete, Lucía, y ahí teneis el vuestro Engracia.

Engracia se levantó, me rodeó afectuosamente el cuello con sus brazos, y me besó cual lo hacia siempre para darme gracias por mis regalos. El puro y santo afecto que espresaban sus ojos habria bastado para recompensarme, aunque el valor de las perlas hubiera sido céntuplo, y estuve á punto de ofrecerla el collar. En cuanto á Lucía, al ver las perlas murmuró algunas palabras ininteligibles, pero sin moverse de su silla. Emilia parecia experimentar fastidio; tomó su sombrero de paja y propuso aprovechar la hermosa tarde que hacia, dando un paseo. Ruperto y Engracia consintieron en ello gozosos y salieron los tres. Me escusé de acompañarlos, bajo el pretesto de que necesitaba arreglar algunos papeles, y Lucía aguardó para seguirles á que una criada la trajera su sombrero.

—Miles.... me dijo en cuanto nos quedamos solos, presentándome la cajita de papel en que puse las perlas que la estaban destinadas.

—¿Quereis que os la ponga en alguna parte, Lucía?

—No, dijo en tono de súplica; guardadlas para vos, para Engracia, ó para la señora de Miles Wallingford, si así lo preferís.

—¿Qué os he hecho para merecer semejante repulsa? pregunté lleno de sorpresa, y fluctuando mi corazón entre el descontento y la tristeza.

—Acordaos, Miles, de que ya no somos niños, y de que hemos llegado á una edad en que debemos respetar el bien parecer. Estas perlas deben valer mucho dinero; y estoy persuadida de que no agradaría á mi padre vérmelas aceptar.

—¿Podeis tratarme así, Lucía querida?

—Debo hacerlo, querido Miles, replicó la hermosa jóven, cuyos ojos se llenaron de lágrimas aunque se esforzaba por sonreír. Tomad, pues, esta caja, y quedemos como buenos amigos.

—¿Quereis contestarme á una sola pregunta con vuestra acostumbrada franqueza?

Lucía palideció y reflexionó un momento antes de tomar la palabra; por último dijo:

—No puedo contestar á una pregunta hasta saber sobre que versa.

—¿Habeis dado tan poca importancia á mis regalos que no conserveis el brazalete que os dí antes de embarcarme para la América del Sur?

—No, Miles, tengo vuestro brazalete, y le conservaré toda mi vida. Es un recuerdo de nuestra amistad de la infancia, y bajo este concepto me es muy querido: ¿supongo que no querreis recuperarle?

—Si no os conociera, Lucía Hardinge, dudaría de vuestros sentimientos. Desde que estoy en tierra he visto cosas tan singulares y caprichos tan raros, sobre todo en materia de afectos!

—¿Por qué habeis de dudar de mí, Miles? En ningun caso querría engañaros.

—Lo creo, y veo que en la actualidad intentais desengañarme. Estoy convencido de la sinceridad de vuestras palabras; sin embargo, quisiera ver ese brazalete; mostrádmelo si le teneis ahí.

Lucía hizo un movimiento brusco como para presentarme

el brazalete; pero se contuvo y sus mejillas se colorearon con un vivo carmin.

—Ya veo lo que es, Lucía; no conservais mi regalo, y no os atreveis á confesármelo.

En aquel momento mismo, segun supe mas tarde, se hallaba el brazalete todo lo mas próximo posible del corazón de la jóven, y su púdica confusion procedia del temor que tenia de que se descubriera esta circunstancia. Si yo hubiera insistido, habriase delatado á sí misma; pero volví á tomar la caja que me presentaba con una altivez que podria muy bien calificarse de dramática. Lucía me miró fijamente, y observé que hacia esfuerzos violentos para no prorrumpir en llanto.

—¿Os he ofendido, Miles? me preguntó.

—Dejaria de ser franco si dijera lo contrario; ya habeis visto que la misma Emilia ha consentido en aceptar mi regalo.

—En efecto, y sin embargo ha debido conocer cuan inconveniente era admitir objetos de tanto valor; por lo demás, ha pasado tanto tiempo á vuestro lado, que no es extraño quiera conservar un recuerdo, mientras llega.....

Lucía no terminó la frase, pero su rostro que habia palidecido, recobró de pronto un vivo rubor.

—Cuando me embarqué con Ruperto, Lucía, me disteis todo el oro que poseiais.

—No me arrepiento de ello, Miles, porque éramos muy jóvenes y habiais tenido tantas bondades para conmigo, que me era gustoso en extremo manifestaros mi gratitud. Pero nuestra posicion actual nos dispensa á ambos de admitir presente alguno de ese género.

Pronunció estas palabras con tan dulce sonrisa que me costó trabajo contenerme y no estrecharla contra mi pecho. Se alejó dejando en mis manos la caja, que llevé á la habitacion de mi hermana, y resolví tener con esta, en la misma noche, una conversacion confidencial, para saber á que atenerme con respecto á las pretensiones de Andrés Drewett.

---

**CAPÍTULO XXIV.**

---

No hallé dificultad alguna para realizar mi proyecto de tener una entrevista á solas con Engracia. Habia en Clawbonny, desde tiempo inmemorial, una habitacion reservada esclusivamente á los dueños de la casa: llamábasela el cuarto de familia. Recordaba yo que en tiempo de mi padre nunca me atrevi á entrar allí sin preceder invitacion expresa para ello, y siempre penetraba en el cuarto con el mismo respeto que en la iglesia. Lo que á mis ojos le daba un carácter particular de santidad, era que los cadáveres de la familia se depositaban siempre en ella antes de llevarlos al sepulcro. Pequeña y de forma triangular, solo tenia una ventana que daba á un bosque de rosales, geringuillas y lilas. Los muebles que la adornaban habian sido traídos de Inglaterra por Miles Wallingford, pues este era el nombre del emigrado que habia fundado en América la dinastía de Clawbonny. Aquel cuarto formaba parte de las construcciones primitivas y no se habia renovado su mueblage; únicamente mi madre añadió un confidente.

Para preparar nuestra entrevista, deslicé en la mano de Engracia un billete concebido en estos términos: «Id al cuar-

to de familia á las seis en punto.» Cuando fui hallé á mi hermana sentada en el confidente. La última vez que visité aquella habitacion, fué para contemplar las cadavéricas facciones de mi madre antes de sepultarla, y los recuerdos de tan fúnebre escena embarazaron á un mismo tiempo nuestra mente. Coloquéme al lado de Engracia, ceñí su cintura con mi brazo, la atraje hácia á mí y la hice reclinar la cabeza en mi pecho, en cuya postura derramó abundantes lágrimas, sin que pudiera contener las mias tampoco. Trascurrieron varios minutos en medio de un silencio profundo; ya no necesitábamose explicarnos, pues nos entendíamos mutuamente. Por fin, nos recobramos de la primera impresion, y Engracia levantó la cabeza.

—¿No habeis entrado en este cuarto desde entonces, hermano mio? me preguntó.

—No, Engracia; hace hoy mucho tiempo, mucho para seres tan jóvenes como nosotros.

—Miles, renunciareis al proyecto de edificar un palacio: ¡nunca destruireis este cuarto consagrado por tantos recuerdos!

—No, querida mia; Clawbonny es cada vez mas precioso para mí, á medida que van disipándose mis ilusiones.

Engracia se desprendió de mis brazos, y me miró con ansiedad desde el otro extremo del confidente; despues tomó una de mis manos, y la estrechó afectuosamente entre las suyas.

—Sois harto joven para hablar de ilusiones perdidas, me dijo con un acento de tristeza que no le era comun. A vuestra edad no debe el hombre conocer las penas; nosotras las mujeres, en concepto mio, somos las que hemos nacido esclusivamente para sufrir.

Imaginé que Engracia, por primera vez en su vida, iba á hacerme alguna confianza relativa á Ruperto; suponía que hacia mucho tiempo se habia explicado con ella, y que existiría entre ellos algun compromiso á que solo faltara la aprobacion de M. Hardinge y la mia, aunque nada me ha-

bia dicho Engracia sobre esto en tiempo alguno. Por mi parte, tampoco le habia hablado de mi amor á Lucía. Antes de regresar de mi último viaje, ignoraba yo mismo todo el ardor de una pasión que habian desarrollado muy recientemente la incertidumbre y los celos. Hasta entonces me pareció mi afecto tan natural, tan semejante al que profesaba á mi hermana, que nunca habia procurado estudiar su verdadera índole. Ambos tocábamos á los puntos mas dolorosos de nuestros corazones, y vacilábamos en ostentar nuestra debilidad en toda su desnudez.

—Ya sabeis lo que es la vida, Engracia, dije con estudiada indiferencia al cabo de un momento de silencio; tan pronto se percibe una luz deslumbradora, como se halla uno sepultado en la oscuridad mas densa y lóbrega. Probablemente no me casaré en tiempo alguno, y con vuestros hijos heredareis á Clawbonny, y podreis disponer de él á vuestro antojo. Sin embargo, como cada uno de mis antepasados añadia alguna dependencia al edificio, quiero dejar tambien una huella de mi paso. El año venidero mandaré construir el ala del Mediodía con arreglo al proyecto que tenemos trazado hace ya tiempo, y disponer habitaciones en las que podamos recibir á nuestros huéspedes sin ruborizarnos.

—Nada debe haceros ruborizar aquí, querido hermano; y en cuanto al matrimonio, todavía no teneis edad suficiente para adoptar un partido definitivo en materia tan grave.

Dijo esto Engracia con tono festivo, pero habia en su rostro una sombra de tristeza que quisiera no haber hallado. Creo que mi hermana adivinaba mi agitacion interior, pero, por una delicadeza virginal se abstuvo de profundizar mis pensamientos, pues añadió:

—Prescindamos de esas ideas desconsoladoras. ¿Por qué habeis deseado hablarme aquí en particular?

—¿Por qué? Ya sabeis que voy á dar á la vela en esta semana, y hace mucho tiempo que no nos hemos visto en este sitio. Estamos en la edad mas propicia para comunicarnos nuestras mútuas impresiones, y bueno será que empezemos

desde ahora. Me parece que cuando nos vemos en presencia de estraños como los Hardinge y los Merton, solo sois mi hermana á medias.

—¿Y desde cuando, Miles, considerais como estraños á los Hardinge?

—No hay entre ellos y nosotros el menor vínculo de familia.

—No; pero estamos ligados por una amistad que dura desde la infancia, y no recuerdo época alguna en que haya dejado de amar á Lucía Hardinge.

—Yo tampoco; Lucía es una excelente jóven á la que siempre conservaré un afecto vehemente y sincero. ¿Pero no creéis que la repentina predileccion de la Sra. Bradfort ha variado singularmente la posicion de los Hardinge?

—No es tan repentina como os figurais, Miles; habeis estado ausente, y no calculais el número de años que han sido necesarios para establecer esa intimidad: Mr. Hardinge y la Sra. Bradfort son hijos de dos hermanas; la fortuna de aquella última, que segun dicen tiene una renta anual que pasa de seis mil libras, sin contar la hermosa casa en que vive, procede de su abuelo comun, quien solo dejó á la señora Hardinge un legado insignificante porque se casó con un eclesiástico. Mr. Hardinge será el día de mañana heredero legítimo de la Sra. Bradfort, y es muy natural que esta piense en dejar sus bienes á los que, en cierto modo, tienen tanto derecho á su posesion como ella misma.

—Y se cree que nombre su heredero universal á Ruperto?

—El parece contar con eso; pero es indudable que Lucía tendrá una gran parte de la herencia. La Sra. Bradford la ha cobrado tal cariño que el invierno pasado quiso adoptarla; pero Mr. Hardinge y Lucía lo rehusaron. En mi presencia la dió las gracias nuestro excelente tutor, y la declaró que creia deber suyo conservar á su hija á su lado mientras viviera, ó hasta que la confiase á la proteccion de un esposo.....

—Y Lucía?

—Quiere mucho á la Sra. Bradfort, que es una señora muy buena, á pesar de su loca pasion por la alta sociedad, sus etiquetas y sus preocupaciones. Lucía lloró en los brazos de su prima diciendo que nunca se podria resolver á separarse de su padre. Adivinareis desde luego, añadió Engracia sonriendo, que no dió esplicacion alguna relativa á la eventualidad de un matrimonio.

—¿Y cómo recibió la Sra. Bradfort esa negativa á sus beneficios?

—Perfectamente: Mr. Hardinge ha consentido en que Lucía pase todos los inviernos en Nueva-York. Ruperto estudia leyes en la misma ciudad, y despues de tomar el grado se establecerá en ella.

—Ahora que es notorio tiene Lucía en perspectiva una herencia pingüe, hay mas probabilidades que nunca de que halle un marido que la emancipe de la paternal tutela.

—Sea cual fuere su eleccion, Lucía continuará siendo siempre la hija sumisa y cariñosa de Mr. Hardinge. Pero tenéis razon, Miles, al suponer que será mas obsequiada ahora: no me ha revelado sus secretos, porque tiene principios harto sólidos y severos para ostentar sus conquistas, siquiera sea con su amiga mas íntima; pero sé positivamente que rehusó un partido ventajoso hace tres años, y se negó á aceptar otros tres en el invierno último.

—¿Era de ese número Mr. Andrés Drewett? pregunté con una precipitacion de que me arrepentí al instante. Mi viveza hizo estremecer á Engracia quién contesto con una sonrisa melancólica:

—Estoy inclinada á creer que no, pues de lo contrario hubieran concluido ya sus galanteos. Lucía es demasiado franca para dar falaces esperanzas á un pretendiente, y los sujetos á quienes desahució no traspasan en el dia para con ella los límites de una política ceremoniosa. En cuanto á Mr. Drewet, como se muestra hoy mas solícito que nunca, es imposible que haya sufrido una repulsa. ¿Sabeis que Mr. Hardinge le ha convidado para que venga á Clawbonny?

—¿A él? ¿Andrés Drewett? ¿Por qué razon ha de venir á vernos?

—Le oí solicitar permiso de Hardinge para presentarse aquí, y nuestro tutor, que todo lo mira con la sencillez mas cándida, no creyó deber negársele. Además, profesa cariño á Drewett, cuyas buenas cualidades solo están algo desfiguradas por sus pretensiones de petrimetre. La hermana de M. Drewett está casada, y reside en la orilla opuesta del Hudson, por lo cual es muy probable que pase el rio para venir á Clawbonny.

Sentí al pronto un movimiento de indignacion, pero pronto recobró su dominio la fria razon. Mi madre habia concedido á M. Hardinge autorizacion espresa para que convidara á quien quisiera durante mi menor edad; pero parecia que se proponia insultar á mi apasionado amor introduciendo en mi casa á un adorador declarado de Lucía. Fingí un aspecto de perfecta indiferencia, y para disimular mejor empecé á silbar entre dientes, jugando con mi baston en el pavimento.

—¿Conoceis, pregunté á mi hermana, á los cuatro pretendientes rechazados por Lucía?

—Sí, pues aunque Lucía nunca me ha hablado de ellos, varias veces nos hemos chanceado sobre ese asunto la Sra. Bradford y yo.

—Ah! ¿os habeis chanceado sobre eso? En efecto, no hay cosa mas divertida para una mujer que ver á un hombre llevar desengaños de esa especie; ¡se cuida muy poco de los sufrimientos que experimenta!

Engracia palideció, y observé en su dulce fisonomía una espresion de arrepentimiento y pesar.

—Quizás, Miles, haya algo de verdad en vuestra observacion, y alguna justicia en vuestra reconvencion. No tratamos á los amantes desgraciados con tanta consideracion como debiéramos; creo, empero, que no haya mujer capaz de rechazar sin compasion á un hombre que parezca quererla de veras. Además, vuestro sexo tiene sentimientos menos profundos

que el nuestro, y se ven muy pocos hombres que se mueran de amor. Sea como quiera, Lucía no es mujer capaz de alentar á un amante que no le agrada, por lo cual no ha contraído esas relaciones íntimas sin las cuales nunca se afeciona el corazón. Las pasiones que no engendran un cambio mútuo de ideas y sentimientos, querido hermano, tan solo son fruto de los caprichos de la imaginación.

—Sospecho que los cuatro pretendientes estén en la actualidad radicalmente curados, dije silbando con afectado desembarazo.

—No responderé de ello, ¡ porque es tan fácil amar á Lucía, y amarla con ardor! Solo se que ya no la visitan, y que, cuando la encuentran en sociedad, se portan con ella como deben hacerlo, en concepto mio, los amantes rechazados, que no han perdido el respeto debido al objeto de su pasión. Dos de ellos habrían cedido, quizás, á la influencia de la herencia de la Sra. Bradfort; pero los dos restantes procedían con desinterés y buena fé.

—La Sra. Bradfort está lanzada á la alta sociedad, Engracia, á un círculo en que nosotros no penetramos.

—Mi hermana se sonrojó ligeramente, y me fué muy fácil conocer que estaba cortada. Sin embargo, tenía Engracia demasiado orgullo y energía para sufrir por una inferioridad que, esencialmente, no existía. No se parecía á las personas frívolas y vanas, holladas con tanta frecuencia por las relaciones que contraen con una clase superior á la suya, sobre todo cuando ciertos miembros de aquella clase toman un empeño decidido por hacer sentir á los demás los efectos de una superioridad supuesta, fundada mas bien en diferencias de posición que en cualidades individuales.

—En efecto, Miles, repuso Engracia, en Clawbonny no había yo aprendido á establecer tantas distinciones entre las clases, ni á ver tantas personas de buen tono; sin embargo, no creo estar fuera de mi centro en la alta sociedad. M. Hardinge me había preparado para figurar en ella, é imagino que cuanto mayor es la elevación verdadera de las personas

de mundo, menos exigentes y preocupadas son en sus relaciones sociales.

—Y á Lucía, ¿qué acogida la dispensan? ¿Está galanteada, admirada y considerada? ¿Lo estais tambien?

—Si hubierais vivido mas tiempo en la sociedad, Miles, no me hariais esa pregunta. A Lucía se la ha recibido siempre cual si fuera hija de la Sra. Bradfort y en cuanto á mí, nunca he procurado disimular mi posicion, sino que, por el contrario, siempre he tenido el criterio suficiente para ostentarme orgullosa con mis padres.

—Permitidme, Engracia, que os pregunte si han solicitado vuestra mano.

Engracia se sonrió, y sus mejillas se pusieron encarnadas como la grana. La espresion de su rostro bastó para convencerme de que tambien habia rehusado algunos partidos, y esperiménté cierto placer al considerar que una muchacha de Clawbonny podia ser galanteada sin fruto por miembros de la sociedad aristocrática. Por lo demás, no profirió Engracia palabra alguna que viniera á justificar mis suposiciones.

—Puesto que estais decidida á guardar silencio sobre vuestros asuntos propios, decidme, al menos, cuales son la posicion y fortuna de M. Drewett.

—Son tan ventajosas cual puede desearlas una mujer que se halla en edad de casarse, y aun aseguran que es bastante rico.

—A Dios gracias, no solicitará á Lucía con la esperanza de heredar á la Sra. Bradfort.

—Nada de eso; es tan fácil amar á Lucía por lo que en sí vale, que un hombre que la hiciera el amor por mero interés se esponia á ser cogido en sus propias redes. Pero M. Drewett no necesita recurrir á cálculos vergonzosos para aumentar su fortuna.

—No habeis dicho si Lucía mira con buenos ojos á Drewett.

—Lucía no me ha hecho confidencias, y además, si me hubiera comunicado sus secretos, no juzgaria yo conveniente revelároslos.

—Cómo! exclamé, ¿nunca ha manifestado predilección alguna?

—Nunca, contestó Engracia con seguro acento. Nuestro mútuo afecto nos basta, y solo de esto hablamos, sin tratar de descorrer el velo que debe ocultar los sentimientos de una jóven bien educada.

Siguió á estas palabras un silencio prolongado y penoso, que fué el primero en romper diciendo:

—Engracia, no me causa envidia la prosperidad improvisada de la familia Hardinge; pero estoy muy dispuesto á creer que sin la intencion de la Sra. Bradfort estaríamos mucho mas unidos, y habríamos sido mas felices.

Mi hermana se estremeció, y cubrió su rostro mortal palidez.

—Quizás tengais razon, Miles, contestó al cabo de un rato, pero no obstante, vuestra suposicion no es muy generosa: ¿por qué desear que nuestros antiguos amigos, los hijos de nuestro tutor, tengan menos fortuna que nosotros? Sin duda seria mejor para nosotros que todo hubiera permanecido segun antes estaba; pero cuando la familia Hardinge disfrutaba una posicion de la que quizás no querriamos nosotros aprovecharnos, ¿por qué habremos de tener el egoismo de desearles una suerte menos venturosa? Sea como quiera la suerte de Lucía, siempre será Lucía; y en cuanto á Ruperto, un jóven que tanto vale, solo necesita una ocasion favorable para elevarse á las dignidades supremas del país.

Hablaba Engracia con tal emocion, y parecia tan desinteresada, que no hallé en mi corazon valor suficiente para sondearla mas. Percibí confusamente que empezaba á concebir relativamente á Ruperto algunas sospechas que repugnaban á su corazon puro y sincero; pero era evidente para mí que vacilaba en revelarme su pensamiento íntimo. Olvidaba á mi vez que no habia sido franco con ella, y que me habia abstenido de toda confesion susceptible de atraerme la confianza de mi hermana, aunque nada existia que me impusiese el deber de callarme. Despues de haber dado á mi hermana tiem-

po suficiente para reponerse, hice recaer la conversacion sobre nuestros intereses de familia.

—Antes de que volvamos á vernos, Engracia, habré alcanzado mi mayoría. Los marinos estamos espuestos á mayor número de peligros que los que permanecen en tierra, y si me aconteciera alguna desgracia, en mi bufete se hallará mi testamento, firmado y fechado en el dia en que salgo de mi minoría. La principal disposicion contenida en este acto, espresa mi voluntad esplicita de dejaros por heredera de Clawbonny.

—Hé ahí una conversacion inútil y triste, repuso Engracia; sin embargo, confieso que en mi concepto, para conservar la propiedad en nuestra familia, hubiérais hecho mejor en dejársela á vuestro primo Santiago Wallingford.

Este Santiago Wallingford, de quien no he hablado todavía, era un solteron de cuarenta y cinco años, hijo de un hermano menor de mi abuelo; habitaba á pocas millas de Caju-ga-Bridge, en la parte occidental de Nueva-York. Solo una vez le habia yo visto, pero sabia que era rico, y que no necesitaba en manera alguna de nuestra hacienda patrimonial. Me separé de Engracia despues de una conferencia que estrechaba mas y mas los vínculos que ya anteriormente nos unian. Nunca me habia parecido mi hermana mas digna de mi ternura, y nunca, tampoco, la habia poseido mas completamente.

El resto de la semana se consagró á los placeres habituales del campo y de la estacion en que nos hallábamos. Hallándome embarazado en compañía de las muchachas, pasaba la mayor parte del tiempo recorriendo el campo, bajo el pretesto de principiar á vigilar mis posesiones.

M. Hardinge hizo compañía al mayor, y no tardó en establecerse entre aquellos dos ancianos una intimidad completa, cosa que no me sorprendió por cierto, pues existia entre ellos singular conformidad de sentimientos. Ambos amaban á la Iglesia Romana, ambos tambien profesaban antipatía á Bonaparte, aunque el mayor le aborrecia, y no cabia en la indole de mi tutor aborrecer á nadie; los dos reverenciaban á

Pitt, y figurábanse que la revolucion francesa era obra del demonio y realizacion de las antiguas profecías. Estas opiniones estaban muy generalizadas en América, y por mi parte me hallaba inclinado á decir como Mercurio en *Julietta y Romeo*: «¡ Malditas sean vuestras dos familias! » porque ni uno ni otro se conducian convenientemente con nosotros. No obstante, solo una fraccion mínima de la nacion obraba en conformidad con el interés pátrio. El resto se dividia en dos partidos, uno de los cuales cantaba las alabanzas del gran Corso, y el otro consideraba á Pitt como un ministro enviado por el cielo. En mi concepto, habrian estado mucho mas tranquilas la Francia y la Inglaterra si nunca hubieran nacido aquellos dos personajes ilustres. Sea de esto lo que quiera, mi tutor y el mayor se hallaban ligados con mútuos afectos, y consolidábase cada vez mas su union, robustecida por la unidad de ideas políticas. En cuanto á Emilia, solo me daba inquietud porque sus relaciones con Ruperto podian ejercer una influencia perniciosa en el porvenir de mi hermana. El mismo Ruperto hacia tiempo ya que habia dejado de poseer mi estimacion, y solo me unia á él todavía mi consideracion hácia Lucía y su padre.

—Ya lo veis, Nab, dije á mi negro un dia que salíamos del molino; M. Ruperto ha olvidado completamente lo que sabia de marina. Tiene las manos tan blancas como una mujer.

—Tanto peor para él, señor Miles; nunca tendrá el placer de naufragar y de ser hecho prisionero por los indios.

—Tienes gustos muy particulares, Nab, y de ahí deduzco que esperas regresar conmigo á Nueva-York en el *Wallingford* y embarcarte en la *Aurora*.

—Seguramente, señor Miles; cuando os haceis á la mar, ¿cómo podeis pensar en dejar á vuestro negro en casa?

Al decir esto Nabucodonosor, prorrumpió en una carcajada estrepitosa, cual si la suposicion que acababa de hacer fuera el colmo de lo absurdo.

—Pues bien, Nab, accedo á tu deseo, pero será el último

viaje para el cual tengas que pedirme licencia, porque en cuanto sea mayor de edad te daré libertad.

—¡Libertad! Para nada la necesito: ¿de qué me serviría, puesto que todos mis deseos están satisfechos? ¿Cuánto tiempo hace que habitan este país los Wallingford?

—Unos cien años.

—¿Y la familia Clawbonny, señor Miles?

—No puedo decírtelo á punto fijo, Nab, porque es algo confusa tu generacion; debe hacer ochenta á noventa años.... Aguarda, tu abuelo se llamaba Pompeyo.

—Sí señor, y era un negro famoso.

—Nada digo de sus cualidades, pues creo que valdria tanto como el primero. Pues bien, el viejo Pompeyo, abuelo tuyo, fué traído de Guinea y comprado por mi abuelo en el año de 1700.

—Pues bien, señor Miles, desde esa año de 1700 ¿se ha visto en Clawbonny algun negro que reclamara su libertad?

—No me es posible contestar á esta pregunta, amigo mio, porque ignoro tus deseos secretos, y mucho mas los de tus antepasados.

Nabucodonosor se quitó su gorra de encerado, se rascó la cabeza, é hizo una porcion de muecas para manifestar su complacencia por haberme cogido desprevenido, lanzando por último agudos gritos de júbilo.

—Si fuera yo libre, señor Miles, exclamó cual si hubiera imaginado un argumento irrecusable, ¿hallaríais otro negro capaz de hacer lo que yo? No señor, os pertenezco, me pertenecéis, y nos pertenecemos mutuamente.

Las cosas quedaron así provisionalmente; Nabucodonosor recibió la órden de estar preparado para el dia siguiente, y á la hora indicada fuí á despedirme de las personas que hasta entonces me rodearan.

Estaba convenido que el mayer y Emilia permanecerian en la alquería hasta el mes de julio, y que en seguida irían á tomar baños minerales en las inmediaciones. Habia yo pasado una hora á solas con mi tutor, y solo me faltaba recibir

su bendicion. No me atreví á solicitar de Lucía el permiso para besarla, y era la vez primera que nos separábamos de este modo; yo aparentaba fria reserva, y me pareció que ella estaba muy indiferente. Sin embargo, me tendió su mano, que estreché con fervor entre las mias despidiéndome de ella. En cuanto á Engracia, lloró amargamente en mis brazos. El mayor y Emilia me manifestaron cordial afecto, y me separé de ellos con la esperanza de verlos otra vez en Nueva-York. Ruperto me acompañó hasta el sloop.

—Dadme noticias vuestras, Miles, si hallais ocasion para ello, me dijo mi antiguo amigo. Tengo vivos deseos de que me den pormenores relativos á la Francia, y aun pienso ir muy pronto á ella.

—Pues si teneis intencion de visitar la Francia, lo mejor que podeis hacer es veniros en mi buque. ¿Vais allí á algun asunto vuestro?

—No, pienso ir por mero recreo. Nuestra escelente tia opina que un jóven de clase regular debe viajar, y creo que piensa hacer que me agreguen con cualquier pretesto á la legacion de los Estados-Unidos en París.

¡ Me quedé absorto ! ¡ Ruperto Hardinge, que hacia pocos años carecia de toda clase de recursos, hablaba á la sazón de viajar por Europa y de legaciones ! Debiera haberme alegrado de su buena suerte, y me esforcé cuanto pude para persuadirme de que me regocijaba. Permaneció poco tiempo á bordo del sloop, y tardamos muy poco en aparejar. Al costear la escarpada orilla de la ensenada, estuve constantemente en acecho, con la esperanza de ver á mi hermana, esperanza que no quedó defraudada, pues Engracia y Lucía habian tomado un sendero que conducia directamente á la embocadura del riachuelo, y se ballaban en la orilla en el momento en que el sloop entró en el Hudson. Ambas jóvenes agitaron sus pañuelos, y contesté enviándolas cariñosos besos. En el mismo instante, una lancha que navegaba con vela pasó por delante de nuestras serviolas, y ví en ella á un jóven que iba en pié, haciendo asimismo señas con el pañuelo.

Era Andrés Drewett, que pocos momentos despues desembarcó para saludar á las jóvenes. Su embarcacion se metió en la ensenada, y cuando la perdí de vista, aquel nuevo huésped emprendia con mis dulces compañeras de infancia el camino de Clawbonny.



## CAPITULO XXV.

Rugiero Talcott no habia permanecido ocioso durante mi ausencia, y hallé á la *Aurora* pronta para darse á la vela. Recibimos á bordo á varios marineros de la *Crisis*, quienes, con la imprevision habitual del marino, habian malgastado sus sueldos y su parte de presa en el corto espacio de un mes. Como nos hallábamnos en paz con todos los pueblos, escepto con la regencia de Trípoli, era inútil armar el buque. Contentéme, pues, con embarcar un cañon de á seis, media docena de fusiles, algunas pistolas y las municiones suficientes para sofocar una sedicion, disparar algunos cañonazos como señal, y matar algunas aves acuáticas cuando hubiera ocasion para ello.

Zarpamos el 3 de julio con cargamento para Burdeos. Soplabá una brisa del Sur tan floja, que apenas nos permitia dirigir el buque, y aprovechamos el reflujo para bajar el rio en medio de una flota de cuarenta velas, próximamente, compuesta en parte de bergantines y quechemarines. Apenas rizaba el viento levemente la superficie del agua, y la estensa bahía estaba tan serena como un lago en una mañana hermosa de verano. Las embarcaciones, con sus multiplicados

movimientos, daban mayor animacion al paisaje, y estaban bastante lejos de la tierra para no poder producir el efecto desagradable que resulta generalmente del contraste que forma la altura de los mástiles con la poca elevacion de las orillas inmediatas. La belleza del dia, el encanto de los parajes que nos rodeaban, y los favorables auspicios bajo los cuales empezaba nuestra travesía, me hicieron dar momentáneamente al olvido mis penas.

No me agradaba tomar pasejeros á bordo, pues en concepto mio era disminuir la dignidad de mi posicion, y rebajarme á la clase de posadero ó de dueño de una casa de huéspedes. Los capitanes se ven obligados siempre á tratar á las personas que reciben en sus buques como á superiores suyos, y esto hasta perjudica á su autoridad. Sin embargo, llevaba algunas personas á bordo de la *Aurora*: mis antiguos armadores me habian presentado un tal Wallace Mortimer Brigham, que iba á Francia con su hermana política y su esposa, y cuya salud estaba delicada. M. Brigham, por un error comun á los americanos, estaba persuadido de que el Sur de la Francia y la Italia tenian un clima mas saludable que el nuestro, siendo esta una idea de que éramos deudores á nuestra primitiva independencia. Sé muy bien que un pueblo debe pasar necesariamente por el estado de colonia, así como el hombre por el de la familia y el de la adolescencia; sin embargo, como dice muy oportunamente Lady María Wossley Montagu á su amiga Lady Rich: — «Convengo en que seria muy agradable tener siempre quince años; pero se podria pasar muy bien sin la edad de cinco años.»

Desde los primeros momentos del viaje me dieron mis pasajeros una idea de su carácter por medio de chinchorrerías indiscretas y suposiciones gratuitas relativas á todos los individuos á quienes conocian. Tenian, tambien la flaqueza de suponerse íntimamente relacionados con personas distinguidas. Parecian olvidar que, al ocuparse de los asuntos de estas, convenian implícitamente en su propia inferioridad.

Ilamábanse las señoras Juana y Sara, y por su conducto

adquirí nociones mas ó menos verídicas de la vida privada de varias familias distinguidas de Salem. Prolongóse su charlatanería durante todo el viaje, y solo fué interrumpida durante algunos dias por el mareo. Todavía recuerdo hoy la primera escena de aquella farsa interminable.

—Wallace, dijo Sara, no me referisteis ayer que Juan Winter se habia negado á prestar veinte mil duros á su yerno, el cual se vió obligado á presentarse en quiebra?

—Es un hecho positivo, pero que no causa sorpresa alguna; hace mucho tiempo que se sabe á que atenerse con respecto á la casa Winter.

—¿Estais bien seguro de que ha hecho bancarrota? pregunté á M. Brigham.

—Regularmente. Tengo datos bastante exactos sobre el estado de sus asuntos, y creo poder asegurar que ha suspendido los pagos.

El tono de indecision de M. Brigham me probó que solo habia dado crédito á los asertos calumniosos de algunos acreedores envidiosos, y ¡cuántas veces he visto á mis compatriotas constituirse así en eco de una vaga calumnia! Hay hombres que imaginan conocer á personas á quienes nunca han hablado, por la única razon de que habitan bastante cerca de ellas, para sufrir la influencia de las malévolas insinuaciones del odio y la envidia. Tales eran mis pasajeros, cuya conversacion llamó mas mi atencion cuando Sara pronunció el nombre de la Sra. Bradfort. Mas tarde descubrí que los Brigham habian estado relacionados muy superficialmente con dos supuestos amigos de aquella señora.

—El doctor Hosack, asegura que la Sra. Bradfort no vivirá mucho tiempo, dijo Juana, que parecia experimentar una especie de placer salvaje en hacer morir á una mujer, con tal que esto la diese motivo para ocuparse de sus asuntos. Hace mas de una semana que han declarado incurable su enfermedad, y testó el martes último.

—¿Cómo el martes último! exclamó Sara con sorpresa. Hace mas de un año que me dijeron habia testado en favor del

jóven Ruperto Hardinge, con quien pensaba casarse.

—¿Estais segura, pregunté sonriéndome á la Sra. Brigham, de que la Sra. Bradford intenta casarse con Ruperto?

—No la conozco lo suficiente para afirmarlo, capitán Wallingford.

—Os fingís mas ignorante de lo que en realidad lo estais, interrumpió Juana. Os hallais relacionada con la familia Green, que conoce mucho á la familia Winter, cuya casa está contigua á la de la Sra. Bradford. Así pues, poseeis todos los medios imaginables para hallaros bien informada.

—Es indudable, repuso la Sra. Brigham; pero como no residimos generalmente en Nueva-York, estamos espuestos á equivocarnos. Hánme dicho, tambien, que habia de por medio un eclesiástico anciano, llamado Mr. Hardinge, el cual seria indudablemente un esposo mucho mas proporcionado para la buena señora, que Ruperto. Tiene una hija llamada Lucía, que es co-heredera de la fortuna de la Sra. Bradford, y va á casarse con Mr. Audrés Drewett.

¡Qué campo de conjeturas se habria ante mí! ¿Cómo habian llegado aquellos estraños á conocer unos hechos que tan vivamente me interesaban? La aficion á la chismografía desarrollaba acaso sus facultades hasta tal punto, que les hacia penetrar misterios que yo solo entreveía? ¿No tenian datos bastante positivos, puesto que estaban enterados del afecto que Drewett profesaba á Lucía?

No procuraré reproducir literalmente todas las críticas de mis pasajeros, las suposiciones gratuitas que se permitieron hacer, ni las preguntas que me dirigieron. Lady Montagu y Horacio Walpole han escrito chismografías pueriles; pero han sabido sazonarlas con las agudezas que son peculiares á la crítica en las grandes ciudades como Lóndres y París, mientras que las que yo me veia condenado á escuchar, solo eran frases vulgares é impertinentes. Semejantes á ciertos periodistas que imaginan que el cielo y la tierra fueron creados espresamente para suministrar materia á las *gaceticillas*. parecian creer que todas las personas á quienes cono-

cian existian tan solo para alimentar sus conversaciones.

Durante los primeros dias de nuestra travesia el tiempo se mantuvo bueno y hermoso, pero varió de improviso, y hubo ráfagas de viento violentas que nos obligaren á disminuir el velámen. Estas alteraciones del tiempo tuvieron por término una borrasca espantosa, cual nunca la habia yo visto.

Es un error craso creer que los temporales mas fuertes tienen lugar en el otoño, en la primavera y en los meses de invierno. La mayor parte de las borrascas que he sufrido en mi vida de marino se verificaron en verano, que es la estacion de los huracanes; y fuera de los trópicos, creo que aquella es, tambien, la época de los chubascos. Es verdad que estos no aparecen periódicamente, y que con frecuencia trascurre una série de años sin tempestades; pero cuando vuelven á nuestros mares, debe creerse que lo hagan en julio, agosto ó setiembre.

En la ocasion de que voy hablando, sopló durante algunas horas un viento fresco del Sudoeste, lo cual dió al buque una rapidez en su marcha de once nudos por hora. Se cargaron velas, y unida esta maniobra á la marejada, contuvo algo nuestra velocidad; sin embargo, en las diez primeras horas debimos correr cien millas. El cielo estaba sereno y puro, sin que le empañara la mas leve nube; el sol resplandecia con su mayor brillo, y la temperatura era favorable, pues no desagradaba en manera alguna sentir las rápidas corrientes de aire que se agitaban en torno nuestro. Al ponerse el sol presentaba el horizonte un aspecto que me pareció de muy mal agüero. Cogiéronse rizos en las tres velas de gavia, en la mayor de mesana y en el petifoque, lo cual constituia un velámen insignificante para un buque que tenia el viento muy bajo. A las nueve de la noche se cogieron segundos rizos, y á las diez se aferraron las velas de gavia y de mesana; en seguida me retiré á mi cámara, calculando que el buque estaba seguro, y me contenté con mandar al contra-maestre que disminuyera velas si la *Aurora* peligraba ó veia espuestos los mástiles á romperse. No me

despertaron hasta el amanecer, y Talcott me dijo, poniendo una mano en mi hombro:

—Hareis bien en levantaros, capitán Wallingford, pues necesitamos con urgencia vuestros consejos.

Cuando subí sobre cubierta, corria solo el buque con la vela mayor de mesana y otra vela rizada, velámen que no podia soportar mucho el tiempo, que era todavía demasiado fuerte, y mandé que cargaran inmediatamente una de las velas, dejando solo la de mesana. Apesar de la poca lona que llevábamos desplegada, sufrimos todavía algunas sacudidas que conmovieron la quilla, y en cuanto se hubieron aflojado las escotas lo suficiente para dar juego á la vela, fué un milagro que consiguiéramos salvar el mástil y ceñir aquella sin vernos obligados á cortarla por junto á la verga. Felizmente la brisa era constante, y estaba el dia tan claro y brillante como el anterior.

Los gavieros hicieron varios esfuerzos para comunicar con los que nos hallábamos sobre el puente, pero fué en vano, porque el estrépito del viento dominaba su débil voz. Talcott subió tambien á las vergas, y le ví hacer gestos significativos para indicarme que habia algo en direccion de nuestra proa; las olas adquirian á la sazón tal altura que no era fácil examinar el horizonte, pero subí al aparejo del palo de mesana y ví los mástiles de un buque por la parte del Este, que venia cruzando la línea que seguíamos. Navegaba á palo seco, corriendo bordadas terribles: unas veces se apartaba á estribor, haciéndonos temer que iba á volcar, y en seguida, lanzándose á babor, nos dirigia las vergas de sus tres palos. Solo una vez pude distinguir su quilla en el momento en que se levantaba sobre una ola al propio tiempo que la *Aurora*, y los dos buques me parecieron de un tamaño igual, siendo evidente que se aproximaban uno á otro con rapidez.

La *Aurora* gobernaba admirablemente, y era una ventaja inmensa en aquellos momentos; un solo timonel bastaba para dirigirla. No acontecia lo propio con el otro buque, que habia recogido todas sus velas. Aun no habian bajado Tal-

cott y los gavieros, cuando conocí que haríamos bien en imitar la prudencia del capitán cuyo buque teníamos á la vista.

Es imposible mantenerse en una línea recta corriendo con viento contrario por un mar embravecido. Las olas en sus saltos precipitados, cruzan unas veces por encima del buque, y otras se detienen bruscamente como para permitirle que pase por encima de ellas. En los casos en que el buque es levantado por la popa á impulso de un torrente de agua tumultuosa, pierde la barra del timón una parte de su poder, y parece que la popa va á tomar el sitio de las servio-  
las. A la mejor embarcacion suele acontecerla que se vá á la renza oblicuamente ante las olas, de lo cual resultan siempre peligros y dificultades terribles para los marinos. El mayor mérito de la *Aurora* consistia en obedecer rápidamente y en sufrir la influencia del timón á pesar de la violencia del oleaje.

La *Aurora* habia conservado su petifoque, pedazo triangular de lona fuerte que, subiendo desde el extremo del bauprés hácia la cofa de mesana, impedia que el buque tomara el viento por delante ó rompiera las olas de modo que corrieran por el puente. Fácilmente se comprenderá que este es uno de los mayores peligros que pueden correrse en un temporal; cuando la batería toca el agua, ó cuando el buque recibe el viento por el través, es igualmente temible la inundacion del puente. Hay otros peligros que proceden de la impetuosidad de las olas, las cuales, siendo mas rápidas en su impulso que el buque impelido por el temporal, se estrellan contra el costado ó la popa, y derraman sus masas líquidas sobre el puente.

A uno de estos accidentes atribuyo la pérdida del buque de vapor titulado el *Presidente*. Escepto los riesgos de un incendio, los *steamers* bien contruidos ofrecen mayores garantías de seguridad que los buques ordinarios, y se hallan en estado de luchar contra las ráfagas; pero por una consecuencia natural de su construccion, pierden sus fuerzas á medida que aumenta el peligro. En un temporal muy fuer-

te no se puede obligar al vapor, en razon á que una de las ruedas está casi fuera del agua, mientras que la otra se halla sumergida. Además, la estremada longitud de aquellos buques les espone al peligro de embarcar las olas en el entrepuente mientras corren con viento contrario.

A consecuencia, asimismo, de su construccion, les es muy difícil tambien mantenerse á la capa, subir sobre las olas, ó salir del cóncavo que se forma entre estas. A decir verdad, estas observaciones solo se aplican á los buques de vapor que llevan ruedas exteriores con arreglo al sistema antiguo. En concepto mio, el tornillo de Ericson y las ruedas submarinas de Hunter hacen que los *steamers* sean los buques mas seguros del mundo.

La *Aurora* fué invadida varias veces por las olas, y como todo objeto flotante, giraba, ó mas bien su popa viraba precipitadamente, cual si hubiera querido trasponer á la popa. El petifoque, en los movimientos del buque, retumbaba como el estampido de un cañon pequeño. La vela de mesana permanecia inmóvil mientras estábamos entre dos olas; despues se estendia con un ruido terrible y azotaba el mástil. Sin embargo, las velas y los aparejos sostenian maravillosamente los choques mas violentos; pero en el momento en que Talcott bajó, el foque fué sacudido con estrépito por el viento, y arrancado de la relinga cual si le hubieran cortado con unas tijeras.

La lona revoloteó á sotavento y fué á caer en el mar á la distancia de un cuarto de milla, haciéndome temer que la vela de mesana sufriera igual percance.

—Es menester recoger esa vela, señor Talcott, le dije, ó nos esponemos á perderla. El buque que tenemos á la vista navega á palo seco, y será bueno seguir su ejemplo. A no ser por el deseo que tengo de aprovechar el viento, quizás aconsejara la prudencia ponernos á la capa. Entre tanto, ponéd hombres en las escotas.

Habíamos conservado demasiado tiempo nuestro velámen, y urgia moderarle. El primer contramaestre se colocó en

el estrinque, y el segundo en la escota, encargándome yo mismo de ceñir la mesana. Para dar la orden aguardé á que el buque estuviera metido entre dos montañas de agua y cayera la vela pegada al mástil. Todos nuestros marineros tiraron valerosamente de las cuerdas, y habíamos conseguido ya guindar los cabos, cuando la *Aurora* salió bruscamente de su cavidad. La lona que formaba una joroba, se halló sometida á toda la violencia de la tempestad, y quedó desgarrada en tiras como una tela de araña.

Los pedazos que quedaron sujetos á la verga, los aparejes y las poleas, se sacudían con tal furia y rapidez, que habia un peligro de muerte inminente para el que intentara aproximarse á ellos, siendo, sin embargo, muy esencial desembarazarse de aquel estorbo. Con esta mira se habia decidido Talcott á subir á la verga, cuando saltó Nabucodonosor á los aparejos, sin haber recibido orden para ello, se halló muy pronto fuera del alcance de la voz, y con peligro de su vida consiguió arrancar todos los pedazos de vela que azotaban el mástil escepto la relinga de cabecera.

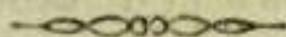
En cuanto el buque se halló á palo seco, á costa del sacrificio de dos de sus velas, tuve tiempo para examinar la embarcacion que estaba á la vista. Hallábase á media milla de nosotros por la proa, daba furiosos tumbos, y los extremos de sus vergas bajas se mojaban en el mar con frecuencia. Al acercarnos mas conocí que era un buque inglés de la compañía de las Indias; se conocia que llevaba mucha carga, y tan pronto parecia que iba á sepultarse su quilla en lo mas profundo del mar, como brillaba su forro de cobre á los rayos del sol.

Desde que se despojara á la *Aurora* de su velámen, no corria ya con tanta velocidad, y aunque hendia las olas con mas rapidez que el buque extranjero, necesitamos todavía una hora para hallarnos á la distancia de un cable uno de otro. Entonces pudimos ver como juegan los elementos con una mole inmensa de madera y hierro: habia momentos en que distinguíamos la mitad de la quilla de la otra embarca-

cion, que subia á la cresta de una espumosa ola, cual si quisiera lanzarse fuera del agua, y en seguida se ocultaba hasta las cofas en el líquido abismo.

Cuando los dos buques bajaban á un tiempo á impulsos de las olas se perdian recíprocamente de vista. Acabábamos una vez de bajar de esta suerte, cuando vimos con profundo terror que el buque inglés giraba directamente á atravesarnos, á unas cincuenta brazas de nosotros. Dos carruajes arrastrados furiosamente en un camino real por sus caballos desbocados, no habrían presentado un espectáculo tan aterrador como el que se ofrecia ante nuestra vista.

La *Aurora* sepultaba su proa en el agua con tal fuerza, que se habria hecho trizas á la menor resistencia que encontrara. En cuanto al buque inglés, presentaba su batería á las olas y se apartaba, con viento por la proa hácia babor. Habia yo intentado gobernar al mismo lado, pero al verle tan desordenado en sus movimientos, pensé que era preferible tomar la direccion opuesta, y grité—¡Barra á babor! Pero en el momento en que la *Aurora* obedecia al impulso que se la comunicara, el otro buque se alejó á estribor en la misma direccion que nosotros. Esclamé:—¡Toda la barra á estribor! y ya era tiempo, pues con un minuto mas que hubiéramos tardado, caíamos en línea recta sobre el inglés. Pasamos á cien piés próximamente uno de otro, y á no haber nos alejado la marejada habríanse caedado nuestras vergas. En el momento en que nos separamos, un grito de Talcott me llamó al coronamiento de popa: ví en el buque inglés á un hombre que agitaba su sombrero, y conocí el amaratado rostro de Moisés Marbre.



## CAPÍTULO XXVI.

Los dos buques, cual si anhelaran evitarse mutuamente, corrian por las cavidades que formaban las olas entre sí. El capitán inglés y yo tuvimos simultáneamente la misma idea: él puso la barra á babor y yo á estribor, poniéndonos ambos al viento corriendo bordadas contrarias. En vez de huir ante el viento, el buque inglés desplegó su foque de mesana; en cuanto á la *Aurora*, continuó corriendo á palo seco, y mas tarde hice colocar un foque de repuesto. Embarcábamos poca agua, y cuando nuestras servietas encontraban algunas olas mas voluminosas, alejábanse estas impulsadas por el viento con la misma rapidez con que se acercaran. Hacia la caída de la tarde se calmó la tempestad y disminuyó la marejada.

Si nos hubiéramos hallado solos, no habria vacilado en desplegar velas y proseguir mi viaje; pero tenia vehementes deseos de comunicar con el buque inglés y hablar con Marbre. Contando á Talcott, Nabucodonosor, el repostero, seis marineros de proa y yo, éramos á bordo diez las personas que conocíamos á Moisés Marbre, y no nos quedaba duda alguna sobre su identidad. Así pues, resolví seguir al buque inglés

para ponerme en contacto con mi antiguo amigo. Le quería en extremo á pesar de sus escentricidades, y le profesaba suma gratitud en razon á que habia contribuido en gran manera á perfeccionar mi educacion marítima. Además, habíamos viajado tanto tiempo juntos, que su carrera me parecia tener íntima conexion con la mia.

Temí por un momento que el inglés se propusiera pasar toda la noche en un mismo sitio; pero una hora antes de la puesta de sol tuve el placer de verle desplegar su mesana y navegar. Antes de esto habia yo virado de bordo dos veces para poner la proa de la *Aurora* en la misma direccion, y le seguimos á palo seco. A la mañana siguiente marchaban ambos buques en conserva con una brisa moderada del Norte; me acerqué al inglés y le hablé como se acostumbra.

—¿Qué buque es ese?

—El *Dundee*, capitan Roberto Terguson. ¿Qué buque es ese?

—La *Aurora*, capitan Miles Wallingford. ¿De dónde venís?

—De Rio Janeiro, con carga para Lóndres. ¿De dónde venís?

—De Nueva-York, con carga para Burdeos. Rudo temporal hemos sufrido.

—Es verdad; pero vuestro buque se ha portado muy bien.

—Estoy contento de él. Decidme ¿no teneis á bordo á un americano que se llama Mr. Marbre? Creimos verle ayer en la popa de vuestro buque y os hemos seguido para adquirir noticias suyas.

—Sí, sí, contestó el capitan inglés haciendo una seña con la mano, al instante le vais á tener á bordo. Está ocupándose en estivar su equipaje, y sin duda cuenta pedirnos pasaje para regresar á Nueva-York.

Al terminar estas palabras apareció Mr. Marbre sobre el puente y nos saludó de nuevo con su sombrero. Pusiéronse ambos buques al paio, y Talcott pasó con nuestro bote á bordo del *Dundee*. Verificóse el cange acostumbrado de no-

ticias y periódicos, y veinte minutos despues estrechaba entre mis manos las de mi antiguo amigo. Tan grande fué su sorpresa como su júbilo al hallar á tantos compañeros antiguos, y sin pronunciar al pronto una sola palabra, distribuyó á derecha é izquierda afectuosos apretones de mano. Hice colocar su equipage en la cámara y fui en seguida á sentarme á su lado en el gallinero, con el deseo de saber sus aventuras tan pronto como se hallara dispuesto á referírmelas; mas no era fácil librarnos de la importuna curiosidad de mis pasajeros. Habian tenido sujeta la lengua durante la borrasca, dejándome disfrutar así de una tranquilidad momentánea; pero tan pronto como se calmó el viento, prosiguieron el curso de su charlatanería. El modo extraño que tuvo Mr. Marbre de reunirse con nosotros les hacia presentir una historia misteriosa y se habian colocado en emboscada para escuchar algunas de nuestras palabras. Por mi parte, estaba bien convencido de que era inútil variáramos de posicion sobre cubierta, porque no habrian dejado de seguirnos á todas partes, y si hubiéramos podido sustraerles alguna parte de nuestra conversacion, era su imaginacion bastante fecunda y estaban dotados de la inventiva suficiente para llenar los vacíos. Por consiguiente rogué á Mr. Marbre y á Talcott que me acompañaran, y los llevé á la cofa del palo mayor, en donde nos sentamos con la mayor comodidad, dejando colgar nuestras piernas á la parte de fuera. Gracias al cielo, ni Sara ni Juana podian seguirnos á aquel parage.

—¡Llévelos el diablo! exclamé, porque habia en la conducta de aquella gente motivos suficientes para hacer jurar á hombres mas escrupulosos que yo. Al fin hemos puesto de por medio los aparejos del palo mayor, y no los creo capaces de aventurarse en las cofas para escuchar lo que decimos.

—En todo caso, dijo Talcott riéndose, nos quedan todavía, para tocar en retirada, las barras traveseras y la verga del juanete.

M. Marbre nos interrogaba con la vista, pero pronto adivinó el sentido de nuestras palabras.

—Ya entiendo, dijo, haciendo una seña de inteligencia; esos tres individuos tienen seis pares de orejas, ¿no es verdad, Miles?

—Justamente, y además podriais añadir que tienen cuarenta lenguas dotadas de una facultad de elocucion extraordinaria.

—;Cuarenta lenguas! mucho es, á fé mia; el que posee tantas, debe necesitar buen lastre. En fin, nos hemos librado de ellos, y se hallan reducidos á formar conjeturas.

—Que no dejarán de hacerlas, estad seguro de ello, repuso Talcott; solo consiguen discutir tan largamente sobre los hechos del prógimo, poniendo de su cosecha propia la mitad de lo que se refieren.

—En fin, que se vayan al.... á Burdeos, repuse, tenemos priesa, querido Marbre, de saber lo que os ha ocurrido. Teneis en nosotros amigos fieles y cariñosos, que siempre están dispuestos á hacer todo lo posible en beneficio vuestro.

—Os lo agradezco en el alma, dijo el honrado marino secándose los ojos con el dorso de la mano. Creo con entera buena fé lo bien dispuestos que os hallais en favor mio y os aprecio que me hayais hechó subir á este sitio, pues no hubiera querido que esas arpías terrestres viesen que un hombre de mi edad, que está navegando hace cuarenta años, llora como una dama sensible. ¿Con qué deseais que os enseñe mi cuaderno de bitácora?

—Si señor, sin omitir ni una sola hoja, y como si hubierais de mostrarle á una compañía de seguros.

—Mucho decir es eso, porque la mayor parte de esos aseguradores son unos bribones redomados, á quienes cuesta trabajo arrancar lo que deben legítimamente; verdad es que algunos hay muy honrados que compadecen al pobre náufrago y le abren su bolsa antes de que él abra la boca.

—Conformes, mi buen amigo; pero vuestra historia, vuestra historia es lo que interesa.

—A ella voy, y satisfaré vuestra curiosidad sin ocultar lo mas mínimo de mi terquedad y locura. ¿Sin duda, hijos míos, me buscariais antes de dar á la vela?

—Sí, é imaginamos que, cansado de vuestra experiencia, apenas comenzada, os habriais marchado antes que nosotros.

—Vuestras conjeturas eran incompletas. Cuando estuvisteis ya á bordo, empecé á *generalizar* sobre mi situacion, y me dije á mí mismo: Moisés Marbre, nunca consentirán en darse á la vela sin tí y en dejarte solo en esta isla, á imitacion de Robinson Crusoe. Es menester que te mantengas oculto hasta que la *Crisis* dé á la vela... ¿Qué fué de la pobre *Crisis*? Nada me habeis dicho de ella.

—Estaba á la carga para Lóndres cuando salí de Nueva-York, é iba á emprender de nuevo su viaje anterior.

—¿Y los armadores os negaron su mando, Miles? ¿Alegaron, sin duda, vuestra juventud, á pesar de cuanto habeis hecho por ellos?

—No, han intentado confiarme su buque, pero he preferido mandar un buque mio. La *Aurora* me pertenece esclusivamente, querido Marbre.

—¡Tanto mejor! Así habrá siquiera un hombre de bien entre los propietarios de buques. ¿Y qué tal le ha ido al vuestro? ¿Habeis sido inquietado por los piratas?

Conocí que era inútil intentara obtener relacion alguna de Marbre antes de haberle referido los acontecimientos de la *Crisis*, y le hice de ellos una narracion sucinta.

—Decidme, preguntó, ¿qué se hizo la goletilla que aquel capitan francés nos cedió por caridad?

—¿La *Polly*? entró en el puerto, fué vendida y en la actualidad la han dedicado al comercio con las Antillas. Ahora hay en poder de los armadores un esceso de cuenta muy razonable, y vuestra paga, con la parte de presa que os corresponde, os constituyen una suma de mil cuatrocientos pesos.

Una de las condiciones inherentes á la humana naturaleza, es alegrarse de tener dinero, y conocí por la espresion de los ojos de M. Marbre, que dicha suma, tan considerable para él, le aficionaba de nuevo al mundo y disminuía sus pesares. Miróme fijamente durante un minuto y me dijo con acento conmovido.

—Miles, si yo tuviera una madre, ese dinero la procuraría el bienestar para el resto de su vida. Por un capricho singular de la fortuna, el que no tiene madre posee dinero, y el que la tiene se halla sin recursos.

Aguardé á que M. Marbre se repusiera de su emocion, y le insté para que prosiguiera.

—Cuando me quedé solo en mi cabaña, repuso, según os dije antes, *generalicé* sobre mi posicion, y deduje de mis reflexiones que si al dia siguiente me hallabais allí, me llevariais por fuerza. Desamarré la lancha, atravesé el escollo, y goberné á sotavento hasta el amanecer; entonces perdí ya de vista la tierra, pero distinguia aun los juanetes del buque. Regresé á la isla en cuanto dejé de verlos; y de este modo, cuando vosotros os marchabais entraba yo en la bahía tomando posesion de mis dominios, en los cuales nadie habia ya que se opusiera á mi voluntad y contrariara mis caprichos.

—Capricho es la palabra, pues seguramente no entraba la razon para nada en vuestro proyecto, cuyas consecuencias funestas no tardariais en conocer.

—Con efecto, Miles, no tardé en conocer que si carecia de padres y hermanos, tenia al menos patria y amigos. El trozo de mármol sobre el cual fuí hallado, es hoy tan grato para mí como la régia cuna de un príncipe. Pensé en vosotros, y anhelé vuestra compañía, cual una madre la de sus hijos.

—¡Pobre desgraciado! vuestra soledad era terrible, aterradora. Pero los bichos que os dejamos en el corral, ¿no os proporcionaron alguna distraccion?

—Sí, me entretuvieron algunos dias, pero pronto me

convencí de que aquella no era sociedad suficiente para un hombre. Tenia además la del diablo.... que parecia complacerse en recordarme todas mis faltas pasadas. Afortunadamente me habiais dejado en muy buen estado la lancha francesa; coloqué en ella algunos barriles de agua dulce, maté un cerdo y le salé, embarqué provision de galleta, y salí de la isla que lleva mi nombre, dos meses despues de la *Crisis*.

—Ya voy viendo que vuestro viaje seria tan triste como vuestra existencia en tierra.

—¡Os equivocais completamente! En el mar nunca estoy solo, pues hallo demasiado en qué ocuparme; me ocupan las maniobras, y además tengo siempre el puerto en perspectiva; pero *generalizando* noche y dia sin resultado, sin esperanza de conseguir un objeto, se corre un peligro inminente de perder el juicio. Sí, amigos míos, lo confieso: permaneciendo en mi isla habria doblado el cabo de la Locura, indudablemente, y preferí alejarme.

—Pero os hallabais á cerca de 1,500 leguas de toda isla habitada, y es distancia difícil de atravesar en alta mar.

—Bah! ¿qué es eso cuando se tienen provisiones y agua? Evité el encuentro de los salvages que se hallaban á barlovento. Navegaba por el dia, y por la noche me ponía al paio cogiendo rizos en la vela mayor, y de esta suerte durante siete semanas, corrí de isla en isla todo el Océano Pacífico.

—¿Y dónde desembarcasteis?

—Hallé un buque de Manila que se dirigia á Valparaíso; en este punto encontré á un español que se proponia atravesar los Andes, ya sabeis, esas grandes montañas cubiertas de nieve que se ven en el interior del pais al acercarse á las costas de la América del Sur.

—Sí, me acuerdo de ellas: son harto notables para que dejen de fijarse en la imaginacion.

—Pues bien, son los Andes. Ya sabeis tambien que los marinos nos hallamos muy mal en tierra, por buenos que sean

los caminos. Para que formeis una idea de lo que son los Andes, suponed que todas las olas levantadas por la última tempestad se hallan amontonadas unas sobre otras, y solo resultará una galleta comparativamente con los Andes! La naturaleza parece haber hecho esfuerzos inauditos para formarlos, y con todo, ¿para qué sirven? Montañas como aquellas podrian ser útiles en Europa; pero al pié de estas se encuentran, por un lado portugueses y españoles, y por el otro españoles y portugueses. Sea como quiera, las atravesamos y llegué á Buenos-Aires, de donde me trasladé á Rio Janeiro á bordo de un quechemarin, y allí fué donde encontré al *Dandee*, á la carga para Lóndres. El capitán me ha tratado regularmente; me presenté como un náufrago, porque los ermitaños no son muy estimados entre los protestantes. Entre los católicos acontece lo contrario, pues están en olor de santidad. Me sucedió referir á una posadera portuguesa que yo era una especie de anacoreta, y creí que se iba á postrar de hinojos para adorarme.

Aquí concluyó la historia de Moisés Marbre y de su colonia, en la que solo quedaban ya gallinas y cerdos. Despues de haber concluido su narracion me dirigió un diluvio de preguntas relativas á los Merton, Clawbonny, Ruperto, y aun Nabucodonosor, á quien hubimos de hacer subir á la cofa para que presentara sus respetos al ex-primer contra-maestre de la *Crisis*. En resúmen, M. Marbre manifestó estar muy satisfecho por hallarse entre nosotros, y en varias ocasiones ví sus ojos preñados de lágrimas. Convinimos en que mandaria un cuarto, y en que no desempeñaria funciones obligatorias.

Quando bajamos al puente se le presenté á mis pasajeros, y en el trascurso del dia no dejó M. Brigham de interrogarle.

—Al fin habeis llegado de improviso, capitán Marbre, dijo M. Brigham.

—¡Yo de improviso! si hace mas de un mes que aguardaba á la *Aurora* en el sitio en que la he encontrado.

—¡Qué extraño es eso! No comprendo como habeis podido prever el paso de nuestro buque.

—¿Sabeis la trigonometría esférica?

—No soy muy versado en esa ciencia; estudié matemáticas en mi juventud, pero nunca hice grandes progresos en ellas.

—En ese caso seria inútil que procurara haceros comprender la cosa. Si hubierais sabido la trigonometría esférica os haria esplicaciones completamente satisfactorias.

—¿Hace mucho tiempo que conoceis al capitan Wallingford?

—Claro está que sí, contestó secamente M. Marbre.

El tono de mi amigo desconcertó á M. Brigham, que cesó de hacerle preguntas; interrogó á Nabucodonosor, pero el negro habia recibido ya instrucciones, y se mantuvo en la mas estricta reserva.

Llegué, por fin, á Burdeos, en donde me separé con el mayor placer de mis pasajeros. A pesar del poco tiempo que permanecí con ellos, su charlatanería ejerció una influencia funesta sobre mi dicha venidera. El efecto de la murmuracion suele hallarse favorecido, con harta frecuencia, por la credulidad de los hombres que dan entero crédito á palabras infundadas é inspiradas por las inclinaciones mas despreciables.

Mi intencion era regresar inmediatamente á Nueva-York, pero me ofrecieron una partida de vinos y aguardientes para trasportarla á Cronstadt en Rusia, y en cuanto hube aceptado, dió la *Aurora* á la vela á fines de agosto. En Cronstadt hallé un buque americano llamado el *Hiperion*, cuyo capitan y primer contramaestre habian muerto de vi-ruelas. El cónsul de los Estados- Unidos quiso confiar á M. Marbre el cuidado de llevar el buque á Nueva-York, pero mi buen amigo se negó á ello tenazmente, y Talcott fué quien obtuvo tan honroso encargo. Me separé con sentimiento de mi primer contramaestre, á quien profesaba sincera amistad. No volví á oir hablar de él; las tempestades del

equinoccio fueron terribles en aquel año, y el *Hiperion* participó, sin duda, de la suerte de un gran número que se perdieron.

M. Marbre sustituyó á Talcott, y fué mi primer contra-maestre, así como yo lo habia sido suyo. Tomé flete para Odessa, por cuenta del gobierno ruso; pero la Sublime Puerta me prohibió la entrada en los Dardanelos, y hube de dejar mi cargamento en Malta. Desde allí me dirigí á Liorna, adonde llegué á fin de marzo, y aproveché una ocasion para escribir á Engracia y á M. Hardinge, cuya tutela habia terminado en el pasado mes de octubre; no pudiéndoles designar parage alguno seguro para que me dirigieran las cartas, no recibí noticias de Clawbonny durante mi viaje. Mis amigos sabian de mí, y yo ignoraba su suerte. No procuraré disimular la inquietud que esto último producía en mí, y sin embargo, experimentaba una especie de satisfaccion desesperada al dejar el campo libre á M. Andrés Drewett.

Tomé flete en Liorna para una casa americana, y confiando á Marbre el cuidado de recibir y estivar el cargamento, hice una escursion por la Toscana. Visité á Pisa, Luca, Florencia y otras varias ciudades intermedias. Pasé una semana visitando las curiosidades de Florencia, y júzguese cual seria mi sorpresa cuando, paseando por la catedral, me hallé frente á frente con los Brigham. Me agoviaron con sus preguntas: en dónde habia estado, dónde se hallaba Talcott, dónde de la *Aurora*, cuándo y de qué puerto se daría á la vela, etc. Despues me refirieron sus escursiones.

—Hemos visitado á Paris; comimos en casa del cónsul americano con M. R. N. Liwingston, negociador del tratado de la Luisiana; hemos visto Ginebra, el lago, el *Mont-Blanc*, el monte Cenis, Milan, Roma, el Papa, Nápoles, el Vesubio, los templos de Pestum, y *hénos aqui*.

En seguida me hablaron de las voluminosas cartas que habian recibido de América, siendo la noticia mas importante que me dieron la de la muerte de la Sra. Bradfort.

—Bien os lo aseguraba yo, exclamó Sara; la pobre señora murió á consecuencia de su cáncer. ¡Ah! teníamos datos bien positivos sobre su enfermedad y sus intenciones. Ha testado en favor del jóven Hardinge, el hijo de su primo hermano, y nada ha dejado á este ni á la jóven y amable miss Lucía. A todo el mundo ha causado indignacion semejante conducta.

—Y no es eso todo, interrumpió Juana; se asegura que el jóven Hardinge va á casarse con miss Merton, aquella inglesa de quien tanto se habló en Nueva-York. ¿No era conde su abuelo, M. Brigham?

—Creeo que era lord Cumberland, ó cualquier otro, que eso poco importa. Lo cierto es que su padre, el general Merton, concede su mano á M. Hardinge, y este declarará que ni un óbolo dará á su hermana.

—Y sin embargo, dijo Sara con énfasis, los dos esposos disfrutarán de una renta de diez y seis mil duros.

—Seis mil, hermana, repuso Brigham, el cual calculaba bastante bien, pues de otro modo nunca habria podido hacer un viaje por Italia. La Sra. Bradfort tenia seis mil duros de renta: lo sé por Alpham, mi compañero de colegio, quien hizo un estudio particular de las fortunas de Nueva-York.

—¿Pero estais seguro de que Ruperto sea el heredero único de la Sra. Bradfort? pregunté procurando conservar mi sangre fria.

—No me cabe la menor duda de ello; en toda Nueva-York no se habla de otra cosa. Por supuesto que las jóvenes casaderas van á perseguir al rico heredero como las golondrinas persiguen á las moscas, y apostaria un par de guantes con Sara á que dentro de tres meses recibimos la noticia de la boda de M. Hardinge.

El parlero estuvo charlando todavía una hora; me hicieron prometer al separarnos que fuera á visitarlos, pero despues de haberles dirigido una esquila disculpándome, salí de Florencia para Liorna. No creí la mitad de lo que me dijo M. Bri-

gham, pero me parecia cierto, sin embargo, que la Sra. Bradford no existia, y era posible que no hubiera sabido establecer una distincion entre el mérito de Lucía y el de Ruperto. Aun admitiendo que este fuera el poseedor de toda la fortuna de la viuda, costábame trabajo, á pesar de su egoismo, suponerle capaz de despojar completamente á su hermana. ¡Qué variacion! los Hardinges, á quienes habia yo conocido pobres y casi dependientes de los beneficios de mi familia, se enriquecian repentinamente! ¿Qué resultaria de esta elevacion inesperada?

Ardia en deseos de trasladarme cuanto antes á América, para saber á qué atenerme. Temia que M. Andrés Drewet se casara con Lucía á quien nunca habia yo declarado mi amor, y que en su nueva posicion no reservaria probablemente su ternura para un marino que andaba vagando por el Océano. Estaba tan impaciente por marcharme, que me habria decidido á dar á la vela con lastre si no se hubiesen apresurado los comerciantes á completar el cargamento.

Aparejamos el 15 de mayo de 1803, y al atravesar el estrecho de Gibraltar, fuimos abordados por una fragata inglesa que nos anunció la ruptura entre la Francia y la Inglaterra. Las hostilidades habian empezado ya, en razon á que tres dias despues de nuestra partida arrojara el primer cónsul la máscara con que se encubria. Sin embargo, la fragata no nos inquietó en lo mas mínimo.

En el Océano Atlántico tuve buen cuidado de evitar el encuentro de todos los buques que veia. Una goleta de guerra inglesa nos dió caza al aproximarnos á la costa de América; pero conseguimos pasar la barra del Hudson antes de que nos alcanzara.

---

**CAPÍTULO XXVII.**

---

En la tarde misma de nuestra llegada á Nueva-York, al dirigirme á la fonda de la Cité, encontré á Ruperto Hardinge, que iba andando con precipitacion. Mi presencia pareció sorprenderle y aun dejarle confuso: no obstante, me dispensó una acogida amistosa. Vestia luto riguroso, y el corte de su traje se sujetaba estrictamente al último figurin.

—¡Wallingford! exclamó (esta era la vez primera que me llamaba por mi apellido) ¡Wallingford! ¿venís caído de las nubes? Habian circulado tales rumores respecto á vuestra persona, que vuestra aparicion es tan sorprendente como lo seria la del mismo Bonaparte. ¿Vuestro buque está en el puerto, no es cierto?

—Sin duda alguna; ya sabeis que estoy unido á él hasta que la muerte ó el naufragio nos separen.

—Hé ahí lo que anhele decir á aquellas señoras: «Wallingford solo contraerá uniones indisolubles con buques.....» Pero teneis muy buen semblante: el aire del mar os prueba bien.

—No puedo quejarme en cuanto á salud. Pero habladme de vuestra familia. Vuestro padre...

—Está en Clawbonny; ya conocéis su carácter: ninguna variación de fortuna puede impedirle que considere á su vetusta iglesia como una catedral, y á su parroquia como una diócesis. No me atrevo á aconsejarle que renuncie á su estado.

—¿Y vos, y el resto de la familia?

—Yo acabo de recibirme de abogado. ¿Pero hácia qué lado os dirigís? preguntó asiéndome del brazo. Si vais hácia arriba daré una vuelta en compañía vuestra. En la presente época del año hay poca gente en la ciudad: sin embargo, esta es la hora en que se encuentran en Broadway muchas mujeres encantadoras. Os decia, pues, que ya pertenezco al foro.

—¿Y como está mi hermana? pregunté sin averiguar nada de Lucía, tal era mi temor de saber que se hubiese casado.

—Oh! Engracia... á decir verdad; mi querido capitán, el estado de su salud no es muy satisfactorio. Desde el otoño último ha permanecido en Clawbonny, y aunque hace mucho tiempo que no la he visto, creo que continúa padeciendo. Ya sabéis cuán delicada es... Ah! Wallingford, quisiera el cielo que nuestras americanas tuviesen la constitución robusta de las inglesas!....

Estas palabras produjeron en mí un movimiento de cólera que no pude reprimir; pero reflexioné que quizás Ruper- to no habria hecho todavía una declaración positiva á Engracia, y que antes de que me ilustraran sobre el estado de sus relaciones, debia abstenerme de todo paso inconsiderado.

—Esas noticias me afligen en extremo, repliqué despues de un momento de silencio; Engracia necesita solícitos cuidados, y en vez de correr los mares en pos de la fortuna, debiera yo permanecer á su lado y cumplir con los deberes de un buen hermano. Nunca me perdonaré semejante descuido.

—No os alarmeis antes de tiempo, capitán, repuso Ruper- to; la salud de Engracia pende de su temperamento, y no se halla en ella síntoma alguno de una enfermedad determinada. No podeis reconveniros por haber procurado hacer for-

tuna; el dinero es una cosa excelente, y espero que vuestros frecuentes viajes habrán producido su fruto.

—Habládme de Lucía repliqué, sin atender á su pregunta.

—Miss Hardinge está en Nueva-York, en nuestra casa de Wall-Street. Pero se me olvidaba: ¿Sabeis la noticia?

—En Italia he sabido la muerte de la Sra. Bradfort, y sin duda el luto que llevais será por ella.

—Justamente; la muerte nos arrebató aquella mujer excelente. Murió como cristiana, mi querido Wallingford; no hubo mas que una voz unánime en todo el clero de Nueva-York para declarar que su fin habia sido de los mas edificantes.

—¿Y os ha instituido heredero suyo universal? Su fortuna debia quedaros naturalmente, puesto que habia pertenecido á vuestra abuela comun; ¿pero ha sido completamente olvidada Lucía?

Ruperto pareció ser presa, entonces, de una viva inquietud; guardó silencio un momento, y concluyó por decirme en tono confidencial:

—Ya sabeis, Miles, que la Sra. Bradfort, á pesar de sus buenas cualidades y de su fin edificante, tenia un carácter de los mas escéuticos; las mujeres, y sobre todo las americanas, profesan á las veces ideas muy raras. Si hubiera vivido en Inglaterra, habria heredado legalmente y sin contestacion de ningun género todos los bienes de la Sra. Bradfort, segun me ha dicho miss Merton, cuyo buen juicio habeis tenido ya ocasion de apreciar.

—Siendo ya abogado, no necesitabais consultar á una inglesa para saber la jurisprudencia británica en materia de sucesion.

—Oh! las leyes, así en Inglaterra como en los Estados-Unidos, están de tal modo desfiguradas por los comentarios, que las reglas generales se hallan trasformadas, muchas veces, en reglas excepcionales. En fin, la Sra. Bradfort testó.

—¿Probablemente habrá distribuido su fortuna entre vosotros?

—Nada de eso. Era una mujer muy singular y fantástica, la buena de mi prima; á pesar de haber muerto con los sentimientos piadosos mas admirables, ha dejado sus bienes muebles é inmuebles, sus casas de campo y de la ciudad, ¿á quién?... á mi hermana.

Estas palabras produjeron en mi ánimo el mismo efecto que un rayo. Todas mis esperanzas se desvanecian!....

—¿Y quién es el ejecutor testamentario? repuse despues de un largo intérvalo.

—Mi padre; afortunadamente no es difícil su encargo, pues toda la sucesion se halla en un órden perfecto. Se compone de casas y almacenes situados en los mejores barrios de Nueva-York, de algunos millares de libras impuestas en el tesoro y las hipotecas, y todo ello asciende, comprendidos los ahorros hechos por la difunta, á una renta anual de siete mil libras esterlinas, libre de toda traba y carga.

—¿Y todo eso pertenece á Lucía?

—Provisionalmente, porque la mitad, cuando menos será para mí, pudiéndose creer que hoy Lucía solo es una depositaria. La Sra. Bradfort diria: Ruperto en el fondo es un buen muchacho, pero es jóven y disipador. Así, pues, voy á disponer de toda mi fortuna en favor de Lucía; pero cuando esta salga de tutela, le daré la mitad, ó aun quizás las dos terceras partes, en virtud de las prerogativas del sexo masculino.»

—¿Creeis que fuera esa la intencion de la difunta? ¿teneis pruebas de ello?

—¿Pruebas? lo aseguraria bajo juramento, y todo tiende á confirmarme en mi opinion. Os confesaré que tengo dos mil duros de deudas, y sin embargo, como os he dicho antes, la buena señora no me ha dejado ni un centavo para pagar á mis acreedores. Una mujer tan piadosa y que tuvo tan cristiana muerte, no se habria conducido de este modo conmigo á no haber tenido miras ulteriores.

—Yo creia, Ruperto, que la Sra. Bradfort os pasaba una pension.

—Sí, de mil pesos anuales, sin contar los regalos y grati-

ficaciones suplementarias, que ascendían á cinco mil pesos; pero ¿qué son cantidades tan miserables para un jóven que frecuenta la alta sociedad de la capital? Las dádivas que debí á la difunta durante su vida, me prueban con evidencia que en el fondo de su corazón me destinaba su herencia, pues no se dan cinco mil pesos á un pariente sin tener el proyecto de darle mas. Así pues, la fortuna de la Sra. Bradfort solo se halla en manos de Lucía como un fideicomiso.

—¿Participa Lucía de esa opinion?

—Mi hermana no es expansiva y gusta de proporcionar sorpresas á las personas á quienes se propone complacer.— Esta apreciacion del carácter de Lucía hecha por Ruperto, era un completo absurdo.—Por consiguiente se ha atrincherado en la reserva mas completa, contentándose con autorizar á mi padre para pagar mis deudas y pasarme una pension de mil quinientos pesos. Ahora, Miles, os he hablado como á un antiguo amigo, porque sabia que mi padre os instruiria del estado de mis asuntos tan pronto como fuerais á Clawbonny, pero os recomiendo el secreto mas absoluto. Si se supiera que dependo de una hermana que es ocho años mas jóven que yo, me pondrian en ridículo completamente. Algunos amigos íntimos tienen una idea confusa de mi posicion, pero generalmente se cree que me hallo ya en posesion de la fortuna, y que la suerte de mi hermana está en mis manos. Este rumor, que cuido yo muy bien de difundir, aleja á los aventureros que pudieran intentar un casamiento por interés.

—¿Y le agrada, acaso, á un tal Andrés Drewett? Cuando me marché tributaba á Lucía atenciones tan asíduas que supuse no tardarian en casarse.

Pronuncié estas palabras aparentando una tranquilidad que me hallaba muy lejos de disfrutar.

—A la verdad, Miles, puede decirse que nuestro luto ha detenido la realizacion de los progresos de Andrés. Ya comprendereis que antes de que llegue á ser mi hermano políti-

co, importa en sumo grado que estén arreglados mis asuntos, y que se hayan determinado bien las condiciones del depósito confiado á Lucía. Por lo demás, estoy contento de Andrés y le profeso sincero afecto. Está emparentado con las mejores familias, tiene modales distinguidos y una fortuna muy saneada. La Sra. Bradford se le destinaba, sin duda, á Lucía, porque las rentas de Drewett, unidas á la tercera parte de las de la difunta, equivalen justamente á la totalidad de estas últimas.

—¿Habeis dicho á vuestra hermana lo que pensais sobre eso? ¿Cómo acoge vuestras insinuaciones?

—Oh! á las mil maravillas!... Como todas las muchachas, se ruboriza y algunas veces afecta ponerse de mal humor; despues se sonrie, hace un gestecito, y esclama: «¡Qué locura!... es un absurdo, os engaÑais, Ruperto, etc.» frases que á nadie engaÑan, ni siquiera á un pobre inocenton de hermano... Pero os tengo que dejar, Miles, porque voy á acompañar unas señoras al teatro, donde el famoso actor Cooper desempeña el papel de Otelo.

—Una palabra mas, Ruperto, ¿qué se han hecho los Merton?

—Se han establecido en Nueva-York; el coronel, viendo que el clima le era favorable, ha obtenido un destino que le tiene en nuestro pais. ¡Nueva-York no puede pasarse ya sin los Merton!

—Ah! ¿mi antiguo amigo ha obtenido ascensos, puesto que acabais de llamarle coronel?

—Le dan con mas frecuencia el título de general; estábais en un error, Miles, al creer que solo era mayor: todos le llaman aquí el coronel ó el general.

—Le deseo que tenga derecho á esas calificaciones. Adios, Ruperto, no revelaré vuestro secreto. Hablad de mí á Lucía, decidla que deseo verla feliz en su nueva posicion, y que procuraré visitarla antes de volver á embarcarme.

Nos separamos; Ruperto se dirigió precipitadamente al teatro, y yo continué mi camino sin direccion fija. Habia

enviado á Nabucodonosor á preguntar por el *Wallingford*, y me dijo que la balandra saldria del dique al amanecer, decidiéndome con esto á trasladarme inmediatamente á Clawbonny, porque sin dar grande importancia á las palabras de Ruperto, necesitaba tranquilizarme sobre el estado de mi hermana. Vagando por las calles me encontré á la puerta del teatro, y concebí deseos de saber quienes eran las personas á quienes acompañaba Ruperto.

Entré, y el teatro estaba completamente lleno, no obstante la estacion en que nos hallábamnos. El nombre de Cooper, que era el actor que estaba mas en boga á la sazón, bastaba para atraer á la multitud, aunque habia algunos aficionados que preferian á Tennel. La mayoría, empero, concedia la palma á Cooper, y con justa razon, pues rara vez se engaña el público en materias de sentimiento. Los *reclamos* podrán engañar momentáneamente al buen juicio general, pero pronto recobra su imperio la naturaleza, y los que se han dirigido al corazon humano quedan dueños de las simpatías de los hombres.

En religion, la máscara de la hipocresía sirve con frecuencia para conquistar una popularidad usurpada; en política, la abnegacion de los patriotas no suele ser sino una magnífica máscara que emplean para prosperar; en la vida social, sonrisas engañosas, cortesías afectadas, y pérfidos apretones de mano, concilian á los intrigantes una consideracion inmerecida; pero el poeta, el actor y todos los que hablan á las pasiones, al alma, á la imaginacion, nunca consiguen cautivar los sufragios universales á no tener un mérito positivo, desarrollado por el estudio y perfeccionado por el arte.

He dicho que el teatro estaba lleno; sin embargo, hallé sitio en la segunda fila de un palco, desde el cual, dirigiendo la vista hácia bajo, percibí bien pronto los rizados cabellos de Ruperto. Estaba al lado de Emilia Merton y del mayor, promovido recientemente al grado de coronel, ó de general, por la buena voluntad de mis queridos compatriotas,

tan inclinados á trasformar en condes, capitanes y fenómenos, á individuos que hacen muy triste figura en su patria respectiva.

Creí ver á Lucía al lado del mayor, y me bastó verla confusamente para experimentar una agitacion violenta. Habia dos sitios vacantes, pero el movimiento que hubo en el palco me anunció bien pronto que estaban ocupados. Levantáronse todos, Andrés Drewett dió la mano á una señora de edad avanzada que, segun supe mas tarde, era su madre, y despues de haberla ayudado á colocarse, se compuso de modo que sustituyó al mayor al lado de Lucía. Todo esto era muy natural, y sin embargo produjo en mi alma un dolor inesplicable.

Sin cuidarme lo mas mínimo de la funcion dramática, pasé una hora reflexionando, recordando los dias de mi infancia, la noche de mi primera partida, mi regreso, el incidente del brazalete, y tantas otras circunstancias en que Lucía me manifestara tierno interés. ¿Me habia equivocado? ¿Era debido aquel interés tan solo á su sensibilidad natural, á su carácter franco, á la costumbre?

Un hecho que, muy á pesar mio, me veia obligado á reconocer, era la distancia que á la sazón me separaba de Lucía. Mientras fuí rico, relativamente á ella, habria podido aspirar á su mano sin que el mundo observara la insignificante diferencia que existia entre su posicion y la mia; pero habían variado las circunstancias, y Lucía tenia muchos mas bienes que yo: poseia una fortuna, al paso que yo solo tenia un mediano bienestar! Además, un marino como yo, ausente por necesidad, prescindiendo de que tuviera la ventaja de una educacion regular, se hallaba en condiciones muy desfavorables para obtener buen éxito con una mujer. No disfrutaba yo los privilegios de los ociosos de la ciudad, de los abogados sin causas que, despues de dos horas de bufete, podian pasar el dia paseando, ó de los hombres desocupados como Drewett. Cuanto mas reflexionaba, mayor era mi humillacion, y mas contrarias veia todas las probabilidades.

En mi abatimiento quise marcharme del teatro, pero experimenté una opresión terrible de corazón á la sola idea de marcharme sin haber contemplado las facciones de Lucía. Decidime, pues, á pasar á las lunetas á satisfacer mis ojos con la vista de la mujer bella á quien habia consagrado eterno amor, y á alejarme despues, á huir de Lucía, á evitar su presencia con el mayor cuidado para librarme de los tormentos que me agoviaban desde la muerte de la señora Bradfort. Hasta la realizacion de este suceso, confieso que habia contado con la diferencia de nuestras respectivas posiciones; no porque Lucía fuera capaz de atender á las ventajas pecuniarias, sino porque en 1803 la buena ciudad de Nueva-York se habia consagrado *bastante* al culto del becerro de oro. La hija de un pobre cura de aldea, aunque fuera muy hermosa y estuviera muy dotada de atractivos físicos y morales, no podia cautivar á un gran número de adoradores; mas no acontecia lo propio desde que las disposiciones testamentarias de su prima la habian ceñido una aureola brillante... metálica.

Instalado en las lunetas, dirigí la vista al palco. El mayor Merton conversaba con la Sra. Drewett, y esta, como la mayor parte de las viudas, *hacia ostentacion* de sus añejas gracias, y tenia cierto aire marcial que habia conservado desde la revolucion americana. El mayor tenia buen semblante, y se conocia por su aplomo que estaba mucho mejor considerado en Nueva-York que en Lóndres, y que se hallaba sometido á la influencia de su elevacion.

Durante los entreactos, los principales personajes colocados en los palcos de enfrente dirigian señales amistosas al militar inglés, prueba evidente de que estaba admitido en la alta sociedad, y de que, por esto mismo, todo el que no le conocia se declaraba á los ojos del mundo como persona oscura.

Emilia parecia ser feliz y se sonreia escuchando las galanterías de Ruperto. El mayor y su hija, lanzados en el gran mundo, no eran ya los mismos que en los parages solitarios

del mar Pacífico. ¿Pero no era esto natural? Yo, simple espectador de las lunetas del teatro del Parque, ¿me parecía acaso al comandante de la *Crisis*? Me atrevo á afirmar que miss Merton habia olvidado, casi, la existencia del llamado Miles Wallingford, aunque recordara quizás de tiempo en tiempo las magníficas perlas que habian de adornar el cuello de su mujer, si llegaba alguna vez á casarse.

— ¡Pero olvido por demasiado tiempo á mi amada! Brillaba allí con todo el esplendor de sus virginales gracias; su belleza se habia desarrollado, de sus ojos irradiaba dulcísimo fulgor, sus facciones eran espresivas, sus sonrisas habian conservado su encantadora bondad, y sus movimientos continuaban siendo graciosos y naturales. La sencillez del traje de alivio de luto que vestia daba mayor realce á sus encantos, que con un mero adorno de buen gusto brillaban en todo su esplendor.

— Despues de haberla contemplado durante algun tiempo, derramé lágrimas involuntarias pensando en que tendria que renunciar á nuestra antigua intimidad, y que cada dia seriamos mas estraños el uno para el otro; conseguí ocultar mi emocion á los que me rodeaban, y hasta la caida del telon permanecí inmóvil en mi sitio, sin poder apartar la vista del palco.

— Las atenciones y galanterías con que asediaban á Lucía, eran un resultado natural de su cambio de posicion. Todas las señoras la dirigian sonrisas, y los jóvenes vagaban por los pasillos próximos á su palco ó iban á saludarla. El aire satisfecho y complacido de Andrés Drewett parecia decirles: — «Los cumplimientos que dirigís á esta señorita, afluyen indirectamente á mí.» Sin embargo, mi celosa vigilancia no pudo observar en el semblante de Lucía la mas leve alteracion, y continuaba siendo la buena, cándida y sencilla joven de otro tiempo.

— Entretenido en mirar al palco, no observé que las lunetas se desocupaban en derredor mio y quedé casi aislado, cuando una esclamacion de Lucía aceleró los latidos de mi cora-

zon. Me habia visto, me miraba, se sonreia ruborizándose, y todo en su actitud me probaba que permanecía fiel todavía á nuestra *amistad* de infancia.

—¡Miles Wallingford! dijo tendiéndome la mano en cuanto me hallé cerca de ella; ¡estais de vuelta y nada sabíamos!

—A la verdad, dijo Ruperto con cierto embarazo, habia olvidado deciros que encontré al capitan Wallingford cuando iba á buscar al coronel y á miss Merton.

—Aunque no haya sido anunciada mi presencia, me alegro en el alma de hallar buena á miss Hardinge, y de encontrar aquí á mis antiguos pasajeros.

Dí un apretón de mano al mayor y á Emilia, saludé á Drewett, y me invitaron á que entrara en su palco, pues no estaba autorizado por la costumbre el entablar una conversacion desde las lunetas á los palcos bajos. Olvidé todas mis resoluciones, y entré. Andrés Drewett tuvo la atencion de ofrecermé su sitio, pero con un aire que interpreté de este modo: «¿Qué puedo temer de este hombre? es un capitan de buque, y yo soy un hombre de mundo, influyente y rico.»

—Os doy las gracias, M. Drewett, dijo Lucía con su inflexion de voz mas suave; M. Wallingford y yo somos amigos muy antiguos. Ya sabeis que es hermano de Engracia, y habeis estado en Clawbonny; no os estrañe que tenga muchas cosas que decirle. Así pues, Miles, sentaos aquí y contadme vuestro viaje.

Me ví obligado á acceder á este deseo, y desgraciadamente para mí, el episodio de Marbre fijó la atencion del mayor y le dió motivo para tomar parte en la conversacion. Tocaban en aquel momento la introduccion de la pieza final, y M. Merton me llevó al salon de descanso para que le refiriera los pormenores concernientes á M. Marbre. Esto me desesperó; y á Lucía pareció afligirla, pero era inevitable, puesto que no podíamos hablar durante la representacion.

—Imagino que os cuidareis muy poco de esa farsa insípida, me dijo el mayor mirando por la ventana del salon de descanso. Si quereis creerme, aguardaremos aquí á esas señoras.

Consentí en ello y estuvimos paseando hasta el fin de la pieza. El mayor me trató con suma afabilidad, y pareció recordar los favores que me debía. Después de algunos momentos de conversacion, durante los cuales dirigí con frecuencia la vista al palco, me dijo bruscamente el mayor.

—Vuestros amigos los Hardinge han tenido una suerte famosa, que estaban muy lejos de esperar hace algunos años.

—Sí, pero me sorprende en extremo que la Sra. Bradford no haya dejado su fortuna á M. Hardinge, su heredero directo.

—Ha creído sin duda que el buen sacerdote no sabría que hacer de ella. Además, Ruperto tiene talento, puede figurar ventajosamente en la sociedad, y la fortuna de su prima le será mas útil que á su padre.

—¿Es Ruperto su heredero universal?

—Creo que no; dicen que hay una especie de fideicomiso, en cuya virtud una parte de los bienes es reversible á su hermana. Se ha supuesto, neciamente, que Lucía era la heredera única, pero sé de buena tinta que esto es falso. Lucía tiene derecho, probablemente, á cierta cantidad, que percibirá si se casa con el consentimiento de su hermano.

Ví claramente que el mayor Merton era víctima de la astucia de Ruperto, pero no me correspondía desengañarle. La conversacion se iba haciendo embarazosa para mí, y fué grande mi alegría cuando oí un rumor en el teatro que anunciaba el fin del primer acto. A la puerta del palco hallamos á la Sra. Drewett, que daba la señal de retirada, no pareciéndole digna la comedia de ser escuchada. Ruperto me dirigió una mirada que revelaba su inquietud, y me dijo al oído:

—¡Miles! lo que os he dicho esta noche es un secreto de familia, y os lo he confiado como á un amigo.

—No me conciernen vuestros asuntos, contesté; séame permitido confiar tan solo en que os conducireis siempre honrosamente.

Mientras salió Drewett á llamar los carruajes, me aproximé á Lucía que me buscaba con la vista; pero en el momento en que iba á ofrecerle el brazo, volvió Drewett diciendo: —¡El coche! y la condujo hasta la puerta del vestíbulo. El carruaje de la Sra. Drewett fué el primero que llegó, y detrás venía el de Lucía. Miss Hardinge tenía coche! Había entrado inmediatamente en posesión de la casa y bienes de la difunta, y el escudo de armas de Bradfort se veía todavía en las portezuelas. Ruperto hacia observar á todo el mundo cuan grande era su generosidad de haber puesto un carruaje á disposición de su hermana.

Andrés Drewett hubo de marcharse con su madre, y tuve la dicha de poder conversar breves instantes con Lucía. Hablómeme de Engracia, á quien no había visto hacia algunos meses. Nunca estuvieron tanto tiempo lejos una de otra, y no veían el término de su separación. Mi hermana, á pesar de las instancias mas reiteradas, rehusaba ir á Nueva-York, mientras que Lucía, impaciente por volver á Clawbonny, estaba retenida en la ciudad por Ruperto, bajo el pretesto de terminar asuntos.

—Engracia es mas orgullosa de lo que yo lo era, Miles, me dijo Lucía; quiere probarnos que sabe contentarse con sus posesiones; yo, cuando solo vosotros érais los ricos, no me ruborizaba de mi pobreza.

Estas palabras fueron proferidas con un acento de tristeza y reconvención.

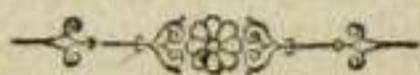
—Escelente Lucía, contesté estrechándola una mano, os equivocais con respecto á las intenciones de mi hermana; ¿sabeis si se halla restablecida?

—Ruperto me ha dicho que iba perfectamente; sus cartas respiran una alegría tranquila, y no contienen queja alguna; pero la veré muy pronto: Engracia Wallingford y Lucía Hardinge no han nacido para vivir separadas. Pero ya está aquí el coche; os veré mañana, Miles, os aguardo á almorzar á las ocho.

—Es imposible; pienso aprovechar la subida de la marea

para dar á la vela. Mañana á las cuatro de la mañana estaré en camino para Clawbonny.

El mayor Merton hizo subir á Lucía al coche, y le seguí con la vista, permaneciendo en pié en el último peldaño de la escalera del teatro.



## CAPITULO XXVIII.

Antes de las once de la noche llegué á bordo del *Wallingford*, en donde me esperaba Nabucodonosor. Como el viento era favorable, di órdenes para aparejar antes de que subiera la marea, y á los dos dias desembarcaba en Clawbonny á las ocho de la mañana.

M. Hardinge aguardaba la llegada de la balandra en el muelle, y me recibió con los brazos abiertos.

—¡Bien venido seais, hijo mio! me dijo. He juzgado vuestro corazon por el mio, y habiendo sabido por un periódico de Nueva-York la llegada de la *Aurora*, tuve deseos de que viniérais cuanto antes á Clawbonny. Ah! Miles! ¿cuándo os decidireis á estableceros aquí? Teneis mas dinero de lo que necesitais para ser feliz.

—A propósito de dinero, mi querido M. Hardinge, al propio tiempo que deploro la muerte de vuestra respetable parienta, permitidme que os felicite sinceramente por el aumento de vuestra fortuna.

—Os lo agradezco; querido amigo, y confio en que esas riquezas no nos impedirán que sirvamos á Dios segun debe-

mos. En todo caso es propiedad de mi hija, y no mía. Os hablo con entera franqueza, aun que Ruperto juzgue prudente y oportuno ocultar la verdad para que su hermana no se vea cercada por un enjambre de amantes codiciosos. A nadie quiero inducir al error, pero puedo guardar silencio con todos excepto con vos, que debeis estar enterado de todos nuestros asuntos. Soy el ejecutor testamentario, y tanto mayor es mi placer al veros, cuanto que necesito vuestros consejos para salir de las cuentas de la sucesion. A tal extremo absorben mi atencion, que me hacen descuidar los deberes de mi sagrado ministerio, y corro el peligro de convertirme en un hombre de negocios.

—No es de temer ese peligro en vos, mi querido M. Hardinge; ¿pero nada me habeis dicho todavía de mi hermana?

Ví que se verificaba una trasformacion repentina en la fisonomía de M. Hardinge, sustituyendo la espresion de la ansiedad á la del gozo. Aunque el buen sacerdote era de suyo poco observador, no me quedaba duda de que habia notado cosas que le causaban inquietud.

—Engracia está aquí, contestó vacilando; la querida niña está sola, y tiene menos alegría y salud que otras veces. La semana pasada quise mandar buscar un médico, pero se opuso á ello. ¡Ya sabeis cuan delicada y hermosa es, Miles! Sus facciones han participado menos de lo terrenal que de lo celeste, y al contemplarla en la actualidad, creo estar viendo á un Serafin que llora los pecados de los hombres.

—Tiemblo que esté gravemente enferma.

—¡Dios quiera que no! pero á decir verdad, no se halla en su estado habitual. Sus pensamientos, sus facultades y sus inclinaciones la impulsan hácia el cielo. Lee libros religiosos, medita y está orando todo el dia. A esta nueva disposicion de su alma es debido, sin duda alguna, que se haya retirado del mundo y rehuse todas las invitaciones de Lucía. Ya conoceis su mútuo afecto: pues á pesar de esto Engracia se niega á ir al lado de mi hija no obstante estar convencida de que Lucía no puede venir aquí.

Entonces lo comprendí todo: oprimióse mi corazón cual si le agoviara el peso de una montaña, y anduve algunos pasos sin preferir palabra alguna. Las palabras de mi excelente tutor zumbaban en mis oídos cual el toque de agonía de mi hermana adorada. Cuando reanudé la conversación, era mi voz tan temblorosa que M. Hardinge conoció mi emoción.

—¿Me espera Engracia hoy?

—Sí, y el único pensamiento terrenal que la he oído anunciar desde hace mucho tiempo ha sido el de vuestro próximo regreso. A vos, Miles, es á quien ama con mas vehemencia en el mundo, despues de Dios.

—¿Cuanto hubiera yo dado porque esto fuera verdad! Pero ¡ay! sabia muy bien que no sucedia así!

—Os veo turbado, hijo mio, repuso M. Hardinge, os alarma el estado de vuestra hermana; es verdad que no está buena, pero en ella, el alma es la que gasta al cuerpo; sus padecimientos proceden de sus reflexiones, de su modo de considerar su frágil naturaleza. Espero que mis conversaciones y mis oraciones no habrán dejado de influir en su ánimo; ha recobrado algo de su alegría, y hace media hora me decia que si veniais á bordo del sloop, nada le faltaria para su completa felicidad.

Aunque hubiera sido necesario para salvar mi vida, no habria conversado mas tiempo sobre un asunto tan penoso para mí. Como teníamos que recorrer una distancia larga antes de llegar á la casa, varié de conversacion para evitar que me faltara el valor y empezara á llorar en medio del camino.

—¿Piensa Lucía visitar á Clawbonny este año?

—Al hacer esta pregunta me parecia extraño suponer que la alquería no era ya la casa de Lucía. Figureme que tenia celos de verla poseer casas y tierras que no procedieran de mis propiedades.

—Espero que vendrá, replicó mi tutor, aunque ahora no es dueña de sus acciones. Habeis debido verla en Nueva-York, Miles.

—Encontré á Ruperto en la calle, y en el teatro tuve una breve entrevista con Lucía y los Merton. M. Drewett y su madre estaban en su compañía.

El buen sacerdote se volvió bruscamente hácia mí y me dirigió una mirada de inteligencia. Un puñal que hubiera penetrado en mis carnes me habria causado un dolor menos vivo; sin embargo, tuve la fuerza de voluntad suficiente para contenerme.

—¿Qué pensais de ese jóven Drewett? me preguntó M. Hardinge con aire confidencial, y con un sentimiento que se traslucia en sus palabras mas insignificantes cuando hablaba de su hija. ¿Aprobais el proyecto?

—Creo comprenderos... ¿M. Drewett aspira á la mano de Lucía?

—No os hablaria de sus intenciones, si no fuera porque él mismo tiene buen cuidado de divulgarlas por do quiera.

—Quizás con el objeto de ahuyentar á otros pretendientes, dije con cierta amargura que me fué imposible reprimir.

Mi observacion pareció sorprender y aun desagradar á M. Hardinge.

—Teneis un mal pensamiento, hijo mio, me dijo gravemente; debemos ser caritativos y suponer siempre el bien antes que el mal. Es muy natural que Drewett procure vencer á sus rivales, y no puede censurársele por el partido que ha adoptado de confesar francamente su afeccion.

—Confieso que he obrado mal, repuse apresuradamente, y para atenuar mi falta, no vacilo en reconocer que M. Drewett está muy lejos de hallarse impulsado por motivos de interés, puesto que se habia lanzado á la palestra antes de la muerte de la Sra. Bradfort.

—En efecto, Miles; pero vos que conoceis á Lucía desde la infancia, y que la habeis consagrado un afecto enteramente fraternal, quizás no podais imaginar que un jóven la ame con tal pasion solo por lo que ella vale en sí.

—¿Qué estais diciendo M. Hardinge? Puedo afirmaros que concibo muy bien se profese amor á vuestra hija. Quizás va-

riara de opinion si se tratara de Engracia, porque siempre he creido que mi hermana tenia sobrada afinidad con el cielo para someterse á las pasiones mundanales.

—Hé ahí lo que os decia yo hace poco, y habremos de emplear todos nuestros esfuerzos en procurar humanizar las tendencias de Engracia. Nada hay tan peligroso como tener en religion una exaltacion enfermiza, que no es fruto precisamente del arrepentimiento ó de los dones espirituales, sino resultado de dar una direccion errónea á nuestra natural debilidad.

¿Como habia yo de ilustrar al buen anciano sobre las causas de la enfermedad de mi hermana? Hacíaseme difícil creer que el sano juicio de Engracia se hubiese dejado arrastrar al ascetismo; pero parecia que sus esperanzas habian sido defraudadas, y heridas sus afecciones por la ligereza, vanidad y egoismo de Ruperto, siendo esto un hecho de que no creí oportuno informar al padre del culpable. Así, pues dando por segunda vez nuevo giro á la conversacion, hablé de mi viaje y de mis intereses materiales, y durante este tiempo procuré reunir mis fuerzas para prepararme á la entrevista que iba á tener con mi hermana.

Al aproximarme á la casa hizo M. Hardinge una señal convenida para avisar mi llegada; los negros y negras acudieron inmediatamente dando mil muestras de su ruidoso júbilo. Me sustraje á las felicitaciones de aquellas pobres gentes, y me dirigí al cuarto de familia, donde me esperaba Engracia. Nunca tembló tanto mi mano al levantar un picaporte; me detuve un momento sin poder decidirme á abrir, y con la esperanza de que la impaciencia de Engracia me ahorraria este trabajo. Todo permaneció silencioso, y entré lentamente cual si ereyera hallar en la habitacion uno de los cadáveres á quienes habia depositado en aquella antecámara de su última morada. Mi hermana estaba recostada en el confidente, y su debilidad y agitacion la impidieron levantarse. No procuraré describir el estremecimiento que recorrió todo mi ser al verla en aquel estado; esperaba hallar-

la demudada, pero entonces me reveló mi corazon que Engracia se hallaba cerca del sepulcro!

Tendióme los brazos, me lancé hácia ella y la estreché sobre mi corazon con la ternura que pudiera haber manifestado hácia un niño. En esta postura lloramos algunos minutos, y por fin murmuró Engracia:

—¡Loado sea Dios, que ya estais á mi lado! Mucho temí que llegarais tarde!

—Engracia, Engracia, ¿qué significa esto? Hermana mia, ¿porqué os veo en este estado?

—Miles, seria inútil una esplicacion; ¿no comprendeis lo que ocurre?

—Contesté estrechando su mano con ardor. Sabia perfectamente que Engracia era capaz de amar, pero no de olvidar; y sin embargo, nunca me habia figurado que se veria reducida á tal extremo por su amor á Ruperto, cuyo egoismo y frivolidad me eran harto conocidos.

No comprendia la confianza que deposita una mujer amante en el de su eleccion, al cual atribuye siempre las buenas cualidades que desea hallar en él. En el estado angustioso de mi alma, murmuré en voz bastante alta para ser oido:—«¡Miserable!» ¡Engracia se desprendió de mis brazos: en aquel momento hubiérasela tomado por una criatura inmateral, y parecia hallarse unida á la vida por un lazo tan débil, que temí me fuera arrebatada durante el curso de nuestra entrevista. Los sufrimientos que la consumian habian prestado á sus ojos una espresion celestial.

—Hermano querido, dijo con acento de reconvencion, no os conformais con las disposiciones del Altísimo, y creí encontrar mas resignacion en el único hombre que hoy me ama sobre la tierra.

—Engracia, no es fácil perdonar á quien nos ha engañado durante tanto tiempo, y os ha sacrificado á su vanidad.

—Miles, hermano mio, escuchadme, apartad de vuestro corazon todo pensamiento de orgullo y de cólera. Si tuviera algo que echarme en cara, me someteria á toda especie de

castigo; pero seguramente es una falta disculpable la de no poder dominar mis afecciones, y al morir no quiero que me acompañe el recuerdo de una contienda entre dos hombres que hasta ahora han vivido como hermanos. Pensad tambien en M. Hardinge, que es todavía mi tutor, y en mi fiel Lucía.

—¿Y por qué vuestra fiel Lucía no está aquí para prodigaros solícitos cuidados? pregunté con tono brusco.

—Ignora mi posicion; es un secreto que solo Dios, mi buen hermano y yo conocemos. Despues de la esplicacion que tuve con Ruperto, salí de Nueva-York, y he ocultado cuidadosamente á Lucía mi gradual empeoramiento. La escribo todas las semanas, y nunca deja de contestarme: nada hay en mis cartas que pueda hacerla sospechar el estado en que me hallo. Así pues, no la censureis, porque estoy segura de que todo lo dejaría por venirme á ver si tuviera el mas mínimo presentimiento de lo que ocurre. Dejadme que descanse la cabeza en vuestro pecho, Miles; estoy cansada de tanto hablar.

La tuve entre mis brazos durante una hora, sin pronunciar palabra; temí aumentar su agitacion, y su virginal pudor se resistia á darme esplicaciones que naturalmente la habian humillado. Su sedosa cabellera caia en graciosos rizos sobre mi hombro, y rodaban lágrimas copiosas por sus pálidas mejillas; pero por intervalos me espresaba con cariñosas presiones de mano cuanto alivio y tranquilidad la procuraba mi presencia. Debilitada por los esfuerzos que habia hecho, cayó muy pronto en un letargo febril; cuando alzó la cabeza me dijo con una de sus sonrisas angelicales:

—¡Ya veis como estoy, Miles! Tengo la flaqueza y las exigencias de un niño. Antes de salir de este cuarto, os ruego que me hagais una promesa.

—Nada os puedo negar, la dije con ternura, y sin embargo, solo con una condicion os obedeceré.

—Consiento en ello, Miles, aun sin conocerla, pues esa condicion no puede ser de tal naturaleza que haya de negarme á admitirla.

—En ese caso os prometo no pedir cuenta á Ruperto de su conducta, no interrogarle, ni dirigirle siquiera reconven-  
ciones.

Multipliqué así mis compromisos, á medida que los ojos de Engracia parecían exigirme mas. Sin embargo, la última promesa pareció satisfacerla completamente, me besó la mano, y la inundó de lágrimas abrasadoras.

—Decidme ahora vuestra condicion, querido hermano.

—Héla aquí: me encargaré de prodigaros los cuidados que vuestra salud requiere, tendré la facultad de enviar á buscar al médico que quiera, y de llamar á vuestro lado á los amigos que me convengan.

—¿Pero no le hareis venir á él, Miles?

—No por cierto: su presencia aquí me espulsaria de la casa. ¿Acceptais, con esa única escepcion?

Engracia hizo una señal de asentimiento, y volvió á reclinarse en mi pecho. Callé, recomendándola que guardara silencio. Algunos instantes de descanso la restituyeron las fuerzas suficientes para que creyera hallarse en estado de regresar á su habitacion. Llamé á su criada Cloé, la prima de Nabucodonosor, y condujimos á la enferma á su lecho.

Necesité mas de una hora para reponerme: en la soledad de mi cuarto lloré como un niño por la decadencia de aquella mujer á quien dejara tan bella poco tiempo antes! Escribí una carta á Marbre rogándole que confiara al segundo teniente el cuidado de descargar la *Aurora*, y que se reuniera conmigo, aprovechando para ello el regreso del sloop. Le enviaba una lista de médicos recomendándole que trajera á uno, el primero que iba designado si era posible, ó alguno de los otros observando el órden indicado.

No me atreví á escribir á Lucía, temiendo que adivinara la causa de la enfermedad de Engracia. Dirigí, tambien una carta á un facultativo llamado Bard, que tenia una casa de campo en la orilla opuesta del Hudson. Dije á Nabucodonosor que hiciera marchar el sloop á Nueva-York, y que fuera él á buscar á M. Bard con la *Engracia* y *Lucia*, el barco que

nos sirvió á Ruperto y á mí para nuestra escapada! Habia concluido precisamente todas estas disposiciones, cuando vino Cloé á decirme que me llamaba mi hermana.

Hallé á Engracia en la cama, mas fuerte y descansada. Creí por un momento que me habria exagerado á mí mismo su peligro, pero algunos minutos de un exámen prolijo me convencieron de que no me habian engañado mis primeras impresiones. Ignorando las teorías de la ciencia médica, no podía cerciorarme por completo del estado de salud de Engracia. Hacia seis meses que ocultaba sus sufrimientos, y esta era una prueba que no resisten las constituciones mas robustas. Sin embargo, su voz habia conservado casi toda su fuerza, de modo que su adelgazamiento no podia atribuirse á la tisis. Su rostro revelaba el decaimiento, y debia tener accesos frecuentes de calentura, porque de vez en cuando se ponía su tez encendida. Habia tambien un desarreglo marcado en la respiracion, y los poros de la epidermis no funcionaban ya.

Engracia, sin levantarse de la almohada, me pidió pormenores relativos á mi última travesía, y conseguí distraerla por un momento de sus sufrimientos. Este resultado me demostró que podia prometerme mejor éxito, reuniendo en torno suyo algunos amigos cuya ausencia habria contribuido quizás, á desarrollar el gérmen de su enfermedad. Esperimenté el deseo de saber hasta que punto seria agradable el viaje á Clawbonny para Lucía, y dije:

—Me habeis asegurado, Engracia, que os hallabais en correspondencia con Lucía; supongo que no podreis enseñarme sus cartas, porque probablemente estarán llenas de secretos femeniles relativos á Andrés Drewett y á sus demás adoradores.

Engracia me miró fijamente, como para examinar el estado de mi alma, y despues respondió:

—Os engañais, Miles; nunca me ha escrito Lucía una sola palabra que no podais ver, y para probároslo, os entregaré el paquete de sus cartas, autorizándoos para que las leais

todas. Se os figurará estar viendo la correspondencia de una segunda hermana.

Me pareció que Engracia recalcaba esta última espresion, la cual me causó una turbacion inesplicable. Habia observado que Lucía nunca la empleaba, y esta circunstancia hacia que me asegurara en la loca idea de que me profesaba un amor mas tierno que el fraternal.

Engracia llamó á Cloé, le dió la llave de su escribanía, y le mandó que trajera las cartas, las cuales me entregó al instante.

—Recorredlas, Miles, me dijo; habrá unas veinte, cuando mas, y tendreis tiempo para leer la mitad antes de la hora de comer. Os encargo que no alarmeis á M. Hardinge, pues no cree que estoy tan enferma, y no debemos afligirle inútilmente.

Prometí ser discreto y corrí á mi cuarto llevándome el precioso legajo de las cartas de Lucía. ¿Habré de confesarlo?... besé con ardor aquellas cartas de mi amada, y me pareció poseer un tesoro. Las leí con avidez por órden de fechas. Era imposible para Lucía Hardinge escribir á una amiga íntima sin revelar por entero su carácter, así es que se descubria hasta en las frases mas insignificantes. Pero aquellas cartas tenian otro encanto para mí: Lucía ignoraba que escribia á una enferma, pero sabia muy bien que se dirigia á una reclusa cuyos sufrimientos morales habria adivinado quizás en parte. Con el objeto de distraer á Engracia habia llenado sus epístolas de observaciones curiosas, de sátiras picantes y delicadas, y de comentarios entretenidos sobre tonterías de actualidad.

Varios párrafos me probaron que mi hermana le habia hecho algunas reconvenciones sobre aquel espíritu de crítica, que descubria por vez primera, y era tan nuevo para ella como para mí. Un hecho que me sorprendió fué que ni una sola vez se hablaba de Ruperto, y esto bastaba para probarme que Lucía habia comprendido los motivos del retiro de Engracia.

Lucía solo hablaba dos veces de mí. En una posdata repro-

ducía las noticias que daban los periódicos relativamente á mis viajes. Otra posdata estaba concebida en estos términos: —«Nuestro querido Miles ha ido á Liorna y debe regresar aquí durante el verano. ¡Qué felicidad para mi querida Engracia! Inútil es añadir que, despues, nadie tendrá tanto placer en verle como su tutor y yo.»

El nombre de Andrés Drewett se leía frecuentemente en las cartas de Lucía, asociado casi siempre al de su madre, que se habia constituido evidentemente en acompañanta de la rica heredera. Examiné cada uno de aquellos párrafos con la atención mas escrupulosa para descubrir el sentimiento que los habia dictado, pero el arte mas consumado no habria logrado ocultar mejor los pensamientos secretos de Lucía, que su propia naturalidad. Así sucede con frecuencia: los hombres rectos y sinceros suelen ser enigmas indiscifrables para una sociedad pérfida y corrompida. Un hombre honrado es siempre una paradoja para todos los que ven las cosas de distinto modo que él; y por esto mismo, las acciones mas sencillas y leales son atribuidas, casi siempre, á motivos diplomáticos.

Me determiné á rogar á Lucía que viniera á Clawbonny, y despues de haber tomado la venia de su padre, la escribí en términos que no la alarmaran, pero bastante apremiantes para decidirla á realizar el viaje.

Nabucodonosor se puso en camino, y el *Wallingford* aparejó en lastre aquella misma tarde. Engracia parecia revivir al verme á su lado, y cuando oyó á Mr. Hardinge recitar sus oraciones, aprocsimó su silla á la que yo ocupaba, me cogió las manos con las suyas, y se arrodilló á mi lado: pruebas de cariño que me enternecieron hasta hacerme derramar llanto.

Raras veces lloran los marinos, mucho menos de lo que debieran hacerlo en medio de su ecsistencia peligrosa. Sin embargo, yo no habia olvidado completamente las lecciones recibidas en mi infancia, y algunas veces las ponía en práctica. Aquella noche imploré á Dios fervorosamente, pidiéndole que me conservara mi hermana.

## CAPITULO XXIX.

---

Al dia siguiente, por la mañana, hice una visita corta á Engracia, y advertí una mejoría que me hizo concebir esperanzas. Mr. Hardinge insistió en rendirme cuentas de su tutela al instante, aunque me hallaba dispuesto á aprobarlo todo sin prévio exámen. Cuando concluimos nuestros cálculos, montamos á caballo para recorrer juntos las posesiones, con cuyas bellezas no dejó de estasiarse mi tutor.

—Hé ahí la morada humilde en que nací, me dijo mostrándome el reducido presbiterio. Ahí he vivido feliz, como padre y como esposo, en medio de mi rebaño, del cual espero haber sido fiel custodio. ¡Cuántos cristianos se han arrojado ante ese altar pequeño! En él ví á vuestra madre, Miles, y á vuestra venerable abuela; espero que no esté léjos el dia en que venga, tambien, vuestra esposa. Casaos pronto, amigo mio, es el medio mas oportuno para ser dichoso.

—Nunca contraeré matrimonio hasta que encuentre una mujer á quien ame de todas veras.

—¡Libreos el cielo de casaros con una mujer á quien no ameis! Preferiria veros soltero hasta mi muerte; pero tenemos en América muchas mujeres dignas de vuestra ternura, y yo mismo podria indicaros mas de cincuenta.

—Empezad, pues, que vuestra recomendacion será muy influyente.

—Os citaré, por ejemplo, á miss Catalina Harwey, jóven dotada de cualidades escelentes, y que os convendria por muchos conceptos.

—Ya recuerdo quien es, pero tiene el inconveniente de carecer de encantos. Me parece que era la mas fea de las que visitaban á la Sra. Bradford.

—¡Y qué implica la belleza, Miles, cuando se trata de una union eterna!

—Sin embargo, vuestra conducta no ha estado en armonía con esa teoría, porque, segun recuerdo, la Sra. Hardinge era muy linda.

—Sí, es cierto, contestó el anciano con sencillez; pero la carencia de hermosura no debe constituirse en motivo de exclusion. Si no teneis aficion á Catalina Harwey, ¿qué decís de Juana Hardwood? ¿No es una jóven encantadora?

—Para otros... quizás, para mí... no! Pero al proponerme tantos partidos, olvidais á vuestra propia hija.

Pronuncié estas palabras con el arrojio de la desesperacion, habiéndome inducido á ello la oportunidad y el giro que tomara la conversacion. Pero apenas hube hablado cuando me arrepentí de mi temeridad, y aguardé temblando la respuesta. Mr. Hardinge se volvió bruscamente hácia mí, y por su aspecto conocí que se le ocurría por primera vez la idea de mi casamiento con su hija.

—Lucía! exclamó. A la verdad, ¿por qué no habiais de casaros con ella? No hay vínculo alguno de parentesco entre vosotros, aunque os he considerado durante mucho tiempo como hermanos. Debiéramos haber pensado en ello antes, Miles, porque habria sido un matrimonio muy conveniente, pero entonces os hubiera rogado que dejarais la marina, porque Lucía tiene un corazon harto sensible para soportar las inquietudes de la ausencia. Me estraña que no se me haya ocurrido ese pensamiento antes de que fuera demasiado tarde. ¿Como no he podido concebirlo, yo que tengo

la costumbre de observar cuanto ocurre en torno mio?

Estas palabras—*demasiado tarde*—retumbaron en mis oídos como la trompeta del juicio final. Si mi interlocutor hubiese tenido siquiera la vigésima parte del espíritu de observacion que se atribuía, habria conocido mi turbacion. Como habia dado los primeros pasos, resolví llevar las esplicaciones hasta el último extremo.

—Supongo, mi escelente tutor, que vuestra esperiencia os ha fallado por la razon misma de habernos criado juntos Lucía y yo. ¿Pero por qué ha de ser tarde, si ambas partes pueden entenderse todavía? ¿Ha contraido miss Hardinge algun compromiso con Mr. Drewett? ¿Le ha consagrado todo su afecto?

—Podeis estar seguro de una cosa, amigo mio, y es que si Lucía ha contraido algun compromiso, habrá consagrado todo su afecto. Nunca se casará sin conceder su corazon al mismo tiempo que su mano. En cuanto á lo que medie entre ella y Andrés Drewett, solo lo sé por induccion.

—Deben profesarse mútuo afecto, porque Lucía no es coqueta, y no alentaria un amor á que no intentara corresponder.

—Drewett continúa viéndola con toda la asiduidad que permite el bien parecer, y como sus miras son honrosas para mí, le dejo el campo libre y no procuro ejercer influencia alguna en la inclinacion de Lucía. Pero hay una circunstancia que me parece concluyente: he observado que mi hija cuida con el mayor esmero de no hallarse á solas ni una sola vez con Drewett; se niega á recorrer con él en su carruaje hasta las distancias mas cortas, y en las visitas que nos ha hecho se ha conducido de modo que nunca se hallaba sola con él.

—¿Y eso es, segun vuestro modo de pensar, una prueba de afecto?

—Sin duda alguna: teme tener que ceder en una entrevista á solas, y retrocede ante la necesidad de hacer una confesion que alarmaria á su pudor. En todo caso, Miles, ese

es poco importante para vos, puesto que tantas jóvenes hay en el mundo.

—Es verdad, pero solo hay una Lucía Hardinge! repliqué con ardor que reveló mi sentimiento secreto.

Mi ex-tutor detuvo su caballo para mirarme, y me contempló con un aspecto caviloso que no le era habitual.

—Estaba lejos de esperarlo, exclamó; ¿jamais realmente á Lucía, hijo mio?

—Mas que á mi vida! Tenia diez y seis años cuando principió mi amor, y cada dia se fortifica mas y mas.

Habíase me escapado la verdad, y estaba próximo á dar curso á mis sentimientos que se precipitaban en masa como un torrente desbordado. Avergonzado de mi debilidad, me adelanté para estar un momento solo. Mr. Hardinge me alcanzó y anduvimos largo tiempo al lado uno de otro, en un silencio penoso y prolongado.

—No vuelvo en mí de mi sorpresa, repuso el anciano. ¿Por qué no haberme hecho esa confesion dos años antes? ¿Por qué haber persistido en correr los mares, cuando teniais motivos tan poderosos para permanecer á nuestro lado? Amigo mio, compadezco vuestras penas, pero comprendo cuan terrible debe ser amar á Lucía sin esperanza!

—En aquella época de mi partida, caballero, era yo harto joven para obrar por mí mismo, y hasta para discernir mis propios sentimientos. A mi regreso hallé á Lucía lanzada en una sociedad superior á la mia, y habria sido darla una prueba muy triste de mi amor, quererla hacer descender á nivel mio.

—Os comprendo, Miles, aprecio la generosidad de vuestra conducta; pero cuando regresasteis á Nueva-York á bordo de la *Crisis*, quizás fuera ya demasiado tarde. Hace de esto un año, y creo que entonces se habia presentado ya Drewett.

—Pues bien, repliqué con fingida indiferencia, procuraré hallar la felicidad en el ejercicio de mi profesion. Además, preescindiendo de Mr. Drewett, tambien es demasiado tarde bajo otro punto de vista. El hombre que no se atrevió á ofre-

cer su mano á su amada cuanto esta era pobre, haria muy mal pedir en matrimonio á la rica heredera de la Sra. Bradford. Sin embargo, antes de abandonar este asunto para no volver á tratar de él, permitidme que os haga una pregunta. Si Mr. Drewet y vuestra hija se convienen mutuamente, ¿por qué no se casan? ¿Quizás estará retrasada su union por el luto de Lucía?

—Hay otra razon mas poderosa: mi hija intenta dar á su hermano la mitad de la fortuna que acaba de heredar, y esto no puede hacerlo hasta la época de su mayoría; tiene que esperar todavía dos años.

Aquí terminó nuestra conversacion, pero durante el curso del dia oí á mi tutor que decia para sí, diferentes veces:— «¡Qué lástima! Nunca me consolaré de ello. ¡Me hubiera convenido para yerno mejor que nadie!»

Cerca de las doce me anunció Nabucodonosor que no habia hallado al doctor Bard, pero que mi carta le seria entregada lo mas pronto posible. Paseé por la tarde con Engracia, y me pareció que no la desagradaba mi determinacion de haber escrito á Lucía. Cuando la anuncié la visita de un médico, leí en sus ojos una espresion de tierno interés; habríase dicho que me compadecia por la ilusion en que yo persistia confiando en su restablecimiento.

¡El dia siguiente era domingo! Engracia exigió que la llevara á la iglesia en un coche muy antiguo que habia pertenecido á mi madre. Los fieles que asistian á la iglesia, escepto unas veinte personas, se componian de los servidores de mis posesiones. Mi hermana no se cansó á pesar de lo largo de los officios divinos, y pasamos un dia agradable al lado de M. Hardinge. Al otro dia por la mañana, monté á caballo y me fuí á la orilla del rio para aguardar la llegada del *Wallingford*. Pronto distinguí las cofas y luego el puente; en el castillo de popa habia un hombre de edad provechosa, alto, delgado, y de un aspecto respetable. Le saludé pensando que seria alguno de los médicos á quienes habia mandado á buscar, y supe que era, en efecto, el doctor Post,

el segundo que iba apuntado en mi lista. Me devolvió el saludo, pero antes de que tuviera yo tiempo para bajar al barco, saltó Marbre en tierra y me estrechó cordialmente la mano.

—Héme aquí, Miles, exclamó, mas lejos del agua salada, de lo que lo he estado hace veinte y cinco años. ¿Con que ese es el famoso Clawbonny? Nada quiero decir del puerto, que bastaria con un solo buque para llenarle; pero el rio me parece todo lo hermoso que puede ser un rio. ¿Querreis creer amigo mio, que he tenido calentura durante toda la travesía? Veia tierra á babor y estribor, y tenia un temor continuo de que iba á encallar á un lado ó en otro. Al subir á Clawbonny, me he acordado del estrecho de Magallanes, aunque hemos tenido un viento mas favorable y un horizonte mas despejado. ¿Qué máquina grande es aquella que dá vueltas allá abajo?

—Es la rueda de un molino, amigo mio; en ella pereció mi padre.

Marbre miró con tristeza á la rueda y me estrechó nuevamente la mano para manifestarme cuanto sentia haberme recordado tan triste suceso.

—No he tenido padre que perder, murmuró; pero olvidaba decir, Miles, que hay una mujer muy linda en la cámara del Sloop.

—Debe ser Lucía, exclamé; y sin hacer al médico los honores debidos en tales casos, me lancé á la cámara del buque, donde hallé á Miss Hardinge acompañada de una negra anciana que la pertenecia desde el fallecimiento de la Sra. Bradford. Le dí la mano sin pronunciar una palabra, y comprendí, por la inquietud que se veia retratada en su semblante, lo que deseaba saber.

—Creo que está mejor, dije contestando á la mirada interrogadora de Lucía. Ayer fué á la iglesia, y esta mañana, por via de extraordinario, ha almorzado con nosotros.

—¡Loado sea Dios! exclamó la hermosa jóven y se sentó en seguida, aliviando su oprimido corazon con derramar

abundoso llanto. La rogué que me aguardara breves instantes, y fui á reunirme con el facultativo, cuyo aspecto tranquilo y reflexivo me inspiró una confianza de que carecía hacia muchos días.

Lucía se apoyó en mi brazo para subir á la colina en cuya cumbre aguardaba el carruaje, en el cual subieron Marbre y el médico. La negra se colocó en el carro que habian llevado para conducir los equipajes, y me hallé á solas con Lucía, que quiso continuar el camino á pié. En cualquiera otra circunstancia me habria considerado feliz con semejante incidente, pero en aquel momento experimenté insuperable turbacion. No aconteció lo propio á Lucía, quien prosiguió su camino apoyándose en mi brazo y sin dar el menor indicio de impaciencia ó de embarazo.

—¡Por fin, vuelvo á ver á Clawbonny! exclamó. ¡Qué verdes son esos campos, qué frescos esos bosques, qué suave el aroma de esas flores! ¡Oh! Miles, un día aquí vale tanto como un año pasado en Nueva-York!

—Entonces, ¿por qué siendo dueña absoluta de vuestras acciones pasais la mayor parte del tiempo en la ciudad, sabiendo cuan felices seríamos con teneros á nuestro lado?

—No estaba seguro de ello, y ese ha sido el motivo esclusivo de mi ausencia. Si hubiese creido hallar tan buena acogida, nada habria podido inducirme á dejar pasar á Engracia seis meses en tan triste soledad.

—¿Habeis podido suponer, Lucía, que no seriais recibida con placer?

—No pensaba en vos, Miles; pero confieso que dudaba de Engracia.

—¿Podré preguntaros por qué opinabais tan mal de Engracia Wallingford, que es casi vuestra hermana?

—¡Casi mi hermana! O Miles, daria cuanto poseo por poderme explicar francamente con vos. Quisiera ver renacer la confianza que existia entre nosotros cuando éramos niños.

—Nada se opone á ello, Lucía. No teneis mas que decir

una palabra para llenar el abismo que parece haberse abierto entre nosotros, de algunos años á esta parte.

—Pues bien! replicó Lucía con su sencillez habitual, para esplicarme basta con pronunciar el nombre de Ruperto.

—¿Qué tenéis que decirme de él, Lucía? no os limiteis á vagas ilusiones.

Lucía me estrechó la mano con un movimiento casi convulsivo, añadiendo:

—Debo creer que profesais sobrada gratitud á mi padre, y tengais para conmigo hartas consideraciones, para olvidar que habeis vivido largo tiempo con Ruperto bajo el pié de un afecto fraternal.

—Ya he dado mi palabra á Engracia; no obraré con Ruperto segun debiera hacerlo con arreglo á las costumbres sociales.

Lucía lanzó un suspiro involuntario, como para renovar el aire en su pecho oprimido, y sus dulces ojos se fijaron en los míos con una espresion tal de gratitud que no me era dado equivocarme.

—Me hallo dispuesto á reiterar la promesa en presencia vuestra, añadí.

—Era mi deseo, Miles, y aliviáis mi corazon de un peso enorme, con tanta mayor razon cuanto que el compromiso que habeis contraido es libre y espontáneo. Ahora estoy pronta á esplicarme con entera franqueza; sin embargo, desearia haber visto antes á Engracia.

—No temais revelarme sus sentimientos secretos, repuse. Sé muy bien que el abandono de Ruperto es el que la ha puesto á las puertas del sepulcro; quizás habria superado mi hermana su dolor si uno de nosotros se hubiese hallado aquí, pero se ha visto privada de todo auxilio, y el golpe que ha herido su corazon ha obrado sobre una constitucion débil y delicada.

—Hace mucho tiempo que temia yo esa desgracia, contestó Lucía en voz baja. Ejerce su alma sobre su cuerpo un

dominio extraordinario, y es muy probable que á pesar de hallarnos presentes no la hubiéramos evitado los tormentos que sufre. Sin embargo, no se debe desesperar; con ténidos cuidados y consejos saludables, todavía podemos conseguir salvarla. Ahora que vá á tener á su lado á un médico hábil, es preciso obrar abiertamente y no temer decirle la verdad.

—Contaba consultaros sobre eso, aunque experimentaba una repugnancia instintiva á la idea de revelar los pensamientos secretos de mi hermana.

—Seguramente, repuso Lucía con viveza, hay que dejar conjeturar muchas cosas, al paso que se dé á conocer al doctor Post que la parte moral se halla mas afectada que la física. Pero no hablemos ahora de eso, pues no sé como hablar á Engracia de mi hermano, y debeis darme tiempo para reflexionar.

Cuando llegamos á la casa hallamos en la puerta á Cloé que nos aguardaba para decirnos que su señorita Engracia deseaba tener una conversacion particular con miss Lucía. Temí aquella entrevista, pero Lucía me rogó tuviera en ella completa confianza, y la dejé para reunirme con el doctor Post y suministrarle los datos necesarios.

Hasta una hora despues no volvió Lucía, y de una sola mirada conocí que habia sido presa de violenta agitacion, y que se hallaba cruelmente sorprendida por el triste estado en que se encontraba Engracia. La enfermedad no tenia síntomas bien determinados, pero mi hermana parecia pertenecer ya á otro mundo por el brillo extraordinario de sus ojos, la expresion de su semblante y la fragilidad de su existencia material.

El médico fué con Lucía al cuarto de mi hermana, y volvió una hora despues. La prescribió ciertos tónicos y me encargó mucho que distrajera á la enferma haciéndola viajar, si me era posible trasportarla de un lado á otro sin fatigarla. En seguida pensé en el *Wallingford*, donde habia dos cámaras cómodas, una de las cuales fué destinada por mi padre

á mi madre, que iba de vez en cuando á Nueva-York. En aquella época del año el sloop solo servia para trasportar harina al mercado, y se podia interrumpir sin inconveniente alguno el curso regular de sus viajes. El proyecto de emplearle en pasear á Engracia fué discutido por la noche en familia, y todos le aprobaron.

—Tengo que ver á un enfermo en los baños, dijo el doctor Post; transportadme á Albany, donde me desembarcareis, y despues podreis bajar el rio y viajar todo el tiempo que lo permitan las fuerzas de miss Wallingford.

Parecióme excelente este plan, y la misma Engracia le acogió con una sonrisa; así pues, resolvimos llevarle á ejecucion.



---

### CAPITULO XXX.

---

Inmediatamente di todas las disposiciones necesarias y convidé á Marbre á que nos acompañara, sirviéndome de segundo. El patron habitual del sloop se alegró en el alma de tener algunos dias de libertad, y solo conservé á bordo al piloto, cuya experiencia podia sernos muy útil. Nabucodonosor y los tres negros de Clawbonny, habian recibido órden de servirnos de marineros

Al medio dia estaba todo corriente para el embarque; Engracia fué en coche hasta el muelle, y subió al buque sostenida por Lucía y por mí, aunque no eran necesarias tantas precauciones. La negra Cloé obtuvo permiso para acompañar á su ama, y durante el curso de la navegacion, aconteció con frecuencia que lanzaba gritos de admiracion al ver manio-brar á Nabucodonosor. Al pronto atribuí la actividad superflua que este desplegaba á su celo por mi hermana, pero no tardé en descubrir que Cloé compartia la gloria con Engracia.

En cuanto todos estuvimos á bordo, soltamos las amarras, izamos el foque y salimos lentamente de la ensenada con una



pronto á la *Gaviota*, que así se llamaba el sloop que indiqué á Marbre

—¿Qué buque es ese? preguntó el patron.

—El *Wallingford*, de Clawbonny, que verifica un viaje de placer.

El nombre de Clawbonny, que no designaba localidad alguna conocida, promovió una sonrisa en los pasajeros, pero llamó la atención del capitán y su tripulación. Hacia cuatro generaciones que teníamos sloops en el río, y el *Wallingford*, cuya construcción había sido dirigida por mi padre, disfrutaba mucha nombradía entre los marinos del Hudson.

—En ese caso, dijo el capitán de la *Gaviota*, ¿sereis sin duda M. Wallingford? Se os vuelve á ver con gusto en el río. Recuerdo el tiempo en que vuestro respetable padre sacaba tanto partido de ese sloop, que solo le faltaba hacerle hablar. A no ser por esa pintura que le habeis hecho dar, seguramente habría yo reconocido vuestro buque aunque solo viera sus serviolas.

Estas palabras me dieron entre los pasajeros de la *Gaviota* cierta consideración de que al pronto no disfrutara. Cambiaron algunas palabras entre sí, y después, un anciano de aspecto venerable se aproximó á la obra muerta y me saludó.

—¿Tengo el gusto, dijo, de ver al capitán Wallingford, con quien vinieron de China mis amigos los Merton?

Le contesté afirmativamente.

—Los Merton, continuó, me han hablado con frecuencia de lo agradecidos que os están, y en el caso de que se vieran obligados á embarcarse de nuevo, desearían hacerlo en compañía vuestra.

Esta apreciación de mis relaciones con la familia Merton, reducidas á las de un capitán con sus pasajeros, estaba muy lejos de serme agradable; y sin embargo, el anciano que me hablaba, hombre de juicio y de importancia social, tenía indudablemente el deseo de halagarme, prueba inequívoca del peligro que se corre intentando prejuzgar los sentimientos é intereses ajenos. Entablóse una conversación á la que me fué

imposible sustraerme, y mientras el Wallingford no dejó atrás á la *Gaviota*, me hallé sentenciado al suplicio de oír pronunciar cien veces el nombre de Merton. ¡ Que prueba tan cruel para Engracia!

Por fin nos desembarazamos de nuestro importuno vecino, no sin que varias señoras de las que iban en la *Gaviota* hubiesen reconocido á Lucía y á su padre. Mientras hablaban con ellos dirigí una mirada á mi hermana: estaba pálida como un cadáver, y parecia tener vivos deseos de retirarse á su cámara. La conduje á ella, y poco tiempo despues me dijeron que se habia aletargado y que no debia incomodársela.

Nos aproximamos á otro sloop en cuya popa se leía el nombre de *Orfeo*, cuando Lucía me dijo al oído y ruborizándose hasta lo sumo:

—Miles, hacedme un favor: comunicad con ese sloop; tengo que hacer una pregunta y no me atrevo á esplicarme en voz alta delante de tantos estraños.

Miré á Lucía con estrañeza, pero sin embargo accedí á sus deseos y llamé á la embarcacion. El patron, que fumaba apoyado perezosamente en el timon, preguntó: — «¿Qué hay?» Me volví hácia Lucía con una mirada interrogadora.

—Preguntadle, repuso con cierta confusion, si está á bordo de su embarcacion la Sra. Drewett; no M. Andrés Drewet, sino su madre.

La sorpresa estuvo á punto de arrancarme una exclamacion, pero logré contenerme y dirigí friamente al patron la pregunta exigida. Contestó con una señal afirmativa de cabeza, y poco despues apareció en la cubierta Andrés Drewett, con sombrero en mano, el semblante risueño y dirigiendo señas de inteligencia á Lucía. Esta me estrechó involuntariamente el brazo y me pareció que temblaba. Los dos sloops estaban tan próximos el uno del otro, que se podia conversar de cubierta á cubierta sin tener que levantar la voz.

—Buenos dias, dijo Lucía con un tono que me pareció indicar la mayor familiaridad. La Sra. Ogilvia me ha rogado

que diga á vuestra madre... pero ahí está la Sra. Drewett, añadió la jóven interrumpiéndose precipitadamente, y puedo trasmitirla desde luego el encargo que me han hecho.

Esta Sra. Ogilvia se hallaba á bordo de la *Gaviota*, y al pasar encargó á miss Hardinge rogara á la Sra. Drewett tuviera la bondad de aguardarla en Albany para ir juntas á os baños.

—Y ahora, repuso la Sra. Drewett despues de haber escuchado á Lucía, tenemos que entregaros una cosa; salisteis tan bruscamente de mi casa de campo, despues de la recepcion de aquella maldita carta (era la mia), que olvidasteis vuestro neceser, y como contiene papeles y billetes de banco, tengo empeño en restituírosle lo mas pronto posible.

Lucía se estremeció y manifestó alguna inquietud, aunque debia estar convencida de la discrecion de la Sra. Drewett. Conocí fácilmente que deseaba recobrar su neceser, y creí conveniente intervenir en el asunto. Saludé á M. Drewett, quien me devolvió friamente mi saludo, siendo esta la primera vez que dábamos muestras de conocernos.

—Si virara de bordo vuestro sloop, le dije, efectuaría yo la misma maniobra y enviaria un bote á buscar el neceser.

—Virar de bordo! exclamó el patron del *Orfeo* con tono brusco, virar cuando tenemos viento favorable!

Iba á insistir cuando, con grande sorpresa mia, cogió Andrés Drewett el neceser de manos de su madre y se subió en el extremo de nuestra verga mayor, con el intento evidente de recorrerla hasta llegar á nuestra cubierta. Fué tan rápido su movimiento que no tuve tiempo suficiente para dirigirle amonestaciones que quizás tampoco habria escuchado, pues tal era el deseo que parecia tener de dar á su amada una prueba de su amoroso celo. Pronto observó que habia emprendido una operacion peligrosa, y se agarró al cabo de la guia de cangreja.

Sin embargo, el extremo de nuestra verga mayor estaba ya á mas de veinte piés del castillo de popa del *Orfeo*. Las

mujeres chillaban, Lucía se quedó estupefacta y la Sra. Drewett se cubrió la cara con las manos llorando.

—Va á dejar caer la caja, M. Miles, me dijo Nabucodonosor, y será lástima, porque miss Lucía la tiene mucho cariño, lo sé de positivo.

—Pues bien, contesté, id á buscarla, y mientras tanto procuraré acercar nuestro buque al *Orfeo*.

El ágil y diestro negro se adelantó rápidamente por la guia, llegó á donde estaba Drewett, que le entregó al instante el neceser, bajó con segura planta y puso la caja en manos de Lucía.

—Os doy las gracias, M. Drewett, dijo esta; ahora es inútil ya que vengais á nuestro bordo, y M. Wallingford va á facilitaros los medios para que volvais á vuestro buque.

Desgraciadamente se oponian dos cosas á que esto se realizara, el amor propio de Drewett y la obcecacion del capitán del *Orfeo*; aquel se avergonzaba de retirarse despues de haber visto á Nabucodonosor andar tan resueltamente y con tanto aplomo por la guia; el segundo, descontento por ver que nuestro buque pasaba al suyo, imaginó que Drewett le habia abandonado para pasarse á bordo del que era mejor velero y se habia apartado de nosotros á la distancia de cien vergas. Solo un partido hubiera podido adoptarse, y le adopté inmediatamente.

—Agarraos bien al cabo, M. Drewett... Aflojad el cabo superior para estirar mas el de la guia! prepararse á soltar la cuerda de sujecion, un hombre á la escota mayor!... Tener cuidado, M. Drewett, que vamos á recoger el botalon de ala y os será fácil llegar al coronamiento de popa.... Prepararse á orzar con cuidado para no mover la guia!

Drewett protestó altamente contra mis órdenes; se habituaba ya á su posicion, y solo pedía que no se le diera prisa.

—No, no, me gritó, no toqueis á nada os lo ruego, capitán Wallingford! Puesto que ese negro ha sabido andar por la guia, haré yo otro tanto.

—Pero, caballero, ese negro tiene los piés descalzos, y además, como es marino, está acostumbrado á trepar á los mástiles. Vos no lo sois y teneis botas.

—Es verdad que me estorban, pero no importa; dentro de un minuto, y sin auxilio alguno, tendré la honra de presentarme á miss Hardinge.

El orgullo resentido, la obcecacion y el amor animaban de tal modo al jóven, que no escuchó las amonestaciones simultáneas de M. Hardinge y mias. Lucía me dijo con tono suplicante:

—Impedidle que se mueva, Miles, he oido decir que no sabe nadar.

Pero era ya demasiado tarde, pues Drewett habia soltado el cabo que le ayudaba á sostenerse; desde los primeros pasos que anduvo conocí que nunca llegaria al mástil, y grité á Marbre que estuviera pronto para orzar. En el mismo momento cayó Drewett al agua, y sus movimientos precipitados me probaron que Lucía estaba bien enterada de sus costumbres, y que, en efecto, no sabia nadar. Yo estaba vestido con un traje ligero de verano, y me arrojé al rio, cogiendo al desgraciado por los cabellos en el momento en que iba á pasar por debajo de la quilla del sloop. Me sumergí y le mantuve con la cabeza fuera del agua con el objeto de darle tiempo para que respirara y recobrase el sentido.

Le grité que se agarrase á mis hombros y se descolgara todo lo posible, fiándose en mí, pues estaba yo convencido de que un buen nadador podia remolcar así á un hombre bastante tiempo sin grandes esfuerzos. Pero el poco de aire que habia aspirado Drewett produjo el efecto de darle fuerza suficiente para manotear como un desesperado, sin restituirle su sangre fria. En tierra fácilmente le hubiera yo vencido, pero, en el agua, el niño mas débil es temible. Dios me perdone! pero despues he pensado muchas veces que Drewett me habia conocido, y que los celos contribuian á extravíarle, porque en medio de su lucha convulsiva murmuraba

estas palabras:—«Lucía, Wallingford, Clawbonny me es odioso!»

En vez de hacer lo que yo le decia, me oprimió el cuello con ambos brazos, y procuró subirse sobre mis hombros, saliendo los suyos fuera del agua, mientras que el peso de su cuerpo me mantenía debajo. Despues de haber procurado inútilmente nadar con tan pesado fardo, le cogí las manos y procuré desprenderme de él. No pensé ya en la vida de Drewett, sino en mi propia conservacion; nos sumergimos ambos y combatimos en lo mas profundo del rio como dos enemigos encarnizados. Tres veces nos llevaron mis esfuerzos á la superficie, pero al sepultarnos por cuarta vez sentí que desfallecian mis fuerzas.

Tenia yo una ventaja sobre Drewett, y era que este mantenía los ojos cerrados, al paso que desde mi infancia me habia enseñado mi padre á tenerlos abiertos en el agua. En el momento en que renunciaba á toda esperanza de salvacion, ví que se nos acercaba una masa negra que, en mi turbacion, creí seria algun delfin, aunque estos pescados nunca subian tanto por el Hudson. Aquel objeto indistinto nadó hácia nosotros, y se sumergió á mayor profundidad como para pasar por debajo de nosotros y abrir su boca formidable; despues sentí que nos levantaban á Drewett y á mí hasta la superficie. Apenas distinguí la luz, y aspirado una brisa deliciosa, cuando la voz de Marbre resonó armoniosamente en mis oidos. Me arrancó de los brazos de Drewett y me izó al bote. Nabucodonosor salió del agua dando resoplidos como un *marsuino*.

—Animo, M. Miles, exclamó; teniais cerca á vuestro negro!

Me habian colocado en el fondo del bote, al lado de Drewett, que parecia estar completamente inanimado. Nabucodonosor, con el cuerpo reluciente como una botella húmeda, se colocó á mi lado, me cogió la cabeza y empezó á limpiarme la cara con un pañuelo, que celebraria no fuera el suyo.

—Remad, hijos míos, dijo Marbre, y volvamos al sloop. Este jóven parece haber cerrado las escotillas por última vez; en cuanto á Miles, nunca se ahogará en agua dulce.

**FIN DE LA PRIMERA PARTE.**



# INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA PRIMERA PARTE.

---

|                      | Pág. |
|----------------------|------|
| Capítulo I . . . . . | 11   |
| Cap. II . . . . .    | 23   |
| Cap. III. . . . .    | 35   |
| Cap. IV.. . . .      | 48   |
| Cap. V. . . . .      | 60   |
| Cap. VI. . . . .     | 71   |
| Cap. VII. . . . .    | 80   |
| Cap. VIII. . . . .   | 88   |
| Cap. IX.. . . .      | 99   |
| Cap. X. . . . .      | 108  |
| Cap. XI. . . . .     | 116  |
| Cap. XII. . . . .    | 124  |
| Cap. XIII. . . . .   | 134  |
| Cap. XIV. . . . .    | 147  |
| Cap. XV. . . . .     | 156  |
| Cap. XVI. . . . .    | 167  |
| Cap. XVII. . . . .   | 178  |
| Cap. XVIII. . . . .  | 168  |
| Cap. XIX. . . . .    | 196  |
| Cap. XX. . . . .     | 206  |
| Cap. XXI. . . . .    | 215  |
| Cap. XXII.. . . .    | 226  |
| Cap. XXIII. . . . .  | 235  |
| Cap. XXIV. . . . .   | 247  |
| Cap. XXV.. . . .     | 261  |
| Cap. XXVI. . . . .   | 171  |
| Cap. XXVII. . . . .  | 283  |
| Cap. XXVIII. . . . . | 297  |
| Cap. XXIX. . . . .   | 308  |
| Cap. XXX.. . . .     | 319  |

JUDICE

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS





alpha  
11

